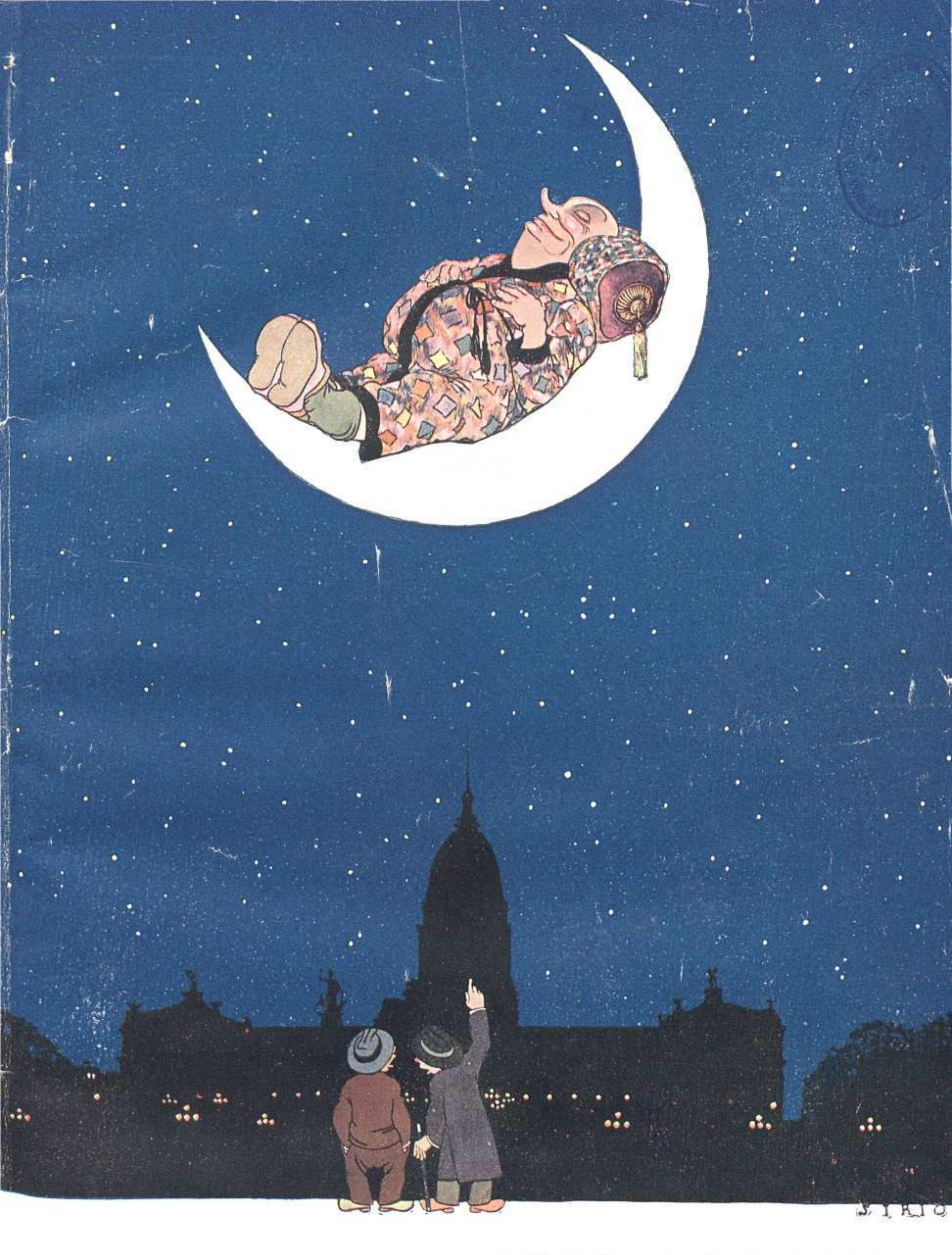


CARAS Y CARETAS

PUNTOS DE VISTA

— Es un gran presidente; está en todas partes.

— Sí, che; pero en política ¡fíjese dónde está..!

DEL GRAN CONCURSO LITERARIO DE CARAS Y CARETAS

LA DICHA DEL PROPIO AMOR

POR

JOSUÉ QUESADA

Interesante y movida, con tipos muy bien perfilados actuando en un ambiente descrito con soltura literaria e ingenioso desenfado, la novelita que a continuación publicamos es una de las más felices salidas de la pluma del conocido y apreciado escritor argentino.

E L L A



La playa estaba blanca de sol. Era la hora del baño y, en aquella mañana luminosa, el mar alegre rizaba en al cresta de sus olas el albo penacho de su espuma.

Bajo los toldos, los núcleos femeninos distraían sus ocios en el tejido; más allá, las criaturas se esmeraban en la construcción de montañas de arena y saltaban y reían en un incesante disfrutar de su existencia. Junto al mar, dos viejos recreaban su vista en la silenciosa contemplación de los bañistas.

Cuando Emma Reyes dejó caer con displicencia su ancha capa roja en brazos del bañero y de un salto se precipitó en la primera ola, las miradas se concentraron en su figura.

El primero de los viejos habló:

— ¿Qué te parece?...

— ¡Soberbia!

— Es la única que se baña con «maillot» tan ceñido al cuerpo...

— ¡Y hace bien!... Para eso tiene líneas armoniosas... Es necesario haber vivido, como yo, en Europa, para comprender lo ridículo que resulta presentarse a tomar el baño, con medias, polleras, blusa, sombrero y hasta sombrilla... Sin ir más lejos, mira aquel ejemplar de vieja mamarracho que se baña con corsé...

— Convengamos en que Emma Reyes es única...

— Además, tiene veinte años y a esa edad todo está permitido.

— No creas... Si otra niña intentara imponer de esta manera su originalidad, a estas horas la hubieran puesto verde...

Entretanto, Emma Reyes, en rápidos y enérgicos movimientos, había avanzado sobre el mar y, como todas las mañanas, realizaba su jira por la amplia bahía. Nunca, ni en los días en que el viento se mostraba más rebelde, se dejaba vencer por el temor. Y allá iba, saltando sobre las olas, moviendo siempre con matemática precisión sus brazos y sus piernas. Al principio, los bañeros se ofrecían para acompañarla, pero convencidos de sus eximias condiciones de nadadora, habían resuelto dejarla confiada a sus propias fuerzas. Sabían aquellos hombres que desde los quince años, Emma Reyes se había destacado por su arrojo y resistencia y que, ahora, en la plenitud de su desarrollo, era capaz de salir airosa de cualquier proeza.

Esa mañana, al amparo de las corrientes tranquilas, trazó Emma, en la quietud de las aguas, grandes círculos. Desde la orilla y aun desde la altura de la Rambla, la gente seguía con curiosidad la trayectoria de aquella temeraria excursión. Su «maillot» rojo, surgía como una mancha violenta en el verde esmeralda del mar y, a medida que se alejaba, los grupos iban haciéndose mayores. Las buenas mamás, que tejían perezosamente bajo los toldos, atraídas por el bullicio y los comentarios, salían de su escondite y corrían también hacia la orilla. Hubo un momento en que mil personas, contenidas por una misma emoción, seguían con los ojos absortos el desarrollo de aquel paseo.

— ¡Qué criatura atolondrada! — afirmó una mamá.

— ¡Lo hace por llamar la atención! — dijo una solterona, que en el fondo, sentía por ella una sorda envidia.

— Es una lástima que se vaya tan allá... — insinuó uno de los viejos.

— ¡Es claro!... Con ese traje debía bañarse aquí cerquita...

Nadie había nombrado a Emma Reyes. No era tampoco necesario pronunciar su nombre, porque ya era sabido que todos los comentarios se referían a su persona.

De pronto, la silenciosa atención fué turbada por un grito unánime, que se escapó al mismo tiempo de todos los pechos. La concurrencia se agolpó junto a la orilla y las bañistas huyeron dominadas por el terror.

Allá lejos, muy cerca del punto donde nadaba Emma Reyes, había aparecido la negra cabeza de un lobo marino. Sin darse cuenta del riesgo, Emma seguía braceando con infatigable energía.

Los gritos de angustia de las mujeres y las voces potentes de los hombres no parecían inmutarla y, a medida que avanzaba, la alarma cundía con mayor exaltación en todas partes. Los bañeros se precipitaron al mar despojándose de sus ropas; otros treparon en sus botes y, a impulso de los remos, se internaron en el mar con increíble rapidez.

Pero Emma Reyes estaba lejos y la distancia que la separaba del peligro era apenas de diez metros. A los gritos de la multitud sucedió de pronto un silencio de muerte. Algunos, encaramados en las sillas, agitaban sus toallas de baño, tratando de llamar la atención, pero era en vano... ¡Ya iban a encontrarse!... En pocos segundos más, la horrible tragedia iba a quedar consumada.

Un nuevo grito sacudió a todos en una vibración de espanto. Emma Reyes había advertido la presencia del lobo, y ágil, serena, al parecer, se había sumergido en el fondo del mar. El lobo nadó tras ella y también desapareció de la superficie.

Pero fué un segundo nada más; un segundo que pareció un siglo y Emma Reyes surgió con violencia algunos metros más allá, para seguir braceando en una loca carrera hacia la costa. Tras ella, el lobo apareció, dispuesto a darle alcance, pero, atemorizado sin duda por las voces de los bañeros, que ya llegaban, volvió a sumergirse.

Emma Reyes fué ayudada a subir a la lancha y, avergonzada de verse ante aquellos hombres que la miraban con ojos de asombro, se lanzó de nuevo al agua y

siguió nadando pausadamente, sin que las olas de la orilla, al quebrarse sobre su espalda, turbaran la elegancia de su acción.

Cuando pasó entre la multitud apiñada, sus ojos tropezaron con los de Aníbal Cruz y pudo observar que no había en ellos la extraña sensación que reflejaban todas las caras pálidas y absortas.

É L

Acababan de sonar las campanadas anunciadoras de la última hora del año y por espacio de algunos minutos, Buenos Aires soportó el estruendo de mil sirenas, de bombas, de cohetes y de gritos, con que la tradición ha querido despedir cada vez el año que termina y saludar el arribo del que comienza.

Armenonville estaba esa noche «au grand complet». El pretexto de la fecha, reunía allí los núcleos alegres de la farándula nocturna. Y así, junto a la mesa de los «fils a papá», que iniciaban sus primeras escaramuzas en aquel ambiente, estaban los profesionales del desorden, los «maridos trabajadores», cuyos negocios les impedían acompañar a sus esposas en el largo veraneo y los viejos verdes, tal vez los mismos que por la mañana recreaban su vista en el espectáculo del baño en el mar del Plata y que aparecían en Buenos Aires, atraídos por el bullicio de las noches clásicas del «cabaret.»



Aníbal Cruz avanzó desafiante.

Después... las mujeres. Muchas caras «conocidas», para las cuales esa noche, como todas las demás, era obligatorio beber champagne. En algunas mesas, un poco alejadas, las «novicias», que por primera vez iban a recibir el bautismo de su derrumbe moral; eran caras de muñecas en cuerpos frágiles y menudos. Caras ingenuas, de criaturas que no supieron aguardar la dicha y salieron por ahí en su busca y creyeron hallarla en el brillo de una alhaja, en el «confort» de una «garconniére» y la velocidad de un automóvil. La entrada de Aníbal Cruz, al lado de una mujer, produjo esa noche un general movimiento de sorpresa.

— ¿Quién es ella? — se preguntaron sus íntimos. Nadie sabía responder, los mozos, expertos fisonomistas, tampoco podían descifrar el enigma. Todos, empero, coincidían en afirmar que la compañera de Aníbal Cruz trasponía por primera vez los umbrales de aquel recinto.

Aníbal Cruz avanzó desafiante y sabiéndose el centro de todas las miradas, ocupó un asiento frente a una de las mesas más centrales.

—¡Aquí no!... —balbuceó ella.

— ¡Déjate de pavadas! — ordenó él.

La orquesta inició los acordes de un tango y las parejas llenaron en pocos segundos la amplitud del salón.

Un amigo se acercó a la mesa de Aníbal Cruz.

— ¡Che, negro! ¡Avisá si te has vuelto orgulloso! ¿No querés saludar a los pobres?... En aquella mesa está toda la patota...

— Más tarde voy a ir...

— ¡No, Aníbal! — suplicó ella.

— No tenga miedo, señora... — la tranquilizó el amigo... —Son buenos muchachos. ¡Gente decente!

— Sí... pero esas mujeres...

— ¡Es claro!... ¿Y qué tienen?... Aquí no van a venir monjitas!... ¿Ve aquella que baila? Las da de niña y ahí la tiene...

— Decile a los muchachos que más tarde iré... —repitió Aníbal Cruz, deseando cortar el diálogo.

— ¡Esperate!... ¡Si te la estoy ilustrando!... ¿Es la primera vez que viene, señora?

— ¡Sí!...

— Entonces va a volver... ¡Esto es como la morfina!... ¿Sabe?... Yo muchas veces le he dicho al dueño que ponga en la puerta de calle un letrero luminoso... ¿Usted ha leído el Dante?...

— ¡No!...

— ¡Bueno, es lo mismo!... Un letrero como el que hay en la puerta del infierno: «Lasciate ogni speranza o voi che entrate...»

Ella rió, posiblemente sin entender, y de nuevo Aníbal Cruz habló:

— ¡Anda, Vicente... ya estás medio borracho!...

Como el amigo persistiera en su propósito de continuar hablando. Aníbal frunció el entrecejo y bastó esta insinuación para que pudiera librarse de su presencia.

Aníbal Cruz se había destacado entre la muchachada de su tiempo por la formidable eficacia de su trompada. Puesto a prueba en cincuenta entreveros, había salido airoso y, como era sereno y guapo, el prestigio le servió, entre otras cosas, para la conquista de las mujeres. Hijo del general Cruz, viejo guerrero que alcanzó sus galones junto al fogón en las fronteras, había sido educado en la escuela del valor personal, porque tanto para él como para el padre, tenía más importancia un puñetazo a tiempo que todas las razones que pudieran aparecer en el transcurso de una diferencia. Criados «a campo», según la gráfica expresión del soldado, los muchachos conocían las crudezas de las madrugadas del invierno y los calores aplastantes de las siestas en verano. De a caballo todos, rivalizaban en el manejo del lazo con los peones más «baquianos» y eran sufridos y fuertes cuando se trataba de trabajar en el rodeo de sol a sol.

Aníbal Cruz se asomó a Buenos Aires y dueño de la parte de fortuna que le dejó al morir el viejo militar, ocupó el sitio que le correspondía por su tradición y por su carácter. En un año era «jefe de grupo» y había anotado en su «haber» media docena de episodios, que le consagraron definitivamente digno sucesor del Indio Mora, muerto el año antes en una refriega del Carnaval.

Donde nadaba Emma Reyes apareció la cabeza de un lobo marino.

Una nueva embajada, compuesta esta vez por tres mujeres y tres amigos, llegó hasta la mesa de Aníbal Cruz.

— ¡No podés rehusarte, che, negro!

— ¡Es claro!... Si faltás en nuestra mesa, parece que no nos divertimos...

— Tan luego esta noche... — argumentó una de las mujeres.

Aníbal Cruz se puso de pie e invitó con la mirada a su compañera.

— ¡Por favor!... — suplicó.

— Venga, señora...

Ella tuvo deseos de huir. Temerosa de despertar las iras de su amante, sin saber qué aptitud adoptar, ensayó una sonrisa.

Aníbal, sabe que tengo que volver temprano... — adujo en tono de disculpa.

— Vamos un momento, nomás...

Cuando el grupo se puso en marcha, uno de los camaradas interrogó a Aníbal:

— ¿Y ese «aparato», che... donde lo «hubiste»?

— Es una señora casada...

— ¡Ah, tigre!...

— No quería venir... Anda con miedo... ¿sabes?

— ¿Y el marido?

— La mataba a golpes y no le daba ni medio...

— ¡La historia de siempre!...

En la mesa de la «patota», la recepción alcanzó las proporciones de una apoteosis. Parados sobre las sillas, con las copas en alto, mujeres y hombres brindaban por los recién venidos y en medio de los aplausos y de los hurras, Aníbal ocupó el puesto de honor.

— ¡Que la presente! — gritó uno.

— ¡A bautizarla! — propuso otro.

Antes de sentarse, Aníbal habló.

— Tengo el gusto de presentarles a mi «casi» esposa...

Nuevas exclamaciones y risas saludaron las palabras de Aníbal y otra vez los brindis formularon votos por la prosperidad de los «casi» esposos.

La orquesta de bandoneones seguía la sucesión de tangos y las parejas, rivalizando en gravedad y tiesura, trazaban en la alfombra del salón complicados arabescos.

¿Vamos a bailar? — invitó Aníbal.

— Pero si no sé...

No hubo razones que se opusieran a los deseos del amante, y pocos segundos después se confundían en el conjunto de los danzarines.

Al llegar a uno de los extremos de la sala, Aníbal fué interrumpido bruscamente.

— ¿Dónde va con esa mujer?...

La respuesta fué un recio puñetazo.

— ¿Qué ha sucedido?...

— ¿Qué fué?...

— ¡Nada!... El señor que está borracho y se ha caído... ¡Que siga el tango!... Y de un violento empellón atrajo hacia sí su compañera y levemente pálido siguió marcando los compases de la orquesta.

Ella, dejándose arrastrar, cerró los ojos y sobre sus mejillas sintió el calor de dos lágrimas, que en aquel instante se le ocurrieron dos gotas de sangre, surgidas del fondo de su corazón.

— ¡Viva el negro Cruz!... — gritó uno.

— ¡Vivaaaaá!...

....

El champagne, como un río de oro, desbordaba en las copas y llenaba de alegres cascabeles las cabezas juveniles.

En la penumbra exterior, entre el tibio follaje de la fronda cercana, sollozaba el amor.

F L I R T

Emma Reyes había cumplido ya veinte años y, en el libro de sus recuerdos íntimos, no figuraba el nombre de ningún adorador. Sus amigos — y eran legión — se resignaban a admirarla. Todos parecían considerarse con escasos títulos para aspirar a su conquista y no pocos del núcleo sentían un vago temor en presencia de aquel carácter tan personal y tan autoritario.

— ¡Mereció haber nacido hombre! — solían decir algunos para justificar sus actitudes.

Emma Reyes, en efecto, no se sometía a ninguno de los rigorismos rituales de la costumbre. Y ya fuera en Mar del Plata, en Buenos Aires, en París o en cualquiera de los puntos donde se hallara, hacía alarde de su independencia, paseándose sola, dueña absoluta de sus actos. Se había educado desde niña con entera libertad y nada sabía de simulaciones; era casi transparente y sincera en cada uno de sus aspectos; invulnerable a la crítica y a los comentarios, seguía marcando su personalidad con rasgos propios. Muchas veces llegó hasta sus

oídos la frase sentenciosa de alguna buena madre.

—¡Hijita!... Con ese carácter no encontrarás fácilmente marido.

Tampoco lo buscaba; había leído en algún libro que la dicha habría de llegar hasta ella si estaba escrito y nunca turbó su pensamiento la idea de una vida estéril.

¿Sus amigos? ¡Bah! Los había catalogado perfectamente en el casillero de sus afectos; todos juntos no formaban el ideal que ella soñaba y se le ocurrían figuras endebles, sometidas a las exigencias de la vida social. Vivían una vida exterior de simulaciones y cálculos; los que eran ricos, le resultaban pálidos herederos, incapaces de afrontar la lucha por la existencia; los pobres, en cambio, con mucha tradición en sus apellidos, se sentían alucinados por el brillo de su figuración y la miraban como a un astro.

Emma Reyes, sin inquietarse, esperó.

Aquel verano, tras la dorada coraza de una representación diplomática cualquiera, llegó a Mar del Plata el doctor Carlos Acuña, cuyos prestigios se encargó la prensa de hacer resaltar en largos y fáciles artículos.

Se dijo en ellos que el doctor Acuña era una de las personalidades descollantes de su patria y que ninguno de los hombres de su generación había hecho en tan corto tiempo una carrera tan brillanta. Tenía, según los diarios, talento, ilustración, fortuna y abolengo... Nada le faltaba, pues, para triunfar.

Cuando llegó a Mar del Plata, se sintió al pronto subyugado por el encanto de Emma Reyes y no fué pequeña la sorpresa al enterarse que sus propios compatriotas no hubieran cedido a la atracción de sus gracias singulares.

—Me habían dicho—opinó una tarde en el «Ocean Club»—que las mejores niñas de la sociedad se las llevaron siempre los extranjeros...

—¿Eso equivale a confesar que tiene usted la intención de no desmentir la leyenda?—respondió una señora de la rueda.

—Si de mí dependiera, confieso que sí, señora.

Por la noche, todo Mar del Plata conocía la frase y los cronistas sociales, siempre tan inoportunos, telegrafiaron a Buenos Aires la importante silueta.

Y el «flirt» quedó consagrado por la sanción unánime de todo el elemento femenino. El joven diplomático se encontró, sin darse cuenta, en un intrincado laberinto y, cuando quiso recapacitar, advirtió que había avanzado con impremeditada rapidez. Solos en el golf, solos en la playa y en cualquiera de los paseos que en su honor se organizaban, la sociedad entera parecía empeñarse en que la presa no escapara.

Emma Reyes fué la primera en reaccionar.

—Es posible—dijo en una de sus largas confidencias al doctor Acuña—que de haber sido yo una de las tantas niñas que usted ha conocido en su breve visita, a estas horas ya habría bajado tímidamente los ojos, provocando una declaración que usted nunca pensó en hacerme. Y, es posible también que dejándonos arrastrar por el torbellino de los prejuicios mundanos, usted y yo fuésemos novios. Pero yo soy distinta a todas las demás y me río cuando observo las maniobras de todo el mundo, afanado por encender la llama de las ilusiones con el ridículo fuego de los convencionalismos...

El doctor Acuña la escuchaba en silencio, absorto ante aquel desborde de espontánea sinceridad.

—¡Qué pobre idea llevará usted de nuestras costumbres,—prosiguió Emma Reyes—suponiendo que las niñas argentinas carecemos de la facultad de elección! ¡Ya lo ve!... No hay una sola persona que no crea en nuestro noviazgo... Usted dijo una frase galante y la intención apareció de inmediato... Usted lo había dicho por mí... Usted se había «flechado»... Usted renunciaría a todo, y sin saber quién era yo, sin conocerme, sin haber oído mi voz más que breves instantes, iba a pedirme en casamiento...

Emma Reyes rió con la misma espontaneidad con que había hablado.

—¡Qué torpe es la gente... y qué triste concepto le inspira el amor!

Cuando se despidieron Emma volvió a quejarse:

—En todo este episodio, yo lamento una cosa: Es que he perdido un amigo con quien me hubiera sido muy agradable intimar...

—¿Quiere que lo seamos de verdad?—insinuó él.

—Es tarde ya... y usted va a irse. Dejemos que el recuerdo se esfume insensiblemente... Tal vez... tal vez... si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, nuestra amistad habría encontrado el ambiente propicio para florecer...

Al día siguiente, Emma Reyes reapareció en la Rambla y, como todas las mañanas de su alegre verano, salió al mar y, con enérgicas braceadas, se internó en la bahía. Sola, como lo estaba en la sociedad, se impuso a la corriente y, sin temor a un desfallecimiento, cumplió, airosa, la trayectoria de su paseo.

«ON REVIENT TOUJOURS...»

Aníbal Cruz evocaba siempre, como una de sus primeras impresiones de adolescente, el imborrable recuerdo de Emma Reyes.

Sus padres, vinculados por una antigua amistad, habían llegado aquel verano hasta la estancia «Los Granaderos», del general Cruz, y éste, hospitalario y generoso, había abierto de par en par las puertas de su casa, para que encontraran allí el afecto sencillo de los viejos hogares solariegos.

Emma tenía entonces diez y seis años. Aníbal, apenas veinte.

—¿Le gusta andar a caballo?—había interrogado Aníbal la mañana siguiente en que Emma llegara a la estancia.

Y ella, que ya entonces no sabía mentir, respondió:

—He traído mi montura y, si usted no se inquieta, quiero elegir el mejor caballo de su tropilla...

—Va a ser difícil... Mi tropilla recién se está formando y son todos redomones...

Cuando Aníbal se halló en presencia de la montura que Emma había traído consigo, se creyó en el caso de observar:

—Es una montura mejicana ... y de hombre...

—¿Se sorprende usted? Pues no de otra manera puedo andar a caballo...

—¡Estoy por devolverle el crédito!

Aníbal ordenó a un peón que acercara su tropilla hasta las inmediaciones de uno de los galpones y allí pudo Emma examinar en detalle cada uno de los quince animales que la formaban.

—¡Me gusta aquel zaino de patas blancas!—indicó Emma.

—¡No niña... es medio arisco!—argumentó el peón.

Y en seguida agregó riendo:

—¡En cuantito vea polleras... ni el diablo lo sujeta!...

—¡Ensillá ese, nomás!...—ordenó Aníbal.—Ponele esa montura y cinchalo medio adelante...

Emma reapareció algunos momentos después, transformada en su indumento de montar, con elegantes botas y «briches». Decidida y resuelta, avanzó con paso firme y seguro.

—¿Vamos, Aníbal, a dar una vuelta por el campo?

Se acercó al caballo, cuyo cabestro tenía el peón.

— ¡Despacio, niña... La rienda corta...

Sin atender demasiado a las indicaciones, puso el pie en el estribo y, antes de que el animal reaccionara de la sorpresa, había encontrado acomodo en la montura.

— ¡Déjelo...! — ordenó Emma.

Se hallaba a escasos metros del palenque y frente a una ancha avenida de paraísos. Cuando insinuó con el cuerpo un leve movimiento, el caballo avanzó en un andar nervioso y pausado.

El peón seguía absorto el desarrollo de aquella lucha sorda que iba a estallar de un momento a otro.

— ¡Valgale está lleno el animal, que de no!... — reflexionó.

Aníbal había montado también y en pocos segundos su caballo tranqueaba a la par del de Emma.

— ¿Quiere que galopemos? — invitó ella.

— Vamos a dejar que se tranquilice su *zaino*...

Por toda respuesta, Emma inclinó hacia adelante su cuerpo y el caballo, libre ya del suplicio de la rienda tirante, agachó su cabeza y, como si diera escape a sus nervios largamente contenidos, corcoveó en furiosas arremetidas.

Emma Reyes dejó caer su capa en brazos del bañero.

— ¡No dije!... — alcanzó a gritar el peón.

Emma soportó con admirable sangre fría las violentas sacudidas y, firme en su puesto, apenas si en algún momento difícil su diestra buscó apoyo en la montura.

El redomón se entregó dos minutos después y, más tranquilo ya, se dispuso a obedecer el mandato del jinete.

Aníbal había seguido en silencio la rápida escena y sólo cuando Emma le pidió que le alcanzara el látigo que había perdido en la lucha, él atinó a sonreir.

— ¿Sabe que había sido de a caballo?

— No he hecho otra cosa en mi vida...

....

Aníbal Cruz volvía a encontrarse con Emma Reyes después de cuatro años. Desde aquella temporada en «Los Granaderos» no la había vuelto a ver. Había permanecido la mayor parte del tiempo en el campo y ella había viajado casi siempre por Europa. Después, la muerte del padre de Aníbal, ocurrida con escasa diferencia de meses con la del padre de Emma, alejó un tanto la estrecha vinculación de ambas familias.

La mañana del episodio con el lobo marino, cuando todos creían en la posibilidad de una tragedia, sólo Aníbal Cruz se mantuvo tranquilo. Recordaba, como si fuera ayer, la escena de la estancia, y estaba seguro que también ahora, frente al peligro, Emma no habría de perder su serenidad. Y cuando la vió sumergirse, y surgir de nuevo y alejarse, sintió ganas de aplaudir para exteriorizar su alegría.

Esa tarde, después del almuerzo en la Rambla solitaria, Emma Reyes y Aníbal Cruz, se hallaron como al azar.

— ¿Tan sola a estas horas? — interrogó él.

— Es el momento que elijo para leer... Huyo de la gente, y del «Bristol» sobre todo, donde, a pesar del calor, se baila con desenfreno.

— ¿Se le pasó el susto de hoy?

— ¡Susto, no! El miedo hace perder la cabeza y yo le juro que no tuve un segundo de duda. Cuando los soplidos del lobo y un grito extraño, como el de un perro, me indicaron su presencia, me sumergí y, cambiando rápidamente de ruta, me alejé... Un centenar de metros más allá estaban los bañeros y pude así escapar del peligro, más imaginario que real.

— ¿No tiene miedo a los lobos?

— Los lobos marinos son más curiosos que feroces... En eso se parecen a ciertos hombres, que pasan los tres meses del verano en la muda contemplación de las bañistas...

Al día siguiente, las amigas de Emma Reyes se consideraron en la obligación de prevenirle.

— ¡Ayer te han visto conversando con Aníbal Cruz! — dijo una.

— ¡Es de lo último, che! — afirmó otra.

— Pero... qué, ¿no sabes...? — interrogó una tercera. — Es el «amigote» de la «Maravillita» que canta en el Odeón...

— Pero, la «Maravillita» es una persona muy bien — afirmó Emma irónica-

mente. ¿No es ella quien estuvo en el chalet de Arredondo, ayer, a tomar el te? ¿No es ella la que cantó en el «Oceán» y a quien cada una de ustedes le pidió una postal con dedicatoria?...

— ¡Siempre la misma Emma!...

— Es que yo hablo con franqueza, criaturas, y mientras ustedes pasan su tiempo pensando que en Aníbal Cruz han perdido un candidato, por otro lado viven pendientes de una sonrisa de la «Maravillita», como si en el fondo sintieran una íntima envidia.

Y antes de alejarse, remató su frase:

— Entre nosotras, la diferencia es fundamental... Ustedes consideran que yo hago mal en cultivar la amistad de Aníbal Cruz... y a mí se me ocurre mucho peor la de ustedes con esa tonadillera...

Y al defender a Aníbal Cruz, en el corazón de Emma Reyes pareció filtrarse por primera vez un rayo de sol...

CONTRA LA CORRIENTE

Más que asombro, la noticia del compromiso de Emma Reyes con Aníbal Cruz, produjo estupor en todas partes. Fué el campanazo del año en materia de casamientos, y como era natural, los comentarios arreciaron.

— ¡Tal para cual!... — se decía, al referirse al carácter de cada uno.

— ¡El es un indio por su aspecto y sus costumbres!

— ¡Ella es una descocada!...

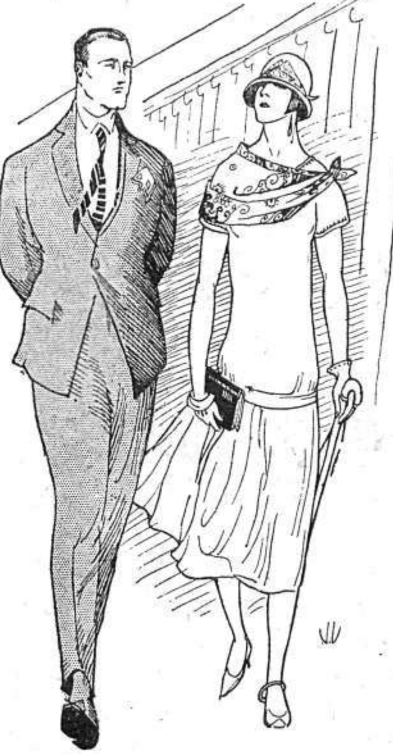
Contra la opinión de todos, aun de los más íntimos, Emma Reyes se había dejado vencer por el asedio de una pasión que, con palabra ruda y franca, supo traducirle Aníbal Cruz.

Sin embargo, ella había creído necesario decirle:

— Yo no me considero capaz de someterme a las exigencias mundanas de una vida de encierro, como las que nuestra sociedad decreta para las jóvenes esposas. Si usted ha de aceptarme tal cual soy y ha de concederme para el futuro la misma libertad de que ahora disfruto, es posible que solamente así me sienta con fuerzas para incorporarme al núcleo de las casadas.

Aníbal Cruz halló en las palabras de su novia un raro encanto, que sirvió para acrecentar más y más un cariño que ya no cabía dentro de su pecho, y de un día para otro su transformación fué completa. El Buenos Aires noctámbulo y la patota bulliciosa, perdieron su principal cabecilla; sus amigos, los que seguían firmes en el peligroso camino de la disipación y el vicio, le vieron alejarse con pena y más de uno consideró su actitud como una cobarde claudicación de su altivez. Pero, ¿qué le importaba a él de nadie si era inmensamente dichoso? Ni las críticas, ni los anónimos, lograron empañar la pureza de sus ilusiones y, como un enfermo, a quien alentara la esperanza de una vida mejor, Aníbal miró hacia el futuro y vió un largo camino blanco bajo un cielo diáfano y azul.

Emma también era feliz. Sabía que Aníbal era capaz de comprenderla y, sola contra todos, había erguido su frente para pronunciar bien alto el nombre de su amado.



En la Rambla solitaria, Emma Reyes y Aníbal Cruz se hallaron como al azar.

LAS PRIMERAS RÁFAGAS

Fué un noviazgo breve y curioso. Ella seguía dueña de su libertad; no faltaba a las veladas líricas de la temporada, ni su palco del Odeón quedó una noche vacío.

— ¿Acaso porque mi novio esté en la estancia he de privarme del placer de divertirme? — solía decir, cuando se le observaba el quebrantamiento a los hábitos sociales.

— Es que para ella, su novio es... una cosa... — afirmaba la gente.

Y los amigos de Aníbal se lamentaban:

—¿Quién habría de decir que el Negro se entregaría de ese modo?...

— Lo peor es que la otra noche fué a visitarla a su palco Carlos Acuña y de allí, con la buena mamá, se fueron a la «París»... ¿Te parece bien?

— ¡Para mí que el Negro se ha vuelto idiota! ¡Nadie se explica cómo le tolera esas excentricidades! ¡Es posible que estas cosas aparezcan naturales en una niña norteamericana, pero hay diferencia de educación, de temperamento y hasta de sangre!...

Las ráfagas fueron aumentando de intensidad, a medida que se aproximaba la fecha del enlace y no faltó el «potin» malévolo que llegara hasta herir los sentimientos más íntimos de la dignidad.

Alguien afirmó que Emma Reyes se veía con Carlos Acuña. Fué primero en Palermo, en pleno bosque; otro aseguró que la «casualidad» los reunía con demasiada frecuencia en los tes de Harrods y un tercero creyó verlos en una rápida «voiturette», camino del Tigre...

S O L O S

La realidad del ensueño los encontró solos. El casamiento reunió apenas algunos íntimos, porque la sociedad había decretado la abstención. Quería condenar así a quienes osaron desafiarla con las rebeldías de un carácter libre de prejuicios. Pero no por ello fueron menos felices, no por ello cedieron a la avalancha incontenible de la envidia solapada y de la maldad encubierta.

Emma y Aníbal se amaron con toda la intensidad de sus almas superiores, en la quietud serena de su propia dicha.

PERO UN DIA...

Carlos Acuña se había incorporado definitivamente a los hábitos de la sociedad; para triunfar en ella, poseía todas las cualidades requeridas y las puertas de los salones se abrían como un homenaje, a quien con tanto ingenio había sabido conquistar el puesto envidiable de «galán joven» que todos le otorgaban en la eterna comedia de la frivolidad y el saludo.

Una tarde en el club se mataba el tiempo.

— Ayer he visto por primera vez a Emma Reyes, después de su casamiento...
— informó uno.

Carlos Acuña sonrió en silencio.

— ¿Qué tal estaba?... — interrogó un segundo.

— ¡Divina, che!

Carlos Acuña volvió a sonreir, como si en su pensamiento se reflejara la silueta de Emma Reyes.

— ¿Iba sola, che?...

— ¡Es claro!... Manejaba su Packard y a su lado iba el chófer...

La tercera sonrisa de Carlos Acuña no escapó a la observación de los amigos.

— ¡El que a solas se ríe... de sus picardías se acuerda!...

Carlos Acuña prefirió no contestar, dejando que cada uno interpretara su silencio como le viniera en ganas, y se alejó del pequeño salón mortificado por la elección del tema.

— ¡No hay como los diplomáticos para ser discretos!...

— ¡Sobre todo para tener suerte!

Cuando, al día siguiente, los mismos amigos vieron a Emma Reyes tomando el te con Carlos Acuña, en los salones de Harrods, aquel silencio tuvo para todos el significado de una revelación.

— ¡Pobre Negro! — le compadeció uno.

— ¡Fué más feliz en el «cabaret»! ¡Allí era dueño y señor!

Y los amigos de Aníbal Cruz parecieron traducir en su expresión el peso de una inmensa angustia.

En una rápida «voiturette», camino del Tigre.

FRENTE A LA DICHA

Para la mayoría resultó un misterio la dicha de Emma y Aníbal en el nuevo rumbo de sus vidas. Los que conocían al «patotero» en sus múltiples aspectos de trompeador y rebelde, se negaban a dar crédito ante aquella súbita transformación. Todos consideraban que Emma había logrado un absoluto dominio sobre su persona y que Aníbal, rendido a sus encantos, había claudicado cobardemente.

— ¡No es posible — decían — que haya cerrado a tal punto sus ojos para no ver la realidad!... Emma hace todo lo que quiere y se da todos los gustos... ¡Aun el de tener como amante a su primer novio!...

Y otros subrayaban:

— Mientras él está en la estancia, ella se exhibe con Carlos Acuña en todas partes... Y siempre la bendita «casualidad» los reune en Palermo, en los cines, en los salones de te...

— ¡No basta ser honrada, es preciso parecerlo!...

— En su afán de destacarse y de llamar la atención, Emma ha recibido ya su castigo... La sociedad la repudia...

— No se puede ir contra la corriente...

Y cuando eran sus propias amigas las que hablaban:

— ¡Qué manera de vestirse! En el baile de los americanos, en el Plaza Hotel, estaba con un descote ridículo... naturalmente, sin mangas y con el vestido hasta la rodilla... Bailó como un trompo con médio mundo...

— ¿Y el marido?

— Extasiado desde el marco de la puerta... con su aspecto de paisano taimado...

— ¡Sí, pero tolerante!...

— Dicen que en sus tiempos de soltero tenía la costumbre de pegar a las mujeres... ¡A una le lastimó una vez la cara porque no quiso darle un beso...

— A mí me dijeron que andaba siempre con un puñal debajo del chaleco y que en una de esas trifulcas de los «cabarets» dió no sé cuántas puñaladas...

— ¿Y lo que dicen ahora de Carlos Acuña?...

— Parece que se ven en la «garconniére» que él ha instalado en la calle Juncal...

— ¡Al año de casada!...

— ¡Estas excéntricas terminan siempre así!...

Media hora más tarde, el honor de Emma seguía proporcionando fácil tema a la perfidia y a la maledicencia.

En la torre de los ensueños, Emma y Aníbal no alcanzaron a escuchar el murmullo de los vendavales con que se pretendía obscurecer su cielo.

Y OTRO DIA...

En el club se bebía frente a una mesa, en un pequeño salón propicio a las confidencias.

— ¡Es como si negaras la luz! — dijo uno de los amigos a Carlos Acuña.

Y Carlos Acuña habló esta vez:

— Yo creo que cuando las mujeres delinquen es por culpa de los maridos. No está dentro del temperamento argentino la inclinación de las mujeres hacia el adulterio. Pero les gusta ser cortejadas, necesitan vivir su juventud y cuando el destino les proporciona un marido indiferente, van al pecado, oprimiéndose el corazón.

— Esa es la lógica de todo conquistador discreto... — argumentó uno de la rueda.

— Entre nosotros no hay conquistadores — siguió diciendo Carlos. — Algunos que creen serlo, son tipos ridículos, para los cuales la realización de un amorío vulgar, a base de dinero, parece proporcionarles el mejor triunfo. Para que existan conquistadores entre nosotros, es menester primero, crear la mujer de aventura y en éstas sociedades no hay términos medios. O se es honrada o no se es..

— ¿Qué entiendes por mujer de aventura?...

— Puede serlo la viuda joven, la divorciada y hasta la que se ha casado por interés...

— ¿Y, a tu juicio, no hay en ellas delito?...

— Claro es que la sociedad, por propio instinto de defensa, las condena... Pero, ¿puede una mujer joven renunciar a la vida, porque así lo decreten algunos prejuicios?...

— ¿Y en el caso de Emma?...

Carlos Acuña dudó un segundo antes de responder. Miró a cada uno de sus amigos y, ante la expresión de confianza que creyó advertir en ellos, respondió:

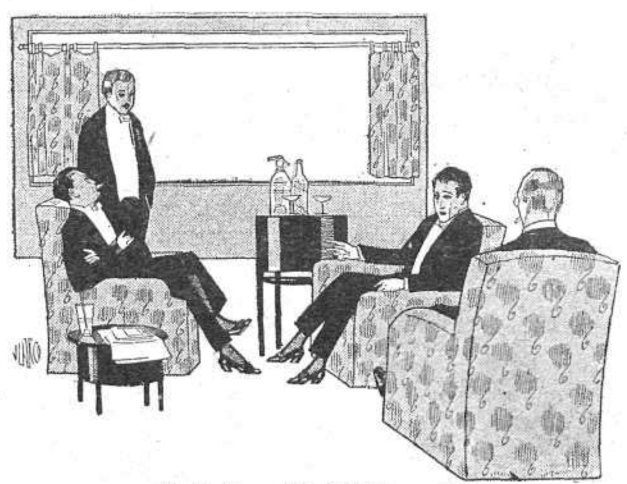
— El caso de Emma es el de muchas... ¿Alguien se atrevería a culparla? ¿Es posible suponer que una mujer a su edad va a resignarse a ser considerada como un mueble cualquiera? Su marido, abstraído en la fecundidad de sus vacas, pendiente de

las alzas y las bajas de los precios, no ha tenido tiempo de penetrar en el misterio de los ojos verdes de su mujer... No ha sabido pronunciar nunca la palabra oportuna del halago, y una vez que fué dueño de ella, la certidumbre de la posesión le tornó más indiferente.

—¡Como quien adquiere un cuadro!...

—Ni más ni menos... Cuando está en el salón expuesto a la subasta, más que el deseo artístico de su posesión, impulsa al candidato el propósito de no dejárselo arrebatar por otro. Se entabla la lucha y el mejor postor, o el que anduvo más rápido, cuelga en su sala la obra de arte. Y allí, para él sólo, el cuadro duerme luego el sueño del olvido...

Carlos Acuña se incorporó para alejarse.



En el mismo salón del club, propicio a las confidencias.

—La mayoría de las mujeres argentinas son como los cuadros... —repitió.

Cuando desapareció por la amplia galería, ninguno de sus amigos dudó.

—¡Es el amante de Emma!...

—¡Qué discreto!

—¡Qué manera de razonar!...

Y de nuevo las copas volvieron a llenarse «patrióticamente» con media docena de «San Martín».

TANTO VA EL CÁNTARO...

Las ráfagas de la perfidia no tardaron en transformarse. Primero fueron rachas aisladas, luego el vendaval violento.

Ya no era posible aislarse y hasta la torre del ensueño llegaron esta vez los ecos de la multitud. Pero ni Emma ni Aníbal experimentaron la sensación del vacío y, como nunca, se sintieron fuertes en su amor.

Un anónimo les concretó más tarde los rumores; el nombre de Carlos Acuña apareció como el causante de su deshonra y no faltaban algunas frases jactanciosas atribuídas al seductor.

—¡Emma! —dudó él un segundo.

Pero ella lo miró en los ojos y él pudo ver en la sinceridad de su expresión que allí estaba su alma pura y límpida como siempre la soñara.

—¿Quieres que modifique mi vida? —interrogó Emma.

—¡No! —protestó él. Si así lo hicieras, la sociedad habría de creerte culpable...

—¿Me permites que siga frecuentando la amistad de Carlos Acuña?...

—¡Sí!... —respondió él firmemente.

Y luego de una breve pausa, agregó:

—Dentro de una semana el vendaval habrá pasado...

—¿Qué vas a hacer?

—Nadie sabe dónde se forman los vientos de la murmuración... ¡Yo me propongo averiguarlo!...

L A C I T A

En el entresuelo del Plaza Hotel, al amparo de una suave penumbra, Emma Reyes y Carlos Acuña tomaban el te frente a una mesa. La orquesta llenaba de notas alegres el ambiente y no faltaban parejas para el baile. Carlos Acuña, sorprendido él mismo, había encontrado el campo propicio y en un «a fondo» completo ensayó la estocada final.

Había conversado de mil cosas, pero Emma se esmeraba siempre en conducir el tema por el camino más peligroso. Quería profundizar el análisis y, en presencia de un adversario hábil y prevenido, tuvo que poner en juego toda su perspicacia. Por fin, cuando Carlos Acuña, dejándose llevar por la impresión de su triunfo cercano, arriesgó una pregunta:

—¿Se resignará usted a prolongar su infortunio? ¿Usted, una mujer inteligente, libre de prejuicios y que se ha reído siempre de la sociedad?...

—No me agrada nunca proyectar... Soy en eso algo supersticiosa y me parece que ha de favorecerme siempre lo imprevisto... No me ha gustado salir al encuentro de la felicidad; he preferido que ella viniera a buscarme...

—¿Acaso no he sido demasiado claro? ¿O no ha querido usted comprenderme? ¿No ha adivinado cuál ha sido mi sentimiento desde el primer día en que la vi?

—¡Por favor, Acuña... le ruego que se calle!... ¡No es el momento!...

—¡Oh, Emma, lo comprendo demasiado... pero ya no podría callar... Se ha despertado en mi alma aquel inmenso amor que ha dormido durante un año, y ahora que la sé desgraciada, quisiera traducirle la intensidad de mi cariño... ¡Sí, Emma, a pesar de su ingratitud, a pesar de haber preferido a Aníbal, yo la quiero como nadie es capaz de querer!

Había un acento de honda emoción en sus palabras y Emma las escuchó, traduciendo en una leve palidez el efecto que le producían. Luego de un segundo, que bastó para que ella se serenara, habló, esforzando una sonrisa:

—¡Se está poniendo en ridículo, Acuña!... ¿No se da cuenta de que de todas las mesas lo observan?

—¡Tiene razón, Emma!...

En seguida, obedeciendo a una voz interior que le mandaba, Carlos Acuña alcanzó a interrogar:

—¿Mañana tomaremos el te en casa?

Y esperó.

Emma Reyes había aparentado no oir y seguía con sus ojos llenos de lágrimas los giros veleidosos de una ágil pareja de danzarines.

El quedó como anonadado, no atrevióse a interrumpir el mortificante silencio. Cuando la orquesta dió término a un largo «fox-trot», Carlos se decidió de nuevo a iniciar el diálogo:

—¿Está enojada?...

En la sonrisa de Emma, Carlos halló la ansiada respuesta.

EN RUEDA DE AMIGOS

En el mismo salón del club, propicio a las confidencias, Carlos Acuña parecía más alegre que de costumbre.

—¿Te has sacado la grande?...

—¿Alguna nueva conquista?...

Carlos se limitaba, como siempre a sonreir.

Uno de la rueda, adoptó una táctica eficaz para decidirlo a que hablara.

— ¡Si crees que con ese silencio intencionado vas a convencernos, estás en grave error!...

— No tengo ningún interés de convencerlos de nada...

El amigo se puso serio y, levántandose del sillón donde se hallaba, habló:

— ¡Sí, señor! Tienes interés en que nosotros te supongamos el conquistador irresistible... el seductor de las casadas... Si te hablamos de Emma Reyes, te sonríes, dejando a nuestro cargo la tarea de adivinar la intención de esa sonrisa... ¡Y esa horma, querido diplomático, no es para tu zapato!...

— Hablas con mucho énfasis, querido Rafael...

— Es posible que las apariencias te favorezcan y tú pases a los ojos de todo el mundo como el amante de Emma Reyes... pero yo me dejaría cortar la mano... ¡Nuestra sociedad es demasiado impresionista y basta una insinuación cualquiera para que en seguida se condene sin defensa! ¡Emma Reyes está en el «index», porque no se sometió nunca a los ritos de la mayoría! ¡Su casamiento con el negro Cruz, fué la gota de agua que hizo rebasar la copa...

—¿Acaso se equivocó la sociedad?... — dijo Carlos Acuña, en tono de defensa. ¡Por Emma misma, ya que me obligas a hablar he de decírtelo, conozco su desgracia! Emma mereció ser feliz y bien hará en rebelarse de una vez contra los convencionalismos...

— ¿Eligiéndote como amante?...

— Yo con tantos o más títulos que cualquiera porque me precio de haber penetrado en su alma y de haber conocido sus bellezas...

— ¡Me parece que no has de verte en ese espejo!

— ¿Qué sabes tú?

— ¡Te jactas demasiado para ser veraz!

Las risas de los amigos tuvieron la virtud de enaltecerlo. Carlos Acuña se sintió sólo en medio de ellos y, creyéndose deprimido en su situación difícil de hombre extraño a ese ambiente, que por instantes se le ocurría hostil, lanzó a manera de anatema:

— ¡Si quieres saber la verdad, haz mañana el ridículo papel de situarte cerca de mi «garconniére», a las cinco de la tarde!

— ¡Allí estaremos!... — respondió Rafael, variando de tono. — ¿No es verdad, muchachos?

— ¡Iremos todos!...

— ¡No, por favor!... — balbuceó Carlos.

Y asediado por la crueldad burlona de los camaradas, Carlos Acuña creyó disuadir a sus amigos, pronunciando en voz baja el nombre de Emma Reyes.

SUEÑO DE OPIO

Carlos Acuña se había tendido en el cómodo diván de su casa de soltero y aguardaba tranquilo; había fumado media docena de cigarrillos egipcios y en el pequeño cuarto, orlado de tapices fantásticos, se respiraba una atmósfera de perfumes violentos.

Comenzaba el invierno y con él esos días grises y melancólicos que invitan a la soledad y al recogimiento en la tibieza de un nido de amor. Caían las últimas sombras de la tarde y a medida que se aproximaba la hora, Carlos Acuña dejaba remontar su espíritu hacia las vagas quimeras del ideal.

Y cerraba los ojos y veía andar con sus pies descalzos sobre las regias alfombras, la esfumada figura de su amante; la veía dueña de aquel rincón, en el pleno dominio de su belleza, libres los cabellos, que caían en luminoso torrente sobre el mármol de su espalda escultural. Sentía en sus labios el calor de sus besos y poco a poco, dejándose vencer por el ensueño, le parecía sentir el collar de sus brazos, que le estrechaban cada vez con mayor fuerza. Emma, dominada por la emoción, traducía en el brillo de sus ojos de esmeralda, las ansias del amor y ponía en sus caricias suavidades de seda.

Ahí estaba, rendida a la voluptuosidad de una pasión que él había encendido y, al saberse dueño de aquel tesoro, un íntimo halago iba envolviéndolo como en un denso tul de ilusiones.

FRENTE A FRENTE

De pronto, el agudo sonido del timbre le volvió a la realidad. Sintió que su corazón aceleraba la marcha y rió él mismo de su infantil nerviosidad. Los pasos del sirviente que acudió al llamado, resonaron con eco extraño en el mosaico del corredor y Carlos se puso de pie para mirarse por última vez en el espejo.

La puerta se abrió con estrépito y Carlos Acuña se encontró frente a frente con Aníbal Cruz.

Los dos hombres se miraron con fiereza y Carlos comprendió en la palidez de su adversario que el momento era decisivo y fatal. No atinó a explicarse la presencia de Aníbal Cruz en aquella actitud hostil, pero creyó prudente no intentar su defensa.

— ¿Viene usted a matarme?... — alcanzó a decir.

En el alma de Aníbal Cruz debieron revivir sus instintos juveniles, porque de un salto, como una fiera que cae sobre su presa, con una precisión calculada, descargó su diestra potente en el rostro de Carlos Acuña.

Carlos rodó por tierra.

— ¡Yo no mato a los perros ... los castigo!

Antes de que Carlos Acuña lograra reaccionar, Aníbal Cruz, habló:

— ¡Mi cachetada es también para la sociedad!... ¡Yo necesitaba concretar el símbolo de la calumnia y usted, que cargaba con los honores de pasar por el amante de mi mujer, que en rueda de amigos diseñaba sonrisas maliciosas, cuando su nombre se barajaba en los labios, usted ha debido recibir la afrenta!

Aníbal Cruz hizo una breve pausa.

— ¡Y ahora le conviene irse!... ¡He dispuesto hablar bien alto y esa misma sociedad que lo erigió en conquistador de honras ajenas, va a conocer su «primera aventura» con una dama casada!

Los amigos de Carlos Acuña, que se habían aprestado a ser testigos del acontecimiento, hicieron irrupción en la sala.

— ¿Qué has hecho Negro?...

— ¡Nada, muchachos!... Aplico en el gran mundo los procedimientos del «cabaret»... ¡El señor está borracho y se ha caído!...

Aníbal sintió posarse sobre su hombro una mano suave y enérgica a la vez. Cerró un instante los ojos y le pareció ver junto a él la austera y sencilla figura del general Cruz.

— ¡Vale más un puñetazo a tiempo, hijo mío, que todas las razones!...

Y EL VENDAVAL PASO...

Algunos días más tarde, desde la alta torre de su ensueño, Emma y Aníbal vieron allá abajo arrastrarse una inmensa serpiente empenachada de humo.

— ¡Allá va la calumnia! — dijo Aníbal, señalando el traen que huía.

....

Un nuevo sol, luminoso y radiante, surgió en aquellas vidas y como en la hora primera de las mejores ilusiones, Emma y Aníbal se unieron en un abrazo estrecho y sus labios celebraron la íntima comunión espiritual de dos almas que, al remontarse sobre los prejuicios, encontraron la dicha en su propio amor.

FIN

Dibujos de Larco

Fiesta campestre



Concurrentes al picnic organizado por la C. D. del Club Atlético Lutz Ferrando y Compañía, conmemorando el aniversario de la fundación de esta entidad comercial.

EL FIEL

No digas nunca: «Fulano tiene más de lo que merece». Jamás exclames: «injusticias de la suerte.»

En verdad te afirmo que no hay fiel, que no hay balanza de precisión más delicada y perfecta que la de la justicia distributiva.

Dios no tiene por qué intervenir en las sanciones de los actos. Cada acto lleva en su germen mismo el premio y el castigo, como en cada bellota están la encina y el roble con todas sus posibilidades, su majestuosa sombra futura y hasta los pájaros que anidarán en sus ramas.

La invisible fuerza que distribuye los bienes y los males es una ley, y así como es imposible que se equivoque la ley de la atracción universal, así lo es que yerre esta ley portentosa.

Cuando Newton formulaba su famoso principio ya in mente, parecíale que determinados movimientos de los cuerpos celestes no se ajustaban a él. ¿Estaba el error en la ley? ¿Estaba en los cuerpos rebeldes?

El error estaba en las observaciones, en los cálculos de las distancias, en ciertas medidas terrestres, inexactas.

Cuando se pudieron rectificar, merced a nuevas medidas y cálculos, los anteriores, se vió que la ley era infalible.

De María Antonieta decíase que en todo era graciosa, pero que no bailaba a compás.

Y un cortesano lleno de ingenio la defendió con aquella frase célebre: «dicen que no baila a compás; pero en este caso la culpa será del compás: «c'est la mesure qui aura tort...»

Pues así es la justicia distributiva: son tu mirada, tu observación, tu juicio, los que se equivocan; ella jamás.

Lo que te acontezca es lo único que puede y debe acontecerte y el universo entero no aplastará sin razón a la más pequeña hormiga.

AMADO NERVO.

IPERBIOTINA



IPERBIOTINA
MALESCI

infiltra su savia vivificadora en todo el organismo, da fuerza a los nervios y purifica la sangre. Devuelve la energía perdida y preserva la juventud.

Venta en Droguerías y Farmacias.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci, Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:
VIAMONTE, 871 — **M. C. de MONACO** — BUENOS AIRES

Notas sociales

En momentos en que toda gran dama porteña se preocupa de rehacer su nido, reponiendo alfombras y tapices en las salas y aposentos, cuyo mobiliario ha permanecido tétricamente enfundado durante los meses de verano, y llena sus horas con interesantísimas andanzas, en las que trata de descubrir las más viejas novedades en los anticuarios más reputados de la ciudad, adquiriendo de paso, brocados, lacas y las mil fruslerías que han de armonizar con el estilo de su mansión, se me ocurre oportuno reproducir en estas notas mías, algunos párrafos del cronista mundano al que me place llamar ilustre colega: Monte-Cristo... Séame perdonado por aquel brillante colega tal atrevimiento...

Nos anticipa, pues, el amable *chroniqueur* de la vida mundana madrileña, cómo una interesantísima gran dama argentina, la marquesa de Salamanca, hoy condesa de los Llanos y grande de España, ha decorado su amplia residencia de la Coronada Villa, con arte tan seguro y exquisito, que merece ser revelado ante sus compatriotas, para que se difunda y amplíe entre nosotras el sentido de la originalidad, de las ideas propias, en cuestiones de gusto y arte, condiciones que liberan a la dama culta y refinada, de esa tiranía de los *tapissiers* de nota, que se esmeran en imponer sus leyes de pesada y monótona suntuosidad, a toda mansión que se respete... No desconozco, naturalmente, que para afrontar tal responsabilidad, ha de requerirse que el espíritu femenino sea cultivado hasta perfeccionar sus conocimientos de arte, y que para ello es menester también frecuentar, como lo ha hecho siempre la joven marquesa de Salamanca, exposiciones, *ateliers* de artistas reputados, asistiendo además a las conferencias científicas y literarias que se nos ofrecen aquí como en el extranjero; pero convengamos en que su innato sentido artístico ha sido un admirable consejero.

Siempre gustó nuestra gentil compatriota del trato de artistas ilustres, de altas personalidades intelectuales, y ello le valió conocer, según refiere Monte-Cristo, al admirable pintor catalán Sert, cuyo arte tan original, si bien es cierto que recuerda en el colorido de los cuadros de Veronés, porque en ellos se halla la riqueza exuberante de la escuela veneciana constituye una escuela aparte; su manera es otra... «pinta siempre sobre madera y da a sus composiciones la suavidad y el brillo de las lacas orientales», tan en boga hoy entre las aficionadas y conocedoras...

Reproduce Monte-Cristo en la mencionada crónica, bellísimas fotografías del comedor de los marqueses de Salamanca: sus *panneaux* de laca roja sobre fondo color hueso, representan algunas de aquellas viejas ciudades de España, cuya sola evocación inunda el alma de belleza, de romántica poesía: Salamanca, Avila, magnífica y sombría, hasta la imperial Toledo, después de haber admirado el cuadro de la Plaza de Toros de Madrid, plena de luz y de alegría, rebosante de público, cuya indumentaria parece inspirada en la época del Romanticismo. Salamanca ocupa el muro central, y sobre la puerta de entrada, luce la maravilla de sus arcos, el famoso puente tendido sobre el Tormes, por el que se desliza, solemne y magnífica, la pompa de una de esas procesiones religiosas que encarnan el alma de la ciudad, esmaltada por los hermosos edificios de la época del Renacimiento. En el *panneau* que representa a Toledo, aparece la puerta de Alcántara, junto con otros monumentos de la ciudad, en cuya colocación, como en las de otras provincias, el artista ha buscado el relieve de sus bellezas arquitectónicas, para ofrecer al espectador un bello conjunto y no una vista fotográfica.»

He querido respetar el texto del brillante cronista, porque ha sido él el que ha recibido directamente la impresión intensa del arte del maestro catalán: todo el decorado del vasto comedor ha sido dirigido por el mismo Sert, tan sobrio en los detalles que han de hacer resaltar su obra magnífica, sin romper la debida armonía: así, el techo de vigas rojas, las puertas de roble muy obscuro y la sillería antigua, de cuero encarnado repujado de oro...

Puedo imaginar desde aquí cuántas maravillas ha de atesorar la nueva morada de la marquesa de Salamanca, guiada por su refinado gusto artístico y asesorada también por las eminentes personalidades, cuya reputación en el mundo de las artes y las letras, auguran siempre las más altas manifestaciones de la belleza. Día llegará, así lo espero, en que las grandes damas porteñas, dueñas de cuantioso caudal, dediquen su refinamiento artístico a crear obras de imperecedera belleza, dentro de nuestras hermosas residencias. No es menester levantar monumentos, cuya grandiosidad se aproxima más a la idea de un Museo, que a la de un hogar con tibieza de nido, de un hogar del arte y de la elegancia más refinada. Nuestras damas no se preocupan lo bastante aún, salvo muy honrosas excepciones, del arte del decorado. No salimos del gran salón dieciocheno, del comedor «Jacobeen» o del «hall» Renacimiento... A veces, como nota muy atrevida, la combinación del estilo británico, con el hispanoárabe. Por eso no he podido resistir, lectoras amigas, a transmitir a ustedes algo así como el lejano reflejo del hogar de una porteña que sabe transformar con mano segura la residencia de una grande de España.

LA DAMA DUENDE



Sra. Susana Cambaceres de Luro

De carácter afable y bondadoso, la distinguida señora Cambaceres de Luro habíase granjeado en nuestra sociedad, de la que era una figura prestigiosa, grandes afectos. Su deceso ha sido sumamente lamentado.



Sra. Celina Maturana de Araoz Alfaro

Culta y caritativa dama, esposa del doctor Gregorio Araoz Alfaro, de cuya vasta obra humanitaria y científica fué una colaboradora virtuosa e inteligente. Su fallecimiento constituyó una dolorosa sorpresa para nuestra sociedad.



La Pastilla para la TOS

Debe ser activa y no ser perjudicial al estómago.

Pastillas iodeína Montagu

son activas por sus componentes (iodo y codeína) y no afectan al estómago.

Son de gusto agradable y su acción es eficaz en las **TOSES**, **BRONQUITIS**, **DISNEA**, etc.

En venta en todas las Farmacias.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo.

Sarmiento y Florida. **Buenos Aires.**

Club Deportivo Central Argentino



Señor Howard Williams, gerente de la Empresa.

Familias que concurrieron a la inauguración del campo de deportes del Club antedicho, habiéndose realizado con ese motivo una interesante fiesta de la que fueron partícipes los numerosos niños que asistieron.

Sir Joseph White Told, presidente del directorio del Ferrocarril Central Argentino.

ORO SOBRE ACERO

Oro sobre acero (Eibar y Toledo) han de ser tus amores.

Oro sobre acero tu voluntad.

Oro sobre acero tus actos.

Sobre el acero del mejor temple de tus propósitos, brillará el oro puro y aristocrático de tu cortesía.

Sobre el acero de tus pensamientos ha de lucir el arabesco de oro de la forma pura y ágil.

Tu don de gentes será capa de oro fino que ha de recubrir el acero de tus fines.

Serán tus sonrisas como minúsculas estrellas áureas incrustadas en el acero de tus intentos.

Tu amor firme tendrá en oro de tu ternura, sobre su acero imperioso.

Sobre el acero de tu esperanza, la placidez con que sabes aguardar, será también oro. El áncora de la diosa estará demasquinada por ser oro de tu apacibilidad expectante.

Oro y acero — Eibar y Toledo — será tu vida, serán tus propósitos, serán tus actos.

Amado Nervo.

TALAN... TALAN...

TANGO PORTEÑO DE E. DELFINO

POR LA ORQUESTA

F. CANARO

DISCO Nº 6978

DISCOS DOBLES **"NACIONAL"** Las Novedades de la Semana y los grandes éxitos en boga.

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL» de 25 ctms., a $ 3.25

18094 — **Tut-Ankh-Amón.** Camel-Trot. Solo Gardel. Millán-Bohr.
Primavera de colores. Estilo. Solo Gardel. Gardel-Razzano.

ORQUESTA TIPICA ROBERTO FIRPO
Discos dobles «NACIONAL» de 25 ctms., a $ 3.—

6252 — **Il Piccolo navio.** Tango. L. Ricardi.
La tardecita. Tango. G. Puglisi.

6256 — **Mal de amores.** Zamba. A. R. Avilés.
A lo lejos. Vals criollo. A. R. Avilés.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

7418 — **Oh!... La... La...!!** Shimmy con serrucho. Frontera-Soifer.
El Aro. Tango con serrucho. J. Galderella.

FRANCISCO CANARO. Orq. típica y Jazz-Band
Discos dobles «NACIONAL» de 25 ctms., a $ 3.—

6973 — **Templo de Venus.** Shimmy. Jazz-Band. Iribarne-Valdez.
Ku-Klux-Klan. Fox-Trot. Jazz-Band. J. Bohr.

6978 — **Talán... Talán...** Tango porteño. Típica. E. Delfino.
Fantasio. Tango. Típica. E. Delfino.

JOSE BOHR. (Con Jazz-Band FRANCISCO CANARO.)

16101 — **Anoche en un taxi.** Fox-Trot. Bohr-Brown.
Tut-Ankh-Amón. Shimmy. Millán-Bohr.

IGNACIO CORSINI. (Con acompañamiento de guitarra).

228 — **Muchachita loca.** Tango. Bastardi-Scatasso
Beso de sol. Estilo. Maroni-Corsini.



MAQUINAS, PLACAS, PELÍCULAS,
PAPELES, DROGAS Y ACCESORIOS EN GENERAL
REVELACION Y COPIAS
PROCEDIMIENTO UNIVERSAL UNICO





De Avellaneda

Regatas en el Dock Sur

Grupos de distinguidas familias siguiendo desde el yate «Santa Cruz», del señor Oliveira César, las incidencias de las diversas pruebas.

Público presenciando la llegada de las regatas.

El Presidente de la República, Dr. M. T. Alvear y señora, cuya presencia dió realce a esta interesante fiesta deportiva.

Un interesante grupo esperando el triunfo de sus favoritos.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838. SOLICITEN CATALOGOS

MODELO N.° 206
En cabritilla negra o color sangre. En gamuza negra,

$ 14.90

MODELO N.° 205
En cabritilla charolada, negra, color sangre o marrón. En gamuza negra marrón o color sangre. Taco de 3 ½ y 5 ½,

$ 14.90



MODELO N.° 215
En cabritilla negra, color sangre o marrón. En gamuza negra o marrón,

$ 14.90



MODELO N.° 226
En cabritilla charolada, negra o charolada color sangre. En cabritilla marrón, color sangre. En gamuza negra, marrón o blanca. En piel de seda negra,

$ 14.90



$ 14.90



MODELO N.° 58
En gum metal negro o color, doble suela, gran moda,

$ 14.90

MODELO N.° 59
Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro. En gum metal negro o color. Todo cosido alrededor, doble suela,

MODELO N.° 199
Botín o zapato, en gum metal negro o color, doble suela, todo cosido alrededor, con puntera o bigotera,

$ 14.90

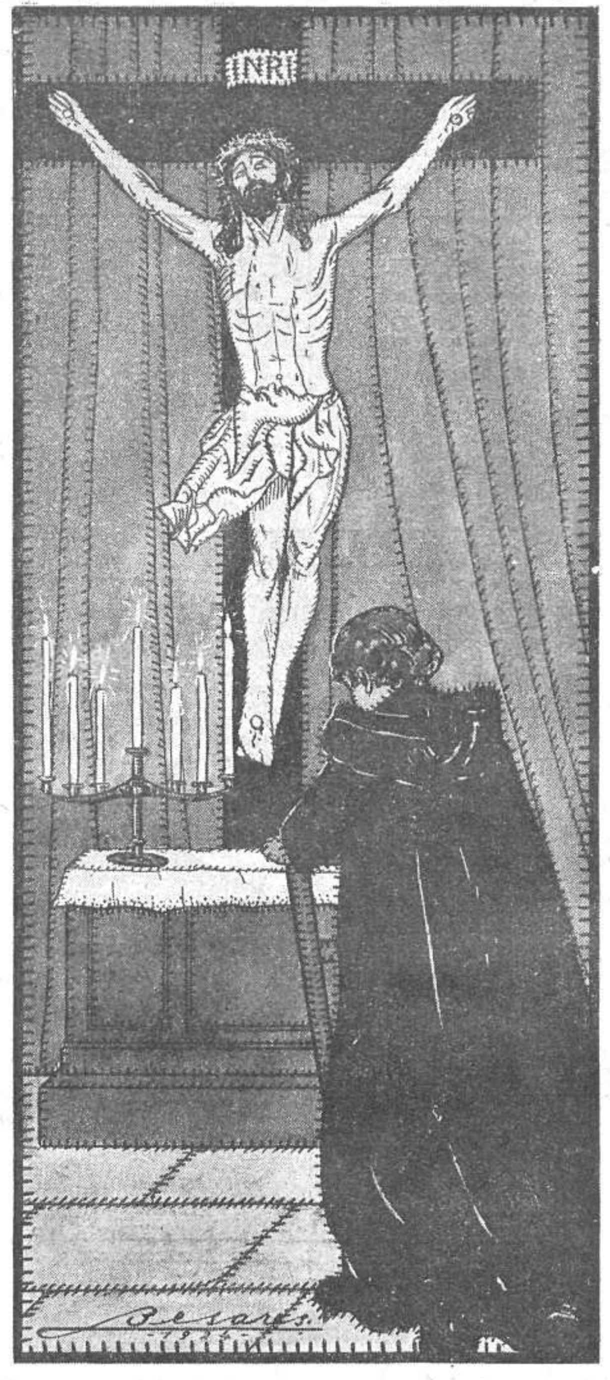
MODELO N.° 194
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones,

$ 14.90



Para los pedidos de Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay deberá incluirse $ 2.— papel argentino para gastos de aduana.

EL RUEGO



Cuando la vida, con sus diarias pequeñeces, me mancha demasiado; cuando el contacto con las otras almas, torpes, utilitarias, esclavas de lo meramente fugitivo, llega a hacérseme verdaderamente insoportable; cuando, atado así a esa vulgar materia de que estamos hechos, abrumado por esa dura verdad de nuestra substancial naturaleza, movido por una fuerza interior, poderosa, de todo mi ser, que ansía expandirse, elevarse, purificarse, entonces, en esos momentos, aislado en mi retiro, en una augusta soledad, en un dulce silencio, cierro los ojos y vuelvo de nuevo a contemplarte ¡oh pura imagen que me acompañarás siempre, sin apartarte de mí ni un solo instante, hasta el postrer segundo!

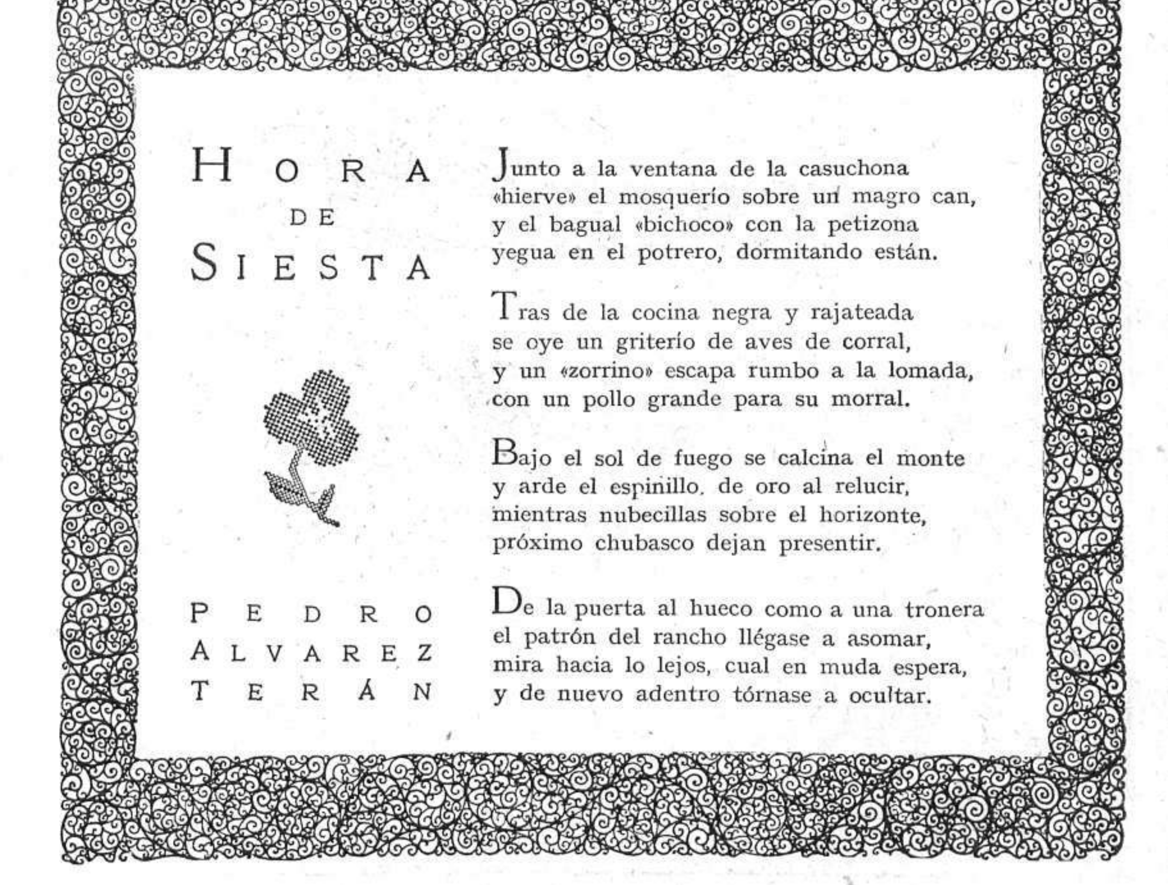
La enorme catedral había quedado completamente desierta. Esa mañana —fiesta anual y solemne de su santo patrono — habían resonado bajo sus bóvedas las poderosas armonías del órgano, los ecos solemnes de los salmos, los violines, las arpas, el son lleno y vibrante de los coros, las graves oraciones de los sacerdotes y el repiquetear de las campanillas, entre las altas columnas, densas, lentas y penetrantes del incienso y de la mirra y al amor de miles de luces quebradas y multiplicadas en los mármoles, en los «vitraux», en el brillo de los oros, en las olas temblorosas de las sedas, en las pedrerías de las imágenes, de los báculos y de los anillos, y en el edificante resplandor de los magníficos altares. Una enorme muchedumbre se había expandido luego por sus ámbitos, vibrante de esperanzas, bajo el eco ensordecedor de las campanas echadas a vuelo; trémula y sonora al retirarse, apretadísima, informe, poseída de los restos de un ardor sagrado. Media tarde ahora, por la plaza vecina y por toda la ciudad, reinaba una gran animación, un incesante ir y venir de gentes en este día maravilloso de primavera, de naranjos florecidos, de luces intensas en los verdes de la tierra, y de puro azul en el resplandeciente cielo. Mas, la catedral yacía completamente desierta, muda, anegada de penumbras. Allá al fondo completamente, en un estrecho espacio, una breve claridad tornábala más grave, más desierta, más honda de recogimiento solemne. El tedio, ese eterno compañero mío, que me empuja a todas partes, sin dejarme detener en ninguna, me incitó y penetré.

Caminé lentamente, paso a paso, entre las sombras, y hacia el final ya, me detuve súbito ¡oh visión maravillosa!: ¡allí de rodillas, una mujer rubia, vestida de negro, una niña, con las manos muy juntas y los ojos en alto, rogaba con la inmóvil ansiedad de una infinita fe. Yacía al pie de un estrado todo cubierto de flores, sobre el cual un gran Cristo trágico se recortaba en su cruz, teniendo por fondo amplias colgaduras rojas y florones de luces. Sobre el ébano ese, retinto, lustroso, del madero, cómo resaltaba la blancura de su cuerpo pálido, flaco, trágico, de sangrantes heridas, sostenido por los clavos que horadaran sus manos y sus pies, grandes clavos de oro, brillantes como pupilas. En la agonía de su rostro caído, surcado de san-

gre, pálido de muerte, en su boca entreabierta ¡qué espantosa desesperanza, qué extrahumana amargura! En la cabeza, la corona infamante de espinas, una corona toda de oro, incrustada de topacios, de rubíes, de diamantes y berilos, que centelleaban rotundos, multicolores, como con una vida propia. En redor, todo sombras, todo silencio, todo soledad. Era, en verdad, algo irreal, intangible, aquella delicada niña, aquella adolescente de guedejas rubias, *de grandes ojos azules, de cuerpo fino, esbelto,* de brazos delgados y blancos, muy blancos, que había clavado sus ojos en la boca desasosegada, en el gesto amargo del Cristo moribundo. Su cuerpo fino, sutil, parecía alargarse también, implorante al par con sus manos unidas, muy finas y muy blancas, que se tendían como un grito hacia el divino Galileo. Era la débil impotencia humana; la secular congoja de los seres que ascendía hacia lo eterno, reclamando de la divina omnisapiencia, de la eterna misericordia, del absoluto enigma, una claridad más para las almas, una esperanza más para los corazones, una razón de ser para esta vida dura y larga de los hombres! ¡Oh, tú, Dios de Justicia, Dios de Perdón, Dios de Caridad, abre las fuentes mismas de la vida, las fuentes de toda comprensión, de toda fe, y deposita allí el rayo de sabiduría que nos haga comprender porqué son necesarios los dolores; porqué es fuerza separarse de los seres amados, cuando ellos más falta nos hacen; porqué todo nuestro ser se cuelga a la esperanza, a la entrevista esperanza, y ella se va sin sostenernos; porqué se engaña tanto nuestro corazón, cuando él desearía, precisamente, detenerse una sola vez, en un solo punto, para siempre! ¡Oh, tú, móvil del universo, Razón Absoluta, Principio y Fin, Ego Increado; oh tú, con tu divina misericordia, con tu infinita *omnisapiencia, levanta a los caídos,* a los que nacieron bajo una mala estrella y yacen entre el polvo de su desgracia; avienta las ambiciones imposibles; los sueños irrealizables que desgarran los corazones de los adolescentes; mata toda afrenta, destruye todo castigo, cuando ello no ha de hacer ni más noble a quien la infiere, ni más justo a quien la recibe; en el alma de los ancianos, de los que ya nada esperan de esta vida, pon la certeza absoluta de un más allá seguro, plácido, deseable! No rígidas ya, sus manos se combaban como en súplica más íntima, más serena, más resignada...

Abandoné aquel templo, abandoné aquella ciudad; los años han ido arrojando su polvo sobre mí; la vida continúa transformando en charca el arroyuelo puro, cristalino en su origen, de mi alma; y en medio de todo, transparente, límpida, intangible, ¡oh visión, ¡tú cantas en mi ser como una alondra!

CIRO TORRES LÓPEZ



HORA DE SIESTA

Junto a la ventana de la casuchona
«hierve» el mosquerío sobre un magro can,
y el bagual «bichoco» con la petizona
yegua en el potrero, dormitando están.

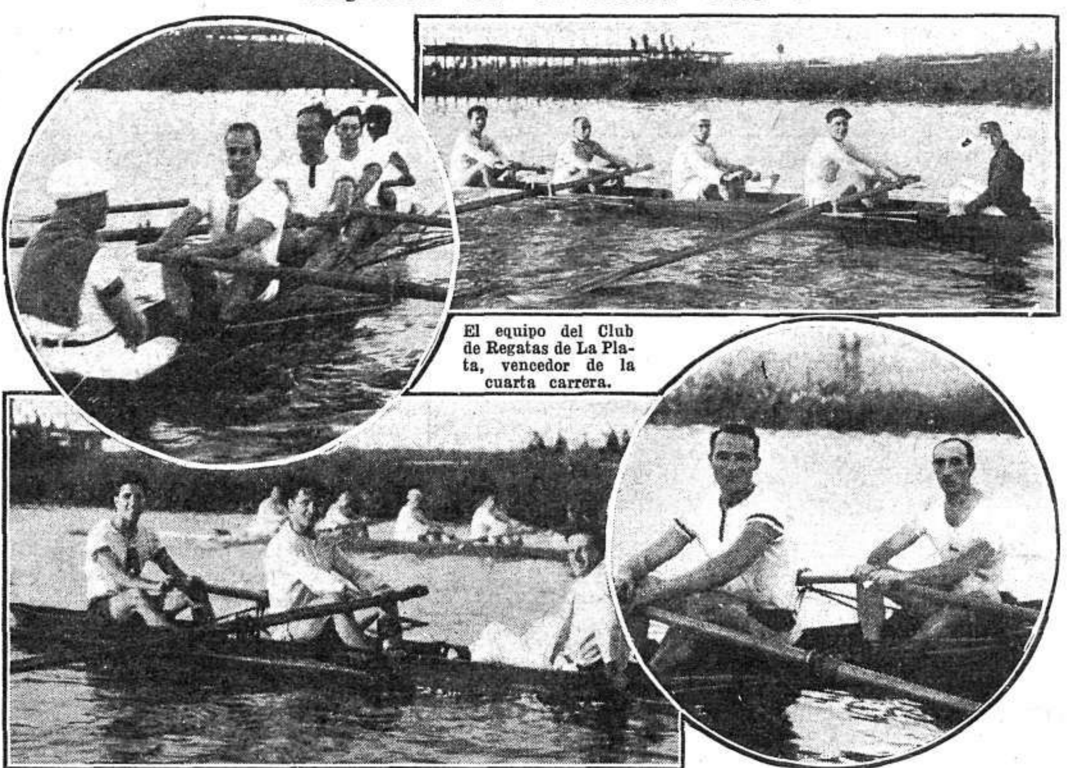
Tras de la cocina negra y rajateada
se oye un griterío de aves de corral,
y un «zorrino» escapa rumbo a la lomada,
con un pollo grande para su morral.

Bajo el sol de fuego se calcina el monte
y arde el espinillo, de oro al relucir,
mientras nubecillas sobre el horizonte,
próximo chubasco dejan presentir.

De la puerta al hueco como a una tronera
el patrón del rancho llégase a asomar,
mira hacia lo lejos, cual en muda espera,
y de nuevo adentro tórnase a ocultar.

PEDRO ALVAREZ TERÁN

De Avellaneda
Regatas en el Dock Sur



El equipo del Club de Regatas de La Plata, vencedor de la cuarta carrera.

El «Senior four» del C. de R. de San Nicolás que se adjudicó el premio «Presidente de la Nación». — Arriba, en círculo: Tripulación del Club de Regatas «América», ganadora del «Junior Pair Oars».

R. C. R. Bentz y C. Bincaz del Nacional Rowing Club, ganador del «Junior double scull», premio Club de Regatas América.

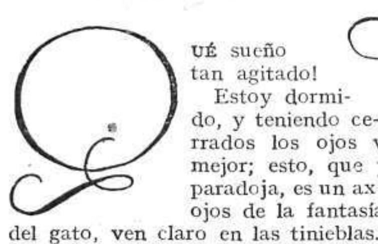
— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



Modelo N.º 15
Modelo N.º 32
Modelo N.º 31
Modelo N.º 24
Señora:
La Casa Izquierdo
490, CARLOS PELLEGRINI, 490
ofrece a Vd. en su departamento de MODAS, el surtido más grande y novedoso en sombreros de alta calidad y distinguida elegancia.
Estos diez modelos en rico fieltro elegantemente adornados con finas cintas de seda y hebillas, los ofrecemos por esta semana a
$ 12.50
Colores negro, marrón, gris, verde, beige, azul y ladrillo.
Los pedidos del interior los atendemos en el día, debiendo agregarse $ 1.— para embalaje y flete.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA: MAYO, 0313
Modelo N.º 30
Modelo N.º 25
Modelo N.º 29
Modelo N.º 26
Modelo N.º 27
Modelo N.º 28

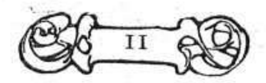
El Crisol Vacío

FANTASÍA



¡QUÉ sueño tan agitado! Estoy dormido, y teniendo cerrados los ojos veo mejor; esto, que parece paradoja, es un axioma: los ojos de la fantasía, como los del gato, ven claro en las tinieblas.

Y sueño que oigo un ruido confuso, semejante al que forman muchas personas que para entenderse mejor gritan a la vez; y zumban en mis oídos frases incoherentes que me ponen la cabeza como un globo de la lotería, donde andan las bolas confundidas y dando vueltas, sin saberse, a causa del movimiento, el valor de cada una; y aturdido ya, me llevo las manos a las sienes para sujetar mi razón que quiere escaparse; pero suena el agudo timbre de una campanilla, y después una voz llama al orden; los gritos cesan, y un silencio sepulcral sigue a aquella vocería; y paso del aturdimiento al sopor; y veo nubes que se van disipando hasta aclarar por completo el cuadro que el delirio se propone presentarme.



II

EN una especie de zaquizamí, que lo mismo puede ser cocina de casa pobre que laboratorio de alquimista, hay un gran fogón con seis hornillas encendidas, y encima de ellas unas vasijas de metal, que por su forma más que ollas parecen crisoles.

A la derecha, junto a un diván lleno de libros, se distingue una figura que tiene vida porque se mueve, aunque por su aspecto se confundiría con un cadáver: ¡tan mal tratada está! En sus mejillas se marcan profundos surcos, huellas de padecimientos físicos y morales, signos de grandes dolores; las lágrimas se han cuajado en sus párpados, brillando allí como gotas de rocío en las hojas secas de un rosal; al resplandor de aquellos diamantes chispean de vez en cuando dos ojos, como en noche tempestuosa se ilumina el cielo con los fulgores del relámpago que anuncia el rayo. Aquella figura fantástica es una viejecilla arrugada; como los nigromantes, lleva en la mano una varita mágica, que agita convulsivamente y con imperio; su traje está hecho jirones y lleno de manchas, pero se adivina la riqueza de la tela por algunas partes que se salvaron de la destrucción causada por el tiempo o por el mal trato.

De mis labios se escapa maquinalmente esta pregunta:

—¿Quién eres?

La viejecilla sonríe y contesta:

—Soy la *Filosofía.*

Doy vueltas en la cama, como espantado, pero no despierto. ¡La Filosofía en semejante estado y en aquel chiribitil! Y sigo soñando.

La vieja, obedeciendo a un movimiento nervioso, consecuencia de alguna idea siniestra que cruza por su cerebro, saca del desván unos libros, y arrimando a ellos un número del periódico protestante *La Luz,* arden en seguida. ¿Qué habrían dicho aquellos pobres volúmenes para exasperar el ánimo de la señora Filosofía, cuando así los condenó a morir en auto de fe? Hago un esfuerzo inútil para abrir los ojos y pregunto entre dientes:

—¿Por qué tanta crueldad?

La vieja exhala un suspiro que se asemeja a un sollozo, y dice:

—Las ideas de esos libros me han traído a este estado. ¡La venganza es sabrosa! ellos me encendieron la sangre, y yo los doy *a la luz.*

Y lanza una carcajada histérica.

—Es verdad—murmuro;—por esos mundos no andan muy lucidos los propagadores de las sectas filosóficas.

—A pesar de su poco lucimiento, me han desvirtuado,—observa la vieja mirándome fijamente—los embaucadores de ideas me falsificaron, y nadie me retrata según soy; ya no sirvo, como ciencia, para estudiar las propiedades, las causas y los efectos de las cosas naturales; ya no soy, considerada bajo mi aspecto moral, una ciencia que trata de la bondad y malicia de las acciones humanas, que explica la esencia de las virtudes y los vicios.

Ya se encuentran pocos verdaderos filósofos, hombres virtuosos y austeros que vivan retirados, huyendo de las distracciones y del bullicio del mundo para consagrarse al provecho de la humanidad.

—¡Eso pertenece a la historia!—exclamo.

—¿A la historia?—repite irónicamente—¿quién sabe? La falsa Filosofía, el abuso de mi nombre hizo conmigo lo que esta sociedad de apa-



riencias hace con el *doublé*. Los hombres me explotan para revolver el mundo, y así me han puesto.

—¡Los hombres son malos! — digo indignado.

Entonces siento en mis oídos un airecillo, como el que producen las alas de la mariposa cuando se halla presa entre los dedos, y me estremezco: era la voz de la Filosofía que hablaba muy quedo.

— Los hombres no son tan malos como se retratan; a solas con su instinto se avergüenzan de su conducta y tienen miedo. ¿No sabes por qué? Porque ninguno ignora, aunque todos lo nieguen, que llevan consigo un juez inexorable que se llama la conciencia; juez que no se deja sorprender ni por los sofismas de los logreros, ni por las doctrinas de los filósofos de mogollón, que por sentarse al festín de la vida lo sacrifican todo.

— De eso tiene la culpa la preferencia que da la sociedad a ciertas clases.

— Es exacto; pero la filosofía no discurre tan torpemente; busca en el fondo la verdad, y sólo a la verdad rinde culto.

— ¿En dónde está la verdad? — le pregunto.

— En todas partes. ¿Por qué escribes libros de moral?

— Porque me gusta más edificar que destruír, — le contesto; — porque la moral es la doctrina de Cristo, que mi buena madre me enseñó.

— Ven acá, pobre autor — añade la vieja con sorna. — Escribe libros de ideas disolventes, rinde parias a la época y serás rico; predica la desmoralización, y tu nombre se enaltecerá.

— ¡Antes rompería la pluma! No quiero manchar con fango la lira de mis ilusiones. No sé adular; hijo de Dios, canto sus glorias. ¡No sé mentir!

— ¡Dios te premiará! — exclama entonces la Filosofía cambiando de tono y dejando ver en sus ojos dos rayos de luz que consolaron a mi atribulado espíritu.

La vieja se puso en pie, y levantando la varita, me dijo:

— Eres bueno y voy a enseñarte un secreto. Esa algazara que oíste en tu sueño era la lucha social, el empuje de las pasiones para sobreponerse el hombre sobre el hombre.

Las clases pelean por conquistar la mejor corona, símbolo del valimiento.

Para ti soy ahora alquimista que va a fundir los principios como se funden los metales, a fin de sacar el más puro; las ideas buenas son oro, pero la sociedad altera las ideas, como el metal de las monedas, para ponerlas en circulación, engañando a los incautos.

Prepárate a ver una función de cuadros disolventes.

Y agitando su varita, la pared del fondo desaparece como el rompimiento de telones en las comedias de magia, y veo una decoración que representa un camino.

— Ese es el mundo — me dice la Filosofía; — por ahí van a pasar los hombres para entregar a mi alquimia las ideas. Aquí luego encontraremos la verdad. Toca la campanilla y se sienta a meditar.



III

Por la derecha oigo un ruido grande de muchas voces, y aparece en seguida un carruaje tirado por briosos caballos, atropellando a la multitud que se agolpa para doblar la rodilla ante el becerro de oro, que va muellemente recostado en los almohadones, mirando con desdén a la turba que le aclama.

Es un opulento banquero, que con sus riquezas conquistó el favor de la fortuna.

El carruaje se detiene delante del fogón, y con aire altanero echa el potentado su corona de oro en el primer crisol que está al fuego.

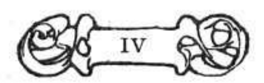
Detrás, montando un soberbio alazán, llega un caballero vestido con elegancia y de maneras escogidas, que delatan su preclaro nacimiento; saca del bolsillo un pergamino, donde se ve pintada una corona ducal, y lo deja caer en el segundo crisol.

Apenas desaparece del cuadro la figura del duque, oigo un canto religioso; tiendo la vista, y en lontananza diviso un monasterio; a su puerta se acerca un viajero, y arrojando una corona que ceñía, se viste un hábito de monje; el monje entra, y la corona viene rodando a caer dentro del tercer crisol.

El cielo se engalana entonces con los variados colores del iris; se oyen risas de contento; el aparato es de fiesta y veo llegar un cortejo bailando alrededor de dos jóvenes, bellos como la esperanza, que acaban de unir sus manos, como ya la voluntad había unido sus corazones, como ya el amor había unido sus almas. En el rostro del marido irradia la felicidad; en las mejillas de la desposada se pinta un ligero tinte de pudor que le hace bajar la cabeza, pero eleva el pensamiento al cielo para darle gracias. La novia arranca de su cabello una corona de azahar y la deposita en el cuarto crisol.

Detrás de todos llega solo, enteramente solo, un hombre de rizada melena y de brillantes ojos, envuelto en una capa tan rota, que parece un harnero; mira con arrogancia, pero sin odio, a las gentes que le han precedido y le abandonan, y sacando el brazo por uno de los agujeros del maltratado paño, echa en el quinto crisol una corona de laurel que traía escondida. Y sigue su camino.

La pared del zaquizamí se presenta de nuevo a mi vista con sus grietas y telarañas. El sexto crisol ha quedado vacío.



IV

Vuélvome entonces a la Filosofía para preguntarle con los ojos lo que significaba aquella exhibición de grupos y personas, y sonriendo me contesta:

— Ya estamos solos. En mis crisoles se encierran las ideas; los hombres han desaparecido. La Filosofía va a buscar *la verdad*.

Y cogiéndome del brazo, me hace aproximar al fogón para que

aprecie mejor el resultado de lo que llamó *su alquimia.*

La acción del fuego es vivísima; dentro de los crisoles se verifica alguna transformación, pues se oye el ruido que hace el agua en la ebullición; es sin duda la defensa de las ideas, que no quieren declararse vencidas ante aquel agente que les arranca la máscara, descubriendo el secreto.

La Filosofía destapa el primer crisol, y volcando el contenido en el suelo, cae un líquido amarillo.

—¡Es oro fundido! —grito con emoción.

—Aquella corona del vil metal, causa de la maldad de los humanos, ha perdido su forma; ya no es una corona; es oro. Asímismo, despoja al hombre del dinero que le conquista la idolatría del mundo, y ya sin corona, no será más que un hombre. La riqueza y el poder son dos ídolos que se adoran en el altar donde se encuentran. ¡Ya ves cuán poco vale la vanidad de los grandes en la tierra, cuán efímera es su ilusión!

La Filosofía mete la punta de la varita en el segundo crisol, y saca el pergamino, arrugado, sin la menor señal del blasón que ostentaba.

—¿Y la corona? —pregunto absorto.

—Se ha borrado —me dijo la viejecilla sonriendo; —el crisol estaba lleno de agua; sólo queda el pergamino echado a perder. Este título nobiliario, con la acción de la alquimia, no es más que *un papel mojado.*

—Pero la nobleza...

—Para ser noble no basta heredar un título; el título pierde su excelencia cuando el hombre no lo defiende con la nobleza de su conducta, la más limpia nobleza. Quita al duque el pergamino y quedará un ser vulgar; su corona no se entierra con su nombre porque es hereditaria; no queda de él sino lo que supo conquistar con sus propios merecimientos.

La mano de la Filosofía saca del tercer crisol la corona que el monje dejó a la puerta del templo, y me dice:

—Está intacta; la acción del fuego no la ha destruído. Es la corona de un rey.

El principio sale ileso, pero el hombre se ha fundido.

—No entiendo eso —murmuro.

—Carlos V, el magnánimo soberano, después de renunciar sus reinos y dominios, entró en el monasterio de Yuste, arrojando a la puerta el cetro y la corona, símbolos de grandeza en la tierra, para buscar el camino del cielo. La corona del rey no pesa ya sobre sus sienes; es un monje. Esto te prueba que esa corona representa sólo un principio; el hombre no es nada; el hombre pasa, y la corona queda para ceñir la frente de otro ser, hijo de la fortuna.

La corona no debe enorgullecer al monarca; al monarca toca ennoblecer la corona y entonces lega a la Historia un nombre inmortal. ¡He ahí al César!

El cuarto crisol sudaba a gotas, y al verme abrir los ojos, asombrado, la vieja me dice:

—Son lágrimas.

Y saca la corona de la desposada, marchita y sin color; los azahares se han deshojado.

—¿Y aquella alegría de la fiesta? —pregunto con amargura.

—Pasó, como pasan las dichas terrenales; el amor lo embellece todo en las primeras horas de su imperio; pero la felicidad del hogar está siempre amenazada por los cuidados de hoy, por los temores de mañana; los padres se alejan del mundo para pensar en sus hijos, y la muerte, que bate sus negras alas sobre la cuna de sus ángeles, turba la dicha conyugal.

La familia exige grandes deberes, y los deberes arrancan lágrimas; la corona de azahares se ha llenado de abrojos. ¡Y sin embargo de ese peligro, la mujer es tan notable que soñando con la maternidad se ciñe esa corona! ¡Un siglo de tormentos por una hora de ventura!

Apenas destapa el quinto crisol, sale de él un humo espesísimo que me hace cerrar los ojos, y, temiendo una explosión, me coloco a mayor distancia; el humo se extiende, formando una especie de nube vaporosa, y de repente una luz de bengala me deslumbra; pero entre los rayos luminosos brilla *un nombre* abrazado con las hojas de laurel de la corona. Y exclamo con entusiasmo:

—¡Esa es la verdadera corona! ¡el talento!

La vieja me mira de hito en hito y me dice:

—Sí: el hombre pasa y el nombre queda; ya lo ves: el genio escala el cielo de la gloria; pero hay algo más grande, más eterno: ¡el símbolo de *la verdad*!

—¿En dónde se encuentra?

—Allí.

Y me señala el sexto crisol.

—Allí no hay nada; ese crisol está vacío.

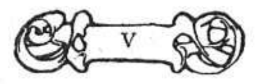
—El perfecto vacío no se ha descubierto todavía —me contesta riendo. —Acércate al crisol; te he dicho que hay algo más grande y más eterno que las cosas de la tierra, y esa grandeza se halla en todas partes.

Al aproximarme al crisol, doy un grito; sudaba también, pero eran gotas de sangre. La tapa salta a un movimiento de la varita de la Filosofía; por la boca sale una nube azul del color del cielo, y oigo la música de un coro de ángeles.

Entre la nube se divisa claramente ¡una corona de espinas!

—Ahí tienes *la verdad* predicada por la buena filosofía —me dice la vieja prosternándose. —El Salvador del mundo dejó su sangre en el crisol para redimir a los humanos. ¡Adoremos *la verdad*!

Humillo la frente, doblo las rodillas, y la corona sube al cielo.



La emoción es tan grande que abro los ojos.

Al despertar, la Filosofía y su laboratorio han desaparecido; pero estoy de rodillas en la cama.

¡He soñado! ¡En sueños he visto *la verdad*!

TEODORO GUERRERO





Señor Luis Ferraresi, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de correligionarios, celebrando un grato acontecimiento particular.

PROCEDIMIENTO PARA DISMINUIR EL CANSANCIO

A la Sociedad de Medicina de París acaba de ser remitida una Memoria de los doctores Livet y Roger, en la que, después de estudiar el cansancio consecutivo a los ejercicios musculares, llegan a la conclusión de que la fatiga se produce durante los trabajos de fuerza, siguiendo una marcha progresiva y regular, en relación con los fenómenos de irradiación del cuerpo.

Normalmente los cuerpos humanos emiten irradiaciones de calor o de electricidad análogas a las de un radiador eléctrico. El trabajo muscular aumenta ese desgaste a expensas de las fuerzas que mantienen nuestra temperatura constante y nuestra potencialidad eléctrica invariable.

Si la producción de electricidad por el cuerpo humano es una propiedad poco conocida, por el contrario, nadie ignora que el ejercicio nos hace entrar en calor.

Ahora bien; los doctores mencionados demuestran que el cansancio es tanto más rápido cuanto más pronta es esa reacción orgánica.

Teniendo esto en cuenta, han averiguado que ciertas substancias medicinales podían retrasar la aparición de la fatiga, e incluso inspirar al organismo una nueva energía. Tales son los cuerpos de la familia de las primuláceas polimetilénicas que, en solución subcoloidal, bien en unturas, bien en fricciones sobre la piel, economizan las fuerzas oponiéndose al desgaste de la irradiación de calor y de electricidad.

Las experiencias realizadas, lo mismo en el hombre que en animales irracionales, han sido concordantes y parecen probar que es posible retrasar a los trabajadores manuales el momento en que la fatiga interrumpe el ejercicio muscular.

CARLOS RASETTI

SARMIENTO
ESQ. MAIPU
BUENOS AIRES

Casa importadora de armas, municiones y cuchillería.

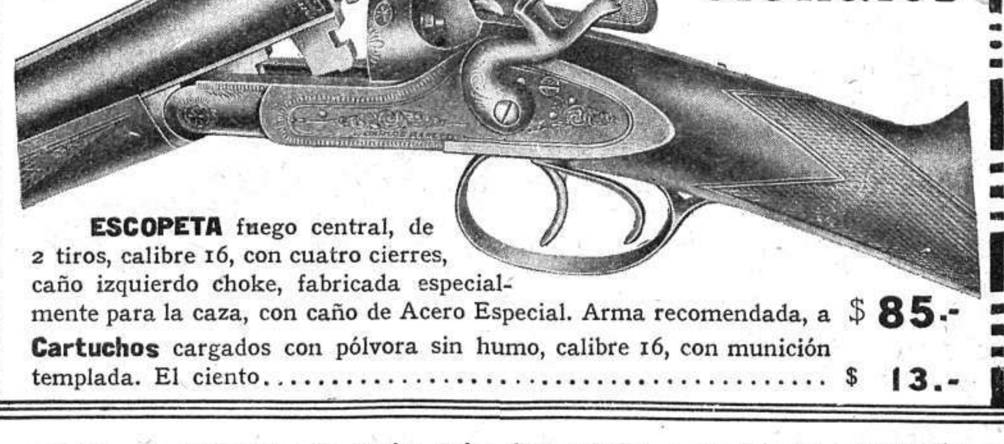
LA CASA
MAS ANTIGUA EN
EL PAIS

FUNDADA EN 1857

Revólver **SMITH WESSON** Militar, calibre 38, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas,
$ 92.-

Pistola MAUSER
Ultimo MODELO, de bolsillo, repetición automática, de 8 tiros.
Calibre 7.65 pesos 37.-

Ofertas excepcionales



ESCOPETA fuego central, de 2 tiros, calibre 16, con cuatro cierres, caño izquierdo choke, fabricada especialmente para la caza, con caño de Acero Especial. Arma recomendada, a **$ 85.-**

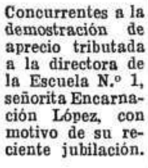
Cartuchos cargados con pólvora sin humo, calibre 16, con munición templada. El ciento .... $ **13.-**

Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia

VISITEN EL NUEVO LOCAL

SE REMITE A CUALQUIER PUNTO DEL INTERIOR. — EMBALAJE GRATIS

De San Isidro



Concurrentes a la demostración de aprecio tributada a la directora de la Escuela N.º 1, señorita Encarnación López, con motivo de su reciente jubilación.



Aspecto de la sala del Cine Palace, durante el festival realizado a beneficio del Hospital local.





LA JOYA DE LA CASA

es el niño limpio, de cutis suave, blanco, fragante, merced al uso diario del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Es jabón puro, de espuma ligera y abundante e intenso y permanente perfume.

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMERICA. - REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY: JORGE E. CHADWICK. - BUENOS AIRES

EL CASCARRABIAS

M. Follete tiene un un gran defecto.

Es un cascarrabias.

Pero un cascarrabias como no hay otro.

De chico, cuando se enojaba con su nodriza, quedaba horas y horas sin mamar. Después, más tarde en el colegio, se pasaba las semanas sin hablar con los camaradas con los cuales había tenido un disgusto.

M. Follete se casó y, naturalmente, a la menor disputa con su mujer, reveló su villano carácter.

Después de la menor discusión o del más pequeño desacuerdo con su esposa, M. Follete se pasaba sin hablar las horas, los días y aun las semanas...

Entonces, la señora Follete adquiría la casi certidumbre de estar casada con un sujeto mudo.

Y era bonita la señora Follete. Era una deliciosa castaña (decimos siempre una rubia adorable, una morocha picante, pero jamás una bonita castaña, y las hay encantadoras).

Esta deliciosa castaña tenía ojos inmensos, bastante más grandes que su vientre, lo cual no es difícil con la moda actual, y una boca más roja que un soviet.

Tiene claro está, algunos pequeños defectos: es coqueta y derrochadora. Por lo tanto, no faltaban en el matrimonio ocasiones de disputar.

Así, matemáticamente, quince días por mes, mutismo del marido.

Esta mañana, los esposos están en buenos términos, y el señor dirige la palabra a su esposa:

— Date prisa, queridita; pasaremos ocho horas en casá de mamá, en Poitiers, y el tren sale a las 9,7.

La señora Follete terminó de ponerse un espeso velo sobre su encantador rostro.

— Estoy lista, querido.

Llegaron a la estación. Se instalaron en un compartimento. Y el tren partió.

— ¡Qué suerte, querida, estamos solos!

— Como hoy estás gentil, te perdonaré tu villano enojo a causa de mi descote, que encontraste indecente en el baile de Daquin. Te has enojado durante ocho días, miserable, ocho días en los cuales no has abierto la boca.

— Olvida y abrázame, querida.

— Espera a que me saque el velo.

— ¡Ah, esto es demasiado!

— ¿Qué?

— Te has pintado como una coqueta. ¡Cuánto azul, cuánto rojo, cuánto negro! ¡Dios mío! me llamarán el rey del afeite...

— ¡Imbécil!

La discusión empezó, subió de tono y se hizo violenta.

Resultado: en el rincón derecho, colérica, la señora Follete se frota las uñas con aire agresivo.

En el rincón izquierdo, presa de un furor inaudito, con los labios apretados, M. Follete se enfrasca en la lectura de un periódico.

— ¡Qué carácter endiablado! ¿Ahora permanecerás mudo hasta llegar?

Mutismo.

— Dime algo, aunque sea una guarangada. Pero habla.

El mutismo continúa; el cascarrabias se revuelve en su rincón, lejos de su mujer. Se diría que son dos extraños, dos desconocidos que viajan en el mismo vagón.

El tren se detiene. Un joven elegante sube al compartimento y mira.

A la izquierda un señor hosco y huraño, que lee un periódico. A la derecha, una joven encantadora.

Se instaló frente a la señora Follete, sonriente. La señora sonríe también.

«Una parisiense — pensó él — o quizás una cocota. Está demasiado pintada.»

Se sonríe de nuevo.

«¿Y este desconocido importuno? Quizás se baje en la próxima».

La señora Follete saca un cigarrillo.

— ¿Le molesta el humo?

— ¡Oh, señora!

— ¿Y a usted señor? — preguntó ella ladinamente a su marido.

El cascarrabias hizo oir un gruñido inarticulado.

— ¡Qué bárbaro el viajero ese! — dijo el joven entre dientes.

La joven señora Follete sonreía. El viajero del rincón seguía dándole a la lectura. El joven se decidió. La habló y ella contestó.

El cascarrabias, con los ojos sobre el periódico, parece incomodarse. ¡Qué tupé el del jovencito! Y ella, la holgazana, le contesta... Pero el enojo puede más que él, y se calla...

El joven se entusiasma. Al rato, el marido ve que el pie del joven roza al de su mujer; una audaz rodilla se acerca a la rodilla conyugal y un brazo toma la ofensiva en el talle de la señora Follete. ¡Esto es demasiado!

M. Follete se levanta y sale de su mutismo.

— ¡Déjese usted de molestar!

— Y a usted ¿qué puede importarle?... Siga su lectura.

— ¿Qué me importa? ¿Qué me importa? ¡Esto sí que está bueno! Soy el marido de la señora. ¡El marido!

El joven perdió la poca paciencia.

— ¿El marido de la señora? ¡Qué rico tipo! Me quiere hacer creer eso. Está del otro lado del compartimento, no le ha dirigido la palabra desde que subí; no se ha mezclado en nuestra conversación... ¡Y dice que es el marido! Lo que ocurre es que no ha podido conseguir lo que yo conseguí y está celoso de mi buena suerte. Vea. señor: si vuelve a meterse con nosotros (y el joven infló unos bíceps formidables), le romperé la crisma. ¡Fumista!

GEORGES DOLLEY

DIBUJO DE MACAYA

De San Fernando

Los esposos Albosini, acompañados por sus descendientes, el día en que conmemoraron el 25.º aniversario de su enlace.



PARANA MINI. —Los esposos Rompani, en la iglesia de esta localidad el día en que bautizaron su séptimo hijo varón, siendo padrino en esa ceremonia el señor José Baroni, en representación del Presidente de la República.



La pureza absoluta de los componentes

ha sido siempre el secreto de la indiscutible superioridad del Chocolate Noël, elaborado sólo con cacao de la mejor clase, azúcar refinado, y vainilla superior.

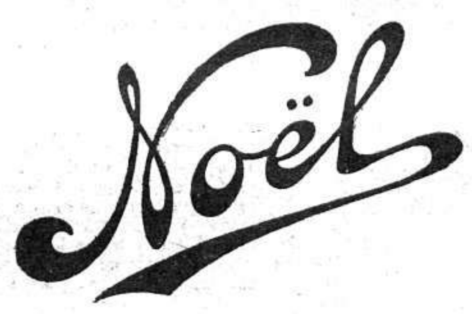
A esa esmerada selección de las materias primas se debe, en efecto, que el

Chocolate Noël

sea un artículo de gusto y aroma deliciosos, y de incomparables condiciones nutritivas.

Hay tres clases de Chocolate Noël: 1 Estrella, papel crema; 2 Estrellas, papel blanco; y 4 Estrellas (inmejorable) papel marrón.

Pídaselo a su proveedor y fíjese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



La marca que tiene una fama de 77 años.



LOS LIBROS

CARMENES LÍRICOS
POR EDUARDO L. ARENGO

Un ilustre literato de aquellos que no escriben y hacen bien, nos decía el otro día que una de las cosas que más le preocupan en lo tocante al porvenir de la literatura nacional, es la abundancia cada vez mayor de los libros de versos que ven aquí la luz.

No cree nuestro amigo en aquella humorada de Platón sobre la presencia de los poetas en la República, ni cree tampoco que sea malo que todos tengamos algo de poeta, aunque sea con un poquito de loco; lo que le alarma es que haya tantas personas que hagan versos y los publiquen, sin duda por creerlos dignos de ser conocidos de los demás, y en apoyo de su tesis nos leyó las bellas palabras que el paje dice, respecto de la poesía, a la «Gitanilla» de Cervantes. Ello es verdad; pero debe reconocerse que, después de todo, hay muchas cosas menos conducentes a la felicidad de la República que publicar libros de versos, sobre todo cuando se trata de versos como los de este libro, que frecuentemente se leen con satisfacción y tal cual vez con placer, y especialmente en vista de que el autor mismo hace la declaración contenida en estos versos: «Mas no quieren las musas del Parnaso — Darme el estro gentil que tanto envidio — y que contigo ha muerto, dulce Ovidio».

LOS PROPÓSITOS DE SEVERO
POR JORGE NELKE

No tiene esta novela los atractivos que en el género buscan y tienen derecho a buscar y encontrar, los lectores corrientes de novelas; pero hay en cambio, en «Los Propósitos de Severo» un interés de otro orden. El autor no se ha propuesto sino hacer desfilar una serie de personajes cuyo principal vínculo de unión es el héroe principal, si acaso puede decirse que tal héroe principal existe en realidad. La pintura de esos personajes y del ambiente en que se mueven, revela en el autor muy laudables dotes de observación, especialmente cuando aquellos hablan, que es el escollo en que tropiezan y naufragan tantos novelistas nuestros. Al lector le hace el efecto de estar asomado a un balcón viendo desfilar a los transeuntes y comentándolos con ese diablillo ingenioso e impertinente que es el espíritu de crítica. Ninguno de los transeuntes deja en el ánimo del espectador una impresión durable; pero ha pasado un buen rato y ha oído cosas interesantes, que es precisamente lo que ocurre con la lectura de esta novela.

EL DESIERTO
POR HORACIO QUIROGA

En este libro de cuentos queda de manifiesto una vez más y en forma quizás más decisiva, que el Sr. Quiroga es uno de los más talentosos y hábiles cultores de ese género literario en lengua castellana. Casi todos los cuentos contenidos en este volumen nos muestran, en efecto, cada uno por su parte, un aspecto del talento y de la habilidad del autor, para cuya imaginación puede decirse que no hay campo vedado. Cualesquiera que sean las gentes que el señor Quiroga hace vivir en sus cuentos, y cualquiera que sea el medio en que las hace moverse, siempre son seres vivos, no meras imaginaciones sin asiento o con asiento frágil en la realidad de la vida. Todo ello explica sobradamente que el prestigio del distinguido autor se difunda en el extranjero, contribuyendo al de las letras hispanoamericanas, que se honran con su obra.

UNA TRAGEDIA
POR HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ

Las tres novelas cortas — ¡qué lástima que en castellano no tengamos una palabra que traduzca exactamente el significado de la francesa *nouvelle*, pues *cuento* no viene bien y se presta a confusiones — las tres novelas cortas, decíamos, que pueden leerse en este volumen, acreditan, o mejor dicho, confirman lo que ya se sabía del autor, desde el punto de vista de sus cualidades literarias; todas tres son interesantes, conmovedoras y reflejan bien las realidades de la vida, que a veces esconden fieras tragedias bajo apariencias de normalidad y vulgaridad. Sólo en la tercera nos ha parecido encontrar algunos resabios de un romanticismo algo marchito ya, con lo cual no se quiere decir, por supuesto, que el romanticismo deba ser sistemáticamente excluido de este género literario. Y para ser completamente francos, como cumple serlo con el autor, debemos reconocer que en su estilo hay algo de blando, diremos, que quita relieve a sus indiscutibles cualidades. Pero el autor es todavía lo suficientemente joven para no apresurarse mucho y cuidar su estilo, dando al cuidado todo el tiempo necesario.

OBRAS SELECTAS
DE JUAN BAUTISTA ALBERDI

La librería «La Facultad» ha editado ya dos volúmenes de las Obras Selectas de Alberdi, que dejó ordenados y revisados el doctor Joaquín V. González, grande admirador del autor de «Las Bases». El primero de dichos volúmenes: Memorias e Impresiones de Viaje, contiene la Descripción de Tucumán, Veinte días en Génova, Impresiones y Recuerdos; y el segundo, Biografía y Autografías, contiene las biografías del general Manuel Bulnes, Presidente de Chile, de Guillermo Whellwright, de Juan María Gutiérrez, de San Martín, de Esteban Echeverría; un paralelo entre Wáshington y Belgrano y un capítulo titulado Mi Vida Privada. Ocioso parece, dada la excepcional influencia que la obra de Alberdi tiene en la historia del desarrollo del pensamiento argentino, señalar la importancia de esta nueva publicación de obras selectas suyas.

DESINFLANDO GLOBOS
POR Z. V. ARANA

Condición esencial para desinflar globos, es que haya globos inflados, y en este caso puede asegurarse que no los hay. Lo que se advierte en este libro, además del propósito de combatir en los escritores tratados — o mejor dicho maltratados — ciertas ideas contrarias a las del autor, es algún ingenio travieso, a veces; pero más frecuentemente un gracejo basto y «cafetero» que no parece muy adecuado para tratar cuestiones tan serias como el feudalismo y la cremación de los cadáveres. Adviértese también en el autor erudición que a primera vista hace el efecto de muy grande; pero que considerada de cerca se achica, al revés de lo que pasa con las montañas. Por lo demás, y supuesto que se tratase verdaderamente de desinflación de globos, se ve que el autor ha estado un poco arbitrario en la elección de sus «globos», pues ha sacrificado en algún caso la calidad al fin de defender sus ideas, las cuales, a la verdad, no se ve qué vayan ganando con libros como éste, en que parecen huéspedes tal vez necesarios, pero seguramente inoportunos.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA
POR TEÓFILO BARAÑAO

Es este libro nuevo homenaje a la memoria del vencedor de Caseros, consistiendo su originalidad en que contiene la reproducción de numerosos juicios emitidos acerca de su personalidad y de su obra, por hombres, partidos de los más variados y a veces distantes sectores políticos. El autor ha realizado, así, una labor de la mayor utilidad y muy adecuada para que las personas que no tienen vagar suficiente para estudiar a fondo y de primera mano, por decirlo así, la eminente figura del héroe entrerriano, puedan adquirir con su lectura una idea cierta y segura de sus grandes merecimientos, que le han dado sitio tan excepcionalmente brillantes en las páginas de la historia nacional.

El culto de la Belleza.

Algunas recetas sencillas que producen resultados sorprendentes.

Por Charlotte Rouvier.

°°°



Los secretos del cutis revelados por un dermatólogo.

«El gran secreto de la conservación del aspecto juvenil del rostro, consiste en la extirpación de la cutícula muerta», dice un célebre dermatólogo. Es cosa bien sabida que la epidermis se halla en un estado de constante renovación, pues las células muertas se desprenden en pequeñas partículas, continuamente. Pero si, por un motivo cualquiera, dichas células no caen apenas muertas, ellas quedan adheridas a flor de piel, cubriendo las células vivas de la epidermis. En este caso habría que recurrir a un especialista dermatólogo para que procediera al despellejamiento del rostro en una sola operación, pero éste es un procedimiento doloroso y costoso. Idéntico resultado puede obtenerse gradualmente y sin peligro, aplicando cera pura mercolizada (en inglés «pure mercoliced wax»), substancia que se encuentra en cualquier farmacia. Se la aplica como si fuera cold-cream. Con poco costo se procede al completo despellejamiento del rostro, sin dolor alguno, absorbiendo las células muertas, y revelando el nuevo, sano y sonrosado cutis que se halla inmediatamente debajo.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

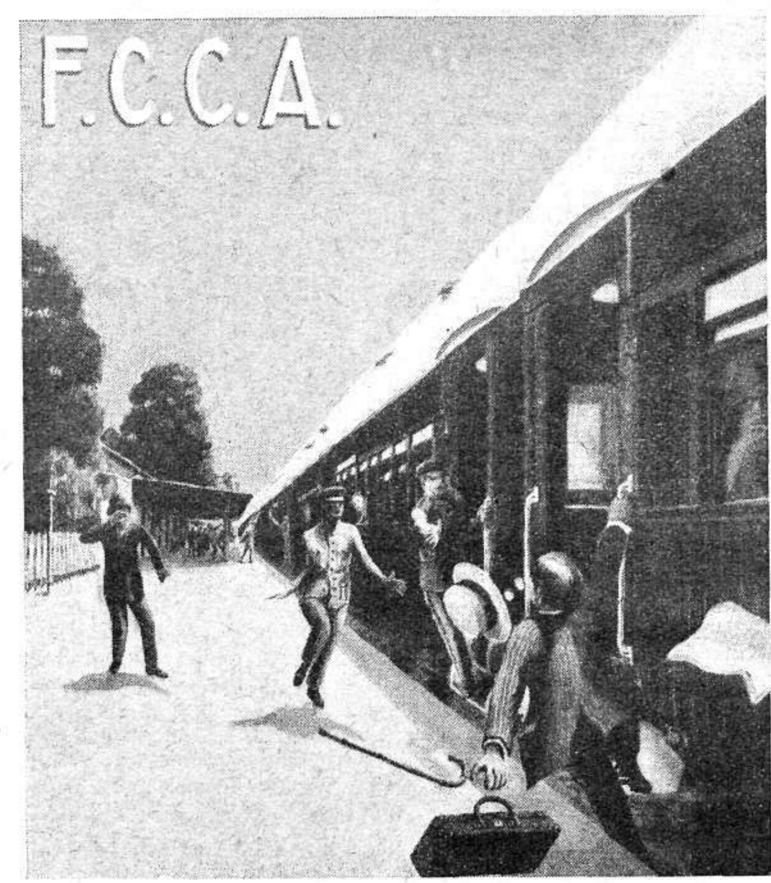
Generalmente por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquier farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermoso- y de unas manos delicadas, y sabe asimis- que para tener y conservar dichos dones, no son necesarios esos costosos alimentos de «cutis», sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada.

Cómo conservar el cabello en buen estado.

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño o de color rojo. Si quiere usted conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

Eficaz remedio contra el vello.

Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento del vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o meno- ... -íquelo directamente ... -te. El obi-



VALE MAS PERDER EL TREN **QUE PERDER LA VIDA**

PERLAS EVAX PERLAS

1. Aros de Plata Platinada y Perlas Macizas... $ 10.—

2. —Anillo Platinado Inalterable y Perlas Macizas .. $ 9.—

3. Tornillos Plata, Cadenita y Perlas Macizas.. $ 8.—

4. — Alfiler 1/10 Oro 18 kilates y Perla .... $ 5.—

5. — Anillo con hermosa Perla Inalterable...... $ 8.—

6.—Aros inalterables, Cadenita, Perlitas y Perlas . $ 9.—

7. — Aros Plata, Perlitas y Perlas Macizas........ $ 12.—

8 Collar de Perlas Macizas, Broche Plata, Cadenita y Estuche, al Precio Excepcional.. $ 25.—

...nes-

Sucursales:
Galería Güemes. Locales 4 y 5
Unión Telefónica 6900. Avenida

RELEVO DE MEDIA NOCHE



L sargento primero empieza a nombrar los soldados de guardia en el tercer turno de media noche:

— Emmanuel, Becaria, Zelasco, Toti...— Y sigue con una voz acatarrada, leyendo dificultosamente, porque la luz es escasa.

A medida que los va nombrando, los soldados se levantan desganados del banco en que están sentados y se van alineando por costumbre, junto a la puerta de la guardia.

Alguien bosteza ruidosamente y el sargento suspende momentáneamente la lectura para observar al atrevido, de reojo.

Los demás se frotan las manos heladas o dicen algunas palabras a media voz. Afuera cae una llovizna blanca, de media noche.

— ¡Cabo primero! — grita el sargento. — Está lista la guardia.

El cabo primero es un hombrecito de piernas torcidas, de rostro chupado y amarillento. Saluda y dice a su vez:

— ¡Alinearse!

Se observa que toda rigidez militar ha desaparecido a esa hora de la noche. Se habla con cansancio, con los ojos medio nublados de sueño. Los gritos no hieren y las órdenes son acatadas con alguna tardanza.

— ¡Permiso, mi cabo primero!... — dice un soldado.

— «Qué queré...» — contesta el interpelado, abriendo tamaña boca en un largo bostezo.

— Está lloviendo, mi cabo primero...

— «Y di ay» — inquiere el cabo. Se hace una pequeña pausa; luego parece reflexionar y ordena:

— ¡Ponerse la capa!...

En un santiamén los soldados quedan enfundados en amplias capas de tela encerada, con capuchones.

— ¡Alinearse! — repite el cabo. Echa una mirada sobre el pelotón y ordena:

— ¡Fir...me! ¡Dees...canso! ¡Fir...me! ¡Sobre el hombro... ¡Ar!... Iz... quierda! ¡Izquier... ¡A compás!... Mar...

Cruzan un largo corredor en tinieblas, pasan sobre un puente de madera y llegan al primer puesto de guardia.

— ¡Al...tóo!

La campana del reloj tañe dos veces. En el frente del edificio se destaca su esfera luminosa. El frío es intenso. El centinela se acerca. Tiene los ojos brillantes, la nariz roja. Se mueve torpemente y habla sin poder articular algunas palabras. Está medio duro de frío. Se adivina que dice:

— Le entrego la guardia sin novedad.— Se incorpora al pelotón y nuevamente se oye la voz del cabo primero en la calle vacía y silenciosa:

— ¡A compás!... ¡Mar!...

Los pasos resuenan sonoramente en la piedra de la vereda. Los focos de la luz se reflejan en el piso mojado por la lluvia. El frío es terrible. El segundo puesto de guardia está cerca. Toda la calle se llena del ruido acompasado de las pesadas botas del pelotón.

— ¡Al...tóo!...

Y así siete, ocho, nueve veces.

Ahora no queda más que uno que relevar. Es el puesto más lejano. Está de frente al río, en medio de unas callejuelas que convergen, al lado de una suerte de plaza que los soldados llaman el «patio de los burros».

Emmanuel es la primera vez que hace el relevo en el «patio de los burros». Ya le han prevenido que se va a quedar duro del frío; pero él ha sonreído con un poquitito de suficiencia.

— ¡Al...tóo!... — repite por undécima vez el cabo primero.

Emmanuel se adelanta, saluda sobre su fusil y espera que su compañero le haga entrega del puesto con las consabidas palabras, pero el desdichado no puede hablar.

Un temblor convulsivo le recorre las manos y la boca. Le mira con unos ojos vidriosos y de repente empieza a andar a tropezones, hacia las filas.

— ¡A compás!... ¡Mar!...

Y el grupo de soldados se aleja calle arriba, y el ruido acompasado de sus pasos se va extinguiendo, hasta que el lugar queda sumido en el más profundo silencio.

Entonces Emmanuel da dos pasos hacia la izquierda, dos pasos hacia la derecha, apoya su fusil en la pared, se frota fuertemente las manos y dice a media voz:

— ¡Birr!... ¡Qué frío!

Y entonces se da cuenta cabalmente que está solo. Abre la cartuchera y pasa los dedos helados sobre las balas que lleva. Alza el fusil y lo prepara. El cierre hace un ruido seco, metálico, que repercute distintamente en tres lugares.

Luego se queda inmóvil, sintiendo cómo el frío que le muerde las carnes le hace nacer un calor interior como de fiebre. Llega con su imaginación hasta su camastro de la cuadra. Gracias a Dios hay allí dos mantas gruesas que abrigan muy bien, a pesar de que una está completamente agujereada porque la han inutilizado por planchar y la han quemado.

Por suerte, el frío es tan intenso que no le dejará dormir. ¡Y cómo pesan las cartucheras!

La calle es obscura. Allá lejos, al llegar a la esquina, brilla tristemente un farol. La llovizna ha cesado y el frío aprieta cada vez más.

¡Y pensar que aún tiene que cumplir ocho meses de servicio! Ya han transcurrido cuatro, cuatro largos meses que ha ido contando día por día, hora por hora.

Una angustia creciente se aferra a su corazón. Ya no siente el frío. Una idea que se acerca cautelosa y que él quisiera desechar y que no puede, es la causa de su inquietud. Y es la idea de la muerte.

Sin querer ha calculado: «yo tenía diez y seis años»; entonces, hace cuatro años que soy novio de Elvira. Todos me decían: ¡no te cases hasta que cumplas el servicio militar! Y hemos esperado. Al principio parecía aquello tan lejano. Uno pensaba: ¡cuatro años, cuatro años, con sus trescientos y pico de días! Y, sin embargo, han pasado velozmente.

Ahora tiene veinte años. ¡Veinte años!

¿Cuánto puede alcanzar a vivir un hombre? Cuarenta, cincuenta, sesenta años. Lo demás ya no es vivir. Lo demás no vale la pena considerarlo. ¡Veinte años! Es la primera etapa cumplida. Y, como han pasado estos veinte años, pasarán otros veinte, y acaso, otros diez... y luego...

Un sudor helado le moja las sienes.

¡Diez años más y llega a los treinta; diez años más y... ¡cuarenta!... después... después de eso llega algo terrible...

Elvira morirá, sus padres, sus hermanos, sus amigos, uno a uno irán cayendo a la fosa y en el día menos pensado... también él... tambien él.

¡Sí, sí, él! ¿No estaba ahí con un fusil en la mano, con la cartuchera repleta de municiones, con la consigna de disparar sobre el primero que no cumpliese sus órdenes? Pues él también sería presa de esa mano gélida que nos cierra los párpados para siempre.

Hace un esfuerzo, echa el fusil sobre el hombro, da dos pasos hacia la derecha, dos pasos hacia la izquierda; pero las ideas no quieren darle punto de reposo.

¡Y este año que pierde a los veinte años y que no podrá recuperar jamás!

Ya podría estar casado. Al año podría tener su hijo. Pero su hijo... ¡Ah, su hijo! como él, como Elvira, como todos, cerraría los ojos un día para no ver ya nunca más el sol.

Y así como ha llegado el día de entrar al ejército, sin que el reloj apresurara para nada sus isócronos latidos, así llegará fatalmente el día de su muerte.

¡Si uno pudiera detener la vida! ¡Si uno pudiera volver a la nada por la misma puerta de inconsciencia que entró!

Este año que pasa alejado de los suyos, es un año que se gana la muerte.

En la obscuridad de la noche le parece que sus manos se han azulado de frío. Le duele la punta de la nariz.

¿Cuánto tiempo hace que está apostado? ¡Si llegara pronto el relevo! Pero Emmanuel sabe que tiene que salir el sol primero, y el cielo aún permanece negro.

La campana tañe una sola vez.

— ¡Media hora! — suspira.

Empieza a golpear en el suelo con las botas; pero sus pies helados le duelen al sacudirlos. Toma el fusil con ambas manos y trota describiendo un pequeño círculo alrededor del puesto de guardia. En ese momento suena la campanilla del teléfono.

— ¡Hola!— exclama con todas sus fuerzas, y agrega estentóreamente: — ¡Sin novedad!

Cuelga el tubo del teléfono que está empotrado en la pared y continúa trotando.

Y de pronto se detiene bruscamente.

— ¡Veinte años! Diez años más: treinta; diez más: cuarenta... pare de contar. Lo demás es... si Dios quiere... — dice a media voz.

Ahora la angustia es mayor. Siente un latido violento en el cuello. La garganta se le anuda y le queman los ojos.

Tiene deseos de gritar, mejor dicho de aullar. Quisiera desahogar su pecho de algo que le oprime, y ese algo... ese algo... quizás fuera un alarido, un alarido largo, ronco, lúgubre.

Por el lado del río, el cielo va tomando una coloración pálida, indecisa. Es un azul que blanquea y que se va tornando morado pálido y luego, decididamente rojo. Del otro lado retroceden la noche y las estrellas.

Por la vecina calle pasa una carreta. Rueda sobre las piedras lentamente, y una vez el carretero ha gritado:

— ¡Cornetaaa!...

Se van perfilando las fachadas de las casas, unas casas humildes, chatas, bajas.

El cielo es de un color de plomo.

Emmanuel se frota los ateridos dedos. Tiene la impresión de que la nariz se le va a quebrar como un vidrio, si se la toca.

En la línea roja del horizonte aparece un seno rojo, que se hincha, emergiendo del agua helada y quieta. Cuando ha completado de redondearse se desprende, al fin, del agua y asciende lanzando oblicuos rayos.

Uno de esos rayos sube por la calleja arriba.

Emmanuel siente que su corazón se expande libre de las uñas de la noche.

Los primeros transeuntes del nuevo día pasan taconeando, embozados, las manos embutidas en los bolsillos del pantalón.

Un gallo lanza un triunfal ¡kikirikí!, todo despierta; las piedras del camino van tomando un tinte rosado y suenan bajo el taco de las gentes con un ruido claro y alegre.

El cielo es azul, azul; la hierba que crece junto al muro se llena de rumores.

Un perro de ojos melancólicos pasa trotando suavemente.

Al cabo—piensa tristemente Emmanuel— todas estas gentes que pasan, que hablan, que gesticulan, despiertan a un nuevo día que ha de transcurrir, y otra noche, estrellada o tormentosa, fría o apacible, le sucederá, y en esta sucesión de días y de noches, vamos hacia una meta sin poder detenernos, sin poder retroceder...

Pero la vida es bella así como es. Terminaré mi servicio, luego me casaré. Viviré felizmente, seré bueno, generoso. Mis padres disfrutarán de una vejez serena, rodeados de mis hijos, y cuando ellos se marchen de este mundo, habrá comenzado nuestra vejez, y cuando nosotros nos vayamos...

Siente deseos de llorar.

— ¡Ea! — sigue pensando. — Sea lo que el destino quiera. Hay que tener valor para todo... Hay otros que están peor que yo. El día es precioso... quizás hoy pueda salir. Sí, sí, es un precioso día. Iré a casa de mi Elvira. ¡Birr, qué frío! ¡Tomaré antes un buen jarro de mate cocido!

Y el corazón le late sosegadamente. Le invade una suave alegría.

El sol que se recuesta sobre el muro y se tiende en el suelo, sube ahora por sus piernas y le besa las manos yertas, apoyadas en el cañón del fusil.

La campana del reloj tañe cinco veces. Se oye la voz acompasada de la guardia de relevo que va doblando la esquina.

La mala noche ha pasado.

LEÓNIDAS BARLETTA

De Ingeniero Wilde


Grupo de familias que asistió a la fiesta campestre organizada por el cuadro filodramático "El Ombú", de esta localidad.

LA CAUSA DE LOS SUEÑOS

En general los sueños son resultado de las impresiones recibidas durante la vigilia. El hecho más insignificante puede dar lugar a un sueño determinado, al parecer incongruente con la causa que le produjo; verbigracia, un aroma cualquiera aspirado durante el día, puede hacernos soñar en algún episodio de nuestra infancia acaecido en circunstancias en que hubiésemos percibido dicho aroma.

Determinan también los sueños las impresiones sufridas por los sentidos del durmiente. Maudsley «Patología de la inteligencia», cita el hecho de que el doctor Gregory, habiéndose dormido en cierta ocasión teniendo un frasco de agua caliente en los pies, soñó que paseaba por el cráter del Etna; la picadura de un mosquito puede hacer soñar en que se recibe una puñalada.

Además, la sensibilidad muscular es causa de una especie de ensueños, en la que está incluído el que se indica en la pregunta que pretendo contestar.

Si se adopta una mala posición al dormirse, se sueña, por lo regular, que estamos luchando desesperadamente, o que nos encontramos suspendidos sobre un precipicio, etc., y cuando se hace el esfuerzo para salvar la situación, se despierta y alivia la incómoda actitud.

Por lo tanto se cree, con fundamento, que estos sueños son debidos a la relajación gradual de los músculos que se presenta al dormir y en una rápida contracción que se sigue.

A este propósito manifiesta el citado Maudsley, que después de un gran ejercicio muscular, subiendo montañas escarpadas, ha soñado que se deslizaba por hondos precipicios.

Luego los fatigados músculos son a veces la causa del drama mental.

También suele producir el ensueño de que se cae de alturas, la falta de sensibilidad en la superficie del cuerpo, por enfermedad o por otras causas como el abuso del acónito, porque al no sentir el contacto de los objetos exteriores, la ilusión de que estamos suspendidos en el aire es completa.

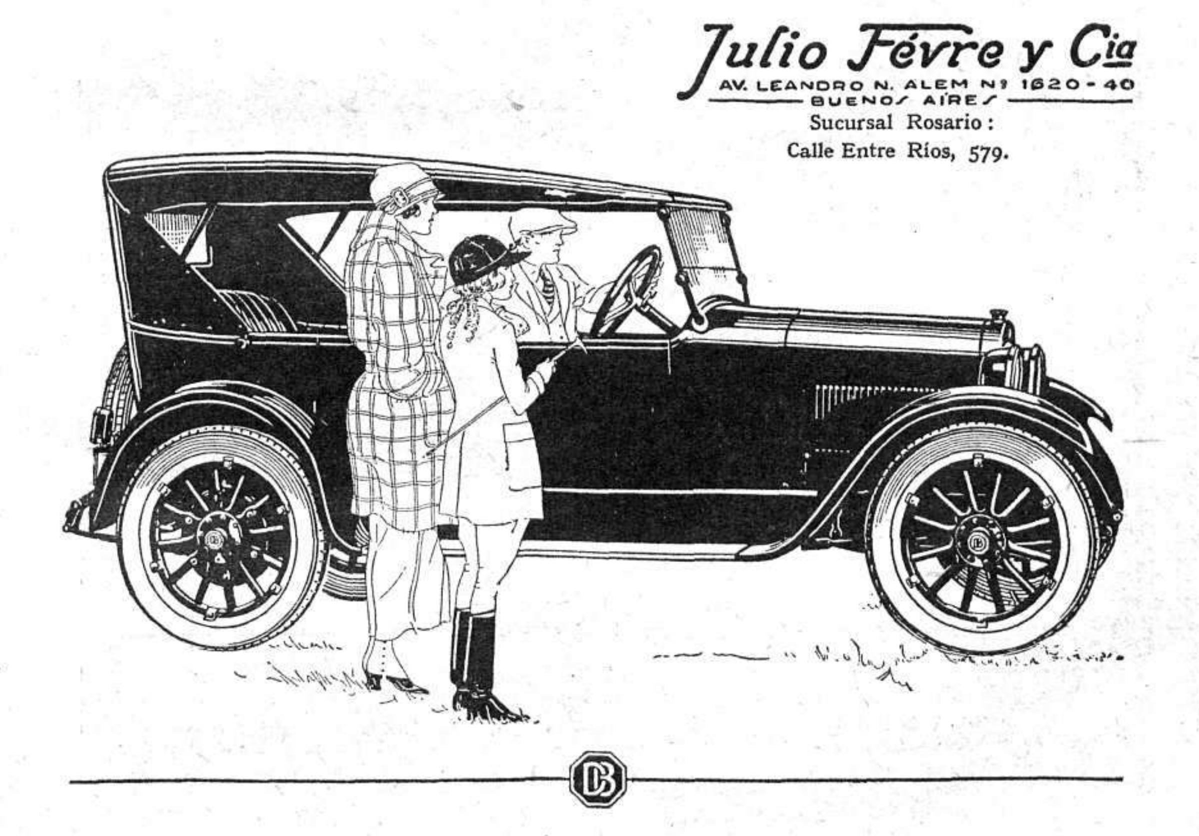
AUTOMOVILES DE TURISMO

DODGE BROTHERS

Es tan universal la reputación que tiene el automóvil por su larga vida, que records de recorrido excepcional ya no causan sorpresa.

Coches de turismo que fueron construídos por DODGE BROTHERS durante su primer año como fabricantes de automóviles, están todavía en servicio activo.

PRECIO:
Completamente equipado, con su quinta goma.... $ **4.800**
(puesto sobre vagón Buenos Aires)



Padrinazgos presidenciales



Los esposos Pinciroli con su hijo Marcelo Argentino y el padrino, señor Alfredo Reinoso.



Los esposos Lavine y el padrino, señor Ciro P. Escalante.



Los esposos Yapur - Ceballos, rodeados por sus descendientes.

Bodas de plata



Señor Pompeyo Bailaque y señora Mercedes García, que ha conmemorado recientemente sus bodas de plata matrimoniales.



LA MELENA

Respetable Enriqueta,
famosa en otro tiempo por coqueta;
¿Con ochenta cabellos nada más
quieres llevar melena? No podrás.

Ve su flacura un chico muy salvaje
y murmura:
— Ninguna la aventaja.
Antes, sin la melena, era una paja.
Hoy, con ella, es un paje

Dejarse la melena ha decidido
la rubia Magdalena.
Cosa que no le importa a su marido,
ya que, como es sabido,
le engaña con melena y sin melena.

Para salir de dudas,
nos preguntó, muy serio, un papanatas:
— ¿Verdad que las melenas para ñatas
no las pueden usar las narigudas?

Según cierto erudito,
las tales melenitas
son algo muy gracioso y muy bonito
que llevaban también los trogloditas.

Ha enviudado Consuelo
y de día y de noche llora, llora.
La hemos visto anteayer ¡pobre señora!
con melena de duelo.

— ¡Qué mujer! ¡Cielo santo!
¿No ve usted qué melena estrafalaria?
— Se explica. Es literata y, por lo tanto,
debe llevar melena literaria.

Un vate melenudo
que cantaba «A la rosa»,
«A la ninfa ojerosa»,
«Al dios Pan» y «Al engrudo»,
se enamoró de Emilia,
joven muy hacendosa
y de buena familia.
La adora como un loco;
pero Emilia, hace poco
optó por la melena, y dijo el vate:
— ¡Eso es un disparate!
En fin, ya no hay remedio. Me resigno.
Yo soy un hombre digno
y nada me acoquina ni me abate.
Estuvo un rato absorto
y rugió decidido:
— ¡Me la corto!
Quédate con la tuya. Yo, que oficio
de bardo, me impondré este sacrificio.
¡Ya ves qué bien me porto!
Te daría la sangre de mis venas,
si tal fuera, monona, tu deseo.
Me cortaré la mía, porque creo
imposible un amor y dos melenas.

A María, por muchos cortejada,
la vimos, con melena, el otro día.
No parece María
ni viuda, ni soltera, ni casada
Parece divorciada.

Con su melena lacia, Concepción
es un sauce llorón.

— La moda es muy simpática.
— Es moda por completo democrática,
pues, pese a sus distintos pareceres,
la aceptan con agrado las mujeres.
— Si la adoptan la rubia y la morena,
¡viva la democracia! ¡Y la melena!

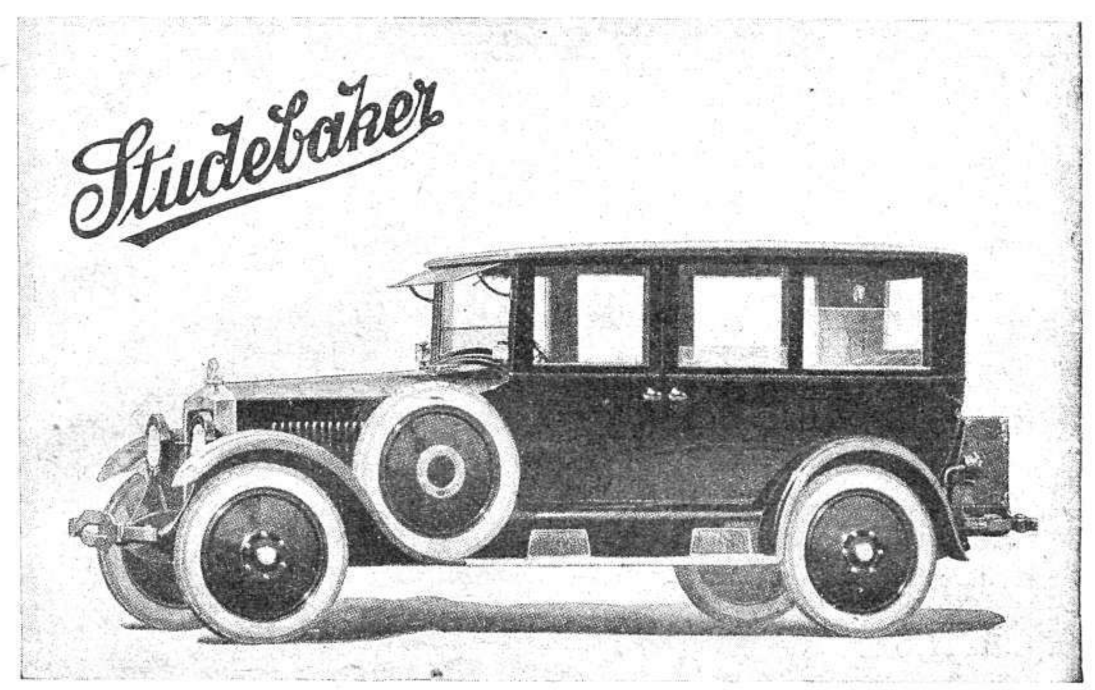


L U I S G A R C I A

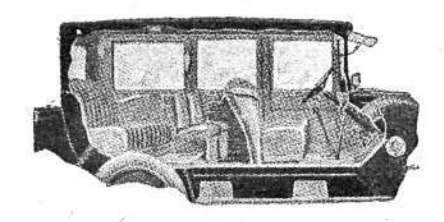
DIBUJOS DE MACAYA



Familias que concurrieron al banquete de confraternidad organizado por el personal de la Policía de la provincia, en esta localidad.



EL STUDEBAKER SEIS GRANDE SEDAN PARA SIETE PASAJEROS



Este corte transversal muestra cómo están dispuestos los asientos de un Studebaker Seis Grande Sedán. Los dos asientos auxiliares son verdaderamente cómodos, con almohadones y elásticos.

Especialmente fabricado para las personas que exigen el máximo de perfección en coches cerrados, el Studebaker Seis Grande Sedán, se distingue por la armonía de sus hermosas líneas, su refinado confort, la seguridad de su funcionamiento y lo completo de su equipo.

Posee ricos almohadones de felpa rellenos con pelo de camello, forro en el techo que armoniza con las alfombras; dos ruedas de disco para repuesto, completas, con neumáticos cámara y funda; cómodo cajón-depósito colocado detrás; elegantes paragolpes niquelados, delantero y posterior, motómetro con cerradura; ventilador de acción rápida, de aluminio fundido; reflectores sólidos; artísticos farolitos exteriores, luces internas en las esquinas posteriores; lamparita en el techo; luz combinada que dice «stop» y farol en la chapa trasera.

La teoría de que altos precios quieren decir coches finos es ilusoria, porque los precios no están basados en valores intrínsecos sino sobre el costo de las producciones de cada fabricante, que varía extensamente según su habilidad y las facilidades para fabricar.

CRUZ ROJA ARGENTINA
SEMANA DE MAYO
Conscripción de Socios

The Studebaker Corporation of America

FERRER, TRAVIESO y Cía.
Avenida 18 de Julio, 912
MONTEVIDEO

Avenida de Mayo, 1235
BUENOS AIRES

De Pellegrini, F. C. O.



Banda Municipal dirigida por el maestro Longinotto, cuyas audiciones musicales han alcanzado un lisonjero éxito en las fiestas realizadas en esta localidad.

LA IGNORANCIA

La ignorancia es la condición necesaria, no diré de la felicidad, sino de la existencia misma. Si lo conociéramos todo, no podríamos soportar la vida ni una hora; los sentimientos que nos la ofrecen apacible o por lo menos tolerable, nacen de una mentira y se alimentan de ilusiones.

Si un hombre poseyera, como Dios, la verdad *única* la única verdad, y la dejara caer de sus manos, el Mundo quedaría aniquilado inmediatamente, y el Universo también se disiparía como una somba.

La verdad divina, como un juicio final, lo reduciría todo a polvo.

ANATOLIO FRANCE.



No es pagando caro que Vd.

comprará mejor: adquiera instrumentos de las renombradas marcas "AMERICA" y "PIEMONTE", y tendrá la seguridad de obtener lo más perfecto a los precios más reducidos.



GUITARRAS

Nacionales, Valencianas, Madrileñas e Italianas,

desde pesos **12.-** hasta **$ 500**

Solicite CATALOGO ILUSTRADO N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

"Concertola"

La máquina parlante perfeccionada. Modelos desde $ 45. Solicite catálogo N.º 21.

VIOLINES

modelos de auténticos **STRADIVARIUS** y otros grandes maestros, desde

$ 25.- hasta $ **2.500.—**

Solicite CATALOGO ILUSTRADO N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

ACORDEONES

AMERICA y PIEMONTE

modelos de **STRADELLA,** desde

$ 19.80 hasta **$ 500.-**

Solicite CATALOGO ILUSTRADO N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

BANDONEONES, MANDOLINES, BANDURRIAS, VIOLONCELOS, CONTRABAJOS

Y TODOS SUS ACCESORIOS

Ofrecemos los mejores en condiciones ventajosas.

CASA AMERICA

·STAHLBERG & RIGOTTI·

Avenida de Mayo, 979.

BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES

NO CERRAMOS LOS SABADOS


RUIZ
XEREZ-QUINA
RUIZ
MARCA REGISTRADA
Xerez-Quina
Ruiz
MARCA REGISTRADA
ÚNICO AGENTE
EN LA REPUBLICA ARGEN
LUIS DUFAUR

BUENOS AIRES, 10 DE MAYO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1336

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LA CELEBRACION DEL 2 DE MAYO

GRAN BAILE DE GALA EN EL CLUB ESPAÑOL

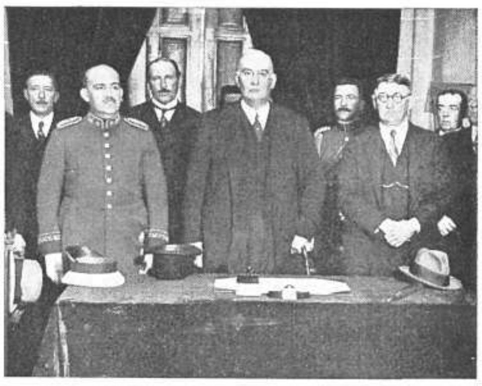
BELLO grupo juvenil en la escalera principal de la prestigiosa institución en cuyos salones se celebró una brillante velada en recordación de la heroica efemérides hispánica, a la que asistieron caracterizadas familias de la colectividad española y de la sociedad argentina.

FOTO DE BELL

Inauguración de la 2.ª Gran Exposición de Granja



El presidente de la República y el Ministro interino de Agricultura acompañados del presidente de la Sociedad Rural Argentina.



El doctor Alvear y sus acompañantes escuchando el Himno Nacional en el acto en que luego pronunciaron discursos el general Justo y el ingeniero Pagés.



Expositores y público que llenaban el amplio salón en que se celebró el importante certamen de nuestras industrias rurales.

Festival del San Isidro Social Club





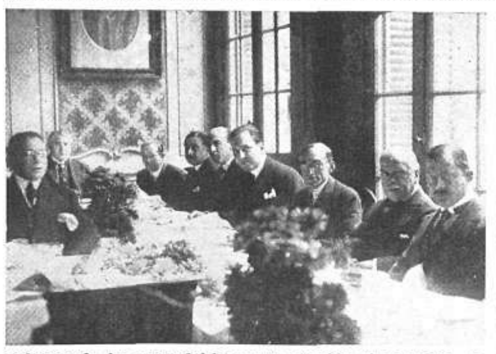
Distinguidas damas y conocidos caballeros que asistieron al lucido te danzante organizado por la destacada institución en obsequio de las familias de sus asociados

Demostración al catedrático de la Universidad de Madrid Dr. Agustín Millares y Carló



El notable filólogo español y su esposa con el grupo de amigos que les ofrecieron una recepción en el Club del Progreso.

En honor del director del Correo de Galicia



Cabecera de la mesa del banquete ofrecido al conocido periodista señor José R. Lence en ocasión de su próximo viaje a Europa.

Banquete de camaradería



Empleados de la Oficina de Ajustes que ofrecieron una comida al diputado nacional Pedro Revol con motivo de su reciente elección.

En la residencia del Ministro del Japón



El representante del Japón, doctor Moroi, y un grupo de caracterizados connacionales a quienes dió una recepción celebrando la toma de posesión de su alto cargo.

Fiesta nacional de Polonia



El Encargado de Negocios de aquel país, doctor Ladislao Mazurkiewicz y su señora, diplomáticos y otras personalidades que fueron invitadas a la reunión con que se recordó la patriotica fecha.

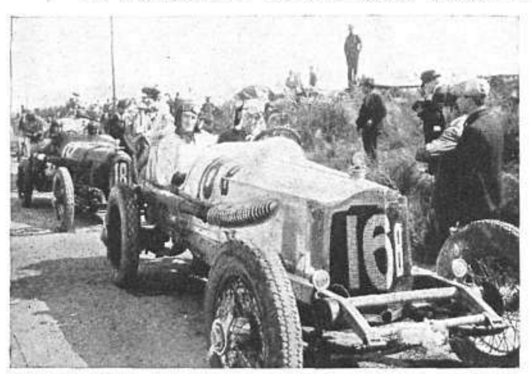
En la Asociación Patriótica Española



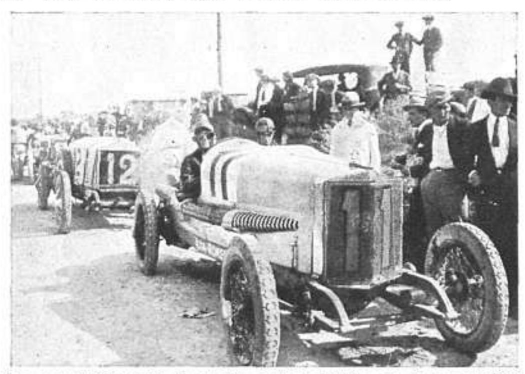
Familias de la colectividad española que concurrieron a la gran velada literario-musical organizada por la benéfica agrupación para rememorar la fecha gloriosa del 2 de Mayo.

LA PRUEBA AUTOMOVILISTICA DE CORDOBA

LA BRILLANTE REALIZACIÓN CONSTITUYÓ UN MAGNÍFICO ÉXITO DEPORTIVO

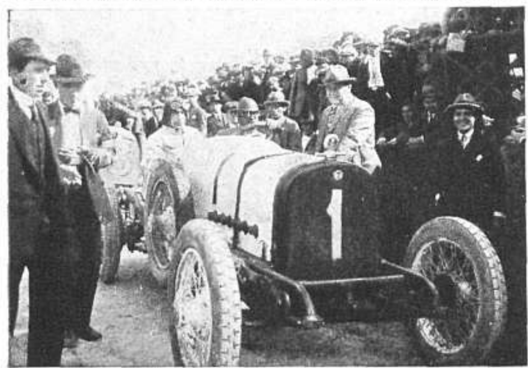


El Packard 16 b., tripulado por Tomás Duggan y su compañero Raúl Riganti, que desistió de la carrera a la segunda vuelta.



Los competidores de la prueba automovilística en la que participaron 21 corredores, esperando el momento de la largada.

Notable e interesantísima fotografía obtenida al pasar por uno de los puestos del control el ganador de la carrera Eduardo Luro y su acompañante Ernesto de la Llave, del Automóvil Club Argentino, en su Packard que hizo el recorrido de los 418 kilómetros en 4 horas y 49 minutos, obteniendo el premio Córdoba Automóvil Club, de $ 7.000, y gran medalla de oro, donada por el Presidente de la República



El volante Ernesto Blanco y su compañero Enrique Monti, clasificado en tercer lugar.



Uno de los coches que durante la carrera hubo de sufrir una reparación.

CONMEMORACION DE LA FIESTA OBRERA

MANIFESTACION DEL PARTIDO SOCIALISTA



La cabeza de la numerosa manifestación desfilando por la calle de Alsina hacia el Paseo de Colón, donde se congregó para escuchar a los oradores. El orden y la disciplina de estas masas obreras se significó en este acto social una vez más, dando pública prueba de cultura durante todo su recorrido.



Doctor Enrique Dickmann, diputado nacional.



Doctor Mario Bravo, senador nacional.



Doctor Juan B. Justo, senador nacional.



Doctor Emilio Frugoni, ex-diputado uruguayo.

LOS ORADORES DEL PARTIDO

MITIN DE LA UNION SINDICAL ARGENTINA

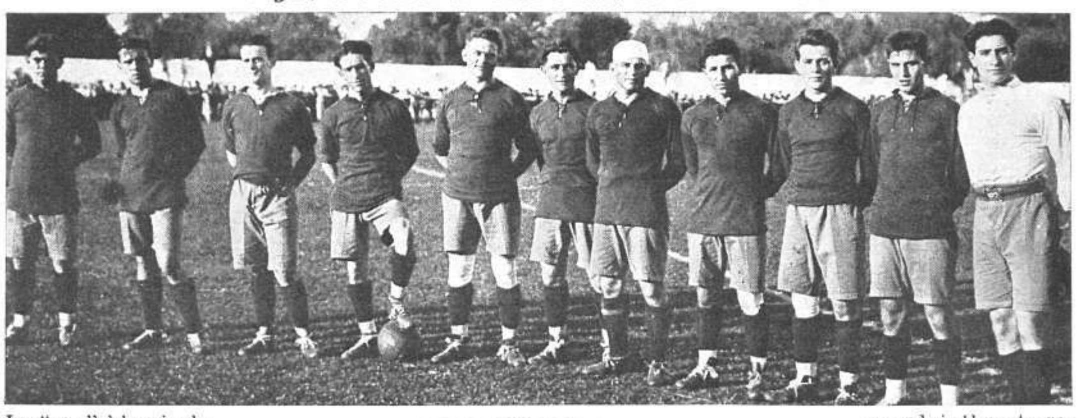


La gran columna al partir de la Plaza del Congreso, conduciendo sus carteles alusivos y sus banderas en un ambiente pacífico y entusiasta y después de un correcto desfile por el centro de la ciudad para conmemorar el aniversario que recuerdan y celebran todos los trabajadores del mundo.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

CAMPEONATO DE LA ASOCIACION AMATEURS

Tigre, al vencer a River Plate, continua invicto



Los "once" del equipo local, que en lo que va de la temporada no han experimentado la desazón de una derrota, habiendo jugado cinco partidos. Frente a River Plate se desempeñaron admirablemente, poniendo varias veces en peligro la valla blanquirroja. Vencieron en definitiva por 1 goal a 0, señalado cuando el empate parecía ya una cosa inminente.

Un entrevero frente al arco de Tigre. Los hombres de la defensa hacen los mayores esfuerzos para rechazar el avance contrario.



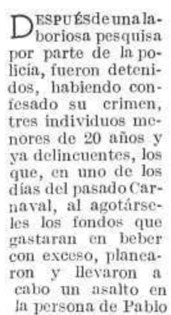
El equipo de River Plate que perdió el encuentro jugado ante una gran cantidad de entusiasta público partidario de ambos "teams", en la cancha de Tigre.

FOTOS DE PALERMO

Detención de los autores de un salvaje crimen



Antonio Marchiatti, (a) Chiquito.



DESPUÉS de una laboriosa pesquisa por parte de la policía, fueron detenidos, habiendo confesado su crimen, tres individuos menores de 20 años y ya delincuentes, los que, en uno de los días del pasado Carnaval, al agotárseles los fondos que gastaran en beber con exceso, planearon y llevaron a cabo un asalto en la persona de Pablo Scachiano, quien se defendió al principio contra los armados malhechores, uno de los cuales le descerrajó un tiro que hizo blanco mortal, y luego lo patearon inhumanamente, fracturándole cuatro costillas y despojándolo del poco dinero que guardaba, suceso desarrollado cerca de la plaza de Avellaneda.



Juan Carlos Telea, (a) Serrucho.



Andrés Casenza, (a) El Chueco.

Sangrienta riña



Diego Mazzitelli, el matador.

A consecuencia del alcohol, del que habían abusado Andrés Retagliatti y Diego Mazzetti, después de una acalorada discusión, sostenida en un almacén de la calle Bulnes entre Cangallo y Sarmiento, salieron a la calle y se liaron a golpes hasta que el segundo, extrayendo de la cintura un cuchillo, atacó rabiosamente a su contrario, infiriéndole diez heridas. Al desplomarse la víctima, el agresor emprendió la fuga; pero no tardó en ser capturado en tanto que la víctima era recogida en grave estado.

Homicidio por celos

CEGADO por la insana pasión de los celos, que en anteriores ocasiones le impulsaron a recriminar y golpear a su amante, Salvador Roggero mató a la infeliz mujer en plena vía pública, en Pueyrredón y San Luis, en una entrevista que ella le concediera y en el curso de la cual, de improviso, el hombre, sacando un cuchillo, se lo sepultó siete veces en diversas partes del cuerpo, derribándola en tierra. Varios vecinos intervinieron, consiguiendo desarmar al asesino, mientras llegaba un agente y lo detenía.



Salvador Roggero, el celoso agresor

Dramático final de una discusión



Eduardo Berón, la víctima.

DE resultas de un altercado violento, un estibador atacó con arma blanca al mayordomo de los elevadores de granos de Buenos Aires, situados en la Avenida del Este, sepultándole la hoja en el abdomen y siendo detenido a poco de cometer su agresión, falleciendo el agredide al día siguiente.



Julio Carón, el criminal.

Teriible pareja de ladrones detenida



Leopoldo Beroni.

ELEGANTEMENTE vestida esta pareja de delincuentes, se presentaba en las tiendas donde luego de pedir algunas mercaderías aprovechaban un descuido de los dependientes para robar piezas de género valiosas. Al repetir una de sus muchas hazañas fueron sorprendidos y capturados.



Victoria Ruíz o Rosa Bazani.

Un toro enfurecido hiere a varias personas



Julio Costa, herido por la bestia.

NADA menos que siete toros, escapados de las jaulas del F. C. S. F., recorrieron en vertiginosa y atropellante carrera las principales calles de la ciudad de Rosario, sembrando gran alarma entre los numerosos transeuntes así sorprendidos a mediodía. Uno de los animales, al parecer el más bravo, embistió a varias personas, hiriendo a dos hombres y una mujer, que fueron atendidos en la Asistencia Pública mientras los vecinos más animosos iban en su persecución, hasta que, al fin, uno de ellos, disparándole un certero escopetazo, la hirió de muerte.

Un matarife, sobre el terreno, se ofreció a sacrificarla en el acto. Los seis restantes animales, menos belicosos, pudieron ser conducidos a sus establos sin nuevos incidentes deplorables y sin necesidad de «torearlos» como, con evidente riesgo, hubieron de hacer los que tuvieron la mala suerte de ser «enfilados» por el primero, produciéndose un espectáculo que llamaríamos pintoresco si los contusionados no nos lo vedaran.

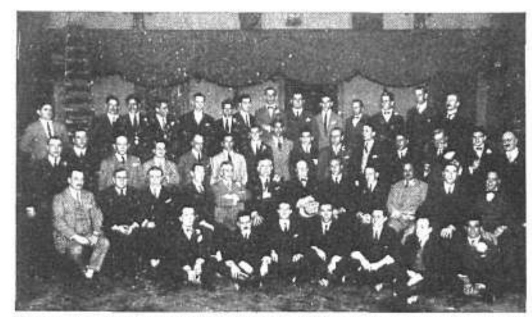


El animal escapado de la jaula del F. C. S. F., que fué muerto de un tiro por un vecino después de haber atropellado a varios transeuntes.



José Martinez, con graves lesiones.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Miembros del Club Gimnasia y Esgrima que despidieron con un banquete en el Savoy Hotel a los atletas que tomarán parte en las próximas olimpíadas de París.



El doctor Arturo Montesano Delchi con la comisión de la logia teosófica „Hipatya", después de la conferencia dada al regresar de su viaje por Europa.



Concurrentes al mitin celebrado en la Plaza Sarmiento para festejar el 1.º de Mayo, escuchando el discurso del diputado nacional doctor Adolfo Dickmann, que habló acerca de la Ley de Jubilaciones.



El doctor Emilio Cardarelli, Intendente Municipal, rodeado del personal docente de la Escuela Juan F. Seguí luego de asistir a la inauguración de un campo de deportes para la misma.



El boxeador Luis Angel Firpo en el local de la Liga Patriótica Argentina y los comisionados de la brigada de la juventud, con quienes concertó una exhibición a beneficio del D. Municipal.

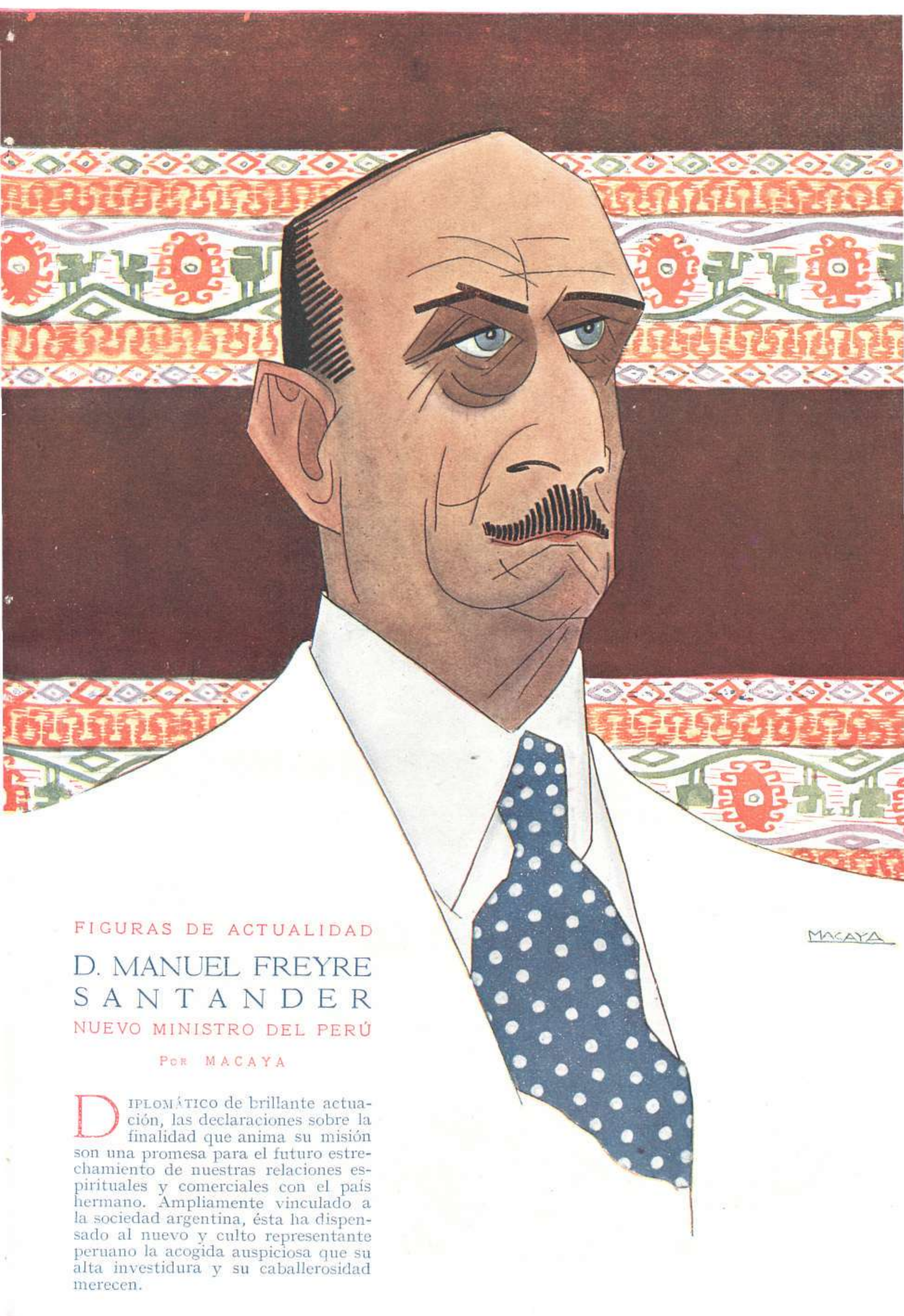
DE MONTEVIDEO



El señor Rafael Vehils, secretario de la Junta Nacional del Comercio Español en viaje de estudio por la América del Sud, rindiendo un homenaje floral ante la tumba de Rodó.



El Ministro de Instrucción Pública y el doctor Acevedo acompañado de los miembros del Consejo y de otros altos funcionarios al terminarse la toma de posesión del nuevo Director de Enseñanza.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

D. MANUEL FREYRE SANTANDER

NUEVO MINISTRO DEL PERÚ

POR MACAYA

DIPLOMÁTICO de brillante actuación, las declaraciones sobre la finalidad que anima su misión son una promesa para el futuro estrechamiento de nuestras relaciones espirituales y comerciales con el país hermano. Ampliamente vinculado a la sociedad argentina, ésta ha dispensado al nuevo y culto representante peruano la acogida auspiciosa que su alta investidura y su caballerosidad merecen.



Vestido de "crepe" con guarniciones de encaje en color "beige".

Traje túnica de "crépe satin noir", recogido a ambos lados.

Ultimas *Novedades* de la Moda

Abrigo imitación piel, con adornos de chinchilla

FOTOS DE CLAIRE PATEK, DE VIENA.



TIPOS PROVINCIANOS
DON LEDESMA

Como una langosta asustada, el clavo da un salto y desaparece en los pastitos. El martillo hace resonar la madera del bote y luego, impulsado por la mano airada, describe una gran curva y cae, levantando un poco de tierra.

— ¡Dejuro que has ido a otra parte, muchacho embustero! ¿A dónde has comprado estos clavos, eh?

Don Ledesma, sentado en un banquito tosco, vuelve el rostro moreno y curtido hacia un muchacho que menea un pincel dentro de un tarro chorreado de pintura blanca.

— Como estaba cerrado el almacén de don Alejandro, fuí al otro...

— Cerrado... Yo te voy a enseñar... Caminá, alcanzame el martillo. ¿No ven? Alhajas clavos... parecen de sebo.

— También el palo del bote es como fierro... Tienen que doblarse.

— Terminá de hacer las letras y dejá de mentir.

Don Ledesma asegura las últimas piezas de su nueva embarcación y clavo aquí, cuña allá, se afana en concluír el trabajo que le tiene ocupado desde hace varias semanas.

Al golpear con el martillo en las

curvadas barandas, aspira con fuerza el aire luminoso como un vapor de oro, y, a pesar del duro gesto que tienen sus labios y sus ojos, la mañana le dibuja una sonrisa de contento, y un vaho de yuyos nuevos le pone en la piel suave escozor de plumas. A veces dirige la mirada a lo lejos y se queda unos instantes pensativo.

El cielo está claro en toda su comba azul. Una que otra nubecita deshilada se aplasta muy arriba y un cuervo, con las alas estiradas, hace y rehace sus círculos, pausadamente.

El río se alarga hasta el horizonte, donde se aguza entre las manchas verdes de los saucedales, y el sol, dando en las diminutas ondas, las hace brillar como innúmeras plaquitas de vidrio.

En la banda roja del bote, que parece un trazo de sangre, el muchacho ha escrito sus letras. Deja el pincel en el tarro y dice:

— Ya está, patrón.

El patrón se levanta y observa la escritura.

— No tienes mal pulso... Están parejas, pero falta saber si no te has olvidado alguna raya.

— No ha de ser. Dice clarito «San Lorenzo». ¿Quiere que le haga el deletreo?

Don Ledesma mira el camino que se extiende hasta el bosque de algarrobos. Montado en una mula zaina se aproxima un paisano. Desde la distancia grita:

— ¡Buen día, amigo! ¿Cómo va la obra?

— Llega a tiempo, compadre. A ver si me lee eso, que este muchacho ha pintado.

El paisano se acerca y se pone una mano sobre las cejas:

— San Lo...ren...zo!... Lindo nombre va a tener su bote! ¡Caramba! ¿Y es grandecito, no?

— Regular. Así es que... ¿están bien las letras?

El de la mula pega un latigazo a su cabalgadura y se aleja murmurando:

— Eso faltaba... si ha de creer que no sé nada, como él... Buen cachafaz fué cuando éramos de la escuela.

— ¿Qué va diciendo, compadre?

— Yo soy dueño de hablar con mi mula.

El botero escupe a un lado, se sienta en el banquito y reanuda su tarea. Ahora le faltan algunas pequeñas cosas y pronto concluirá su bote. Está deseoso de echarlo al agua esa misma tarde, y mientras da los últimos martillazos apura a su ayudante.

— ¿Has arreglado las correas de los remos?

— No, patrón.

— ¿Y qué has hecho toda la mañana?

— Las letras...

— Yo te voy a dar las letras.

Esquivando un cascotazo, el muchacho corre hacia el rancho, cuyas paredes de madera están ocultas por las ramas frondosas de unos sauces. El patrón, con las manos en la baranda de la embarcación, mira al río que se desliza manso y callado entre las márgenes arenosas erizadas de sunchos.

Las nubecitas blancas han ido atenuándose hasta desaparecer y el cuervo, allá muy lejos, es un punto apenas visible en la grande extensión luminosa y azul.

Alumbrados por el reflejo de unas nubes que cerca del horizonte se estiran como trenzas de humo rosado, el botero y su muchacho, con el agua a media pierna, empujan el «San Lorenzo» hacia la orilla del río.

— ¡Ha visto, patrón!... ¿No le decía que hay poca agua?

— Así había sido. Habrá que esperar una crecida.

— ¡Cuándo para que venga! Hace cinco meses que el agua se está por cortar.

Don Ledesma le mira despacio y hace un gesto de disgusto. En efecto, el río se está portando muy mal. La gente se va olvidando de los botes y apenas uno que otro individuo, que teme mojarse los pies, le solicita de tarde en tarde para pasar a la otra banda. Las mujeres que van a vender la leche y las legumbres a la ciudad cercana, andan satisfechas de no gastar los centavos del pasaje, y cuando entran al agua con sus mercaderías en la cabeza y las faldas recogidas hasta la cintura, parecen mofarse del botero.

— Buen día... don—le saludan con la cara llena de risa.—¿Se descansa, no? ¡Ay, qué fría está el agua!

— ¡Ojalá te dé un reuma! — murmura entonces don Ledesma, sintiendo un rencor por ese agua que cada día baja más.

A veces ha mirado el cielo, apretando los puños y algunas palabras religiosas, mezcladas con varios «ajos y cebollas», le han temblado en los labios.

Ahora, cuando su muchacho le recuerda del largo tiempo que el río está así, exclama, clavando las uñas en el bote:

— ¡Ojalá venga una crecida grandota que se lleve todo esto!

El muchacho, haciendo un esfuerzo con todo el cuerpo para deslizar la embarcación, cuyo plan raspa la arena, dice:

— No hable así, patrón. Tata Yaya lo puede castigar.

— ¡Qué me importa! Hasta tengo ganas de quemar el «San Lorenzo».

— Vea si será malo... ¿No sabe que ya le quemaron una vez?

Llegados a la orilla, amarran el bote a una fuerte estaca y se van, hundiendo los pies en la arena seca. Una brisa leve les ondula las faldas de la camisa, y los últimos reflejos del crepúsculo dan un tono de bronce a las piernas morenas y húmedas de los dos hombres, que desaparecen en el cercano saucedal.

Una lechuza da su graznido pasando sobre el bosque ennegrecido por la noche. Las estrellas aclaran las alas del pajarraco y un vientecito noctámbulo recorre las hojas y se pone a bailar en la mancha amarilla que se extiende en la puerta de la casucha.

Un farol de tubo abombado alumbra somnoliento la mesita con los restos de la cena.

— ¿Ha oído, patrón?

— ¿Qué?

— La lechuza.

— ¿Y de ahí?

— Siempre me da miedo cuando grita.

— Callate y vete a dormir. Mañana hay que trabajar con el «San Lorenzo.»

— Si se puede.

Don Ledesma está algo incomodado por la manera de hablar de su ayudante.

— ¡Cómo si se puede!

— Yo digo por el río... que no tiene fondo bastante.

— Mañana habrá más agua. Casi estoy seguro.

— ¡Ojalá que no sea demás!

El graznido del pajarraco vuelve a cortar el aire como unas tijeras. El viento acentúa sus correrías por el saucedal y mueve la llama del farol, deformando las sombras en el cuarto.

Don Ledesma se levanta y encendiendo un cigarro ordena:

— Vete a dormir.

Pasan unos instantes y el cuarto, con el farol apagado, parece hincharse de sombras, mientras dos pechos respiran profundamente con el ritmo acompasado del sueño.

De pronto, el muchacho abre los ojos y se incorpora de codos en el catre. Lleno de atención aguza el oído y tiene un ligero sobresalto. De la distancia llega como

un quejido sordo. Luego, es un rumor que se agranda y ondula levemente.

Se restrega los ojos con el dorso de la mano y llama:

—¡Patrón!

El botero se despierta un poco:

—¿Qué hay?

—Oiga... ¿no es el río?

Una ráfaga entra, empujando un bramido que trae de las obscuridades lejanas.

—¡La crecida! —grita el botero, dando un salto al suelo.

—Parece brava, patrón.

—Vamos, muchacho... vamos al bote... El río se va a llevar mi «San Lorenzo»... Encendé el farol... ligero... corramos...

A toda carrera se dirigen hacia el sitio donde ataran el bote. La luz del farol corre por los pastos y se enreda en las piernas de los dos hombres. Don Ledesma sale el primero del bosque de sauces y mirando la extensión abierta, se queda como paralizado.

—¡Río puerco! —grita roncamente.

—¿Mucha agua, no? —dice el muchacho, balanceando el farol cerca del suelo.

El manso hilo de agua de algunas horas antes se ha convertido en una violenta avenida, hervidora y espumosa, ancha hasta la linde de las arenas. Un oleaje rápido y nervioso chapotea en todas partes y sacude el bote que, amarrado a su estaca, parece un animal pronto a cortar la cuerda que le sujeta.

—La estaca afloja, patrón.

El botero extiende los brazos con los puños apretados y, lanzando una blasfemia, se hunde en las aguas que corren velozmente, llenándole los ojos de espuma.

Con el farol en alto, el muchacho le mira aproximarse al bote. La luz tiembla en sus manos y le alumbra la cara llena de susto. Tiene los ojos muy abiertos y el labio caído.

—¡La estaca afloja! —repite agitando el farol.

El bote, cada vez más sacudido por la impetuosa avalancha, tira rabiosamente de la cuerda. La estaca, que se ha ido inclinando poco a poco hacia él está casi enteramente sumergida. Todo el río parece empeñado en concentrar sus fuerzas en ese punto, y ronca y escupe a todos lados, hinchado y ondulante como una sierpe enorme. La noche sopla tranquila y una tenue claridad de estrellas parece azuzar con su indiferencia la furia del torrente.

El hombre está a algunas brazas de la embarcación y, aunque el agua no le sube más arriba del pecho, tiene que hacer considerables esfuerzos para avanzar.

La cuerda, de repente, se hunde y, por un prodigio, la estaca se mantiene en la arena unos segundos más. Estos bastan para que el botero, extendiendo los brazos se azga de la borda. El peso de su cuerpo hace que las últimas resistencias de la estaca concluyan, y mientras el hombre alza una pierna como a cabalgar, la embarcación salta como un pájaro asustado y huye vertiginosamente a la deriva.

El muchacho ha permanecido toda la noche sentado en una pequeña elevación cubierta de pastos y ramas secas.

Las primeras luces del día colorean unas nubecitas en el naciente.

Los cascos de una cabalgadura hacen ruido en el camino al saucedal y luego aparece el compadre de don Ledesma en su mula zaina.

—¿Qué estás haciendo? Dejuro que mi compadre te botó de la casa.

—¡Dónde estará ahora mi patrón!...

—¿Qué dices?

—¿No ve el río?

—¿Qué ha pasado? ¿Le llevó el bote?

—Sí, pero él también se fué.

—¡Caramba! ¡Y está brava el agüita! ¿A qué hora sucedió?

—A media noche.

—Debe estar lejos si no se atracó por ahí.

Se queda mirando las orejas de su mula y de pronto dice:

—Vamos a buscarlo. Subí.

Con el muchacho en ancas, el compadre se aleja por la orilla del río.

Tres horas después divisan entre unos matorrales al botero.

Don Ledesma ha colgado en las ramas de un árbol su camisa y sentado en un tronco seco les mira llegar. Como siempre está muy serio.

—¡Buenos días, compadre!

—¡Buenos!

—¿Mala noche pasó, eh?

—Patroncito... ¿y el bote?

—Se perdió.

El ayudante de don Ledesma tiene una opresión en la garganta y hace un gesto de angustia.

—Con los remos nuevitos... y el bichero... que yo labré...

—El bichero se ha salvao.

—¿Cierto?

Y tiene un brillo de alegría, que se le amortigua cuando dice:

—Pero... ¿para qué lo quiero ya?... sin el bote.

El patrón escarba el suelo con los pies desnudos, y por primera vez desde que tomó a su servicio al muchacho, le sonríe un poco.

—¡Arrimate!

—¿Ya me va a pegar?

Pero el hombre tosco y rudo no quiere pegarle, y cuando tímido se le acerca bajando los ojos, tomándole entre sus brazos, le estrecha con fuerza. Luego le aparta bruscamente.

—¡Anda a ver tu palo!

—¿A dónde?

—En el bote.

Dando un salto de alegría, el muchacho corre hasta la orilla del río. Entre una espesa maraña medio sumergida en las espumas amarillentas, el «San Lorenzo» se balancea suavemente.

Don Ledesma se vuelve hacia su compadre.

—Buen bichero hizo el cachafaz. A no ser tan fuerte ese árbol condenado nos hace pedazos. Un algarrobo grandote, en medio del río, me iba a caer encima... entonces... lo volqué... así, con el palo.

Y cuando el muchacho se aproxima, esperando un gesto amable de su patrón, éste le ordena:

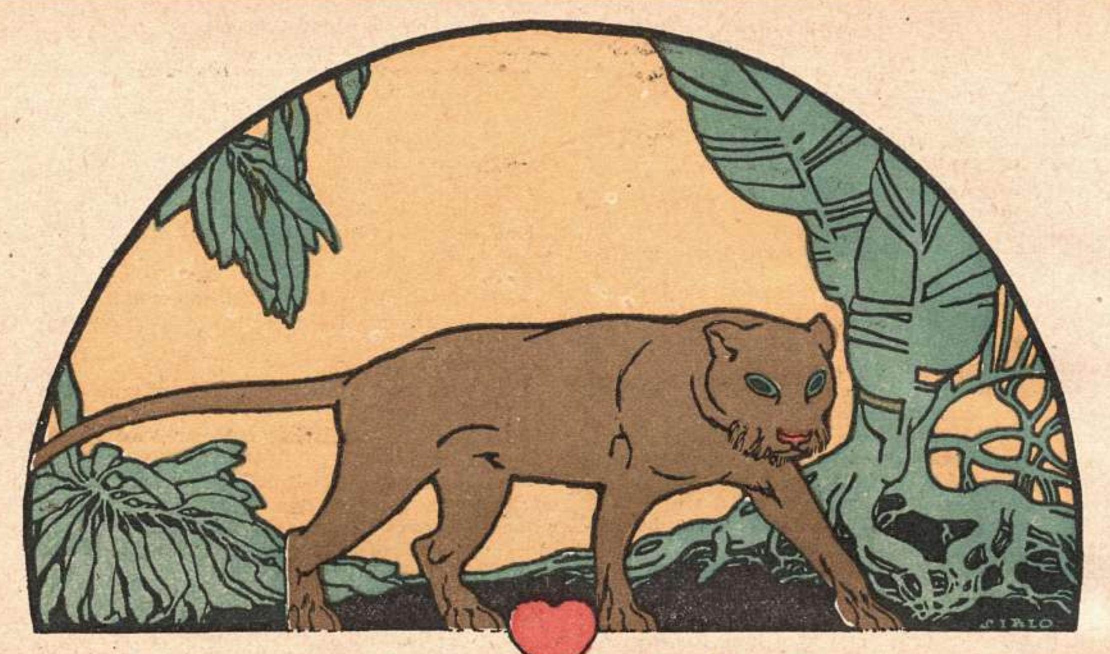
—¡A ver, su sinvergüenza, si me alcanza la camisa! ¿No ven?

Y cruzado de brazos mira el río, que entre sus flancos llenos de plantas mojadas, se hincha como para prorrumpir en un canto de alegría.





DIBUJOS DE SIRIO



EL ZARPAZO

Tiempo hacía que en la aldehuela lejana, perdida entre las sierras y los viñedos, vivía Juan Mateo con su adorada mujer. Para él, la vida se reducía simplemente a sus habituales excursiones de caza, de la cual vivía, y a querer con un cariño casi salvaje a la morena, fresca y rozagante, que a su amor se había entregado.

¿Y para qué más? En eso estaba todo. La misma voluptuosidad felina que experimentaba en la persecución, o en la lucha, con una presa peligrosa, la volvía a sentir, quizás con más vehemencia, en los largos ratos de amor que disfrutaba al lado de Rosa.

Y era celoso de su oficio y de su amor, celoso al punto de que era capaz de emprender la más arriesgada aventura si se ponía a prueba su valor de cazador de pumas; y asesinar sin otra palabra si se notora engañado por la mujer que amaba.

Una mañana, andando por los valles nevados, en busca de caza, encontró a un hombre herido de un feroz zarpazo en el pecho. Juan Mateo, solícito y cordial recogió al herido en su cabalgadura y dirigióse presuroso a la vivienda serrana.

Rosa lo vió llegar y salió a recibirlo. Cuando vió al herido, palideció levemente. Era éste un mocetón fornido, de tez morena y mirada profunda. También al ver a Rosa tuvo como un estremecimiento. Juan Mateo lo notó, como había notado asimismo, la palidez de su querida mujer. Pero todo era perfectamente explicable. El sufría, sin duda, un terrible dolor. Ella se impresionó por el desventurado cubierto de sangre.

Pero... no; ¿para qué tomar en cuenta eso que era de todo punto natural? ¡No, de ninguna manera!

El herido fué puesto en la cama humilde y blanquísima, cuyas sábanas tenían olor aún a agua de río.

Juan Mateo le lavó la herida. Era bien profunda; la fiera había clavado bien su zarpa. La desgarradura abarcaba la mitad del pecho. Un poco más de fuerza y el puma clava sus uñas en el corazón del muchacho.

Pero Juan Mateo le lavó la herida, y luego le vendó con un pedazo de lino, fresco y oloroso también, como las sábanas de la cama en que se quejaba el herido.

Rosa no pudo resistir los ruegos del mancebo, que fuera una vez su amante, y cedió.

Juan Mateo los vió un día de lejos, abrazados bajo el algarrobo del rancho. Y volvió a acordarse de la profundidad de la herida, que seguía siendo profunda, a pesar de que iba cicatrizando mediante su amorosa labor.

Los ojos de Juan Mateo brillaron en un resplandor siniestro. Llegó al rancho y sonrió como siempre.

Al anochecer dijo al desconocido:

— Mañana voy a vender mis cueros. ¿Se anima a acompañarme?

— ¿Y el zarpazo? — contestó el otro en tono indeciso.

— Ya no es nada. Venga.

Temprano, al otro día se pusieron en marcha sobre el mismo caballo, con el pequeño rollo de pieles.

Rosa salió a despedirlos; sus hondos ojos morenos brillaban de ansiedad y temor. Pero quería estar serena.

—Vuelvan pronto—dijo, y los saludó con la mano. Y siguió con la vista a los jinetes, que poco a poco se perdieron entre las matas del camino solitario.

Al deslindar de aquel día, cuando el crepúsculo baña las cosas de una penumbra doliente, y el silencio de los valles se hace más armonioso que nunca, apareció Juan Mateo, solo en su caballo.

Rosa fuéle al encuentro. Juan Mateo estaba lívido. Ella, al verlo solo, tuvo un estremecimiento de duda, pensó mil cosas. Pero no quiso decir nada. Juan Mateo se apeó, libró su caballo y fuése en silencio a sentar ante la puerta, bajo el algarrobo del rancho...

Rosa lo seguía con temor. Pero, al notarlo sonriente como siempre, a pesar de su palidez, se aventuró a preguntar tímidamente:

— ¿Y el otro?

— ¡Ah! ¿El otro? No pudo volver. Se quedó durmiendo en las sierras. A estas horas estará sirviendo de cebo a los pumas... ¡Ya lo decía yo que había sido hondo el zarpazo!

DIBUJO DE SIRIO

ALFREDO R. BUFANO



LOS · PATITOS BAILARINES

El callejón parecía empedrado con adoquines desiguales. Una tropa de novillos había cruzado la noche anterior, después de dos días de lluvia persistente. El sol ardiente de enero secó muy pronto el barro, y las pisadas de la tropa, que había acribillado el suelo con sus pezuñas, dejaron en él puntas afiladas como bayonetas.

Era domingo y día de pago. Los peones de *El Paraíso* y *La Chiquita* concurrían alegres a lo de don Ramón a cobrar sus jornales. El pulpero pagador, la semana pasada, había bajado al pueblo en busca de dinero. Algunos estancieros depositaban las sumas correspondientes a los jornales, en la pulpería, para favorecer a don Ramón... Así, los primeros gastos se efectuaban en su casa, pudiendo así mismo, cobrar los adelantos y *fiaus*...

Un desvencijado carretón, techado con una arqueada chapa de cinc, venía al paso lento y lastimoso de un lerdo burro barroso. El rechinar de las resecas ruedas y la queja áspera del techo de cinc destartalado, llenaban el callejón de ridículos lamentos de cosa vieja. El burro pisaba con cuidado, defendiendo sus bazos *despiaus*, en el terreno endurecido.

Sin duda alguna se trataba de un forastero, pues nadie se atrevió a opinar al verle acercarse.

Don Ramón, ocupado más que en el pago, en el cobro de los adelantos y de las cuentitas de *fiaus*, le tenía sin cuidado el forastero, con su jardinera destartalada. Su mujer aventuró un parecer:

— Pa mí que é un turco bolichero...

Pero se equivocaban los que hablaron y los que suponían para su caletre. El forastero traía consigo una novedad para las gentes.

Entre las dos ruedas de aquella jardinera desconchada, balanceábase una jaula con un gallo de riña, colorado y sin cresta, y tres patitos de bañado. El gallo ejercitaba de cuando en cuando, su pico audaz y fiero, sobre las inocentes molleras de los patos.

A unos diez pasos de la enramada, el conductor hizo detener el burro. Una cara rencorosa y seria, *de china e pocas pulgas*, se asomó por la parte delantera.

— Aquí no más, Braulio — dijo.

El hombre bajó. Era de escasa estatura y le faltaban los dedos pulgares de ambas manos.

— ¿Tá caliente la plancha? — preguntó.

—Sí; aura acercate y decíles que traís pasteles...

Cuando el hombre hubo asegurado el *muchacho*, (1) para no cansar tanto al burro, caminó hasta la pulpería.

(1) Llámase así a un instrumento de madera, que se coloca de punta para sostener las varas de las jardineras, evitando el peso del vehículo sobre el lomo de las bestias de tiro.

En la enramada tuvo que saludar, sombrero en mano, al paisanaje.

—Si gustan, traimos pasteles en la jardinera...

Uno del grupo, el más joven, lanzó una imprudente risotada.

—¡No te riyás mula! — le dijo por la bajo el que estaba a su lado —¡que Dios te va a castigar!...

Se reían y hablaban de las manos mutiladas del pastelero.

—¿Y, ese gayo, don? — saltó un curioso.

—Un gayito e riña; lo yevo pa cría...

—¿No pelea, don?

—En ocasiones desplumó a varios... aura anda medio apestau, ¿sabe?

—Parece e raza — sentenció uno que miraba atentamente sin escuchar.

Y la curiosidad llevó al preguntón y sus compañeros hasta la jardinera.

La cara de la mujer volvió a asomarse, pero por la parte trasera del carro. Los peones pudieron ver el interior. Unas mantas en desorden, un poncho, un encerado; y, cerca de los pies de la mujer una canasta con pasteles. En el medio, una jaula que parecía descansar sobre una chapa de acero. La chapa cerraba una caja de latón, rectangular, como una pequeña cocina económica.

Mientras comían los primeros pasteles calientes, el curioso volvió a preguntar:

—¿Y, eso, pa qué lo trai vacío?

Referíase a la jaula, que descansaba sobre la caja rectangular.

Braulio se apresuró a explicar, pues era ese su deseo:

—Es pa hacer bailar los patos... En ocasiones bailan lindo...

Los seis paisanos que le escuchaban, largaron una tremenda risotada al mismo tiempo.

—Riyéndose de su inorancia pué...— terció la mujer — los patitos bailan si señore... —Y, dirigiéndose a Braulio, continuó:

—¡Jugale algo, pué; desafíalo pa que no sean porfiaus!...

—Nos quieren cazar de gansos... ¡Qué van a bailar!... — objetó uno.

—Andá largando un rial y verás... — desafió Braulio.

—¡Macanas!...Asigún usted los patos son cristianos — protestó el curioso en la duda.

—Larga un rial, larga un rial... — insistió Braulio.

El preguntón metió la mano en el bolsillo de la bombacha y extrajo un pañuelo. Desató un *ñudo* con los dientes y dejó caer, en los cuatro dedos de la diestra de Braulio, dos monedas de cobre.

El hombre se agachó, abrió la jaula, metió la mano, y, entre sus dedos en gancho, atrapó por las patas el palmípedo menos arisco.

Levantó, ya encima de la jardinera, la tapa de la extraña jaula, guiñando al mismo tiempo, un ojo a la mujer.

Antes de introducir el pato, volvió a desafiar:

—Y, ¿no hay otro guapo que quiera jugar?

La mujer sacó un plato de entre las mantas y sonaron tres o cuatro monedas más.

El pato, al caer, abrió las alas, y comenzó a caminar, levantando las patas, como si le hubiesen puesto botines que le molestasen. La pastelera extrajo de un cajón del pescante un pequeño acordeón y le hizo sonar. El pato ya daba saltos y abría el pico como si, afónico, quisiera festejar él mismo sus gracias de animal payaso... Una risotada feliz, hizo bufar a un redomón que habían atado a un palenque cercano.

—¡Y baila no más!... ¡Pero vea!... — exclamó el primer sorprendido.

—¡Jué pucha, pato compadre!... — gritó, contento y satisfecho, uno del grupo.

El pato saltaba, abría las alas ansioso, al parecer, de estar en el aire.

Las risas atrajeron un público mayor, que se disputaba los lugares por ver el prodigio. El palmípedo caminaba, de un lado para otro, con la cabeza alzada y el pescuezo flaco.

—¡Piro y hibía sido virdá!... — gritaba un chico, agudizando las palabras con *ies* de finísimo tono. — Viní Pitrona, viní a vir!... ¡Quí bicho lindo!...

Se dirigía a una gurisita, que, debajo de la jardinera, se contentaba con mirar la jaula con los otros animales, suponiendo lo que sucedía dentro del vehículo.

Braulio subió por el lado de las varas, trepándose en el burro y extrajo el patito del extraño tablado.

—¡Déjelo que siga! — protestó uno de los espectadores — ¿no ve que la moza sigue tocando?

La pastelera, con los ojos tristes, fijos en el impreciso cielo del atardecer, indiferente, seseguía arrancándole notas al acordeón.

—Tá cansau, tá cansau— argumentaba Braulio, observando que el palmípedo hacía cada vez más lenta su danza.

—Deje de embromar, si al pato le gusta bailar — insistía el pedigüeño.

—¿Y, lo jotros? — interro ó uno del grupo.

—Uno anda rengo, el otro es pichón tuavía — respondióle la mujer.

Braulio retiró el patito del singular tablado, acariciándole las alas y las patas con los ocho dedos de las manos.

—Piro qui láspena — se lamentaba el gurí — ¡la gurisa no lo vido bailar, seño!

Pero no hubo forma de convencer a Braulio. Ni ofreciéndole otra vuelta para el plato.

Los más serios, los que menos gracia les había hecho el espectáculo, se retiraban a *tabiar*.

Pasó por fin el plato entre los que quedaban:

¡Un rialito, pal maiz del patito
Un rialito, pal maiz del patito.

Cayeron algunas monedas. La noche venia, silenciosa, por el callejón, entrando en los ranchos sigilosamente. Encendía luces en el cielo y en el caserío chato y parduzco. Los peones se alejaban. Unos al trote, otros intentando correr carreras.

—¡Jiiiup! ¡Aura maula! ¡Metele a ese sotreta! ¡Bi-bió-jú-jú!...

Cada cual a su querencia. Sólo Braulio y la pastelera que no la tenían, mudos, silenciosos, preparaban la comida. Al hacer el recuento de las monedas el hombre recriminó la negligencia de su compañera:

—Te dije que calentases bien la plancha. Al final, el patito ya no sentía el calor. Si la calentas como te dije, hacemo bailar hasta el gallo...

Su mujer tuvo en cuenta la advertencia en otras ocasiones. Y, el pequeño circo ambulante, fué llenando de risotadas las bocas aguardentosas, con las gracias de los patitos bailarines.



DIBUJOS DE PALACIO

CAORZOS

POR

MIGUEL DE UNAMUNO



Estábamos a orillas de un río. No corría ni el más leve soplo de viento y el cristal de las aguas estaba tan terso y limpio como podría estarlo el de una charca de aguas estancadas y quietas. Los álamos de la otra orilla se reflejaban en el río como en un espejo lo más terso y liso.

— Cualquiera diría — me dijo — que ni un momento es la misma agua la que sustenta esa imagen; que el agua se va y el retrato de la alameda se queda. Es el sueño lo que permanece; es el soñador el que se va.

— Vete a saber — le dije — si es el agua la que sueña esa imagen o si es la imagen la que sueña el agua. Vete a saber cuál es el continente y cuál el contenido...

Nos callamos los dos un instante y hasta cerramos los ojos para mirarnos hacia dentro, hacia el caudal de nuestra conciencia. Y los volvimos a abrir aterrados y los clavamos en el retrato de la alameda como para salvarnos de la corriente del tiempo. Al poco rato mi amigo dijo:

— Este río, como todos, tiene una personalidad, tiene un carácter. Y tiene una vida desde que nace allá, en la sierra, hasta que va a perderse en el otro río que va a la mar. De niño salta y brinca y juguetea y forma cascadas; luego se sosiega, aunque de vez en cuando se despeña, otras veces se remansa...

— Pero, ¿quién le da su personalidad al río? — le dije o me dije a mí mismo aunque dirigiendo a mi amigo la palabra. — ¡El agua, no! El agua de este río es como la de los otros ríos, unas veces turbia, otras clara. Los ríos no se distinguen en general por la calidad de sus aguas, los ríos se distinguen por su cauce, por sus orillas, por el continente y no por el contenido.

— Como nosotros los hombres — me replicó.

— Es cierto; lo que llamamos la forma es el verdadero fondo; lo que llamamos la forma es lo que queda. El contenido es el que pasa...

— Pero es que el fondo se le llama al lecho del río...

— Sin embargo, el agua es el espíritu. Sin agua no hay río...

— Yo diría más bien que sin cauce, sin lecho, sin orillas, no hay río. El agua es lo de menos. Hay ríos secos. Y una rambla, una torrentera en seco sigue siendo un río...

— Sí, un río muerto...

— Que es a su vez un río posible. Mientras que las aguas de una charca, de un pantano sin desagüe, no son un río, ni muerto ni posible. Y yo no sé qué es mejor, si ser pantano sin desagüe, de poderosas aguas quietas, o ser río en seco, cauce sin corriente de aguas...

— Qué es mejor... No lo entiendo. Además una cosa es mejor o peor según para qué... Pero te entiendo. Y no quiero ponerme a pensar en ello...

— ¿Y esos regatos de nuestros campos que en verano se secan a trechos y quedan en su cauce, acá y allá, separados y rotos, pequeños charcos que son como cuentas de un rosario al que se le ha perdido el hilo que las ensartaba?

— ¿Los que aquí llaman caorzos?

— Los mismos. Esos pequeños charcos, esparcidos a lo largo del pedregal del lecho del río muerto me han sugerido siempre inquietantes reflexiones. Y he pensado que mientras el río vive, o sea mientras sueña, mientras corre por su cauce el caudal de las aguas en esas hondonadas del fondo hay aguas quietas, aguas que permanecen las mismas, y sobre las que resbalan las otras, las superficiales.

— También hay caorzos en el alma... — dije.

Estaba muriendo la tarde y la luz del sol al irse derritiendo se agarraba a las aguas del río.

— ¡Mira, mira esa estrella cómo brilla en el agua! — exclamó mi amigo.

— Es el lucero que se refleja en ella... Y acaso esa imagen baja hasta el fondo, hasta unas aguas quietas, aguas de un caorzo, y se diluye allí y allí se queda diluída... ¡Dios sabe lo que guarda el fondo del río!

Nos iba invadiendo una común melancolía. Y la melancolía común es mucho más honda que la que separadamente pueden abrigar dos o más hombres, la que es como un fondo de ambos, como una conciencia de comunidad melancólica, es la que más cala, es la que de veras queda.

— No hay más que un agua — dijo mi amigo rompiendo el silencio y reanudando la corriente de nuestra meditación mutua.

— Que va a la mar y en la mar es amarga.

— Pero esa amargura le ha sido, durante siglos de siglos, de la tierra. La sal de esa amargura no brotó por entero del lecho del mar; es sal de la tierra, de los lechos de los ríos, de sus cauces...

Cuando nos levantamos del césped de la orilla en que estábamos rendidos, era ya de noche. Reinaba sobre el río un silencio nocturno. Sólo mirando a las estrellas — no había luna — y viéndolas parpadear, antojábasele a uno que más allá del sonido, en el silencio, cantaba algo.

— ¿Y si las estrellas fuesen caorzos? ¿Caorzos de luz? — murmuró mi amigo.

Miramos al Camino de Santiago, a la Vía Láctea. Y pensamos — *copensamos* más bien — ambos en las aguas quietas de la luz del fondo de la vida universal.

XXIV · BONOMI

SOLEDAD

La vieja estampa muestra al dulce «poverello»
hincado sobre el mundo con humilde fervor,
su sayal bate alas bajo el viento del cielo
y hay en su mano un cráneo, como una inmensa flor.

Ha vencido a la muerte el manso limosnero,
su ciencia es solo amor y su palabra canto,
como los pajaritos ha seguido el sendero
y a fuerza de ser niño, ha llegado a ser Santo.

Hoy más que nunca, hermano, tu ejemplo es necesario,
perdido es el concepto puro de la piedad,
perdido es el consuelo del cordel y el rosario,
perdida es la secreta virtud de la humildad.

Cruza el ave y no vemos su simbólica huella,
abre la rosa y muere lejos de nuestra mano,
su parábola eterna traza, inútil, la estrella
y la hermandad del mundo se manifiesta en vano.



Lejos, lejos de todo, el hombre vil dormita
su trágica cabeza recostada en la sombra...
El agua va subiendo hasta su alma marchita
y el Angel del Señor que pasa, no le nombra.



FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

DIBUJO DE BONOMI

Página Infantil

Enrique Ordiosº

Martín Lagos



Augusto Lavalle Cobo



María Elvira Anzalaºt



EN LA BARRACA

ÓLEO DE JOSÉ NAVARRO

DEL SALÓN WITCOMB

ENLACES





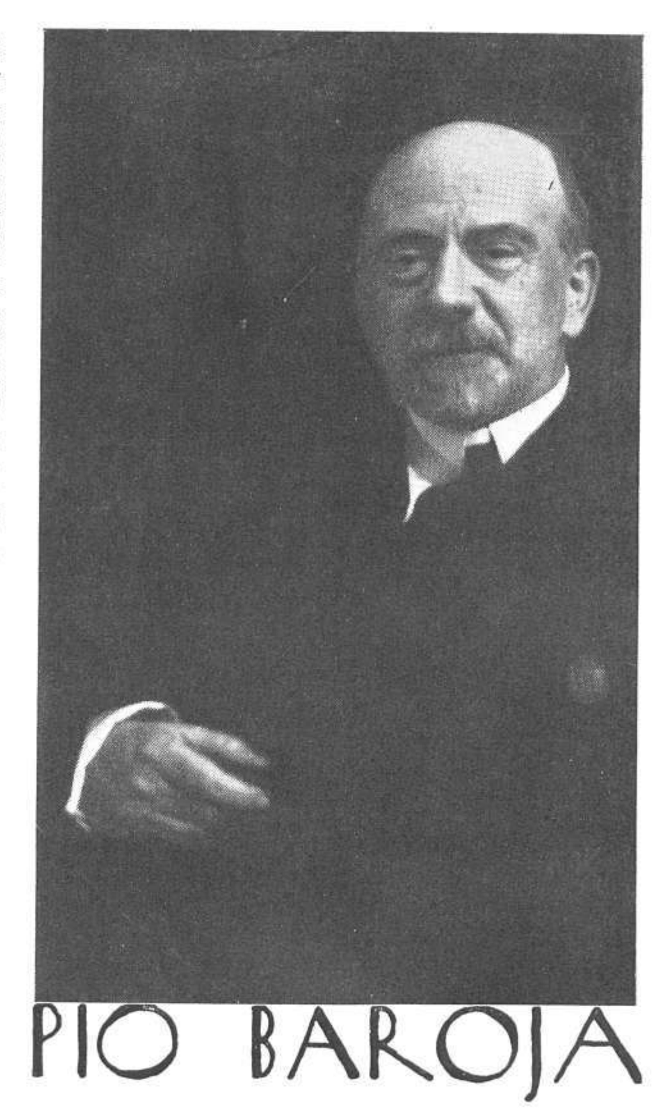


SEÑORITA MARÍA MARTHA CABRERA CASTILLA CON EL SEÑOR ALEJANDRO R. BOLLINI, EN LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA MARÍA ESTHER BELAUDO CON EL SEÑOR CARLOS GALUP LANÚS, EN LA IGLESIA DEL CARMELO.

SEÑORITA LUISA MATILDE BUNADER ZAPATA CON EL DOCTOR HE-

RIBERTO FRIGERIO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



PIO BAROJA

NUESTRO CORRESPONSAL EN PARIS ENTREVISTA AL INSIGNE ESCRITOR ESPAÑOL Y OBTIENE INTERESANTES DECLARACIONES

No tenemos miedo a los literatos que han asesinado al padre — como contaba Baudelaire. El ogro fué siempre poco fotogénico y es por esa razón tan sólo por la que nos da miedo un hombre cuyo nombre leemos con frecuencia y cuya efigie no conocemos, en esta época de «persuasión» por la imagen. Si todavía no lo han fotografiado, es que no debe existir. Y si este hombre nos ha llamado en la noche por nuestro nombre, la inquietud que en nosotros despierta puede parecerse al terror. Este es el caso de Pío Baroja. No habíamos visto nunca su retrato. Conocíamos sus hoscas novelas donde hay algo de ceñudo que no posee el paisaje vasco, pero que es vasco, sin embargo, y que tal vez esté en la arquitectura de la lengua; que chisporrotea y no arde de verde que aun está. Le daba a esos estudios de caracteres el corte dramático e insurrecto del dolor que dura toda la vida frente al placer que dura sólo un instante. (He leído ayer noche a Oscar Wilde).

Pío Baroja, para llamarnos desde la caverna en que lo habíamos alojado, desconociéndolo, nos gritó en «Juventud, Egolatría» con una acritud que, por lo intensa, debía dejarlo desarmado al cumplir su deseo. Nos había dicho todo lo que le pesaba sobre el espíritu, tal como el padre que amonesta a su hijo y lo hace sin rencor y sin envidia, y que luego queda contento por haber cumplido una tan dura misión.

— Uno debe ser a veces duro para los que quiere bien — me dice Pío Baroja. Y me recuerda a mi padre, vasco como él. Por eso le doy razón. Los vascos que han trabajado siempre, aun en la Edad Media, cuando la Europa era una cueva de malhechores, no tienen pudor para decir lo que piensan, ni ocultan con eufemismos los hechos. El lenguaje éuskaro no está poetizado todavía y hay palabras que en la boca de los vascos fuertes parecen piedra de honda.

Yo no le pido a Pío Baroja, con quien voy recorriendo las calles de París a media noche, que me recite el mea-culpa. Durante la guerra, pareció ser en España el amigo de la Alemania fuerte y militar, el admirador de la ruda organización del Norte. Y su error era bello porque era sincero, así como debía medirnos, duramente, más tarde, de todo corazón. Vuelve hoy de Alemania, que no conocía sino a través de las obras que alargan sus fronteras: el arte, la filosofía y el poder militar. Pío Baroja no es un amante arrepentido, aunque en verdad eso sea. Parece tan cruel cuando habla de lo que acaba de ver, que se dijera que es un amante que nunca ha querido. La Alemania que ha visto lo ha helado. Y después de contarme la decepción que ese país de hierro y calculo le reservaba, ha terminado diciéndome:

— Y lo peor de todo, en este trance, es que no se tropieza con un hombre inteligente en Alemania.

Yo desearía que este espíritu libre que sabe reirse sin empacho, como se ríe un niño ante un payaso, fuera a la Argentina como ha venido a Francia, a devolverle en una conferencia, que ha dado en la Sorbona, la flor delicada de su afecto honroso. El ogro que llamó a la América Española «el continente estúpido», es un hombre que ríe; el filósofo es sensible a la belleza de la acción, y el literato de los cabellos grises, ama la juventud.

Cuando se cuentan cosas interesantes, uno de sus amigos dice:

— Ya verá todo eso en un libro de Baroja.

Porque es con el caudal del genio disperso, con la anécdota que posee la sugestión capaz de ahogar entre su realismo la más alta imaginación creadora, con lo que Pío Baroja compone sus obras y ameniza sus tertulias. Seguramente ha conocido a un hispanoamericano que respondía al retrato que de nosotros hizo. Generalizó y pecó, sin que envolviera en el comentario odio alguno, y es así que se desencuaderna de risa cuando le leo un trozo de Oliverio Girondo que dice: «Es tanta la mala educación de Pío Baroja, y sobre todo es tan ingenua la voluptuosidad que siente Pío Baroja en ser mal educado, que uno es capaz de perdonarle hasta la falta de educación que significa llamarse Pío Baroja».

Al fin está satisfecho Pío Baroja ante la reacción masculina que su manera de ser provoca en la juventud. Nadie más cortés ni más sociable que el autor de «La busca». El ogro es extremadamente sociable y bien educado.

— ¿Iría usted a la Argentina?

— Sería un viaje que haría con gusto. No sé, eso sí, cuándo se me ofrecerá la oportunidad.

— ¿Tendría usted coraje? — le pregunta Corpus Barga que nos acompaña.

— Coraje sólo lo tienen los bandidos y los jugadores — responde.

Y Pío Baroja, que sonríe siempre y cada palabra que le alcanza le hace abrir las puertas de los tesoros múltiples que posee, habla de los hombres de coraje. Toda la gama. Y termina contándonos la vida del matón que llega a Toledo en plena epidemia de fiebre tifoidea. El hombre no encuentra con quien armar gresca. La ciudad está enferma de miedo. Lo han abandonado todo al matón, que se muere de tristeza. Asomados a los vidrios de las ventanas, unos cuantos vecinos le ven llegar a la plaza principal con un canasto de tomates. Nada tan temible, en tal ocasión, como los tomates, pues es voz popular que los tomates dan el tifus. El matón se come, ahí no más, los kilos de tomates que traía, desafiando a la muerte y no teniendo ya a quien provocar... Pero yo no creo en el coraje — termina Baroja.

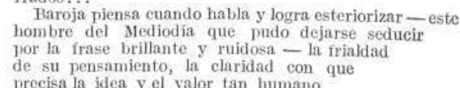
— ¿Y se vuelve usted a España?

—Sí, pero no sé cuándo.

Y la piedra de honda del vasco parte hacia los Pirineos, mientras se le vela la voz de tristeza. ¿Piensa acaso en Unamuno?

Y añade:

— Como ahora todos los españoles tenemos algo de desterrados...



Baroja piensa cuando habla y logra esteriorizar — este hombre del Mediodía que pudo dejarse seducir por la frase brillante y ruidosa — la frialdad de su pensamiento, la claridad con que precisa la idea y el valor tan humano y modesto con que la emite.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

LOS MAESTROS DEL BANDONEON



VICENTE GRECO, UN VETERANO.

GRACIANO DE LEONE, MAESTRO CON ESPOLONES.

Si existe una modalidad verdaderamente genérica, en el medio ambiente bonaerense, de aquellas que hacen carne con las más íntimas vibraciones del sentimiento popular; el culto del bandoneón, con todas sus historias verídicas o fantásticas, vive y se *agranda en la emo*ción de la multitud. Los dedos virtuosos que pueden arrancar del fuelle esas notas cayendo al alma como el diluvio de armonías que dejan vagar los armoniums; los brazos capaces de sacar la vida rítmica de la entraña de una caja y darlas a torrentes para intuir las alegrías y ensueños más ardientes; atraen sobre sí el rumor de las bendiciones con que mozas y mozos acogen su arte. Son los magos de un instrumento cuyo rol en las fiestas del pueblo tiene asignádole un lugar preferente. Como si el bandoneón desterrase a la tradicional vihuela, no pocas veces enlazada a la zaga de sus ...

Palpitó con aquellas antiguas reuniones de barrio, en la vieja metrópoli, sin rascacielos, a travé de las pintorescas parrandas que han dejado recuerdo famoso para el costumbrista de la época.

Sebastián Ramo Mejía; Antonio Chapi Coco: son nombre *vinculados a los albo*res del milonguero instrumento. Tras el duro andar por esas parroquias cada una de ellas jirón de l leyenda porteña, comienza, veinte años ha, olvidando el pico; l actuación de Juan Maglio, que con el seudónimo de «Pacho», aplicando s tecnicismo musical, opera una transfor mación hacia el triunfo. El antiguo bandc neonista casi exótico de otrora, el aficionad tecleador de bandoneones, pasa al recuerdo Se organizan recias orquestas típicas que obede cen al ronquido del bandoneón cuya voz inicial, s parece a una orden vigorosa, terrible.

Con la industrialización de la música, se crea ...

EL FORMIDABLE «PACHO». ARRIBA: JUAN CANARO, UNO DE LOS ASES DEL ...



CANARO, MINOTTO Y COMPAÑÍA, EN CONCILIO PARA MODIFICAR LAS «CURVATURAS» DE UN TANGO.

con su bandoneón, que le conoce hasta la sombra, que le hace dar las más altas, las más hermosas y grandes expresiones de amor, de llanto, de alegría, de remordimientos, de intensas angustias: el artista que da forma con las notas, al más inmenso placer del espíritu, que lo es la añoranza. Con ella, el hombre revive a solas, sin temor del

VEA: SI FALLA EL BOTÓN, ¡ADIÓS EL DISCO Y LA GUITA!

LAS CANTORAS SILUETAS DE AMÉRICO Y EMILIO BIANCHI, MIENTRAS ENSAYAN UNA DE LAS «CUERPEADAS» DEL PRÓXIMO VALS.

PEDRO POLITO, BUENA MUÑECA.

ANSELMO AYALA, BRUJO DEL TECLARO.



LOS HERMANOS ORLANDO Y JUAN GUIDO, PICHONES DE FENÓMENO, IMPRESIONANDO DISCOS.

robo ajeno, sus glorias del pasado y dignifica sus amarguras. Remoza la vida si es maduro o viejo. Presume la gloria y la divinidad solar si es mozo. Corre según su albedrío por los espacios ilimitados de la fantasía y se mira cara a cara con el ideal. Habla con los que ya no ve ni puede ver, ama con la fuerza del primer instinto, renace su yo en su amplio margen de óptima quietud, y, finalmente, se olvida de la deleznable materia, retrotrae repercusiones de otras vidas y se acerca a una fe... Cuando se realice la historia de nuestras costumbres populares, los bandoneonistas, como los hábiles guitarreros, tendrán labrado un bello y gracioso capítulo sentimental.

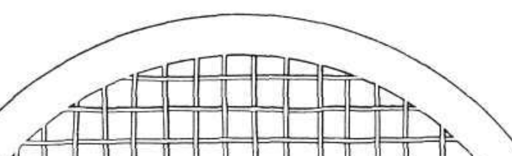
SANTIAGO FÚSTER CASTRESOY

ENTRE TELONES: EL EXAMEN DE RESISTENCIA...

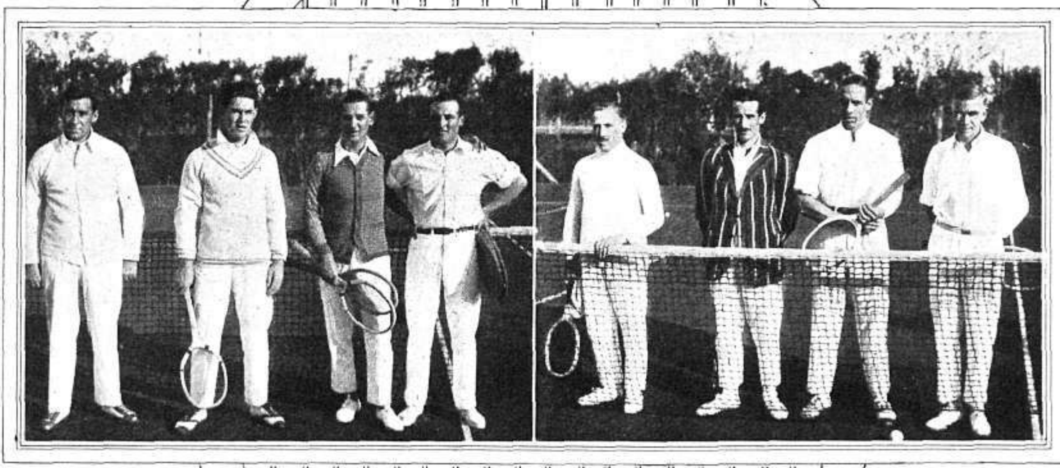
MINOTTO DICICO, EL MAGO DEL POPULAR BANDO.

NEÓN, CONVERSANDO CON EL PIBE CANARO.

E. PIES Y W. MULLER, URUGUAYOS, Y E. OBARRIO Y E. V. BROWN, QUE DISPUTARON EL DOBLE DE CABALLEROS, GANANDO LOS ÚLTIMOS.



C. DUMAS Y L. H. KNIGHT, ARGENTINOS, Y L. DOYHAMBOURE Y R. BARRIOLA, URUGUAYOS, HABIENDO GANADO LOS PRIMEROS.



CAMPEONATO · D · TENNIS ENTRE · URUGUAYOS · Y ARGENTINOS · POR · EL TROFEO · MAC · HARDY

El torneo internacional por la Copa Mac Hardy, disputada entre los mejores tennismen argentinos y uruguayos, constituyó, por todos conceptos, una noble y viril pugna deportiva entre ambos partidos, y la circunstancia de ser ésta la primera prueba de verdadera importancia realizada este año, prestó al encuentro un gran atractivo así para los jugadores como para los numerosos aficionados a este deporte al aire libre. Tanto los vencidos en buena lid como sus rivales, demostraron sobre el terreno un ponderable dominio de la pelota, advirtiéndose en los nuestros mayor seguridad en sus jugadas y desde luego un entrenamiento mejor, lo que se puso de relieve en la homogeneidad con que actuó el conjunto durante los interesantes encuentros realizados.



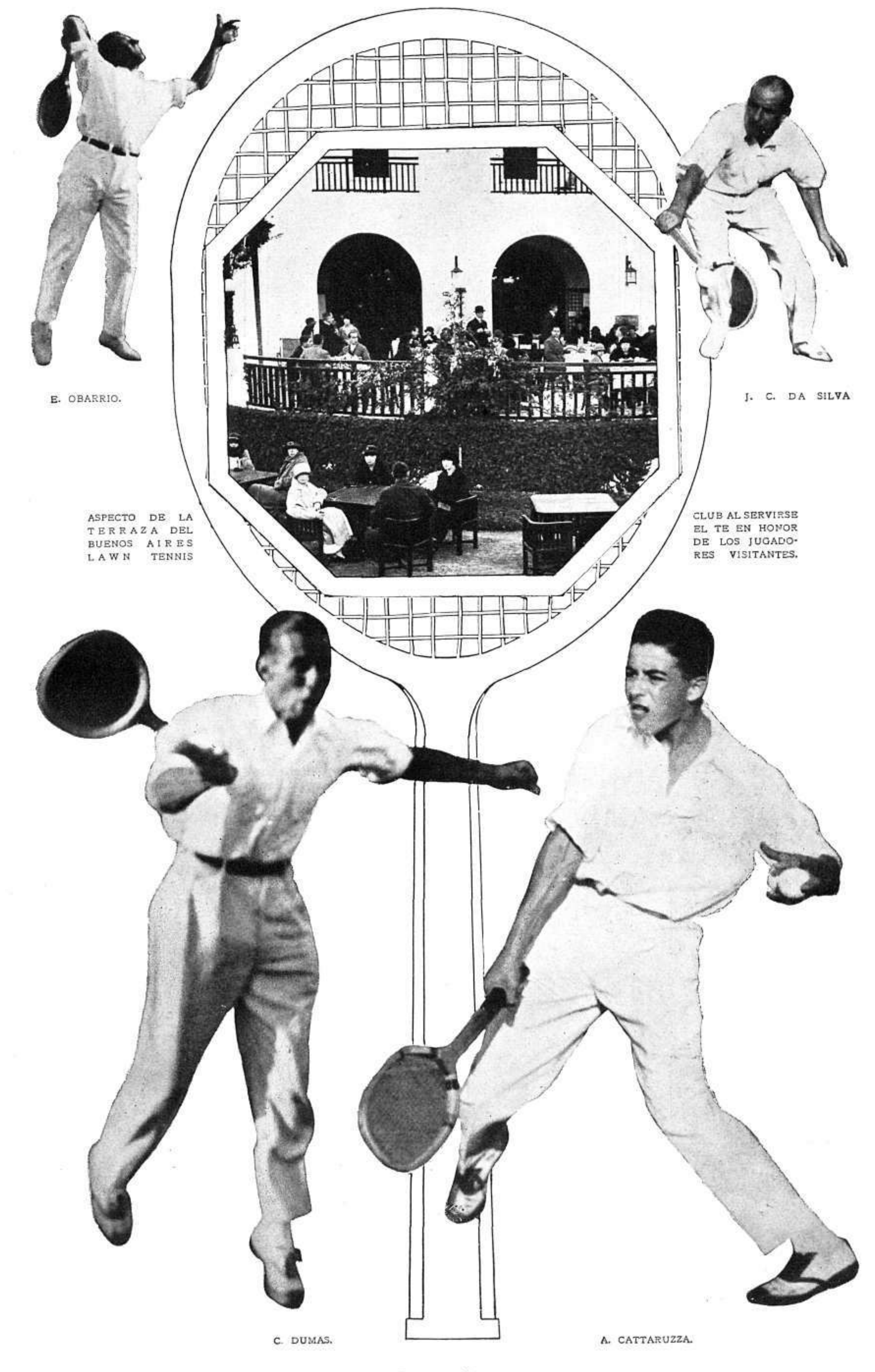
J. A. DODDS Y F. ROJAS, PAREJA ARGENTINA QUE RESULTÓ VENCIDA POR LA URUGUAYA, INTEGRADA POR E. STAHNAM Y R. CAT.



MOREA, ARGENTINO, Y G. HARRIMAN, URUGUAYO, QUE REALIZARON «MATCHES» INDIVIDUALES.



E. STAHNAM Y R. CAT, LA EXCELENTE PAREJA URUGUAYA QUE AL OBTENER SU VICTORIA, DESARROLLÓ UN BONITO JUEGO.



E. OBARRIO.

J. C. DA SILVA

ASPECTO DE LA TERRAZA DEL BUENOS AIRES LAWN TENNIS CLUB AL SERVIRSE EL TE EN HONOR DE LOS JUGADORES VISITANTES.

C. DUMAS.

A. CATTARUZZA.

Fotos de Bell.



JUAN GIUSSANI,
PRIMER ACTOR.



BLANCA PODESTÁ, LA ADMIRABLE FIGURA ARTÍSTICA ARGENTINA QUE TANTOS ÉXITOS HA LOGRADO Y LOGRA POR NUESTROS ESCENARIOS.



BLANCA VIDAL,
PRIMERA DAMA DE CARÁCTER.



PABLO ACCHIARDI,
PRIMER ACTOR.



MARÍA CAINELLI,
DAMA JOVEN.

BLANCA PODESTÁ

NUESTRA talentosa actriz actúa con los suyos en el teatro Smart, cosechando todas las noches muchos aplausos, tanto por la feliz interpretación de las obras que estrena como por el éxito que obtienen algunas de éstas, la última de las cuales — «El Alma Desnuda» — lleva ya un crecido número de representaciones que demuestran el gusto con que ha sido recibida. Puede, pues, decirse que esta temporada, al igual que las anteriores, este excelente conjunto escénico, de la que ella es alma, tiene ya seguro su legítimo triunfo.



CÉSAR FIASCHI,
GALÁN JOVEN.



M. FAUST ROCHA,
GALÁN JOVEN.



ALCIRA GHIO,
ACTRIZ.



ALBERTO BALLERINI,
DIRECTOR DE LA COMPAÑÍA.



AÍDA CELESTINO,
ACTRIZ.



UN MILLON DE LIBROS

POR JUAN PAPINI



LUEGO de unos años de lecturas furiosas y desordenadas, me di cuenta de que los pocos libros que había en casa y los otros pocos que podía tener recurriendo a las escasas librerías de parientes y conocidos, o comprando alguno usado con los céntimos ahorrados del desayuno o con los cuartos robados a mi madre, no bastaban. Supe por un muchacho un poco mayor que yo que había grandes y riquísimas bibliotecas abiertas a todos, donde a ciertas horas se podía ir, pedir el libro que se quisiera y, lo que es más, sin gastar nada. Decidí ir en seguida. Pero había una dificultad: para entrar en aquellos paraísos era menester tener, por lo menos, diez y seis años. Yo tenía doce o trece, mas para mi edad estaba incluso demasiado alto. Una mañana de julio probé. Subí una gran escalera, que me pareció ancha y solemne, temblando. Luego de dos o tres minutos de incertidumbre y latir del corazón entré en la sala de pedidos, escribí mal que bien mi papeleta y la presenté con el aire turbado y sospechoso de quien se sabe en falta. El empleado — aun lo recuerdo, ¡maldito sea! era un hombrecillo un tanto panzudo, con ojos celestes de pez muerto y un pliegue maligno a uno y otro lado de la boca — me miró compasivo y, con odiosa y arrastrada voz, me preguntó:

— Perdone, ¿cuántos años tiene usted?

Se me enrojeció la cara, más de rabia que de vergüenza, y respondí, poniéndome tres años.

— Quince.

— No bastan. Lo siento. Lea el reglamento. Vuelva dentro de un año.

Salí de allí humillado, despechado, abatido y lleno de odio infantil contra aquel hombre horrible que me impedía a mí, pobre y hambriento de saber, el libre uso de un millón de libros, robándome así, cobardemente, en nombre de un número, un año entero de luz y contento. Había entrevisto al entrar una larga y vasta sala, con venerables sillones de alto respaldo cubiertos de paño verde, y todo alrededor libros, libros y libros; libros viejos, gordos y macizos, con las cubiertas de pergamino y de piel, con letras y frisos de oro. ¡Una maravilla! Y cada uno de aquellos libros encerraba lo que yo buscaba, ofrecía el alimento hecho para mí: historias de emperadores y poemas de batallas, vidas de hombres semidivinos, libros santos de pueblos muertos, y las ciencias de todas las cosas, los versos de todos los poetas, los sistemas de todos los filósofos. Aquellos miles de poemas en letras de oro eran para mí; a una orden mía los volúmenes que bajo el polvo esperaban, tras la tupida red de los estantes, habrían descendido hasta mí y los hubiera abierto, hojeado y devorado a placer.

No esperé un año para intentar la segunda prueba. También salió mal. Tuve que esperar a otro verano para vencer. Tenía poco más de trece años, tal vez trece y medio.

Junto con otro chico mayor que yo, que desde hacía tiempo entraba allí sin dificultad, entré, por fin. Para no infundir sospechas y no pasar por niño en busca de pasatiempo, pedí un libro serio, un libro de ciencia — el de Canestrini sobre Darwin.

Esta vez estaba del otro lado de la pared de madera y cristal otro empleado — un tipo alto y seco, como pelado pajarraco, desgarbado de movimientos y que nunca permanecía quieto. — Tomó mi pedido sin mirarme, le hizo una señal con un lápiz azul y se lo pasó a un muchacho que cerca de él estaba sin decir palabra.

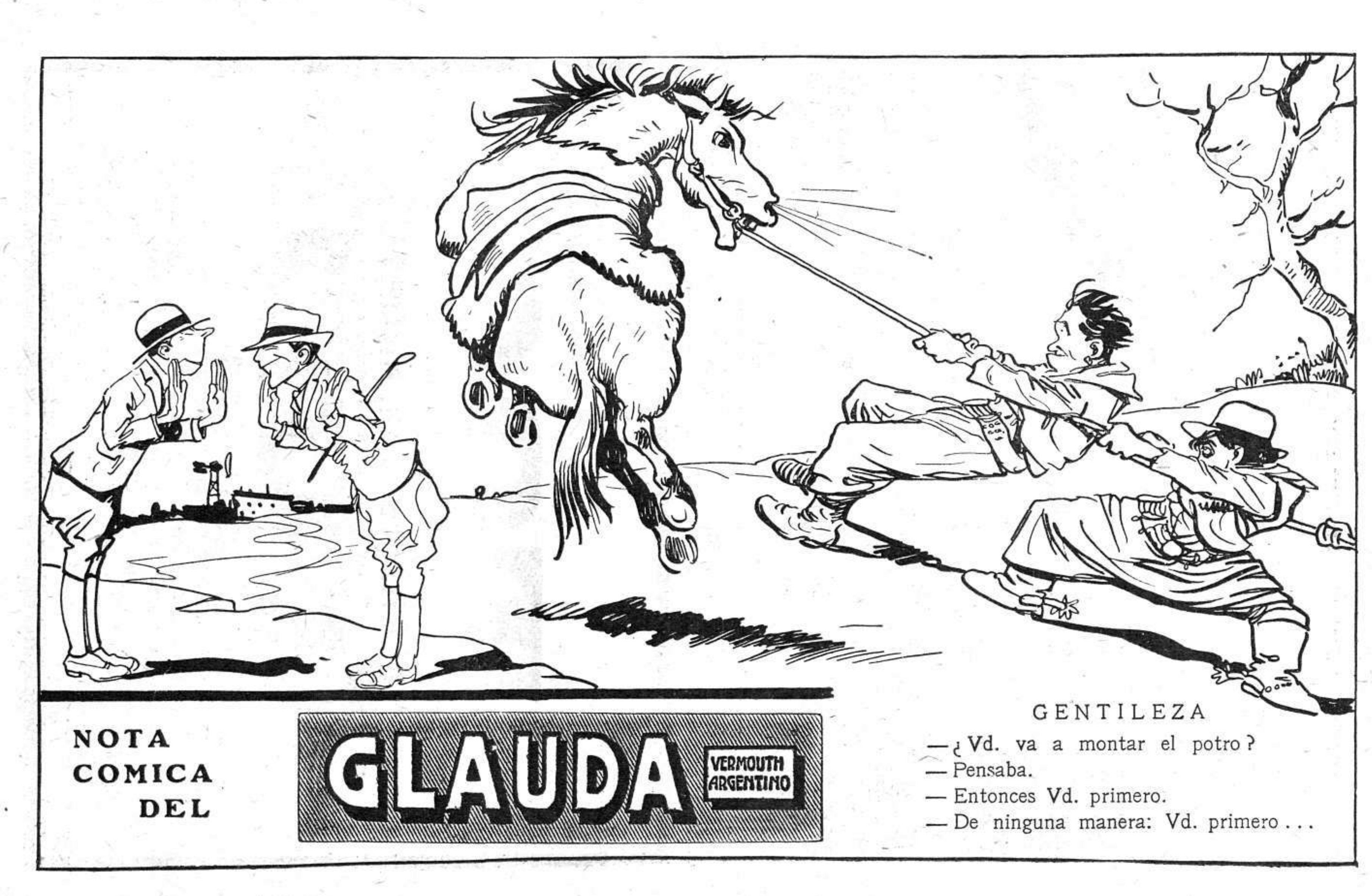
Esperé media hora roído por dentro de miedo a que el libro no estuviese o que no quisieran llevármelo. Cuando vino lo apreté bajo el brazo y entré, todo vergonzoso y de puntillas, en la gran sala de lectura. No había experimentado nunca tal sentimiento de reverencia — ni en la iglesia, de pequeño. — Como espantado de mi atrevimiento y de encontrarme allí dentro, después de tanto, en medio de aquel gigantesco relicario de la sabiduría de los siglos, fuí a sentarme en el primer sillón libre que vi ante mí. Tales eran el desfallecimiento, el placer, el estupor y el sentimiento de haberme hecho de pronto más grande y más hombre, que durante una hora no conseguí entender nada del libro que delante tenía.

Todo allí dentro parecíame santo y majestuoso como el locutorio de una nación. Aquellos sillones sucios y desteñidos, forrados de tela cuyo verde descolorido acababa en amarillo o se escondía bajo la negra grasa, parecían a mis ojos colosales y fastuosos como tronos, y el vasto silencio pesábame en el alma más grave y solemnemente que el de una catedral.

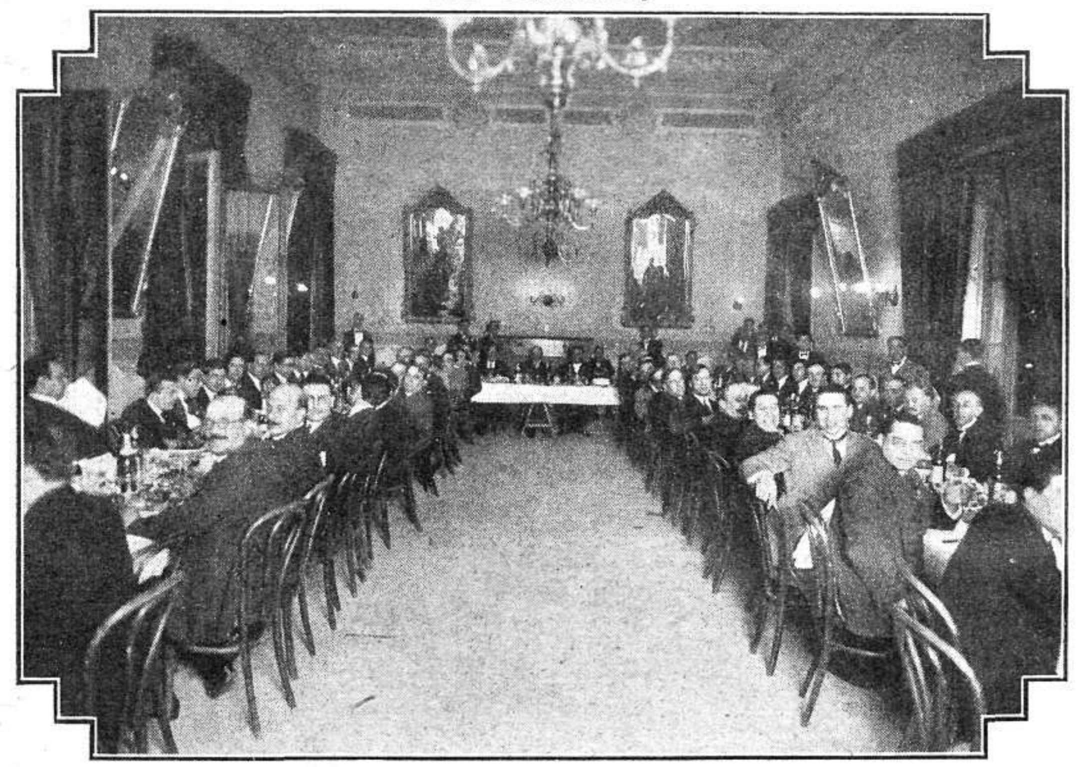
Desde aquel día volví todos, siempre que el tediosísimo colegio me dejaba libre. Poco a poco me habitué a aquel silencio, a aquella habitación tan alta sobre mi cabeza enmarañada de adolescente descuidado; a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, atlas, códices y manuscritos. Presto me hice como de casa, aprendí las caras de los repartidores, descubrí los secretos de las signaturas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, iban todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza a cuantas lecturas me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y emprendí entonces, sin experiencia, sin guía, sin propósito algunos, mas con todo el furor de la pasión, la vida magnífica y dura del omnisapiente.




GENTILEZA
—¿Vd. va a montar el potro?
—Pensaba.
—Entonces Vd. primero.
—De ninguna manera: Vd. primero...
NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO

De Chivilcoy

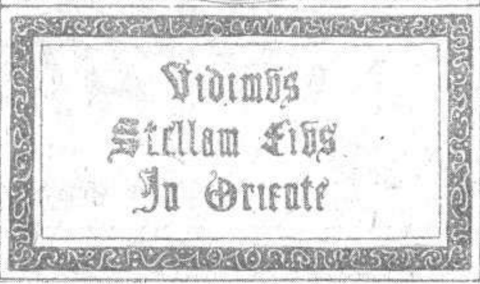


Concurrentes al banquete ofrecido por los médicos de la Sociedad de S. M. "La Cosmopolita" a los colegas que asistieron a la Asamblea organizada en esta localidad, la cual congregó a más de cien facultativos de distintas provincias.



Si desea usted para su toilette artículos que a su clase superior unan perfumes delicados, permanentes y de exquisito buen gusto provéase de estos dos deliciosos productos
Loción Cielito mio
Polvo Cielito mio
PRECIO DEL POLVO:
Caja chica, $ 1.— Caja grande, $ 2.—
Perfume delicado y exquisito, acción persistente y grata, y fabricación legítima de alta calidad, determinan la superioridad evidente del
Agua de Colonia Mendel
especialmente recomendable para las personas refinadas y de buen gusto.
Perfumería Mendel
En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439. — En Montevideo: Calle Cerrito, 673 — En Asunción, Paraguay: Calle Alberdi, 217.





EL GRAN INSTRUCTOR

Durante mi visita a Florencia tuve oportunidad de conocer a Mr. Turín, persona de una preparación especialísima y sentimientos muy elevados.

Simpatizamos muy pronto y en los pocos días de mi estada me quedé admirado no solamente de las condiciones, como repito, realmente excepcionales que adornan a este señor, sino también de la completa fusión espiritual que reina entre él y su señora esposa.

Un matrimonio como el de los esposos Turín debe ser algo ideal, pues la comunión de pensamientos, tendencias, aspiraciones y sentimientos, es perfecta entre los dos.

Hablando de todo un poco Mr. Turín me había dejado algo pensativo con unas frases a las que contesté vagamente como si las hubiera comprendido en toda su amplitud, si bien en realidad hubieron quedado para mí bastante enigmáticas.

A veces, por no pasar como ignorante, uno asiente a lo que otro afirma y si queremos ser sinceros, esto suele pasar no a veces sino muy a menudo.

—¡Convénzase, amigo, que no hemos terminado todavía con la dura prueba a la que ha sido sometido el mundo!... Nos esperan años más terribles todavía. El que lo arreglará todo está listo para la inmane tarea, pero no es tiempo aún que se presente... a pesar de que no ha de tardar gran cosa...

—Yo también creo...

—Es suficiente que examine fríamente las condiciones de Europa. ¡De Europa!... ¡Mejor sería decir... del mundo! Los relámpagos premonitores de una nueva y más violenta tempestad se suceden, como en verano cuando está por desatarse un huracán... Estamos en vísperas de un guerra química a base de gases... Una guerra en la que tomará parte el Oriente también... Los hombres no han aprendido nada con la última conflagración... Es preciso, sin embargo, que aprendan...

Como estas cosas se oyen muy a menudo por acá, pues la sensación del malestar e inquietud flota en los ánimos, no di a las palabras de mi interlocutor mayor importancia de la que podían tener por el hecho de venir de una persona acostumbrada a reflexionar con criterio objetivo y frío.

El otro día, en viaje de Parma a Bolonia, lo encontré en el tren:

—¿De dónde viene usted?... ¡Qué casualidad!...

—No existe la casualidad, mi querido amigo; por algo ha de ser que nos hemos encontrado. Yo vengo de Holanda... Estuve en Arnhem, donde en el próximo mes de agosto tendrá lugar un congreso...

—¿Congreso de qué?

—De la Estrella.

—Estoy en ayunas... como antes.

—Raro que usted no pertenezca todavía a esta orden... Digo raro, porque usted es un estudioso de asuntos teosóficos, así que... La orden de la Estrella se compone de los que preparan el terreno a la venida del Gran Instructor...

—Le diré... He oído a veces hablar de este asunto... He leído también acá y allá unos párrafos que tratan del Gran Instructor, pero nunca he profundizado el tema.

—Esto me explica el porqué no pertenece usted todavía a la orden de la Estrella.

—¿Y en qué se basan ustedes para considerar como segura la llegada de un Gran Instructor?

—En primer lugar porque evidentemente está en formación una nueva raza, es decir, la sexta subraza de la quinta raza raíz, y los síntomas de la aparición de un nuevo continente son también evidentes. Pues bien: la aparición de una nueva raza y de un nuevo continente siempre han sido precedidos por la llegada de un nuevo Instructor, que toma a su cargo la tarea de guiar la evolución espiritual. Por consiguiente, es lógico esperar que el mismo acontecimiento se repita... Hasta ha habido signos celestes que confirman esta creencia.

—¡Curioso!... ¿Quisiera decirme algo al respecto?

—El siglo del Hijo del Hombre... ¡La Cruz!... La Cruz se manifestó en el cielo durante casi todo el año 1910 y más exactamente el 11 de enero de 1910.

—Sin embargo, no me acuerdo de haber...

—Esta Cruz consiste en la particular disposición de los planetas de nuestro sistema solar. Desde diciembre de 1909, los planetas Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter se encontraban dispuestos respectivamente a los cuatro ángulos por decirlo así de un cuadrado. Si imaginamos el Sol colocado en el centro, es decir, en el punto en que las diagonales que forman la Cruz se encuentran, teníamos que Urano estaba situado en alto, Neptuno en bajo a los pies, Saturno y Júpiter a los brazos respectivamente.

El día 11 de enero se agregó también la posición especial del Sol y de la Luna, pues los dos se encontraban casi en exacta conjunción con Urano en la parte alta de la Cruz en la oculta constelación Makara, (Capricornio) en perfecta oposición con Neptuno a los pies de la Cruz en el signo del Cáncer, mientras en el brazo hacia Oriente había Aries con Marte y Saturno, en conjunción y casi a 90 grados con los precedentes y a cerca de 180, es decir, en oposición con Júpiter, que se encontraba en el signo de la Libra en el otro brazo de la Cruz hacia Occidente.

—Pues... y qué tendría que ver esto con...

—El que entienda algo de astrología, sabe que la oposición entre Urano y Neptuno se realiza cada 171 años más o menos, entre Júpiter y Saturno cada 20 años, pero precisan miles de años antes de que estas dos oposiciones se encuentren en perfecto ángulo recto entre ellas y alcancen a formar una verdadera cruz. Más aún. Para que se verifique la otra condición

en que se ha presentado en los cielos la Cruz del 1910, es decir, que los principales planetas se encuentren en los signos cardinales del Zodíaco: Aries, Cánces, Libra y Capricornio, se precisan por lo menos diez mil años. Estos fenómenos coinciden siempre con el principio de una nueva Era...

—Entonces este mismo fenómeno se ha de haber verificado también cuando el nacimiento de Jesucristo...

—Efectivamente... Hacía dos mil años que no se repetía el mismo fenómeno. Digo dos mil más o menos... Por otra parte las mismas escrituras, hablando de la vuelta del Redentor, dicen: «Cuando » oiréis voces de guerra y habrá guerras, no os per- » turbéis por esto: es preciso que estas cosas se veri- » fiquen, pero todavía no habrá llegado el fin. Los » pueblos se levantarán uno en contra de otro, un » reino en contra de otro; habrá temblores de tierra » en todas partes, hambre, sublevaciones. Cuando » veáis estas cosas será señal de que El estará cerca, » en el umbral».

—Disculpe... pero me parece que estas palabras de las Sagradas Escrituras se refieren al fin del Mundo, es decir, cuando el Hijo de Dios volverá para juzgar a los vivos y a los muertos...

—¿Fin del Mundo? ¿Por qué? ¿Acaso San Pedro, en su segunda Epístola, no dice: «Ahora según la pro- » mesa, nosotros esperamos nuevos cielos y nuevas » tierras en los que reinará la justicia.» Entonces no se trata del fin del Mundo, sino del fin de una época. Los anales ocultos nos enseñan que la historia de nuestro planeta se desarrolla en siete grandes continentes, cada uno de los cuales llega a ser a su tiempo el campo de acción de una grande Raza Humana. Es inútil hablar de los primeros dos continentes y de las respectivas razas que los habitaron... Los primeros hombres no fueron más que embriones de hombres, más bien que verdaderos seres humanos. El Tercer Continente fué la Lemuria que se extendía allá, donde ahora se encuentra el Océano Pacífico. En la Lemuria nació el hombre completo tal como hoy lo conocemos. Fué destruído por el fuego de las erúpciones. La Humanidad pasó luego a otro Continente situado entre Europa y América: la Atlántida, que alcanzó un alto grado de civilización y fué destruída por el agua. La quinta Raza, que debía suceder a la de la Atlántida, ocupó el Continente Asiático y Europeo... Hace tiempo que se está preparando otro Continente para dar lugar a la futura raza en formación en las Américas, con los elementos de la sexta subraza de nuestra raza actual.

—Pero... la sexta sub-raza todavía no está formada...

—No está formada, pero se va desarrollando gradualmente en las Américas, cerca precisamente del contienente en formación que será cuna de la sexta raza. También en Australia se nota un tipo humano muy inteligente, perspicaz y dotado de fuerte voluntad. En una palabra, la sexta y séptima sub-raza contribuirán a la formación de la sexta gran raza raíz.

—¿No le parece entonces que hay tiempo para...

—No tome usted las cosas a broma... Es muy fácil reirse de lo que sale de lo vulgar... Es una forma cualquiera para disimular que no se sabe...

—No quiso usted decir una frase más dura... Para disimular la ignorancia ¿verdad?

—No tanto...

—Pero... tiene usted razón... Disculpe...

—No crea... No es el primero...

—Es lo que lamento... No me halaga de ninguna manera eso de tener mucho parecido con los demás...

—Bueno, bueno... No exagere usted la importancia de una frasecita que dejé escapar porque creí leer en su cara una sonrisita medio burlona... Entonces, como le decía, es bueno que usted sepa cómo la aparición de una nueva sub-raza se caracteriza siempre con la presencia de un Gran Instructor.

Los tiempos ofrecen la característica a la que hacen alusión los libros sagrados... ¿Puede haber más anarquía de la que existe hoy en el mundo entero?

Sin embargo, entre todo este caos se nota una cierta aspiración hacia la Unión, la Fraternidad, el Colectivismo. José Mazzini profetizaba: «El pueblo invo- » cará un Concilio de la Humanidad, una asamblea » de los mejores por inteligencia y bondad entre los » creyentes en las cosas eternas, que elaborará una » declaración no de derechos, sino de principios, dando » lugar a la Grande Iglesia, al Catolicismo Humanita- » rio, a la Unión de los Creyentes en la que los Israe- » litas, Mahometanos, Budhistas, todos los que en » diez y ocho siglos de esfuerzos no han podido aco- » gerse a una Religión Universal, podrán por fin lla- » marse y sentirse hermanos...»

—Una utopía encantadora...

—¿Utopía? Sin embargo una primera tentativa la tuvimos con el famoso Concilio de los Cuatro en París después de la Gran Guerra... En lugar de un Concilio entre creyentes de las cosas eternas, los mejores por inteligencia y bondad resultó un concilio de los mejores en astucia y creyentes en asuntos financieros. ¡En lugar de una declaración de principios hubo una declaración de los derechos del más fuerte!...

—Efectivamente, una primera tentativa se hizo... Pero dada la naturaleza de los hombres de hoy no era posible que diera los resultados apetecidos...

—Convénzase que no se podrán realizar nunca los altos ideales de unión y fraternidad mientras sigamos alejándonos del espiritualismo. Por otra parte, la *ciencia es materialista; las religiones se echan* anatemas unas a otras; en el campo social hay quien quiere excluir de la fraternidad humana a los que constituyen el resorte más poderoso para que se pueda desarrollar el trabajo... ¿Cómo resolver problemas tan complicados? ¿Cuál es el hombre hoy día capaz de imponerse en este inmenso manicomio que es nuestro Globo? La intervención de un Gran Instructor es a todas luces necesaria...

—¿Y cuáles serán sus características? ¿Se presentará como Jesús?

—De ninguna manera. Entonces se trataba de desarrollar la individualidad, y la llegada de Cristo fué anunciada por un solo hombre, Juan el Bautista. Pero ahora se trata de formar una humanidad colectiva y es toda una asociación que anuncia su llegada. Madame Blawastky, hablando de este Gran Ser, escribió: «habrá una literatura que se hará extensible » a todos y que todos podrán comprender; pero el » próximo esfuerzo encontrará un grupo numeroso de » hombres unidos entre ellos y dispuestos a recibir al » Portador de la antorcha de la Verdad. Los corazones » estarán prontos a recibir su mensaje, se encontrará » el lenguaje que será necesario para expresar la nueva » Verdad que El traerá; una organización completa » esperará su llegada y hará todos los esfuerzos nece- » sarios para allanarle el camino de los obstáculos y » dificultades de orden puramente material».

—¿Y este grupo de hombres forma la Estrella?

La conversación de mi distinguido amigo me había interesado sobre manera, pero en ese mismo instante el tren llegaba jadeante y fragoroso a la estación de Bolonia, donde tenía que despedirme, pues había llegado a destinación.

—¿Vendrá usted a Arnhem en agosto?...

—¿Aceptan los profanos también?

—Usted no ha de ser tan profano como quiere aparentar...

—No sé... Vamos a ver...

Y la idea de hacer una corridita hasta allá me está persiguiendo... ¿Por qué no?

DR. A. VACCARI


El señor Pedro Novile presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un núcleo de vecinos con motivo de su traslado a Tacuarí.

EL VERDADERO NOMBRE DE OLIVERIO CROMWELL

El verdadero nombre de Oliverio Cromwell fué Williams. En un contrato de matrimonio extendido en 1620 inmediatamente después de la boda de Cromwell con Isabel Bonchier, dice: «Oliverio Cromwell, alias Williams.»

En el siglo anterior, Morgan Willians se casó con Catalina, hermana de Tomás Cromwell, que después adquirió mucha fama como ministro y favorito de Enrique VIII.

Morgan Williams tuvo un hijo llamado Ricardo, que debió todos los éxitos de su vida a Tomás Cromwell, y por esto asumió el nombre de su protector. El nieto de este Ricardo Cromwell (o Williams), fué Roberto Cromwell, padre del famoso Oliverio. La madre de Oliverio Cromwell fué Isabel, hija de Guillermo Steward.

El hecho de que su familia estuviese emparentada con los Stuart o Stuardos, es una ficción. Su familia era de Norfolk y su nombre primitivo era Styward.



en el período, metritis, hemorragia, flujos, etc., se quitan tomando

"Específico Scheid's"

FRASCO: $ 4.—

En el atraso, escasez o falta del período, tome

"AMENORROL"

FRASCO: $ 4.—

Comprobado inofensivo y recetado por los médicos.

Venta en Droguerías y Farmacias.

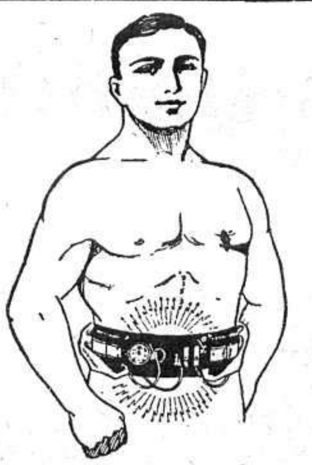
Depósito general: C. Pellegrini, 644-Bs. As.

Pidan folletos en sobre cerrado, gratis, con copias de certificados médicos. J. Valle.-C. Pellegrini 644-Bs. As.



SORDOS

Con los Tímpanos Artificiales del Dr. Plobner se quitan la sordera y ruidos que privan oír. Colocados al oído quedan invisibles. Precio: pesos 12 c/u. Pida folletos, gratis, a C. Scheid calle Carlos Pellegrini, 644, Bs. Aires. No vacile en adoptarlos a su uso; no quedará arrepentido.



REUMATISMO

Falta de Vigor Varonil, Lumbago, Dolores de Cintura, Espaldas, Ciática, Afecciones del Estómago, Intestinos, etc.,

que necesiten aplicarse la corriente electrogalvánica, deben usar el más perfeccionado cinturón eléctrico ROBUR del Dr. Berndt, a pilas secas. Tiene exacto Regulador para graduar su fuerza, perfecto funcionamiento garantido, siempre listo para usar sin ninguna previa preparación. No produce quemaduras. Precio al alcance de todos.

Gratis: Pida hoy mismo en sobre cerrado el libro ilustrado escrito por el Dr. Berndt. a E. Scheid, calle C. Pellegrini, 644, Bs. Aires. Por carta o personalmente.



"Si mal no recuerdo, no ha habido un día en que faltara en casa la Emulsión de Scott."

Lo que dice este simpático anciano es verdad de infinidad de hogares donde se precia la salud y la robustez durante todas las edades de la vida.

Tantas enfermedades tienen el mismo origen que miles de personas sensatas han llegado a convencerse de que cuando no basta la Emulsión de Scott, hay que dejar que el médico decida, y frecuente éste también, dice:

Tome usted la



EMULSION de SCOTT

Sarrasqueta

y su nuevo Cuerpo de Seguridad

por Redondo

ANDA A BAÑATE

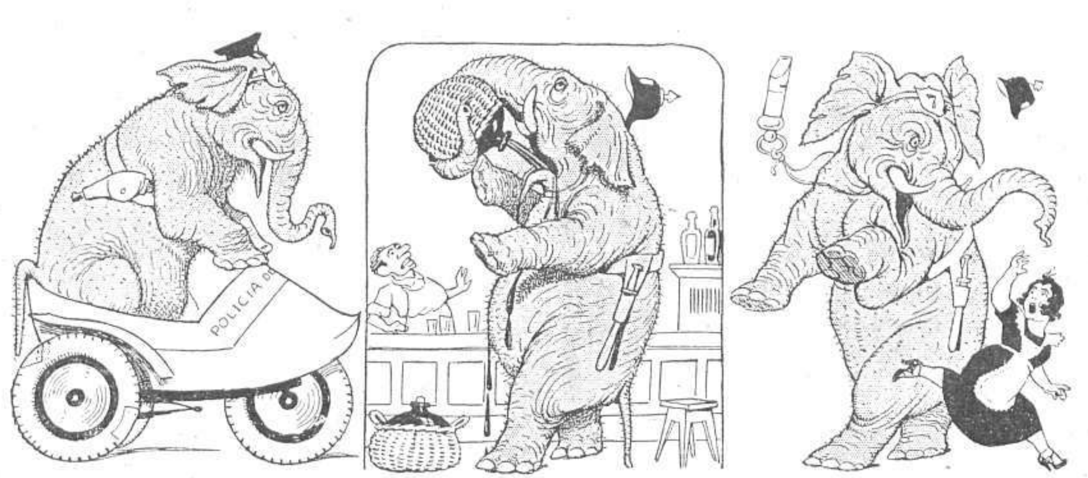
Sarrasqueta, que es gran admirador de los elefantes, propone aprovechar la inteligencia de estos grandes animales instruyéndoles como agentes de seguridad

Tiene ya uno amaestrado, que para perseguir y apresar quinieleros ha demostrado tener una gran nariz y obrar con mucha eficacia.

A los que pasa a la Comisaría con toda consideración, comodidad y respeto, sin necesidad de colocarles la cadena.

COMPLETO

Otro, que para ordenar y regularizar el tráfico en el cruce de las calles, resulta un gran varita, haciéndose obedecer por su corpulencia y respeto, y respetando y protegiendo él, al público



Otro, ya ascendió a oficial, que para recorrer paradas y parar en firme, en sidecar y sin atropellar a nadie, bate el record de velocidad.

Tiene otro algo díscolo y rebelde, que al menor descuido se mete en el almacén a tomarse un par de copas y sale tambaleándose.

Y en cuanto ve a una linda sirvienta, empieza a compadrear, bailándose un tango con corte y quebrada.



— ¡La Basilia, a su hermanito,
con jabón está lavando!...
¡Válgame la Virgen! ¿Cuándo
se vió en otra, el angelito!...

Me está dando en las narices
que es jabón de lo mejor.
¡JABON REUTER! ¿Qué me dices?
¡Si hasta aquí llega el olor!

Ha robado, la Basilia,
la pastilla. Estoy muy cierta,
pues no tiene, la familia,
sobre qué caerse muerta.

Así, el chico, que, hace poco,
era un cacho de carbón,
ahora, es blanco como el coco.
¡Los milagros del jabón!

Profesoras en Ciencias egresadas en 1923 de la Escuela Normal N.º 1 "Presidente Roque Sáenz Peña"



Angela Porretti. — Nélida Berisso. — Zaira Burlo. — Elena Pérez. — María Elvira Guigues. — Jesusa García.

Amanda Brandi. — Julia Crespo. — Elisa Maggio. — Julia H. Scapusio. — Adelaida Castelli. — Teodora Battaini. — Filomena Lorenzo.

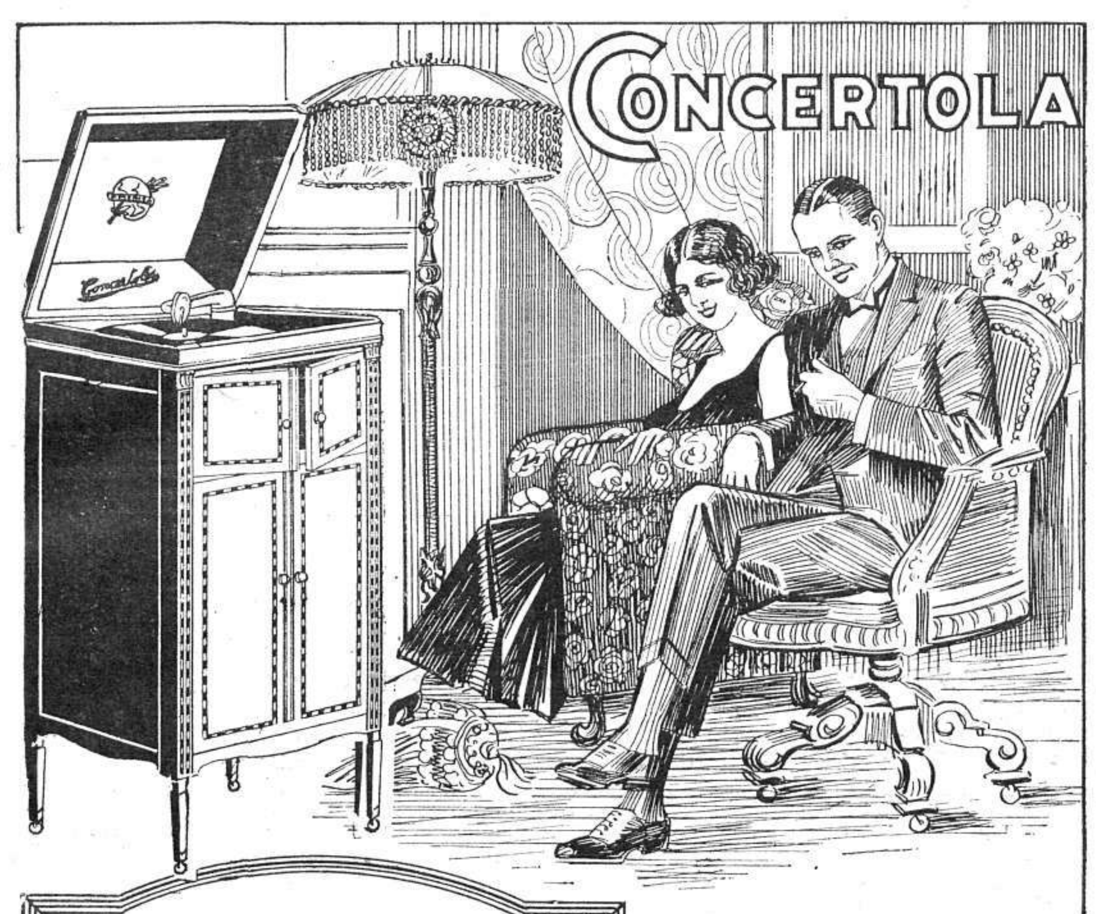








M. Luisa Criscuolo. — Alcira Scarabelli. — Eulalia Barrangou. — Carmen Duarte. — Angélica Maisonnave. — Esther Attías. — Lucía Bongiovanni.



OFERTAS ESPECIALES

N.º 451. — **Bonita CONCERTOLA,** mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **45.—**

N.º 310. — **Preciosa CONCERTOLA,** con puertita, motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **55.—**

N.º 327. — **Elegante CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en nogal de Italia o terminación caoba, con puertitas y persianita. Motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **75.—**

N.º 341. — **Rica CONCERTOLA** para mesa. Mueble en nogal de Italia o terminación caoba. Tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **99.50**

N.º 4. — **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **125.—**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.......... $ **150.—**

N.º 5. — **Regia CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble o terminación caoba con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **250.—**

N.º 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** de salón, mueble en rica madera de roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **330.—**

CONCERTOLAS PORTATILES DE VIAJE

IDEALES PARA EXCURSIONES, PICNICS, FIESTAS CAMPESTRES, Etc.

OFRECEMOS TRES MODELOS CADA CUAL MEJOR, A $ 85.00, 99.50 y 130.

Toda CONCERTOLA posee dispositivo para tocar DISCOS "CON y SIN PUA".

DISCOS. Ofrecemos todos los mejores en todas las mejores marcas del mundo. — Solicite el Suplemento N.º 23.

El regalo de bodas

denota el buen gusto de la persona que lo hace.

Ningún regalo de boda agradará tanto como una

CONCERTOLA

Será un obsequio práctico no para un día, sino para toda una vida, que alegrará el nuevo hogar con las mejores joyas del arte musical del mundo entero.

Está usted aún en tiempo para elegir el obsequio que debe hacer.

Tenemos CONCERTOLAS de todo precio; venga a vernos o escríbanos hoy mismo solicitando nuestro Gran Catálogo Ilustrado N. 21.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS



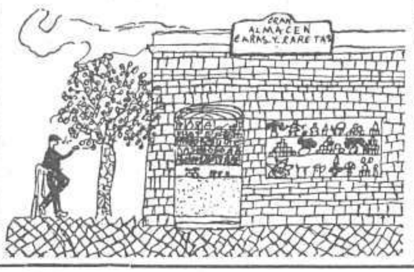
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



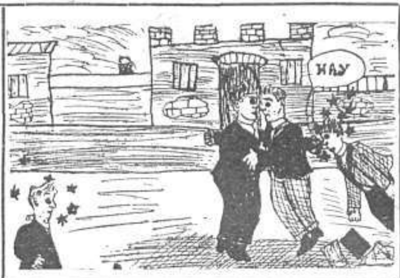
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1687 — El dibujante Eduardo Alvarez.
MARCELO ARNSLER.



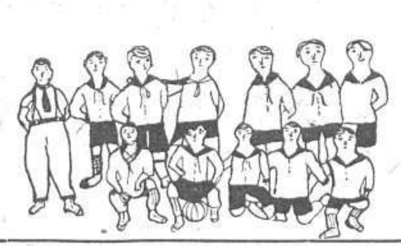
1688 — Gran almacén CARAS Y CARETAS.
ERNESTINA A. MAUDUIT.



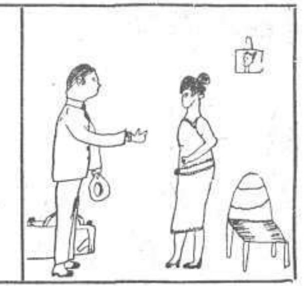
1689 — El que mira liga.
HÉCTOR TRUJILLO.



1690 — El herrero de la aldea.
CIPRIANO SUÁREZ.



1691 — El «Club Atlético Mercedes».
MERCEDES C. MÉNDEZ.



1692 — Mi tío de regreso.
MARÍA MAGDALENA ECHENIQUE.

$ 1.595
s. w. B. A.

EL DOBLE FAETON FORD FACILITA EL TRABAJO Y EVITA LA PERDIDA DE TIEMPO

Todo hombre de negocios tiene la necesidad constante de trasladarse rápidamente de un punto a otro.

Como su tiempo es valioso se ve obligado a aprovecharlo debidamente y, por lo tanto, debe optar por el medio de locomoción que más tiempo le ahorre.

Muchos comerciantes tienen siempre a mano uno o más coches Ford, y por esto es que no solo disponen de más tiempo, sino que aumentan considerablemente sus actividades.

El coche Ford, y especialmente el Doble Faeton, exige un pequeño gasto inicial que se recupera varias veces al año al evitar la pérdida de tiempo y al facilitar, en la forma más práctica, la tarea diaria.

HAGA UNA BUENA INVERSION DE DINERO
COMPRE UN FORD



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES



Un PROBLEMA *del* MAR

por

H. DE VERE STACPOOLE

En los viejos tiempos del Pacífico, cuando el sándalo había decaído y la copra estaba en su apogeo, la goleta *Columet* fué presa de las llamas a unas cuatrocientas millas de su destino.

La pérdida de una goleta no es cosa de gran interés; sin embargo, la pérdida de la *Columet* causó gran excitación en las costas del Pacífico, a causa del misterio atribuído a uno de sus sobrevivientes, Pariseault de nombre, un canadiense.

El incendio tuvo lugar el 18 de mayo de 18.., siendo ocasionado por uno de los tripulantes al entrar con una lámpara en el compartimento donde estaba depositada la pintura y los barnices. El efecto fué como arrimar una llama a una antorcha de tea, y tan rápido, que los botes, arriados con prontitud, no pudieron ser aprovisionados debidamente.

Había dos botes disponibles, y Periseault se encontró en uno de ellos junto con dos indios kanakas; el resto de la tripulación se embarcó en el otro bote.

Ahora, el motivo que provocó la curiosa excitación pública fué el que los dos botes se separaron el 20 de mayo; el que conducía la mayor parte de la tripulación arribó a Raratonga como dos semanas después, pero el otro no fué encontrado por el bergantín *Alsatian* hasta el 1.º de septiembre, es decir, casi cuatro meses después. Navegaba a la deriva, con la vela izada, y Periseault se hallaba tendido en el fondo sin conocimiento. No había en el bote ni un grano de alimento ni una gota de agua; tampoco rastros de los indios kanakas que habían embarcado con él, y el lugar del océano donde fué encontrado estaba a ciento cincuenta millas al sur del punto donde naufragó la *Columet*.

Cuando los botes se separaron tenían provisiones sólo para diez días y agua para más o menos el mismo tiempo. El capitán Halifax, piloto y propietario de la *Columet*, lo declaró así al desembarcar; sin embargo el bote había estado navegando a la deriva por cuatro meses, y Periseault, cuando fué encontrado, estaba con vida. ¿De qué había vivido?

Cuando fué salvado, su memoria estaba perdida para todo cuanto ocurrió desde el incendio de la goleta, y sólo años después la memoria le volvió por completo después de una grave enfermedad; entonces se aclaró el misterio, demasiado tarde, sin embargo, para calmar la curiosidad de los marinos que tanto habían especulado en el hecho al tiempo de ocurrir, y cuyas soluciones del misterio incluían la de que Periseault se había comido a los dos kanakas.

El 20 de mayo los botes, que se habían estado acompañando a una milla de distancia, se separaron más aún. Periseault, aunque tenía una brújula y una carta para orientarse, siguió el mismo rumbo que el bote del capitán, que estaba en mejores condiciones al respecto. Era más ligero, y tenía que poner a prueba su velocidad, pues iba lleno de seres vivientes y luchaba en una carrera contra la muerte.

A la puesta del sol aun estaban a la vista; al amanecer el bote del capitán había desaparecido como si la noche lo hubiera borrado de la existencia. Periseault era uno de los tipos que no sienten el miedo; se había metido en el mar llevado por el deseo de aventuras.

Los dos kanakas, que eran hermanos, no tenían ni la más remota noción del arte de navegar. La desaparición del otro bote los llenó de temores; tenían parientes y amigos en él, y, según Periseault pudo comprender, los había acometido la idea de que jamás los volverían a ver.

El más joven de los dos hacía tiempo que sufría, comido por la enfermedad que la civilización ha introducido en la Polinesia: la tuberculosis. Cuando el otro bote desapareció este hombre se tendió en el fondo del bote y rehusó todo alimento. Parecía haberse propuesto morir, y el mal que lo consumía lo ayudaba a tal fin. Murió en la tarde del tercer día después de haberse separado los dos botes.

Periseault hizo lo que pudo con respecto a rezarle una oración, y después, bajo los rayos de una luna llena que empezaba a levantarse sobre el horizonte, tiraron el cuerpo al mar. Como no tenían peso para atarle, quedó flotando.

Podían verlo a lo lejos detrás de ellos, mientras el viento los llevaba más y más lejos. Sin embargo, parecía como si los siguiera, y cuando al fin sólo se divisaba en

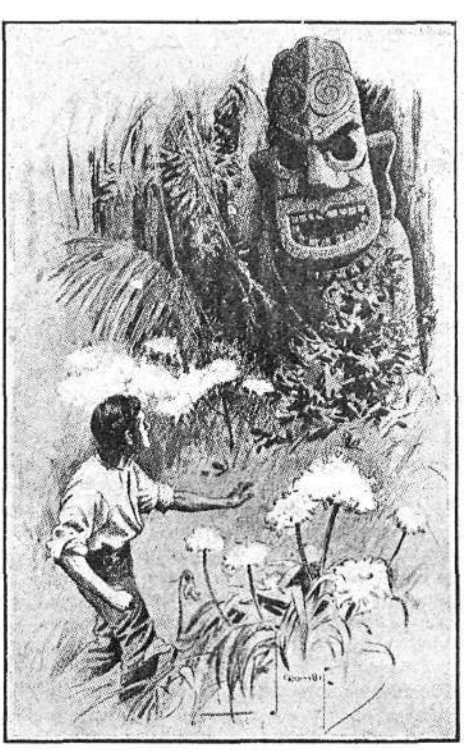
el mar el reflejo de los rayos de luna, les pareció que el muerto hubiera desistido de su desesperado esfuerzo en seguirlos.

Cuando Periseault despertó, después de un sueño de varias horas, se encontró solo. Su compañero había desaparecido. Sin duda que su mente había sufrido a causa de la tragedia de la noche y había ido a reunirse con su hermano. A Periseault no lo tomó desprevenido, pues había notado en el kanaka signos de preocupación que temió degeneraría en locura. Cuando se acostó a dormir lo hizo con el presentimiento de que aquel hombre de piel bronceada intentaría matarlo, y al despertar y encontrarse solo, sintió como si se hubiera cernido sobre él un serio peligro.

Su primer paso fué hacer una revisión de las provisiones de que disponía, comprobando que, ahora que se encontraba solo, tendría provisiones para unos veinte días, tal vez para más; y entonces, por primera vez desde que se separó del otro bote, tuvo la segura convicción de que sería salvado.

Al atardecer del día siguiente se presentó a la vista un islote; al amanecer ya estaba cerca de él, maravilloso, resaltando sobre el azulado mar con su verde vivo, silencioso como un fantasma.

Nada podía ser más extraordinario que esta tierra desconocida, este cielo de salvación ensanchándose ante él gradualmente. Blancas gaviotas le salieron al encuentro y el aire llegaba perfumado con el aroma de las flores y vagamente mezclado con el acre perfume de la tierra.



Alguien lo estaba mirando, algo que no era animal ni humano, sino esculpido en piedra.

El oleaje de la escollera levantó el bote con la suavidad de una boya. Periseault no necesitaba valerse de los remos; el bote tenía espacio suficiente para pasar entre dos rocas que quedaban a proa para ir a hundir la quilla en la blanda arena. Arrastró el bote tierra adentro tanto como le fué posible; después, al pisar la caldeada arena, se detuvo para mirar a su alrededor.

La primera impresión fué de absoluta soledad. Tan pronto pisó tierra juzgó que la isla estaba deshabitada; efectivamente, así era. Después de cerciorarse de que el bote estaba seguro, sin peligro de ser arrastrado al mar por las olas, empezó a retirar las provisiones que quedaban en él. No era mucho, pero la selva de la isla prometía alimento en abundancia. Sin embargo, se llevó la bolsa de galleta y el resto de las provisiones hasta la sombra del follaje, escondiéndolos bajo las hojas secas al pie de un corpulento artú.

El bote había sido usado a menudo para pescar, y en el cajón encontró dos líneas y varios anzuelos; un cuchillo viejo con media hoja, y una lata de carnaza, cosas que eran de más valor que si fueran perlas. Dejó todo en el cajón, juzgando que estaría más seguro allí que en cualquier otra parte, y después salió en busca de agua, guiado por una depresión de la playa que sin duda había sido el lecho de un torrente en la temporada de lluvias. Después de internarse unos doscientos metros encontró lo que buscaba.

Esa noche durmió bajo el artú donde estaban escondidas las provisiones, y despertó al amanecer con el vigor de una nueva vida en un mundo de espléndidos colores.

Como la mayoría de los marinos de aquellos tiempos, llevaba una cajita con pedernal y yesca, así que tenía el medio de hacer fuego cuando se viera en la necesidad de cocinar su comida. Por el momento tenía provisiones de boca en abundancia; aparte de lo que había sacado del bote abundaban los cocos y las bananas.

La mayor parte del tiempo la pasaba en la playa. Allí la vida era más libre; solitaria por cierto, pero tenía la compañía de las gaviotas, el viento, el mar y el sol.

Días y semanas pasaron, pero no tan lentamente. Pescar, cocinar, bañarse y observar la vida de las aves en la escollera eran sus principales ocupaciones.

El bote se había convertido para él en mucho más que un bote: en una personalidad casi humana. Se había convertido en su compañero, y era el único lazo que lo unía al mundo que él conociera, tan hermoso, sin embargo.

A derecha e izquierda de la arenosa franja que formaba la playa, los arbustos crecían hasta casi tocar el agua, y bajo éstos escondió el bote para protegerlo del sol. Algunas veces salía a remar por entre la escollera, pero nunca desembarcaba, porque no había donde amarrar el bote. Tendido sobre el banco de éste se pasaba horas enteras con los brazos sobre la borda y la barba descansando en ellos, mirando al fondo de coral, los mariscos, los cangrejos moviéndose para uno y otro lado, el centelleo de los peces de colores... un mundo entero en cristal, silencioso, salpicado de diferentes matices, lleno de vida y siempre nuevo.

Casi tres meses pasaron, y un día Periseault se encontró internado en la selva. Una inquietud producida por la monotonía lo había llevado a explorarla, y también una atracción arraigada por la vaga repulsión que la misteriosa selva le inspiraba.

Iba Periseault abriéndose camino por entre los arbustos, y al llegar al borde de un pequeño claro se dió cuenta bruscamente de que no estaba solo. Alguien lo estaba mirando, algo que no era animal ni

humano, sino esculpido en piedra. Era uno de esos antiguos dioses de los que en un tiempo habitaron la isla, parecido a los que hay sobre la orilla del mar en Easter Island, en Ponapé, y en Huanine. No era más que una losa de piedra de tamaño del doble de un hombre, y la enorme cara, con sus cavidades que figuraban los ojos, estaba cincelada tan grotescamente como si lo hubiera hecho un niño.

En un tiempo había tal vez existido allí un templo o una sepultura sagrada, pero todo había desaparecido, menos el dios, derecho sobre su pedestal, como si escuchara entre las copas de los árboles.

Periseault pudo comprobar que la imagen de piedra era antiquísima, y sus talladores debían haber desaparecido hacía mucho tiempo. Sin embargo, no tuvo valor para acercarse y tocarla. No la miró por más de veinte segundos; se volvió y buscó su camino de regreso tan rápido como le fué posible. Una o dos veces se detuvo para escuchar, y cuando sus pies volvieron a pisar la arena de la playa, volvió la vista atrás una vez más, para después salir corriendo.

Cuando llegó al bote se sintió como cuando se sale de una caverna a la luz del sol, y en seguida se puso a hacer ciertos trabajitos en el bote, olvidándose por el momento de la selva y lo que allí había visto.

No fué hasta después de cenar cuando, como de costumbre, al tenderse en la arena mirando al mar, sintió que los gritos de las gaviotas llegaban hasta él como si estuvieran asustadas y con un nuevo significado. Gritaban y revoloteaban sobre la escollera como de costumbre; sin embargo sus gritos no le parecieron alegres como antes. Le pareció descubrir que estaban discutiendo sobre su persona. La soledad le había estado preparando su mente desde hacía tiempo para recibir sobresaltos, y esta vaga fantasía era uno de los primeros síntomas.

Echó el bote al agua, y, sacando una línea se puso a pescar. Las gaviotas seguían aun gritando, pero la nota personal de sus graznidos había desaparecido.

En el bote parecía todo tranquilo, y se encontró a gusto; pero cuando terminó de pescar y retiró la línea, una nueva sensación se apoderó de él. No quería volver a tierra, no porque le disgustara la idea de desembarcar, sino simplemente porque se encontró más cómodo donde estaba, más libre, y tuvo una vaga idea de que le sería más fácil escapar si hubiera necesidad de huir de alguna cosa desagradable.

Remó hacia la orilla, y la sensación desapareció tan pronto la quilla del bote tocó la arena. Lo amarró entre los arbustos, y después se sentó de nuevo sobre la arena para ver la puesta del sol; y cuando la obscuridad vino y las estrellas aparecieron en el firmamento, se dispuso a dormir, sólo para encontrar que había perdido la tranquilidad. Era imposible dormir bajo las ramas del artú, pues éste estaba en la orilla de la selva, y en la selva era el lugar donde estaba esa *cosa*.

Se refugió en el bote, bajo las ramas, y un momento después apareció la luna arrojando sus rayos de plata sobre el mar, y la brisa de la noche agitó las ramas, mientras Periseault, acurrucado en el fondo del bote, escuchaba atentamente el menor ruido. La noche estaba llena de voces extrañas, y de pronto un ruido en el agua lo hizo incorporarse. Era un enorme pescado saltando. Vió los círculos de ondas ensanchándose y perdiéndose, y se acostó de nuevo cerrando los ojos y tratando de dormir.

Por primera vez en su vida se sintió dominado por el miedo. Un sudor frío le corría por la frente sólo de pensar que alguien podía estar cerca de él entre la maleza... que una mano apartaba las ramas...

Sufrió así por algunos minutos; después desató el bote y remó con precipitación hasta retirarse de la costa.

¡Ah, el alivio, la sensación de la libertad, la certidumbre de que podía escapar! Por nada en el mundo hubiera atracado de nuevo mientras durara la noche; sin embargo, como no podía dejar el bote a la deriva, tampoco podía dormir, así que se sentó pacientemente, manteniendo los remos en movimiento hasta que pasó la noche y llegó el día, y el sol asomó sobre las copas de los árboles para disipar con su luz los terrores de la obscuridad y de su espíritu.

Después llevó el bote a su atracadero, y, no sintiendo apetito, se tendió en el fondo y se quedó dormido.

No se despertó hasta el anochecer. Sentía hambre, y, saliendo del bote, encendió el fuego en la orilla y asó uno de los pescados que conservaba desde el día anterior. Todos sus movimientos eran precipitados, y como los de una persona que tiene que hacer algún simple y rutinario trabajo mientras está sufriendo de una perturbación mental. Como el barril del bote estaba vacío lo llevó al arroyo y lo llenó, regresando cubierto de sudor, como si hubiera estado haciendo algún sobrehumano esfuerzo; después lo puso en el bote. Quería embarcar las provisiones, en forma de tenerlas a mano en caso que resolviera vivir en él; ésta era su vaga idea. Llevó la bolsa de galleta y los utensilios. Los bizcochos apenas los había tocado; tan abundante había sido el alimento que encontró en la isla.

Mientras trabajaba, cargando el bote, el sol se puso bajo el azul horizonte. Pronto, con la obscuridad, el terror ejercería su poder de lleno.

En tanto iba y venía, una inexplicable aversión, nacida del pasado miedo, se apoderó de él; la playa, las rocas, el ruido del mar y los graznidos de las gaviotas perturbaban su mente.

Cortó uno de los racimos de banana más próximos, lo metió en el bote y empezó a remar para separarse de la costa.

Una hora antes no tenía la menor idea de partir; sólo de vivir en el bote, haciendo un viaje a tierra de cuando en cuando para asegurarse de provisiones frescas. El viento que se levantó le dió la idea. La vela, desplegada, se hinchó para arrastrar suavemente el bote. Como una gaviota pasó de la escollera al mar abierto, al extenso y libre Pacífico; como una gaviota se destacaba en la luz del crepúsculo, y como una gaviota desapareció en la obscuridad de la noche.

Como una gaviota sin rumbo y con las alas rotas, el bote fué encontrado tres semanas después por el bergantín *Alsatian*, y en su fondo hallaron tendido a Periseault, tostado y seco como una planta marchita, y delirando con lagos de cristalina agua.

FIN



Cuando la abuela de Horacio cumplía setenta años de edad, quiso reunir a su alrededor a todos sus parientes y amigas más íntimas. Para festejar a «mamita Clemen» — como cariñosamente la llamaban sus familiares — llegaron de diversas ciudades y pueblos comarcanos sus hermanos, sobrinos, hijos, nietos, etcétera. En un salón se preparó una larga mesa para el almuerzo, y la abuela ocupó el puesto de honor. Al final de la comida se hizo un gran silencio porque «mamita Clemen» quería decir algunas palabras de salutación. Se puso de pie y comenzó a hablar con voz que la emoción hacía un poco más temblorosa, y manifestó que en ese día experimentaba la más grande satisfacción de su vida porque veía reunidos a su alrededor a todos sus seres queridos. Agregó que, en ese momento, se encontraban juntos los recuerdos del pasado, las fuerzas del presente y las esperanzas del porvenir. En aquel instante sentía toda la santidad de la familia. Y en nombre de esa santidad daba a todos, como la más anciana, su bendición.

Los niños no comprendieron el significado preciso de aquellas palabras, pero todos, lo mismo que las personas mayores, tenían los ojos llenos de lágrimas. Y uno a uno quisieron besar a la abuela.

La única que no lo hizo fué Lilieta, la nietita menor de «mamita Clemen». ¿Qué había sido de la niña? ¿Adónde había ido?

Poco duró la inquietud. Lilieta, toda gozosa, entraba corriendo en el comedor trayendo en sus manos tres magníficas rosas color rubí.



— Mira, «mamita Clemen»: tu rosal también ha querido regalarte, ofrendándote este hermoso ramo de coral.

La abuela abrazó y besó, llorando, a Lilieta, y todos celebraron el delicado rasgo de la niña.

Después se aproximó Albertito, el mayor de los nietos, un rubiecito de grandes ojos verdes, quien le dijo tímidamente:

— Abuela querida: yo me acuerdo siempre de cuando era chiquito y me cuidabas cariñosamente y no sabías resistir a ninguno de mis pedidos que te hacía entre besos y caricias, cuando me contabas fábulas maravillosas y jugabas conmigo. Hoy no tengo nada que valga para ofrecértelo... Mi corazón tan sólo puedo darte; ¡tómalo!

— ¡Albertito querido! — exclamó la abuela por toda respuesta. Y abriendo los brazos estrechó entre ellos fuertemente al niño, en medio de la emoción vivísima de todos los presentes.

Abonando



Puede Vd. adquirir una Máquina

CORONA

¡Piense!

¡Reflexione sobre los múltiples usos que puede tener una máquina moderna y sobre las numerosas maneras con que usted puede emplearla para el incremento de sus negocios, y decídase a adquirir una CORONA!

La Nueva CORONA es una máquina de oficina que presenta la ventaja de ser también una máquina portátil. Su escritura es visible. Tiene cinta de dos colores automáticamente reversible, un cómodo teclado de teclas bien separadas, espaciador automático de rodillo, y *una línea de escritura más extensa que la de cualquier otra máquina portátil.*

El precio de la Nueva CORONA, con estuche, es de $ 205 m/n, pero puede adquirírsela con sólo pagar

$ 20.50 papel

al contado, y el resto en 9 mensualidades de $ 20.50 m/n. Abonando íntegramente su importe al contado, concedemos un descuento del 10 %.

Llene el cupón que va al pie y remítanoslo, para que podamos enviarle los datos completos al respecto de la Nueva CORONA y de nuestro sistema de ventas por mensualidades.

NECESITAMOS AGENTES ACTIVOS

en las localidades donde aún no tenemos Representante. En ese sentido, invitamos a las firmas de responsabilidad a entrar en relaciones con nosotros.

Cía. LA CAMONA

39, MAIPU, 43 - Buenos Aires.
Unión Telefónica, Avenida 5075.

CUPON



A CIA. LA CAMONA, MAIPU, 39-43. BS. AIRES.
Sírvanse remitirme los datos completos referentes a la NUEVA CORONA.

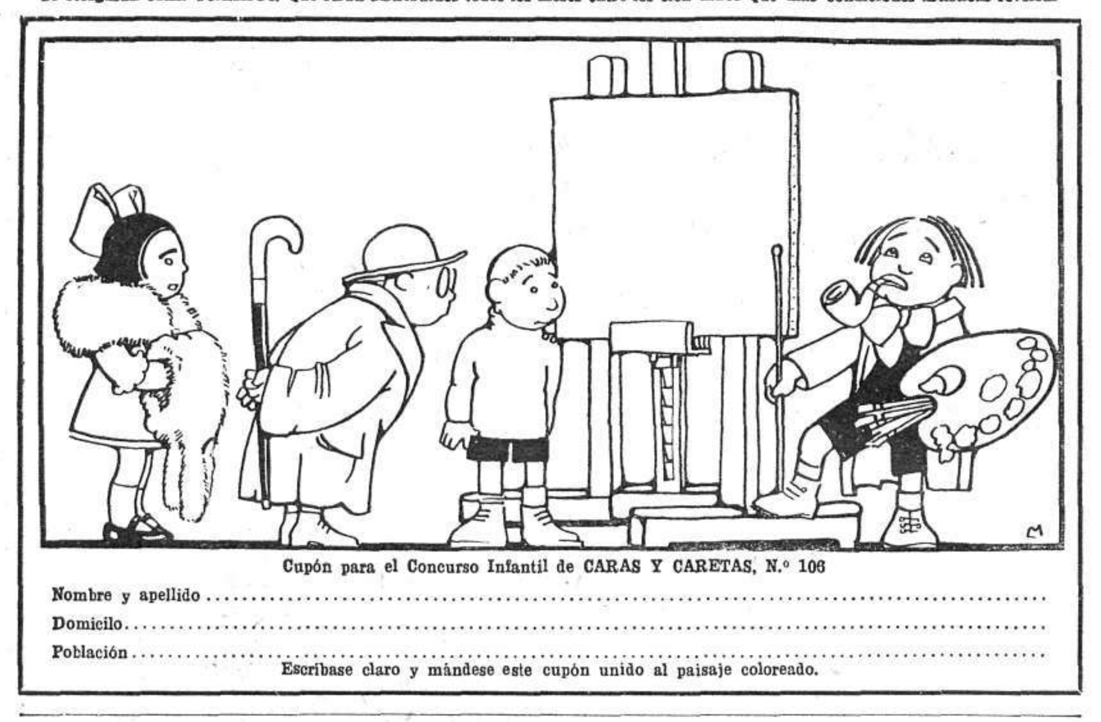
Nombre y apellido. . . . .
Dirección. . . . .
Localidad. . . . .
F. C.. . . . . C. y C



CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, N.° 106

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Señora:

Una sola visita a la

Casa Izquierdo

Carlos Pellegrini, 490

especialista en CORSES y FAJAS de calidad, dará a usted la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República $ **8.—**

Unico Concesionario para la América del Sud

CASA IZQUIERDO

Carlos Pellegrini, 490. — Buenos Aires.

Solicite nuestro nuevo Catálogo.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

UNIÓN TELEFÓNICA MAYO 0313, LIBERTAD



FAJA MODELO "AIDA" muy cómoda y elegante. Especial para sostener y reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico de seda en la parte delantera y 4 ligas también de seda. $ **25**



LA CINTA

Por LUZ Y SOMBRA

El elogio de la cinta, que empezamos en la crónica precedente, es aún argumento para la de hoy, pues ha devenido el complemento indispensable de todo atavío, e infinitas son sus aplicaciones.

Después de la siempre viva cocarda para vestidos, sombreros, zapatos y carteras, vemos la cinta entre los adornos del peinado. Los antiguos pimpantes moños que aleteaban en la cumbre de aquellas siluetas demasiado ceñidas por el corsé — se han transformado en los lisos «bandeaux» modernos que, ajustados a la frente, vienen realzados por una o dos rayas luminosas hechas de «strass». La caída lateral de plumas que es casi siempre el complemento de esos atavíos, representa en la elegancia lo que, en la firma, el firulete.

De cinta de satín está hecho el brazalete de la moderna cartera triangular en satín y «strass».

De cinta están hechos los mejores adornos para un vestido liso; cinturones de pequeñas «cocottes» de cinta; incrustaciones verticales de cinta-picot; galones de la misma cinta en forma de guardas; trenzas de cintas de colores diferentes para acompañar los vestidos de crepé plegados.

He visto un vestido de satín azul, cuya manga muy ajustada llevaba grandes incrustaciones de cinta plateada.

Dos cintas plegadas finísimas alrededor del escote y de los puños, con contraste de colores, bastan para rejuvenecer un vestido sencillo.

Una manga sin puño puede acomodarse perfectamente, añadiéndole una larga cinta que termine en la parte superior con pequeños lazos para ocultar el punto de unión con la manga.

La corbata-fulard para el «tailleur» sastre está muy de moda; una cinta escocesa, ancha y de tonos fuertes, viene atada en forma de corbata, debajo del cuello del saco.

Otra aplicación de la cinta es la de incrustar cintita bordada en varios colores sobre una blusa de crepé gris pálido.

El crepé es un buen aliado de la cinta, ¿qué mejor cinturón para un vestido de «Georgette», más que una cinta picot del mismo tono?

¿Cuál flor más invernal para una «cloche» de satín, más que la hoja de cintita «plissé»?

¿Cuál atavío da mayor realce a la belleza de la rubia, que una trenza de tres cintas coloradas de tonos diferentes, pasada sobre la frente y sujetando el «chignon»?

Pero, lectoras mías, ¿cuántas de ustedes llevan todavía el «chignon»? ¿Cuántas son las que la moda de la «melenita» ha respetado?

«El cabello corto no precisa peinado», me ha dicho más de una fiel discípula de la moda. «El cabello corto es un crimen», me ha dicho más de un «coiffeur».

Y con esta convicción se ha lanzado el reciente peinado de rizos, que permite esconder las trenzas bajo un colchón de rizos postizos, no sacrificando nada más que el dinero... «Pero el dinero vuelve, y el cabello no» — dicen los de la moda. «Y si mañana algún Napoleón moderno restablece la moda del cabello largo, como hizo Bonaparte, ¡en qué trance se encuentran las que han sacrificado su cabellera a un capricho pasajero! La melena, es sabido, fué instituída por Madama Tallien, en Francia, pues a dicha señora le sentaba perfectamente.

Pero desde que Napoleón fué dueño de mandar, no toleró ya las extravagancias del Directorio, y la rehabilitación de las trenzas fué una de sus primeras medidas. El amaba todas las características femeninas en la mujer; y a pesar de su corrupción — o, mejor dicho, a raíz de la misma — tenía de la mujer ideal el concepto que expuso un día, precisamente en el salón de Madama Tallien: «La verdadera mujer ideal es la que tiene más hijos». Por otra parte, si un Napoleón ha conseguido destronar una moda, no bastarían mil Napoleones para impedirla volver.

Un rey de Francia mandó que todas las mujeres presas por malas costumbres tuvieran que llevar corsé, so pena de graves puniciones; esperando, con esa medida hacer perder la... ambición a las mujeres honestas... Hoy todavía, en las cárceles correccionales, se les corta el pelo a las jóvenes presas.

Y, sin embargo, se sigue llevando el cabello cortado en la mejor sociedad, y se ha seguido llevando el corsé siempre, hasta que un capricho de la moda lo hizo abandonar. ¡Un modisto ha podido más que un rey! Calcúlese ahora hasta dónde llegaría el poder de un peluquero con psicología de emperador, como el famoso Champagne, quien, a fines del siglo XVII, creó la especialidad del peinado femenino.

Ese peluquero era requerido y agasajado por todas las damas; hasta que se volvió tan insoportable con sus exigencias, que dejaba a mitad peinar una dama porque así se le antojaba, y hacía echar de la casa de la clienta al visitador que a él no gustaba...

Hoy podrían parecer exageraciones. Y, sin embargo, hay que saber que existen hoy mismo ciertos peluqueros especializados en el arte de trabajar el cabello corto, los cuales tienen cada día más clientes, y empiezan a hacerse indispensables e insoportables.

Si por entre ellos sale, mañana, algún nuevo Champagne, no nos queda más que esperar que muera — como aquél — asesinado por un hombre de buen sentido.



Dos "robe-manteaux" para media estación.

FOTO LIDEL.



Un antiguo producto.

El Peter Dawson es un Whisky escocés, cuya fabricación data de muchísimos años atrás, siendo el fruto de la experiencia acumulada por varias generaciones de los Dawson.

Su destilación ha estado siempre a cargo de escoceses, y el transcurso de los años lo ha ido perfeccionando. Sólo podríamos decir de él una cosa; cuando acerque sus labios y tome el primer sorbo, ello le bastará para conocer el resto.

Después ya se sabe lo que Vd. dirá "es un producto que satisface al más exigente".

PETER DAWSON
Scotch Whisky

Un producto altamente satisfactorio.

WAHL PEN
Compañera del
EVERSHARP

BASTAN unos segundos para llenar de tinta la pluma Wahl, aún cuando, gracias al delgado cilindro de metal, su depósito de tinta es muy amplio.

Las hay de diversos tamaños, estilos y precios; artísticamente grabadas; de puntos finos o gruesos. Entre ellas encontrará usted una a su gusto.

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

La legítima lleva el nombre grabado. Eso la garantiza.

MAYON LIMITADA
Av. de Mayo, 1245 - Bs. Aires.

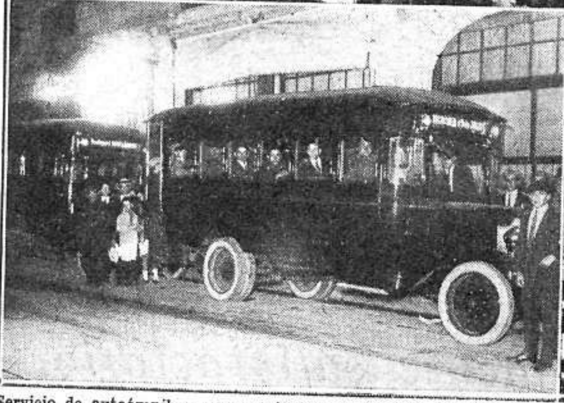
De Rosario



SEMANA SANTA. La procesión religiosa, estacionada frente a la iglesia matriz, después de haber recorrido las principales calles de la ciudad.



Señor Edmundo Tolosa, electo diputado por el Partido Socialista.



Servicio de autoómnibus, cuya reciente inauguración ha sido favorablemente comentada, pues por su comodidad y capacidad han de prestar grandes servicios al público.

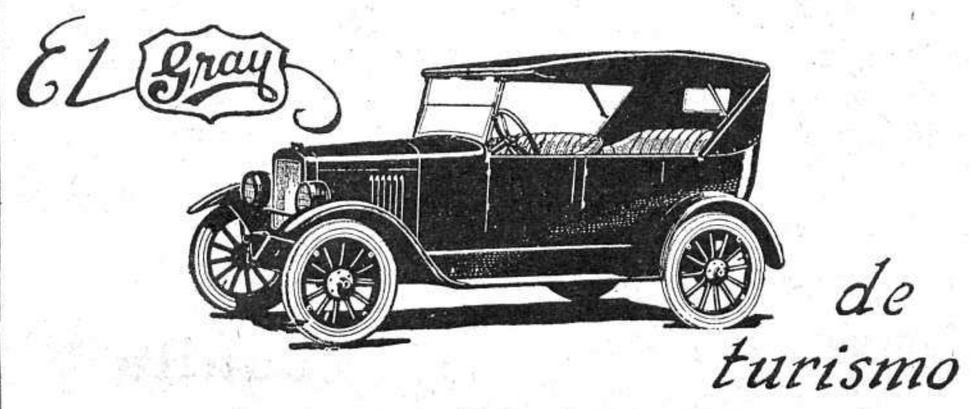


Público que concurrió al mitin organizado por el Partido Socialista celebrando sus triunfos electorales en diversas partes de la República.

AUTOMOVILES



Sólidos, elegantes, livianos y sumamente económicos, haciendo un recorrido de 14 km. 400 mts. con un litro de nafta.



reune las comodidades y posee la calidad de un coche de precio elevado.

Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero, etc. Comodidad para CINCO PASAJEROS, carrocería de sólida construcción, elegante y cómoda, cuatro puertas.

Precio: $ 2.690 m/n. S/W. B. A.

UN EMPLEADO ESPERA A USTED EN NUESTRA EXPOSICION PARA QUE EFECTUE UN VIAJE DE ENSAYO.

DISTRIBUIDORES ESCLUSIVOS



TENEMOS ALGUNAS PLAZAS DISPONIBLES PARA AGENTES ACTIVOS.

Regatas Interprovinciales



Vista del desembarcadero del Club de Regatas Alberdi durante el desarrollo del hermoso festival deportivo realizado en el río Paraná.

Señoritas de Krekler, Lufft, señora de Casals y señor A. Calvo, del Club Rosario, ganadores de la carrera para novicios, en 500 metros.

Señoritas de Deurer, Fornaso, Sumalla Hutchinson, Balzarini, que se clasificaron en el segundo puesto.

Receta para ser bonita

Los últimos diarios y revistas llegados de Europa nos hablan de los buenos resultados que se obtienen en el embellecimiento del cutis mediante el uso de la siguiente receta, de fácil preparación.

Se trata de mezclar en un pocillo la mitad del contenido de un frasco de crema Lechuga con una cucharadita de tintura de benjuí. Hecha la mezcla se aplica en el rostro, escote y manos al acostarse y al levantarse, pudiendo si se quiere, ponerse en seguida los polvos de tocador.

El uso continuo de esta receta hace que el cutis se vuelva terso y suave, quitando las arrugas, pecas y manchas si las hubiera.


Sastreria de Lujo
La extricta elegancia
de un TRAJE o SOBRETODO, sólo se obtiene en forma completa, cuando los elementos que intervienen en su fabricación son de probada habilidad y competencia.
Comprendiéndolo así la Sastrería M. Alvarez, ha reunido en sus amplios talleres un núcleo de especialistas en el ramo, verdaderos artistas en la fiel interpretación de la moda masculina.
SOBRE MEDIDA
TRAJES y SOBRETODOS en finísimos casimires extranjeros, para invierno, perfectamente terminados de acuerdo a los estilos más recientes de la moda y en los gustos lisos y fantasías de mayor aceptación en nuestro ambiente.............. $ 130.-
GRATIS enviamos ALBUM de figurines, al interior.
MUESTRAS de CASIMIRES enviamos GRATIS indicándonos color y precio aproximados.
TRAJES Y SOBRETODOS HECHOS, LISTOS PARA VESTIR
elegantes, prácticos y de calidad, al
PRECIO-RECLAME
de $ 60.- c/u.
Es una ocasión digna de ser aprovechada, pues son todos trajes y sobretodos finísimos y bien terminados.
SASTRERIA de LUJO
(La más grande en Sud América).
M. ALVAREZ
B. AIRES
B. MITRE ESQ. ESMERALDA
NO TENEMOS SUCURSAL

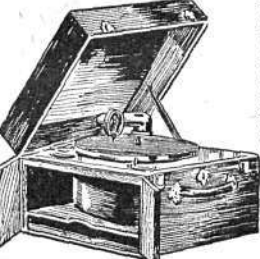

El Interventor Nacional, doctor Gondra, acompañado por monseñor Echenique, el Intendente Municipal y demás concurrentes al acto de la inauguración de una nueva sucursal de Correos y Telégrafos.

UN NUEVO AMPLIFICADOR DE LA VOZ

El amplificador de la voz o resonador que aquí se describe no sólo funciona bien, sino que no necesita partes mecánicas o eléctricas que tengan que ser construídas o compradas. Lo único que se necesita es una guitarra y receptores de cabeza, empleándose éstos con uno o dos períodos de amplificación, según la distancia de las estaciones.

La guitarra se coloca boca abajo, levantando ligeramente uno de sus lados por medio de un libro o de algún otro objeto por el estilo, de suerte que la cámara sonora no se encuentre en contacto con la tapa del escritorio de la mesa. Los receptores de cabeza se colocan entonces sobre el instrumento musical que hace el papel de resonador, dando un tono claro y musical de agradables características. Este experimento daría mejor resultado todavía con un banjo, dada su mayor sonoridad.







EL ROBO DEL BANCO SISSARA

POR

PEDRO VEBER



MEDIO DÍA!... El señor Sissara arregla sus papelotes, abre la carpeta de cuero e introduce en ella más expedientes y documentos de los que podrá consultar durante esas treinta y ocho horas de descanso, ese fin de semana en que dispondrá apenas del tiempo de extrañar su cansancio. Llama después al subdirector, el amable señor Garouille, quien tiene un aire presuntuoso y parece ofrecer siempre en bandeja su corazón, su lealtad y sus accesorios...

—¿Nada de nuevo? —pregunta el gran patrón.

—No, señor Sissara. Las cuentas están cerradas, las liquidaciones de fin de mes al día.

—¿La Caja?

—Chagan la llevará inmediatamente al Banco de Francia, según costumbre, a menos que no tenga usted disposiciones especiales que tomar para el lunes próximo.

—Ninguna —pronunció dignamente el señor Sissara, director del *Banco Práctico.* —No tengo sino una idea, mi buen Garouille; irme a Joinville, reintegrar mi linda villa «Buen Reposo», y dejar para el lunes todos los asuntos serios. Este día y medio de vacaciones es lo mejor de la semana.

—¡A quién se lo dice usted! —apoyó sonriente Garouille.

—Entonces, mi amigo, le deseo a usted un agradable *week-end;* el cielo está claro, la vida se anuncia hermosa, y el *Banco Práctico* ha duplicado la cifra de sus negocios.

El señor Sissara apretó el botón mágico por el cual se inmovilizaban los cajones de su precioso escritorio, hizo girar los resortes de su caja fuerte, endosó su sobretodo, púsose su sombrero blando, y, carpeta bajo el brazo, descendió hacia los limbos de la oficina.

En aquel purgatorio, las empleadas y los empleados metían ese ruido, ese runrún de la gente que, a pesar del más ardiente deseo de libertad, retarda lo más posible el instante de salir. Las empleadas se enharinaban las caras con polvos de arroz, en la esperanza de ser tomadas en seguida por señoras de sociedad, los empleados discutían sobre el match de rubgy en que debían medirse la mañana siguiente el «Blue Star» de Becon con «El Indomable» de Nogent...



El señor Sissara los saludó paternalmente, luego pasó por el lado de la Caja donde el cajero parecía encerrado, como La Balue, hasta la extinción de sus días.

—Y bien, mi bravo Chagan. ¿Cómo vamos?

—Así, así; la jornada ha sido dura.

—¡Bah! tiene usted esta tarde para reponerse ¡y mañana!

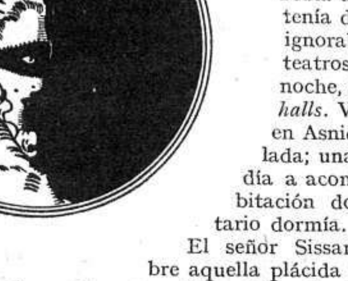
—¿Mañana? Dormiré. Soy soltero, no tengo familia ni pasiones ni vicios; paso mis «días felices» resolviendo problemas de ajedrez.

—¿Verdad? ¿Le interesa a usted eso hasta tal punto?

—Señor Sissara, no hay nada mejor que eso en la vida.

El cajero León Chagan pertenecía al Banco Sissara hermanos, desde hacía treinta años; había comenzado como mensajero a la edad de diez años, después habíase elevado a las funciones de copista, escribiente, empleado de tesorería; en fin, sus cualidades reconocidas de honradez, de regularidad, de desconfianza y de minuciosa disciplina lo habían conducido hasta el empleo superior de cajero principal.

Bajo, gordinflón, listo, presentaba una jovial figura de cura de campaña normanda; acogía a la clientela con una sonrisa prometedora que significaba: «Confíe usted sus fondos al *Banco Práctico,* estarán en mayor seguridad que en sus frágiles muebles. Y lo mejor será que después de esto no querrá usted retirarlos ya nunca más, lo cual lo obligará a usted, a pesar suyo, a economizar». Desde hacía veinte años, administraba millones y millones con una probidad meticulosa. León Chagan era naturalmente honesto, sin ostentación, porque nuestra Madre Naturaleza habíalo confeccionado así. No bebía absolutamente, se abstenía de jugar a las carreras, ignoraba la gran vida, los teatros, los restaurants de noche, los *dancing,* los *music-halls.* Vivía confortablemente en Asniéres, en una casita aislada; una mujer vieja iba cada día a acomodar la modesta habitación donde el digno celibatario dormía.



El señor Sissara echó sobre aquella plácida faz una mirada reconocida:» ¡Y no le doy más que quinientos francos por mes!» —pensó. Había querido aumentar el sueldo de su cajero, y debió enojarse para que el



humilde Chagan aceptara veinticinco francos más por mes. El excelente hombre luchaba: «No, señor Sissara, no aumente usted sus gastos generales. No tengo necesidades, no tengo herederos. Después de mí, el fin del mundo...» Fué preciso que el señor Sissara impusiera de viva fuerza sus liberalidades restringidas.

Habiendo gratificado con un afectuoso apretón de manos a su fiel servidor, el señor Sissara dejó el *Banco Práctico*. Su auto lo condujo a Joinville donde en la quietud de la villa «Buen Reposo», esperaba la familia. Su mujer, la dulce señora Sissara, su hija mayor, Ana, y sus dos hijos, Jacobo y Julián. ¡Ah, la alegría de abandonar las preocupaciones, de no calcular, de interesarse en la crónica del hogar! ¡De constatar los progresos de Jacobo y de Julián, de escuchar el insoportable piano de Ana, y de elaborar proyectos de viaje con la señora Sissara que enloquecía por las excursiones en automóvil!

¡Dos días de «nirvana» que nada turba; un sábado de languidez en la *chaise-longue;* un domingo de paseo a lo largo del río! ¡Hola! hay un concurso de natación, como por azar... Espectáculo instructivo para los niños. Y luego, a la noche, una reconfortante partida de malilla... ¡Cuán dulce es, al final de una semana de labor encarnizada, dormir así en la paz de goces modestos y descontar los placeres que os otorgará más tarde el retiro definitivo, después de la gran fortuna hecha!

E L   D R A M A

El lunes, a las nueve precisamente, el auto condujo al Banco al señor Sissara, hebdomedariamente regenerado para un trabajo intenso y lleno de proyectos audaces. Ya los empleados y empleadas, cansados de sus días felices, ocupaban con molicie sus puestos. El gran patrón lanzó un vago saludo de entrada, y se dirigió a su escritorio, donde asumió de golpe sus preocupaciones de la semana; llamó al subdirector, al amable señor Garouille, a quien hizo las preguntas de rigor: «¿Nada de nuevo?»; lo que llamaba la respuesta obligatoria: «Todo va bien».

Pero el señor Garouille, aunque sonriente, respondió así: «Todo va bien, salvo que el señor Chagan está en retardo».

—¡Ese endiablado de Chagan, por primera vez en su vida, habrá perdido el tren!

—Probablemente. Entretanto encargaremos al segundo cajero, el señor Gustavo, de recibir los depósitos; pero no podrá pagar los cheques, puesto que el señor Chagan he debido llevar el sábado la existencia de caja al Banco de Francia.

—¡Eso no! —replicó Sissara contrariado. Tome usted; he aquí un cheque sobre mi cuenta en ese Banco; de ella tómese lo que se necesite. ¡En nuestra casa se paga!

El señor Garouille se inclinó.

Sissara hermano —era conocido de este modo en el mundo de los negocios, viniendo a ser por otra parte el último hermano de los Sissara, renombrados en el pequeño pueblo de la Bolsa y de los bancos familiares— se absorbió en una combinación tímida que debía producir algunos centenares de francos, a propósito de un valor que no tenía ninguno. A las once, llamó:

—¿El señor Chagan?

—No ha llegado todavía —contestó el mozo de la oficina, a quien numerosos botones niquelados, esparcidos en la librea, daban el aire de un oficinista enlutado.



Una inquietud justificada matizó desde entonces la apacible atmósfera del escritorio. Se telefoneó a la central de Asniéres, y la vieja sirvienta de Chagan, que fué arrastrada hasta el aparato, confesó: «El señor Chagan debe de estar en viaje. No volvió el sábado a medio día».

No se pudo esconder esta noticia a los camaradas del *Banco Práctico*.

Sabíase que la banda de desbalijadores de cajeros ejercía entonces su culpable industria en los alrededores de las casas honorablemente conocidas en plaza; afiliados espiaban la salida de los cajeros cargados con las carteras, los arrebataban en un taxi y los abandonaban en seguida, debidamente cloroformados, en terrenos baldíos de la periferia, no sin haberse apoderado de los fondos que pesaban sobre esos valientes recaudadores. El señor Sissara, no bien se cerraron sus oficinas, dirigióse a la Prefectura de Policía, donde expuso sus angustias. Se le respondió allí:

—¿Chagan? ¿Un hombre de unos cincuenta años? ¿Estatura mediana, manos nudosas?

—¡El mismo! —dijo el señor Sissara que presentía una desgracia.

—Se ha pescado su cuerpo en el Sena, cerca de Béllancourt. Ningún signo permite identificarlo: la cara está tumefacta. Los asesinos han muerto al infeliz a tiros de revólver y lo han desfigurado pisoteándole la cara. El robo es probablemente el móvil del crimen...

—¡Ay! —suspiró el señor Sissara— lo temo. ¿Dónde está el cuerpo?

—En la Morgue... Lo reconocerá usted mañana.

El banquero, al día siguiente, fué a la Morgue: contempló un cuerpo extendido sobre una losa; la cara no era si no un montón de carnes amoratadas donde no se distinguía el menor rastro de facciones. El señor Sissara permanecía perplejo; dijo:

—¡Tal vez es él! ¡Tal vez no es él! En todo caso el cadáver tiene un tamaño parecido. Muéstresenme las ropas.

—No tenía ropas...

El señor Sissara saludó y salió. ¿Era su Chagan? ¿No lo era? Todo inducía a creer que era Chagan: la misma ausencia de pelo en la barba, la misma calvicie pronunciada. ¿Cómo querría usted identificar un cajero sin fisonomía? La suerte de los cajeros es la de desaparecer de esa manera, por la fuerza de un ataque crepuscular, por lo cual, sin duda, están tan tristes y tan resignados en su jaula.

El señor Sissara visitó al procurador de la República y presentó acusación contra «desconocidos»; ese legendario ciudadano anónimo e ilusorio fué así cargado con un suplemento de crímenes que no pesaba mucho, que digamos, sobre sus irreales hombros.

El procurador con todo acogió al demandante con desconfianza, hízole multitud de preguntas insidiosas y ligeramente descorteses, dejando entender que la situación del *Banco Práctico* había «tal vez» provocado la *mise scéne* de un asesinato de cajero, etc., etc. ¡No sería la primera vez! El señor Sissara se defendió con energía, afirmó que su establecimiento era lo bastante sólido como para soportar una pérdida de trescientos mil francos. Fué él uno de los raros demandantes que no hayan salido inculpados de esa oficina trágica.

Los días siguientes presentáronse lúgubres. La historia del crimen se había divulgado, los depositantes afluían para reclamar su dinero. El señor Sissara hizo frente a la jauría; al cabo de tres semanas, el Banco había reconquistado su crédito, pero el dueño estaba arruinado. Debió recomenzar su vida, vendiendo a pér-





dida todo lo que constituía su fortuna; sus hijos aprendieron el trabajo y se convirtieron en eminentes hombres de negocios. La gran casa de París, todo fué realizado en condiciones deplorables pero el *Banco Práctico*, como la mujer de César, permaneció insospechable.

Al cabo de un mes, el señor Sissara fué convocado por el procurador, completamente amable esta vez, y quien anunció:

— Señor, hay error: el cadáver que hemos podido, al fin, identificar, no es el de su empleado de usted; es el de otro cajero de otro Banco, que no ha hecho tantas historias.

— ¿Entonces... Chagan?

— Según nuestros informes, el día en que usted lo vió por última vez, tomó tranquilamente el tren para Londres; de ahí se deslizó a Liverpool donde perdemos su rastro. Todo deja suponer que el hombre ha debido tomar allí uno de los numerosos paquetes que parten hacia el Nuevo Mundo.

— ¿Y mis trescientos mil francos?

— Se buscan. Dicho esto, no le oculto a usted que será difícil dar las señales de ese bribón pues ha tomado sus precauciones: ¿Se halla en Chile? ¿En el Perú? ¿En la Argentina? ¿En el Canadá? ¿En los Estados Unidos? Eso le atañe a usted... Eso le atañe a usted.

— ¿Qué? ¿Eso me atañe? ¿A mí? — dijo el señor Sissara, fastidiado. — ¿Y ustedes?

— Nosotros, bien entendido, continuaremos nuestra pesquisa. Pero con los medios restringidos de que dispone la policía internacional, dudo que podamos llegar a un resultado. Mi querido señor, no espere usted recuperar jamás su dinero.

— ¿Entonces?...

— Entonces... su demanda sigue su curso, es valedera por diez años. Si dentro de diez años a partir de este día su ladrón ha sido detenido, podrá usted reclamarle lo debido.

— ¿Y dentro de diez años, si no se le detiene?...

— Podrá volver a Francia sin ser molestado. La moral de esta aventura está en que no se debe tener demasiada confianza en los hombres de confianza. En adelante, vigile usted su caja y su cajero, mi querido señor.

El señor Sissara, quien pagaba pesados impuestos, habría tenido muchas consideraciones que emitir tocante a la indolencia del Estado, ese tirano que exige contribuciones sin garantir al contribuyente contra los riesgos sociales. Prefirió callarse, visto que el déspota anónimo no admite críticas, aun siendo justificadas. Se retiró obsequioso y servil; en su fuero interno había él ya puesto la P. P. fatídica sobre este asunto.

UN VISITANTE

Los años transcurrieron uno a uno, dolorosamente, primero, después, y poco a poco, más prósperos. El *Banco Práctico* se convirtió en el *Banco Sissara e Hijos*. El jefe había, paso a paso, vuelto a comprar la villa «Buen Reposo», la casa de París, el auto; había agrandado el local del antiguo establecimiento, transformado la disciplina, adoptado los métodos americanos; y a veces pensaba, en el colmo de la riqueza: «Si Chagan no me hubiera robado, habría sido yo siempre el pequeño banquero de los pequeños negocios». Al mismo tiempo reflexionaba: la injusticia de la suerte le había impuesto un destino de maniobra; en la hora en que los otros se retiran en la dulzura de las situaciones adquiridas, había debido él, Sissara hermano, esforzarse y burilar a la par de un debutante: no había vivido, no había gozado de ningún placer; a los cincuenta años sentíase deprimido, poseedor de una riqueza de la cual no esperaba alegría. La aspereza de la lucha lo había endurecido, el miedo a lo imprevisto dañaba todas sus satisfacciones. Le eran sospechosos sus subordinados, verificaba las menores cuentas; nunca se sabe... ¡Puesto que el bueno de Chagan se había descubierto, tardíamente, un alma de ladrón, todos los hombres eran los innumerables súbditos del rey Caución! ¡Cada minuto, Sissara se sentía pinchado por una sospecha; el cajero infiel había matado el sueño!

La historia del robo estaba bien olvidada, sin embargo. ¡Cuántos acontecimientos habían pasado después! Otros robos más famosos fueron cometidos en el mundo financiero, los cuales tenían más radiante importancia.

Sissara hermano, habiendo restablecido brillantemente su situación, pensaba confusamente en la partida; es decir, que buscaba la manera de abandonar sus responsabilidades sin renunciar con todo eso a sus hábitos. Es a lo que se llama, en los medios comerciales: «Pasar de mano», aunque conservando siempre un dedo en el volante de dirección.

En los negocios no se envejece, se permanece en el puesto hasta el último minuto que precede al último suspiro; el viejo banquero no tenía más que ese goce de la autoridad que prolonga a los macrobitas. Había hecho, deshecho y rehecho su fortuna, y guardaba de esas épocas de tumulto un recuerdo glorioso que lo consolaba de un pasado frustrado, magnificando un presente deceptivo. Sus hijos no manifestaban ningún apuro en «balancear» a su padre, con lo cual comprobaban piadosamente respetar el precepto: «Tu padre y madre honrarás...» Corregían con discreción los malos golpes de timón que daba de tiempo en tiempo su predecesor; lo veneraban, no obstante, como a una soberbia tradición.

Cierto día, como el señor Sissara padre y hermano llegara a la oficina, se le dijo que un individuo deseaba hablarle para un «asunto personal».

Sabemos lo que esto significa comúnmente: un cargante que sueña con interesaros en una invención absurda, o un corredor de vagos títulos. El señor Sissara tomóse el tiempo de abrir su correo, después que hubo hecho esperar al personaje anunciado durante una hora (dilación que acobarda habitualmente a los importunos más determinados) ordenó que el solicitante fuera introducido.

Un elegantísimo joven que no llevaba la carpeta de los petardistas profesionales, entró:

«Soy el doctor Liáuran, abogado — preludió — y vengo, señor Sissara, a hablar de un asunto que sin duda habrá usted olvidado: el asunto Chagan».

El señor Sissara retuvo un gesto de asombro. ¡Chagan! El cajero infiel, el autor de su lejana ruina, la causa de su dura pena. ¿Qué quería de él ese espectro? ¡Nada bueno, seguramente! El banquero, desconfiado, señaló con el dedo un asiento:

— Siéntese, señor. ¿Viene usted a anunciarme que Chagan ha sido al fin detenido?

— No, señor — dijo el elegante y joven abogado; el señor Chagan, bajo otro nombre y gracias al dinero que sustrajo, hizo una brillantísima fortuna en un país que no designaré por el momento.

— ¿Entonces? ¿Para qué me quiere ese bandido?

— Nada de palabras excesivas, señor Sissara. El destierro es un duro *magister*, y él ha transformado un poco el ca-



rácter de mi cliente. El señor Chagan, que ha llegado al pináculo de la prosperidad, de pronto se ha sentido con remordimientos.

—¿Al cabo de diez años?

—Nueve años y once meses exactamente—rectificó el señor Liáuran,—mi cliente ha reconocido que al origen de su fortuna faltábale claridad; por mi intermedio le ofrece una restitución; su remordimiento es tan completo, que estoy autorizado a agregar al capital cien mil francos por los intereses, lo cual hace cuatrocientos billetes...

—¡Ah, caramba!—exclamó el señor Sissara, estupefacto.

Un silencio, algunos minutos caen en la eternidad... El señor Sissara no había admitido nunca que un pícaro pudiera acceder al arrepentimiento; que Chagan tuviere escrúpulos lo desconcertaba; el conjunto de sus teorías sobre el honor bancario flotó desde ese instante, y además, aquella restitución de cuatrocientos mil francos... ¿No era ya un robo, entonces, el que Chagan había cometido? ¡Era una colocación de fondos que había él impuesto, una colocación a interés, remuneradora aún. El señor Sissara sintió vacilar su rencor; emitió algunas palabras:

—¡Dios mío! No quiero la muerte del pecador... Se podría ver...

—No esperaba yo menos de su mansedumbre de usted,—prosiguió el distinguido visitante.—Resumamos: ¿en lo que concierne, mediante el pago de la deuda, consentiría usted en pasar la esponja?

—¡Ciertamente! Para toda falta, misericordia. Hay más alegría en el cielo por un impío que se arrepiente...

—¡Va usted un poco lejos!... ¿Si le entrego los cuatrocientos billetes, está usted dispuesto a firmarme el retiro de la demanda?

—¡No lo dude usted!—exclamó firmemente el señor Sissara.

—En ese caso, cambiemos los papeles preliminares—dijo el joven abogado, y añadió:—No tema usted nada. Todo se hace bajo mi garantía, y no tengo todavía edad para incurrir en los rigores del Consejo de la Orden.

El señor Sissara trocó una promesa de desistimiento contra una promesa de reembolso. De esta suerte todo el mundo quedaba contento, y el señor Liáuran retiróse en buen orden.

Tres días después de esa entrevista, recibió el señor Sissara una convocatoria invitándolo a presentarse al procurador de la República; el mezquino papel anunciaba en el margen: «Causa Chagan» ¿Qué? ¿Aquello no había concluído todavía? La infeliz víctima citó inmediatamente al doctor Liáuran a quien llenó de reproches:

—¿Para qué se me quiere? Ha debido usted hacer lo necesario y proponer mi desistimiento.

—Lo he hecho; se le llama a usted para una confirmación sin duda. Me ofrezco a acompañarlo.

—Se lo iba a pedir a usted—dijo el desolado Sissara.

PERIPECIAS

Fueron admitidos a contemplar la austera figura del Procurador General, una de las más hermosas de la magistratura: un señor alto y ameno, aunque descarnado.

El señor Bonaventura-Despériers era un procurador muy parisiense, y fué en el tono de la más franca cordialidad que apostrofó a Sissara hermano:

—¡Oh, querido señor! ¿Qué significa esto? ¿Al cabo de diez años desiste usted de una acusación de robo? ¡Es cosa nunca vista, se lo aseguro a usted!

—No obstante...—arriesgó el señor Sissara.

—Nuestro servicio se hallaba sobre la pista del ladrón; no se le tenía todavía pero se sabía poco más o menos dónde se había refugiado: en un chiribitil de Buenos Aires, y próximamente...

—¡Perdón!—interrumpió el banquero.—Sus servicios exageraban un poco. El señor Chagan, permítame usted que lo llame de este modo, no se encuentra en un chiribitil... Se ha hecho riquísimo, me reembolsa y lleva su delicadeza hasta indemnizarme.

—¡Hombre!—dijo el procurador—¿sabe usted que es curioso? Esto no se ve generalmente sino en los libros de premios para uso de las escuelas primarias. Durante mi larga carrera de magistrado no había encontrado todavía un caso semejante.

—¿No es cierto?—prosiguió el señor Sissara entusiasmado. Así, usted comprenderá, señor procurador, que haya yo retirado mi demanda, todo queda olvidado; paso sobre ello la esponja.

El señor Bonaventura-Despériers asintió, pero arguyó:

—Sea. Es usted libre de retirar su demanda. Pero, mi querido señor, olvida usted que hay otra persona damnificada: la justicia que no pierde, ella, sus derechos.

—¿Dice usted?—murmuró el señor Sissara, desconcertado.

—¡Pues sí! Sería demasiado fácil en verdad, que un inculpado, después de hacer fortuna, tratara de volver a entrar en la existencia regular mediante un sacrificio pecuniario. ¡Queda el agravio moral cometido contra la sociedad!... El llamado Chagan ha robado, usted se ha quejado a justo título, nosotros hemos tomado nota de ese delito. Le agrada a usted retirar su demanda; sin embargo el delito subsiste, y nosotros perseguimos como antes, puesto que la vindicta pública no está pagada.

El joven abogado Liáuran, se apoderó de la palabra:

—Señor procurador, se expresa usted con una precisión que le hace honor; nada tengo que oponer a sus argumentos: la justicia una vez en camino no puede detenerse. No obstante, estoy obligado a decir: 1.º que mi cliente ha hecho un gesto benévolo que no esperaba usted de él; 2.º que dicho cliente está garantido por una nacionalización ya antigua; 3.º que usted no sabe dónde aprehenderlo; 4.º que la prescripción será, pues, adquirida en veinticinco días, siendo que el robo se remonta a nueve años, once meses y cinco días.

—¡Entonces, se me roba otra vez!—exclamó el señor Sissara.

—Evidentemente. Pero esta vez lo es usted, la justicia que invoca.

—¿Y si no hubiere yo acusado?

—Hubiera sido usted reembolsado sin más trámite. Mientras que a la hora actual la oposición del señor procurador general hace imposible la transacción que le ofrecía a usted mi cliente.

El señor Sissara no se movía; murmuraba frases confusas:

—No pensaba más en eso... Había olvidado mi pesar... Han venido a mí, se me había dejado esperar una compensación inverosímil. ¡Recuperaba mis fondos, me retiraba tranquilo al fin!... Me era ello debido... Diez años de sufrimiento, de combate... ¡No sabe usted, señor procurador, lo que yo he soportado! Me he debatido como un pobre diablo, he padecido y trabajado, he hecho frente a la ruina, a la derrota. Se me aporta la recompensa de todo eso...





Y, en el momento en que voy a tocarlo, me dice usted: ¿Y la justicia?...

— Señor Sissara — pronunció el procurador, impasible: — usted ha denunciado un culpable, usted ha puesto en movimiento la formidable máquina jurídica; yo no tengo el poder de detenerla...

— ¡Un culpable! ¿Mirándolo bien, ese pobre Chagan era tan culpable? ¿No era yo el más culpable de los dos? — clamó el señor Sissara. ¿No somos unos perniciosos egoístas nosotros los banqueros? ¡Cómo! Confiamos a un desgraciado empleado millones y millones que manejar. ¿Y qué le damos como retribución? ¡Quinientos francos miserables por mes! Y nos asombramos en seguida que ese hombre — que es un hombre semejante a los demás — sea tentado y sucumba. Al infortunado Chagan le había abandonado las llaves de todo; por mi debilidad, mi negligencia lo había empujado involuntariamente a cometer el delito el cual él se excusa. Cierto que no ha procedido con delicadeza. ¿Pero lo sabría usted sino hubiera cometido yo la torpeza de denunciarlo?

— Es esto rigurosamente verdadero — respondió el procurador.

— ¡Y entonces — aulló victoriosamente el señor Sissara — es la demanda la que ha especificado el crimen, es mi leal imprudencia la causa de todo!... Ese bravo muchacho podía escapar a las represalías, no tenía más que tener paciencia cuatro semanas, y volvía a Francia, con la cabeza levantada, a ejemplo de tanto pillastre. ¡Mejor que eso...! Tenía el derecho de requerir los rayos de esa justicia, de la cual es usted dispensador, señor procurador! Y usted habría obedecido en nombre de las leyes. Pero no, ese heroico ciudadano ha pensado: «He obrado mal, mi conciencia me atenacea y cedo a sus mandatos. Quiero devolver al señor Sissara los trecientos mil francos con los que lo he perjudicado, más cien mil francos de intereses...

— Iremos hasta ciento cincuenta mil francos — interrumpió el doctor Liáuran.

— ¡Ciento cincuenta mil!... ¿Y no encuentra usted esto maravilloso? ¿Homérico? ¿Extraordinario? ¿No sobrepasa ello a los libros de moral para la juventud?... ¡Pero, señor procurador, tal grandeza de alma merecería una moción en los premios de virtud! ¡Es hermosísimo!

— La instancia debe seguir su curso — declaró el procurador, turbado a pesar suyo.

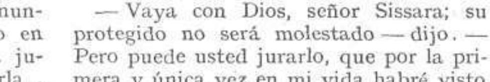
— ¡Desde que yo renuncio a ello! ¡Caramba! Al fin y al cabo: ¿es justa la justicia, o bien no es sino un vil simulacro de equidad?

— Tenga cuidado, señor Sissara. Si continúa, sería a usted a quien me vería obligado a inculpar.

El banquero perdió repentinamente toda su soberbia; suplicante tomó las manos del magistrado y casi sollozante pidióle:

— ¡Señor, le ruego en nombre de todo lo que le es querido que detenga la demanda! Míreme usted. Es mi vejez quien lo implora... De usted depende que termine la pesadilla de mi vida. ¡Perdone usted a Chagan como yo lo perdono, y déjeme alcanzar el precio de su arrepentimiento! Eso no causaría ningún perjuicio a la justicia, y todo el mundo quedaría contento.

El procurador—lo confesó más tarde—se debatió en un conflicto moral poco común. Como no era tonto decidióse por la mejor de las soluciones, aquella que se inspiraba de lo arbitrario: colocó el expediente Chagan en la carpeta de «asuntos juzgados».



— Vaya con Dios, señor Sissara; su protegido no será molestado — dijo. — Pero puede usted jurarlo, que por la primera y única vez en mi vida habré visto a un robado tomar con tal vehemencia el partido de su propio ladrón.

E P Í L O G O

El señor Sissara recibió los cuatrocientos mil francos; entregó a Sissara hijos las riendas de su carro y terminó su existencia como banquero honorificado.

En el verano iba a Vichy a cuidar su enfermedad al hígado, patrimonio de los sedentarios.

Una tarde que gozaba en el parque del fresco y de la música, vió sentarse no lejos de él a un señor moreno, algo tostado, muy bien vestido, quien lo interpeló:

— Agradable temperatura ¿no es cierto?

— Excelente — dijo el señor Sissara, que se relacionaba fácilmente.

— ¿Ha venido usted por mucho tiempo, señor Sissara? — insistió aquel señor.

— ¿Eh? ¿Me conocía usted?

— Un poco. Soy su antiguo cajero, Chagan... Solo, que después que nos separamos, transformé mi nombre de pila y mi final. Me intitulo en el Brasil, Luis Chágas...

— ¡Ah! — alcanzó a balbucear el señor Sissara, deslumbrado por tanta audacia.

El señor le ofreció un real cigarro, que el banquero no se atrevió a rehusar, le procuró fuego y continuó:

— ¿Me ha odiado usted mucho, verdad, patrón?

— ¡Diantre! — confesó el señor Sissara. — Póngase usted en mi lugar.

— No ha tenido razón: aquel dinero que yo le... inmovilicé, lo hubiera usted aventurado en especulaciones y tal vez perdido Mientras tanto, le he hecho hacer, sin usted saberlo, notables colocaciones.

— Hay algo de verdad en lo que usted dice — convino el plácido Sissara.

— ¿Y, si yo, su fiel cajero, le hubiera a usted pedido en préstamo trescientos mil francos para especulaciones largamente estudiadas, perfectas, puesto que se han logrado, me hubiera usted adelantado la suma?

— ¡Nunca!

— Es lo que deseaba oirle a usted proclamar. En consecuencia ¿admite usted que no me ha faltado del todo la razón, al atentar contra su propiedad?

— Estoy tentado a admitirlo.

— Mejor que mejor. Henos aquí, a los dos, sonrientes en la cima de la filosofía; ricos los dos y los dos enfermos del hígado. Ningún rencor, ninguna convención social nos separan en adelante... ¿Juega usted al bridge a un centavo?

— ¡Ciertamente!

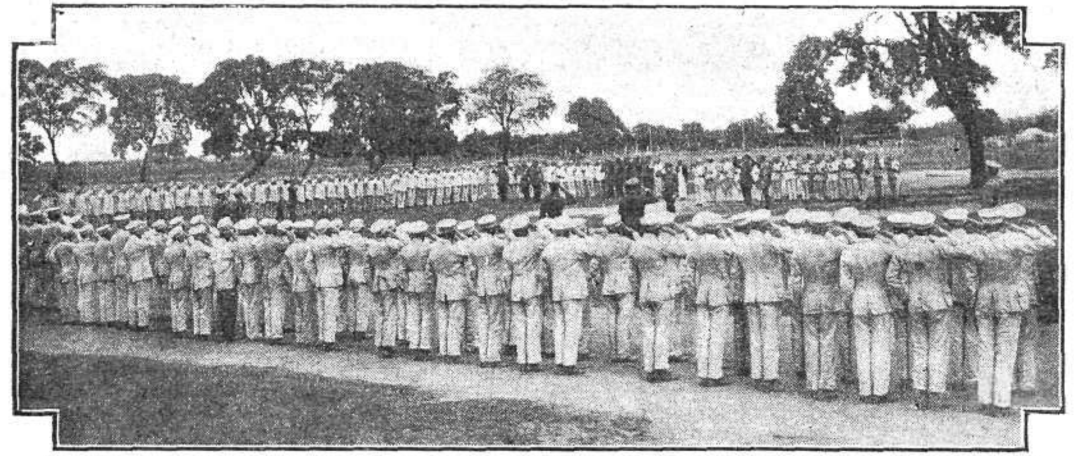
—Entonces, querido patrón, tengo yo los elementos. ¡Mañana, a las cuatro, en el Círculo! — Estrecháronse la mano, y el señor Luis Chágas vino de inmediato a ser el íntimo amigo de su antiguo director. Por otra parte era un hombre encantador y que os describa el Brasil como para daros ganas de ir allí sin pérdida de tiempo.

F I N

TRADUCCIÓN DE E. B. LL.







Los conscriptos recién incorporados al Regimiento 19 de Infantería cantando el Himno Nacional en la fiesta realizada en el cuartel, celebrando el aniversario de su fundación.

NUEVA MORGUE

La antigua Morgue, que estaba situada detrás de la iglesia de Notre Dame, era uno de los lunares de París.

Demolida recientemente, se ha edificado un nuevo edificio a orillas del Sena, cerca del puente de Austerlitz.

Es una vasta construcción rectangular, donde el ladrillo pone su nota de color alegre. El techo plano puede servir de paseo; pero, ¿a quién se le ocurrirá ir a tomar el aire o pensar en las terrazas de ese Instituto médico legal?

Los patios interiores, espaciosos y claros; uno de ellos presenta un aspecto encantador. Concebido al modo de los patios moriscos, está sembrado de avenidas de boj; una fuente de agua murmura en una pila central; el muro está ornamentado con pinturas y frescos.

Un modesto personal basta para la administración del establecimiento; un escribano, un oficial, tres agentes independientes y cuatro sirvientes.

En esta nueva Morgue todo es nuevo y hasta se le ha quitado su antiguo nombre, bautizándola con el de «Instituto médico legal.»

* * *

Nadie hace los libros que quiere hacer. Hay una fatalidad que nos inspira la idea de un libro, y hay una fuerza desconocida, una voluntad superior, una especie de necesidad de escribir que impone la obra y guía la pluma, de modo que a veces el libro que nos sale de dentro, y nos admira como si viésemos algo que yacía oculto en nosotros y de que no teníamos conciencia.

¿QUIERE VD. REVELAR SUS PELICULAS?

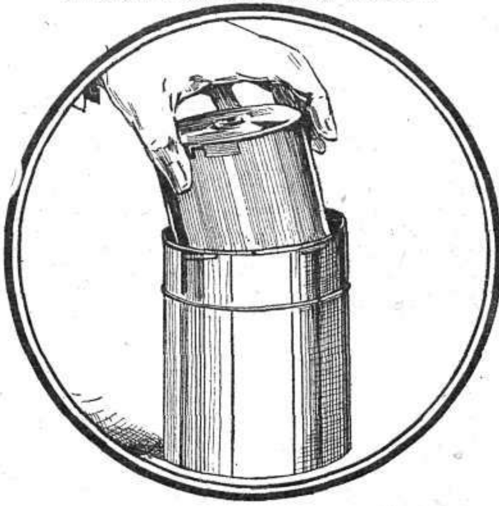
HAGALO A LA LUZ DEL DIA CON TANQUE KODAK PARA REVELAR

Cualquier persona puede obtener negativos bien revelados, sin tener necesidad de hacerlo en cámara obscura.



PRECIOS

Tanque Kodak Vest Pocket, para película No. 127	$ 15.—
Tanque Kodak Brownie, para películas Nos. 117 y 120	„ 16.—
Tanque Kodak No. 3 ½, p. los rollos de película que tengan 9 cmtros. o menos de ancho	„ 25.—
Tanque Kodak No. 5, p. los rollos de película que tengan 12 cmtros. o menos de ancho	„ 30.—



En nuestros talleres fotográficos ejecutamos con esmero todo trabajo para aficionados. Nos especializamos en revelaciones y copias en el día, y prestamos especial atención en la ejecución de ampliaciones y revelación de diapositivos.



UN APARATO IDEAL POR SU PRECISION Y TAMAÑO REDUCIDO

BLOCK NOTES GAUMONT

último modelo 4 ½ x 6 cms. con TESSAR KRAUSS F 1: 1.45, 6 chassis de cortina, con estuche de gamuza. Opera con suma rapidez y cabe en un bolsillo de chaleco . . $ **250.00**

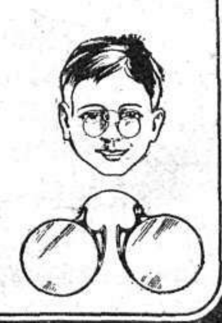
ANTEOJOS Y LENTES para cualquier defecto de la vista, exactamente los que su médico receta.

Primer Instituto Optico Oculistico

LUTZ, FERRANDO y Cia.

FLORIDA 240 - BUENOS AIRES

Cabildo 1916, Belgrano - Alm. Brown 1067, Boca - Rivadavia 6879, Flores
ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - SANTA FE - LA PLATA
MAR DEL PLATA.



De San Luis



Señoritas de Herrera, Cacace Aguirre Celiz,

Lucero, Arce, Silva y Jofre en el Río Volcán.

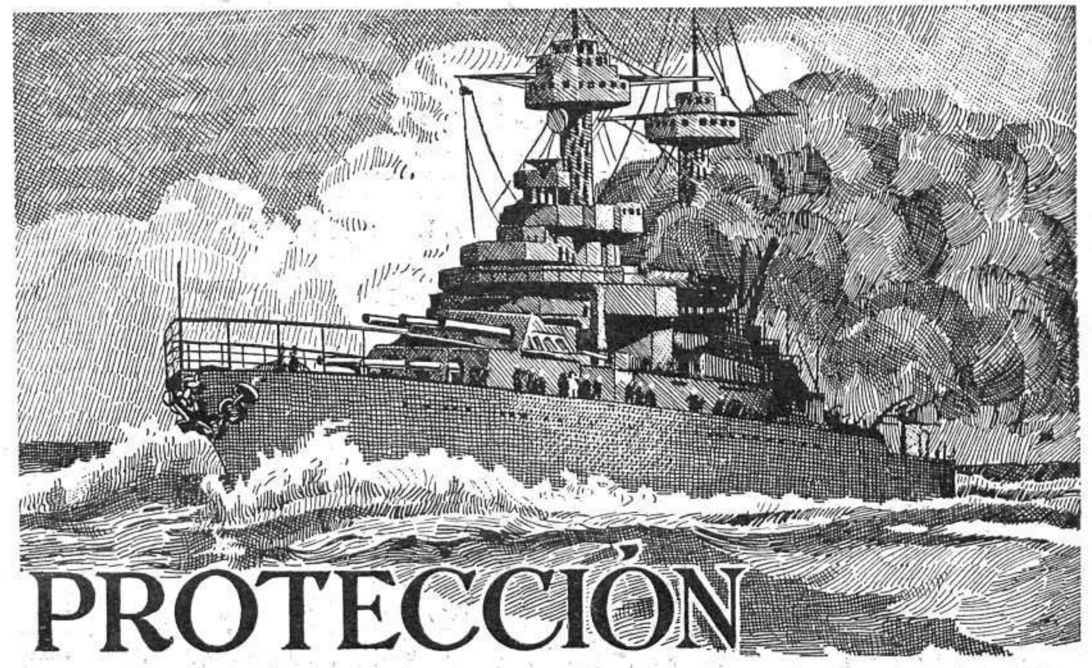


Señorita Aguirre Celiz, preludiando un «triste».

Hermoso aspecto de la cascada del Río Volcán, pintoresco lugar donde veranea un núcleo de selectas familias.



Señorita de Arce, «inspirándose» ante la belleza del paisaje.



PROTECCIÓN

MANTENEDOR de la Ley; defensa erigida contra las incursiones y los ataques de las maléficas fuerzas destructoras; segura protección para su viejo y honrado hogar, para el cual tiene tanta importancia como la tiene para la Nación el acorazado que guarda sus costas.

Así resulta ser el COLT.

Tanto en la tierra como en el mar, las Armas COLT se hallan siempre listas y capacitadas para la defensa del honor de una Nación, como lo han estado haciendo desde el año 1836. De la misma manera, ninguna otra arma puede, como un Revólver o una Pistola Automática COLT, realizar una eficaz protección de su hogar y de sus bienes. ¿Por qué, entonces, no insistir en obtener la mejor?

ILUSTRACION DEL "SEGURO" DE UN COLT, UNA DE LAS CARACTERISTICAS QUE PROTEGEN AUTOMATICAMENTE A LOS POSEEDORES DE ESTAS ARMAS CONTRA TODO ACCIDENTE: INSISTA EN OBTENER UN COLT.

Vea a su proveedor y dele una oportunidad para que le explique detalladamente todas las características y los factores de seguridad propios de las armas COLT.



COLT

COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. CO.
Harford, Connecticut, E. U. de N. A.

EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN

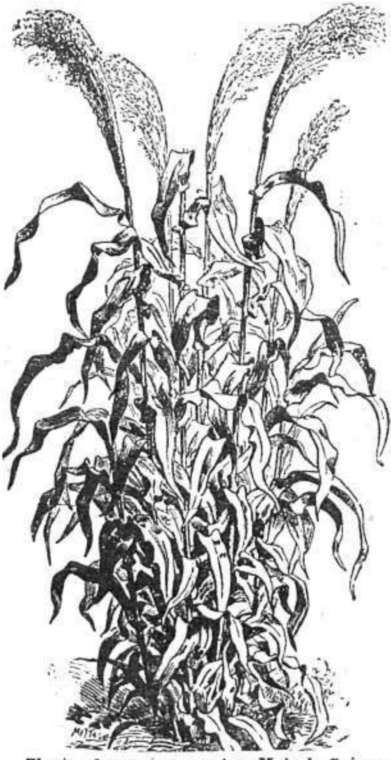


CULTIVOS INDUSTRIALES: EL MAIZ DE GUINEA

No es de mucha importancia este cultivo, por la extensión que ocupa en el cuadro de nuestra agricultura, sino por las utilidades que deja su explotación y también porque conviene restaurarlo y restituírlo al lugar que ocupaba hace años; esto decimos porque en 1917 había alcanzado a tener una extensión y una producción bastante notables, pues de paja de Guinea se exportó ese año la cantidad de más de 3 millones de kilogramos, por valor de más de 350 mil pesos oro; y desde esa fecha la exportación ha ido disminuyendo paulatinamente hasta llegar apenas a 400 mil kilogramos el año pasado.

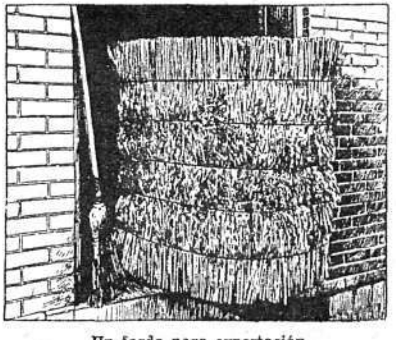
Era nuestro consumidor el Brasil, el que ahora, parece, se provee por sí mismo a sus necesidades; ya no necesita más escobas argentinas; de ahí que no pudiendo renunciar a un cultivo remunerador, debemos conseguir otro mercado, o aumentar el consumo, haciendo más limpieza de la que hacemos.

Este sorgo, por su origen, es producto propio de climas cálidos y secos; sin embargo, por la difusión que ha tenido su cultivo en Europa y Estados Unidos de Norteamérica, ha llegado a adoptarse también a climas templados; por esto se le puede explotar con éxito en todas partes donde se cultiva el maíz, de modo que desde la provincia de Buenos Aires al norte encuentra condiciones adecuadas para su desarrollo conveniente; en cuanto a lluvias las reclama regulares durante el período de su crecimiento y prefiere tiempo seco cuando está para cosecharse, porque las lluvias excesivas, en esta época, son perjuiciales a la paja, que toma un color rojizo, manchado, que constituye un defecto para su utilización industraial en la fabricación de escobas.


Plantas de sorgo escopario o Maíz de Guinea.

En cuanto a suelos, el maíz de Guinea es planta esquilmante; por esto necesita buenas tierras, de fertilidad natural o adquirida, tierras gordas, como se dice vulgarmente, aunque de mediana consistencia; por esta su exigencia, se le cultiva, preferentemente en tierras nuevas o de desmonte, donde otro cereal iría en vicio; en estas condiciones se le puede cultivar dos o más años seguidos sobre el mismo suelo.

La preparación del suelo es análoga a la que se efectúa para el maíz: dos aradas, con suficiente intervalo entre una y otra y buenas rastreadas para dejar bien pulverizada la superficie.


Un fardo para exportación.

La siembra se hace efectiva en primavera, cuando hayan pasado los peligros de heladas tardías; tratándose de una planta que, en condiciones normales de estación, cumple su ciclo vegetativo en 130 a 140 días, no es indispensable anticipar demasiado la siembra; desde octubre en adelante es, pues, época buena para esta operación que se efectúa en líneas, un poco tupidas, de 50 a 60 centímetros de distancia, empleándose para ello, de 10 a 12 kilogramos de semilla por hectárea.

Una vez sembrado y nacidas las plantas, cuidados a prodigarles, consisten, como siempre, en las carpidas usuales a fin de mantener el suelo libre de malezas y removido en su superficie, para conservar la humedad necesaria; rastreadas y carpidas, pues repetidas y suficientes para obtener los fines mencionados, empleándose para ello las rastras y carpidoras comunes.

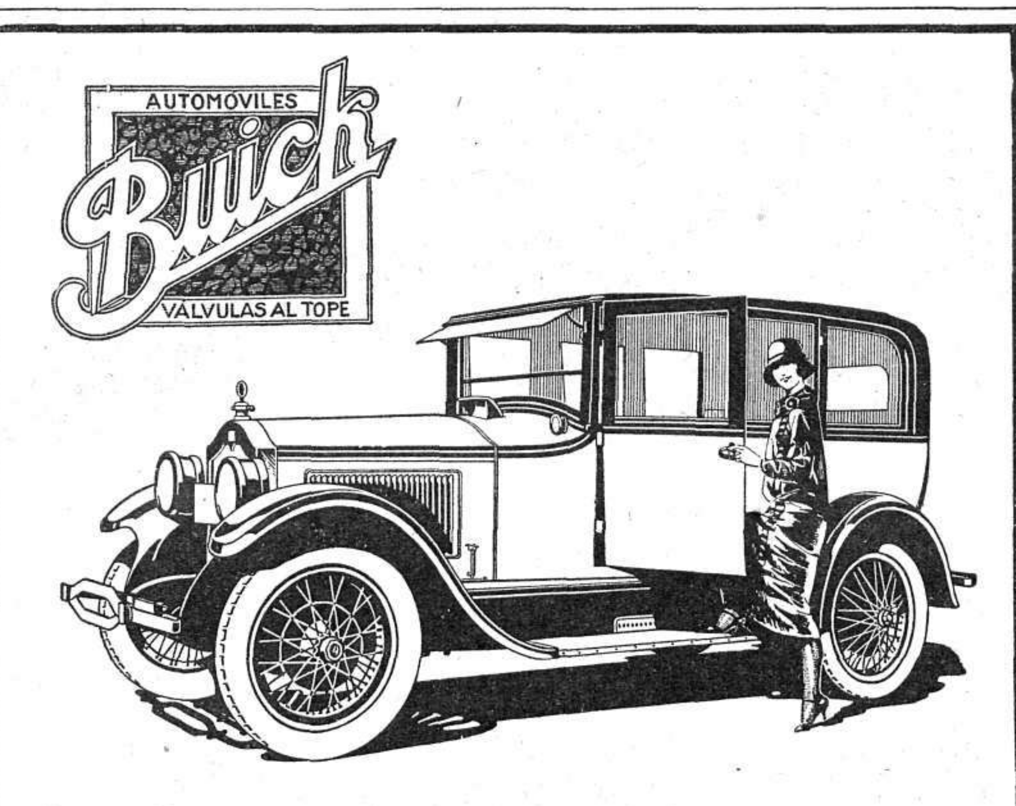
Cuando el maíz de Guinea se cultiva por sus granos, se procederá a su cosecha, cuando éstos sean bien maduros, es decir, cuando muestren su color pronunciado y hayan adquirido la consistencia necesaria; entonces se cortan a pocos centímetros de su base, se dejan secar unos días amontonados en el rastrojo o en troje o se trillan; si se trata de cosecharlo para escobas, no se espera la madurez completa de los granos; se cortan los panículos con 70 centímetros hasta 1 metro de caña, se hacen manojos que se cuelgan en galpones o lugares ventilados y secos, cuidando de que las pajas queden bien deshechas y extendidas, procurando efectuar la operación con tiempo bueno y seco, pues las lluvias perjudican la buena clase de la paja para escobas; tratándose de cultivo en gran escala, puede hacerse parras, no muy grandes, colocando los panículos hacia adentro, quedando las cañas para afuera; el desgrane, una vez secos los panículos se hace raspándolos sobre una mesa o con máquinas limpiadoras fabricadas especialmente para esto.

A medida que se van limpiando los panículos se hacen los atados o *varas*, con alambre o hilo sisal, de 86 centímetros de circunferencia y 5 ó 6 kilogramos de peso cada uno; para exportación se hacen atados más grandes con tres atadores de alambre transversales, colocando las puntas para adentro y resultando fardos de 50 kilogramos de peso; y con prensa, de mucho más.

El maíz de Guinea puede dar de 2 a 3 mil kilogramos de grano por hectárea y de paja para escobas de 2 a 4 mil kilogramos; en la provincia de Buenos Aires hemos comprobado rendimientos normales de 1.000 kilogramos de grano y 2.000 a 2.500 kilogramos de paja por la misma extensión. El grano se cotiza hoy en la Bolsa de Cereales a 5 pesos los 100 kilogramos y la paja, para consumo, de 1 peso a 1.50 el atado. Aunque su recolección exige bastante mano de obra, de todos modos resulta un cultivo bien remunerativo por cierto, lo que explica el interés que ha despertado entre los cultivadores.

H U G O M I A T E L L O

I N G E N I E R O A G R Ó N O M O



El Sedan Limousine Buick 1924

Este amplio y lujoso coche no solamente satisface todos los requisitos para el transporte cómodo de la familia o del grupo numeroso de amigos, sino que también establece nuevas normas de elegancia, rapidez y seguridad.

La fuente de energía de su motor de seis cilindros es más que suficiente para propulsar el coche en las más empinadas cuestas o para hacerlo correr vertiginosamente en los caminos llanos.

Los frenos en las cuatro ruedas proporcionan la mayor seguridad. Evitan patinar en los pavimentos resbaladizos al detener el coche y permiten pararlo en una menor fracción de tiempo y de distancia de la que se requiere con los sistemas usuales de frenos en dos ruedas, con la consiguiente economía en el desgaste de neumáticos.

De aspecto distinguido y servicio inmejorable, el Sedán Limousine Buick 1924, provisto con su división interna de cristal amovible que separa al conductor de los ocupantes, ha venido a establecer una base enteramente nueva para apreciar los automóviles cerrados.

HENRY W. PEABODY & Cía.

Salón de Ventas: BARTOLOME MITRE, 1746

Talleres: BOLIVAR 1650

BUENOS AIRES


VILLA MERCEDES. — Parte de la selecta concurrencia que dió realce al baile realizado en el Club Social, con motivo de la "Fiesta de la Agricultura".

AYUDA A LOS OTROS A LIBERTARSE

Soñamos que mil ligaduras nos impiden todo movimiento.

«Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado...»

Soñamos que hemos perdido las alas.

Ayuda tú a tus hermanos a encontrar dentro de ellos mismos lo que juzgan que han perdido.

¿Quieres contribuír a la liberación del mundo?

Pues comienza por libertar a cada hombre de su preocupación, de su aprensión, de su prejuicio.

No hay dos seres humanos que lleven igual cadena...

Nosotros mismos nos vamos forjando a diario, perseverantemente, nuestros grillos...

Si bien lo pensamos, nada puede esclavizarnos: ni este cuerpo mismo; porque este cuerpo no es prisión: es arma, es instrumento, es agente.

El hombre — dice William Crookes — es un cerebro que se ha creado órganos.

¿Piensas tú que un cerebro se crearía órganos sólo para aprisionarse?

¿De qué ave has sabido que teja sus propias redes?

(Sabemos, en cambio, de una oruga que si se fabrica una prisión, es justamente para tener alas.)

¡Y quién ha podido hacerte creer que el alma no vuela, porque está encarnada!

El alma no está encarnada...

Es como si dijeras que la electricidad está presa en el carrete de Ruhmkorff y encerrada en el flexible metálico.

Aprende, pues, a saber que eres libre y enseña a los otros que lo son. — AMADO NERVO.


BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744, FLORIDA, 744 - Buenos Aires
Unión Telefónica, 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica, 3708, Central
Trapiche
Reserva
TRAPICHE
EL MEJOR VINO DE MESA





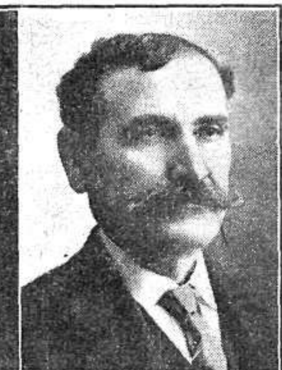

Señora Teresa F. de Montessi — Olavarría.

Señora Catalina B. de Dematei. — Capital.

Señor Nicolás Checchia. — Rosario.

Señor Juan M. Dagorret. — Navarro.



Señora Petrona Elizalde de Moledo. — Villa Madero.

Señorita Delia M. Paolantonio. — Capital.

Señor Cayetano Maggiore. — Capital.

Señor Fernando Lemmi. — Mar del Plata.



¡Que se lo diga cualquier mecánico que sepa su oficio!

PREGUNTE Ud. a cualquier mecánico (y mientras más conocedor sea, mayor énfasis dará a su respuesta) por qué no debe fatarle un Moto-Metro Boyce. Y le dirá inmediatamente que *no hay otra forma* de saber qué ocurre en el mecanismo del motor, que Ud. no puede ver. El exceso de calor quema los cojinetes, raya los cilindros, tuerce las válvulas y puede, en una palabra, destruir todo el motor.

Y lo peor es que el calor excesivo puede ser consecuencia de un accidente pequeño, como la rotura de la correa del ventilador, o el haberse olvidado de poner agua en el radiador, o la inesperada falta de aceite.

No corra Ud. mas riesgos. ¡Protejáse! Ponga un Moto-Metro Boyce en su automóvil y así sabrá lo que pasa en el interior del motor, constantemente. La columna de líquido rojo del Moto-Metro Boyce se elevará para advertirle el peligro de diez a quince minutos antes de que pueda ocurrir el daño.

No olvide que un motor demasiado frío significa desperdicio de combustible. También el descenso de la temperatura se lo indicará el Moto-Metro Boyce. El precio de los Moto-Metros Boyce está al alcance de todos. Son instrumentos de precisión, hechos con cuidado y de atractivo aspecto. Añaden distinción a los automóviles y se venden en tipos y tamaños que se adaptan a cualquier coche.

Compre un

BOYCE MOTO METER

Su automóvil merece uno

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
Long Island City, N. Y., E. U. A.

KELEHER & LIBERT

Calle Lavalle, 1268 Bs. Aires.



TANTAS son las consumidoras de la Crema Hinds de Miel y Almendras que actualmente la emplean como auxiliar de los polvos, y tan satisfactorios demuestran ser los resultados así obtenidos, que nos permitimos sugerirle la idea de hacerlo. No se arrepentirá de comprar un frasco para hacer un ensayo, pues es tan fácil y agradable de usar.

Crema Hinds

de Miel y Almendras

Humedézcase la cara con la crema, y cuando esté casi completamente seca, póngase los polvos. Los polvos se adherirán admirablemente, y se conservarán en perfecto estado por más tiempo que empleando cualquier otro auxiliar. Al usarse en tal forma, el efecto de la crema en el cutis será decididamente benéfico.

Ahora se recomienda eficazmente la Crema Hinds de Miel y Almendras para las operaciones del cuidado de las uñas y las manos, porque ablanda la cutícula de las uñas facilitando el corte, y evita lastimadaras. Da también mayor brillo a las uñas. En suma, la crema ha comprobado ser muy útil para el cuidado de las uñas.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha obtenido. La única original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la

A. S. HINDS COMPANY
Portland, Maine, Estados Unidos
Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente.

MAYON, LIMITADA
1245 Av. De Mayo 1257
Buenos Aires, Argentina
Representante exclusivo y agente para la Argentina y el Uruguay

Cumbres nevadas, Sierra del Alto.

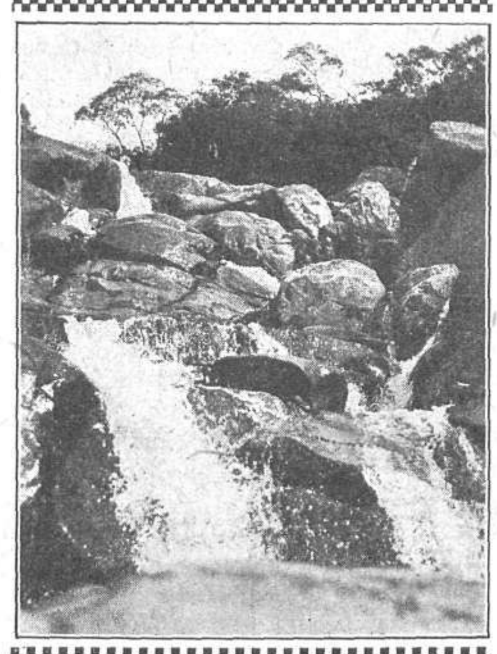
El TÚNEL MAS GRANDE *de* SUDAMÉRICA

El pasajero que llega a Catamarca, de paso para Tucumán, se habrá informado con verdadero disgusto y no poco asombro, que para seguir viaje a destino, o lo hace en automóvil costosísimo o retrocede por ferrocarril hasta la estación Recreo, casi doce horas de tren por campos áridos, para tomar rumbo al «Jardín de la República».

Este inconveniente va a desaparecer dentro de poco — si el gobierno nacional no dispone otra cosa — con el ramal que los Ferrocarriles del Estado están construyendo y que unirá a Catamarca con Tucumán y Santiago, estableciendo así la ruta natural y directa entre las citadas provincias.

Las obras, iniciadas hace algunos años y paralizadas mucho tiempo, han recibido un fuerte impulso a partir de 1920, habiendo llegado los trabajos de construcción hasta el pie mismo de las Sierras de El Alto, donde se abrirá el túnel más grande de la América del Sud y el quinto en categoría de los que existen en el mundo.

Los estudios de este importante y estratégico ramal ferroviario arrancan de 1891, pero sólo en 1909 se prepararon los proyectos. Eran dos. Uno, de 211 kilómetros de largo y de un costo de 13.377.130 pesos oro, sin emplear cremallera, y el otro de 186 kilómetros, presupuestado en 6.509.080 pesos oro, empleando cremallera. Este último fué aprobado por el Poder Ejecutivo el 31 de mayo de 1910.



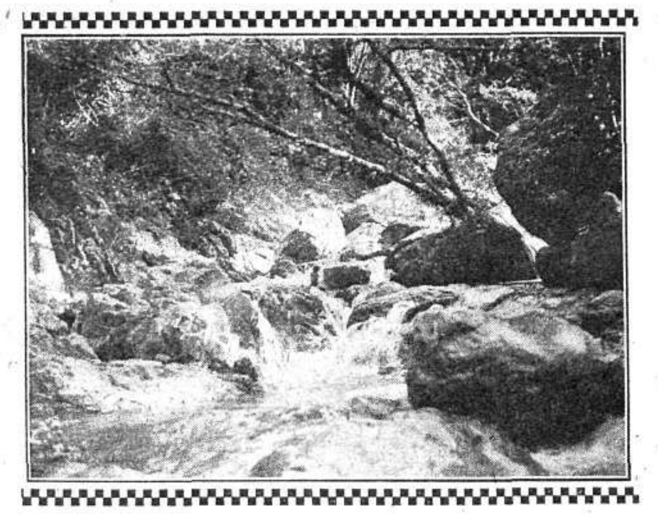
Salto de agua (lado Alijilán) sobre un afluente del Río Alijilán.

Según estudios realizados en 1906, el trazado en el terreno termina en El Bracho, pues la unión entre El Bracho y Tucumán había sido construída anteriormente por el ferrocarril Central Norte.

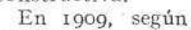
Saliendo de Catamarca, la línea entra en el valle de Paclín, siguiendo por la margen izquierda del río del mismo nombre hasta la Merced, con fuertes pendientes que llegan al 20 por mil. Desde la Merced, cuya cota es de 890 metros sobre el nivel del mar, la línea sube por medio de un faldeo muy complicado hasta la cumbre de la Sierra de El Alto, que es necesario cruzar para llegar a Sumampa, con una cota de 564 metros, mientras que la del punto de cruce en la sierra llega a 1.135 metros.

La distancia en línea

recta entre La Merced y Sumampa, es de 12 kilómetros, mientras que el recorrido a que obligan las curvas impuestas por las condiciones del terreno pasa de 43 kilómetros. La pendiente es casi continuamente de 25 por mil, abundando también los túneles y los grandes viaductos curvos y en pendiente. Desde Sumampa hasta la terminación del estudio en El Bracho, la línea no presenta dificultad constructiva.



Arroyo afluente del Rio Alijilán.



En 1909, según queda dicho, una comisión de peritos proyectó el trazado con cremallera, que se aprobara por decreto de mayo de 1910.

Pero los obstáculos reconcentrados en la Sierra de El Alto, macizo montañoso que inevitablemente hay que cruzar, obligaron a los técnicos a recurrir a trazados de gran costo, largo recorrido, fuertes pendientes y reducida capacidad de tráfico. Esto determinó, con muy buen acuerdo, a la Administración actual de los Ferrocarriles del Estado a efectuar nuevos estudios del tramo montañoso de la línea, encarándolos con distinto criterio y sobre las bases de un trazado de longitud, pendiente y a costo mínimo, condiciones generalmente incompatibles, pero que los competentes técnicos encargados de la dirección de la obra han conseguido en este caso aunar, mediante el proyecto de un túnel de 10.866 metros de longitud a través de la Sierra de El Alto.

Con esta magna obra, por cuya extensión ocuparía el quinto lugar entre los túneles del mundo, se consigue el trazado de longitud mínima, pues el tramo montañoso se reduce a un recorrido de 17 kilómetros, mientras el de los anteriores proyectos oscilaba entre 24 y 44 kilómetros. La pendiente se reduce del 25 al 15 por mil y el costo de construcción es inferior en 7 millones de pesos moneda nacional.

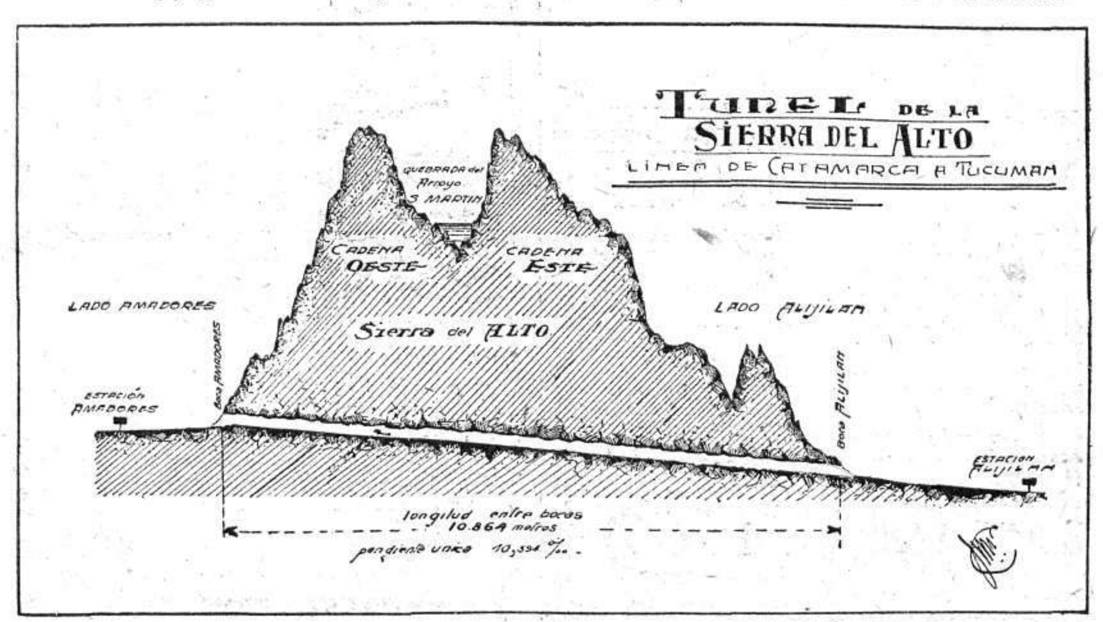
El gran túnel a construirse se halla ubicado entre los pueblos de Amadores y Alijilán, provincia de Catamarca. Es en planimetría y altimetría rectilíneo, con pendiente uniforme de 11 por mil, descendente de Amadores a Alijilán, salvando un nivel de 120 metros entre los valles que unirá. Se ha proyectado por vía única de trocha angosta y con tracción a vapor.

Como dato interesante merece consignarse que la perforación de la galería del túnel deberá ejecutarse simultáneamente por las dos bocas y por tres pozos intermedios, uno de los cuales alcanza una profundidad de 425 metros. El costo total y sus accesos se ha presupuestado en 12.700.000 pesos nacionales.

Con esta nueva ruta de desviación, los viajes rápidos desde Catamarca a Santiago y Tucumán podrán reducirse a 6 y 8 horas, respectivamente, lo que en la actualidad se hace en 24 y 27 horas, por línea del Central Córdoba.

Como se ve, la importancia de estas obras es indiscutible, y sacarán a Catamarca de la pobreza en que se debate por la falta de vías de comunicación para exportar sus productos, que los enormes fletes que hoy cuesta la conducción hasta los mercados próximos encarecen en forma que hace imposible toda transacción comercial. La más pronta terminación de esta importante línea sería obra de verdadero argentinismo y se habrá satisfecho una justa aspiración de los hijos de aquella lejana provincia, la Cenicienta entre sus hermanas...

ANGEL S. PONFERRADA



De Corrientes

El doctor Armando Meabe leyendo un conceptuoso discurso en el acto escolar realizado en la Escuela Normal Profesional, con motivo del cambio de nombre de ese Instituto, el cual se llamará Escuela Manuel Láinez.

Parte de la concurrencia que asistió al acto antedicho, y que tributó un homenaje a la memoria del ilustre argentino.

LA PRIMERA MAQUINILLA DE ESCRIBIR

El cincuentenario de la máquina de escribir, como ha sido celebrado en los Estados Unidos, en París y en otros lugares quizás, debe entenderse así: «cincuentenario de la primera máquina de escribir que se construyó industrialmente en grande y fué lanzada en grande al comercio», porque, en efecto, si se fuera a celebrar un aniversario del invento de la primerísima máquina, habría que retroceder dos siglos. Sería necesario descender a la patente concedida en Inglaterra, por la reina Ana, en 1714, a un súbdito suyo, el ingeniero Enrique Mill, por una máquina de escribir de la cual, sin embargo, no se ha conocido nunca ni el modelo, ni el dibujo, ni el éxito; sería pasar al través de un gran número de noticias de parecida índole hasta llegar a los dibujos y tentativas de máquina de escribir del americano William Burt (1829), del marsellés Saverio Progin (1833), del italiano José Ravizza (1838), del pastor danés Jansen y de otros muchos. Pero el verdadero genio de la máquina de escribir fué Cristóbal Lathan Sholes, un verdadero inventor, o mejor, un visionario. No era ni ingeniero ni mecánico, ni impresor, ni periodista. Era simplemente un buen señor modesto y laborioso, de cuya paciencia puede dar idea este dato: al presentar a Remington su modelo había ya construído 25 tipos de máquinas en el término de seis años. Los Remington eran los famosos constructores técnicos de armas y después de máquinas de coser. Sholes ni siquiera se movió de su ciudad natal, Milwaukee, sino que encomendó su invento a dos personas, y cuando se le ofrecieron 12.000 dólares por todo pago presente y futuro, aceptó gustoso. Es verdad que la máquina tuvo que ser prácticamente perfeccionada antes de ser lanzada al mercado, y que pronto se vieron tipos diversos y mejores. Pero queda en pie este hecho: que verdaderamente la primera máquina de escribir es la que produjo en 1873, C. L. Sholes. Este dió a su invento un nombre que aún subsiste: *typewriter*, según dice «L'Illustration».



BELLA VISTA. — Vista general del puerto de esta ciudad, cuya reciente inauguración fué presenciada por el ministro de O. P. de la Nación, señor E. Loza.

PARA LOS ORADORES

Un sabio alemán ha inventado un aparato que, colocado debajo de la órbita paladial, ni impide ni dificulta en nada la pronunciación. Dicho aparato se comunica por medio de un alambre muy fino y flexible a otro aparato vertificador de la estenografía, y allí van las palabras a medida que son emitidas. Por rápida que sea la locución, todos los discursos son recogidos exactamente, y el orador puede estar seguro de que ningún error se desliza en la copia.

Una de las mejores recetas para quitar las manchas de hierro en la ropa, consiste en frotarla con una disolución ligeramente ácida de protocloruro de estaño.

Se lava de seguida muy bien, se enjuaga y la operación está hecha.

Para cerciorarse de que la disolución no es demasiado fuerte, pruébese con un poco de papel de tornasol, como lo emplean los químicos y boticarios para probar los ácidos.

Así como nacemos sin cadenas, del mismo modo deseamos vivir sin que nos opriman ni tiranicen.







Como ganará 1000 $ por mes

envíe este cupón y lo sabrá.

Mande su dirección y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia.**

TENEDOR DE LIBROS	**CONTADOR MERCANTIL**
TAQUIGRAFIA	**CORRESPONDENCIA**
ORTOGRAFIA	**CALIGRAFIA**
ARITMETICA	**MECANICO**
ELECTRICISTA	**DIBUJO MECANICO**
DIBUJO ARTISTICO	**CHAUFFEUR**
CONSTRUCTOR	**MAQUINISTA**

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059, LAVALLE, 1059. — Buenos Aires.
(LA ESCUELA MAS GRANDE DEL MUNDO)

Nombre..............................

Dirección..............................

Localidad..............................
C. C.



Lavando a la antigua

el trabajo resulta muy doloroso, pesado, fatigoso y largo.

Pero lavando a la moderna, Vd. no se moja las manos y le resulta un pasatiempo descansado, agradable y cómodo si emplea el

Lavandero

PRACTICO

Es el aparato más sencillo que se ha inventado para lavar la ropa. Es el más económico.

Evita los reumatismos y demás enfermedades que acarrea el lavado.

En 5 minutos hace el trabajo de 2 horas y deja la ropa más blanca y limpia que a mano.

Precio Completo $ 17.— c/l.

Corte, llene y mande este cupón.

Sres. M. G de la TORRE y Cía.
SALTA, 1081 **BUENOS AIRES**

Sírvanse mandarme GRATIS el libreto ilustrado "LAVANDERO PRACTICO".

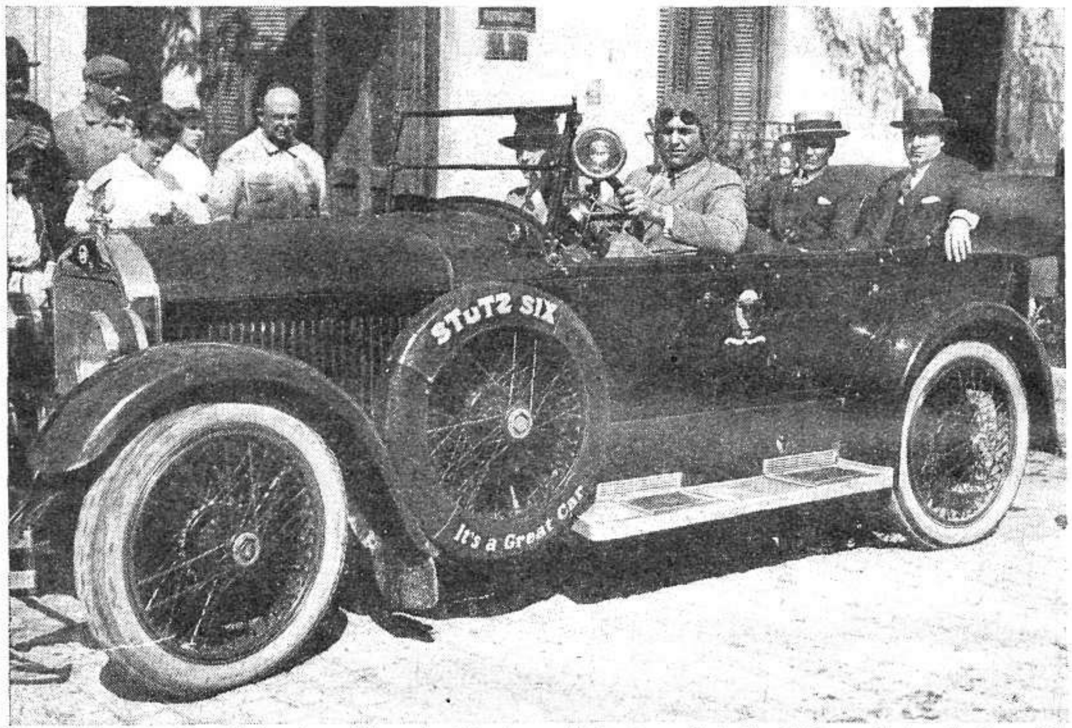
Nombre..............................

Calle......................*N.º*.......

Localidad..................*F. C*.......

Escríbase muy claro.

AUTO - MOTO - AVIACION



La novedad, dentro del ambiente automovilista nacional, lo ha constituído el anuncio, hecho oficial por el interesado, de que Luis Angel Firpo, el "toro salvaje de las pampas", se propone llegar a ser un gran "volante", disponiéndose a "debutar" en una de las próximas competiciones. — En la presente fotografía Firpo aparece manejando su "torito" en compañía de amigos, entre ellos el redactor de esta página.

ESTADÍSTICA

DURANTE el mes de febrero último se han importado al país 1.324 automóviles, sin incluír los coches Fords, de los cuales corresponden 1.255 a los mercados norteamericanos y 69 a los europeos.

Los chirridos de los frenos son a menudo ocasionados por el polvo o la arena que se introduce en el revestimiento. Para eliminar esas materias basta *frotar enérgicamente* el revestimiento con un cepillo de alambre bien duro empapado en kerosene, a lo que se puede agregar mezcla de resina en polvo y aceite de castor. El chirrido desaparece temporalmente rociando con agua las superficies de frenaje.

DURANTE LA QUINCENA...

DOS acontecimientos importantes nos ha ofrecido la quincena automovilista, comprendida del 27 a la fecha. El Gran Premio Córdoba 1924. Tal como lo habíamos previsto, resultó una lucha reñida e interesante, *en que se impuso ¿el mejor?* Es arriesgado hacer esta afirmación frente a la igualdad de condiciones y al arrojo similar de que han hecho gala los triunfadores. Eduardo Luro, Eduardo Carú, Ernesto Blanco y Ernesto Zanardi, clasificados en este orden, han sido los héroes de esta jornada, cabiéndoles por igual los honores de la victoria, porque ninguno se ha superado uno al otro.

Pero fuera de este detalle, el *Gran Premio Córdoba* nos ha evidenciado que los coches de pequeña cilindrada, (como han sido, por ejemplo, los Alfa-Romeo de Carú y Zanardi y el Reo de Blanco) compitiendo contra «monstruos» de la potencia, pueden llegar a marcar iguales velocidades. El promedio, algo más de 85 kilómetros por hora, en los 418 del circuito, sería considerado mediocre si no tuviéramos en cuenta que los numerosos virajes violentos del circuito hicieron que los competidores aminoraran la marcha, en muchos de ellos para evitar accidentes.

El segundo acontecimiento lo constituye el promedio de velocidad de 98 *kilómetros por hora*, alcanzados en los 300 de recorrido total de la carrera motociclista por el Gran Premio del Moto Club La Plata. Juan Balbi conquistó este estupendo promedio que bien puede decirse que es un «record» sudamericano en carretera.

CONSEJOS PRÁCTICOS PARA LOS AUTOMOVILISTAS

NUNCA y por ninguna causa se debe cambiar de velocidad o aplicar los frenos, sin antes desembragar a fondo.

Nunca se debe descansar los pies sobre los pedales del embrague, o del freno, pues por mínima que sea esta presión, hace que el embrague no sea perfecto, calentando y quemando el cuero, y en cuanto al freno, lo calienta y quema el forro, y ambos caso originan pérdida de fuerza del motor.

Tampoco se debe acelerar extremadamente el motor, en vacío, pues fácilmente arruina los cojinetes, ejes, émbolos, etc.

Aprenda a manejar el embrague con suavidad y no arranque nunca bruscamente.

Nunca intente dar marcha atrás, sin haber detenido completamente el coche.

Al pasar un trozo malo del camino cubierto con piedras, etc., acelere el coche antes de llegar y luego se desembraga, y si es necesario embragar nuevamente, se caminará lo más lentamente posible.

No aplique nunca los frenos súbitamente, sino despacio y progresivamente.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	EN EL INTERIOR	EN EL EXTERIOR
Trimestre........ $ 2.50	Trimestre....... $ 3.00	Trimestre...... $ oro 2.00
Semestre......... » 5.00	Semestre........ » 6.00	Semestre..... » » 4.00
Año.............. » 9.00	Año............. » 11.00	Año.......... » » 8.00
Número suelto... 20 ctvs.	Número suelto.... 25 ctvs.	
Número atrasado del corriente año...... 40 »	Número atrasado del corriente año. 50 »	

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Santiago del Estero



VILMEN. — Parte de los concurrentes a la fiesta realizada en esta localidad con motivo de la inauguración de un Comité de la U. C. Radical.

POLICÍA ESPECIAL FEMENINA

En Nueva York acaba de ser creado un cuerpo especial de señoritas policías con la delicada misión de perseguir en los ferrocarriles subterráneos, las demasías de los don Juanes. Como quiera que en las horas de mucho tráfico la gente se amontona como sardinas de cuba en los coches, se dan con frecuencia los casos de que las lindas muchachas que se hallan oprimidas entre la multitud que asalta los vehículos, son objeto de homenajes mudos, harto elocuentes que van más allá de la admiración platónica debida a la belleza. Unas veces es un cuerpo masculino que oprime y roza en demasía, otras un brazo que descuidadamente se reposa sobre exuberante seno, cuando no son manos inteligentes, pero deshonestas, que estudian formas anatómicas sobre el sujeto vivo.

Cierto que estos «tanteos» son fugaces como relámpagos y duran tan sólo el tiempo en que se abren las puertas y sale un grupo compacto de carne humana al descender en las estaciones, donde se pierden en el maremágnum de viajeros los autores de tales desafueros antes de que puedan ser señalados a la vindicta pública.

Para hacer desaparecer tan feos hábitos se ha creado el cuerpo de mujeres policías, comandadas por la señora María E. Hámilton.

La edad, y aspecto serio de la señora Hámilton dan a su personalidad una sensación de virtud y respeto que se impone «per se». Así sería inútil su empeño en pescar incautos pecadores. Otra cosa son las subordinadas que cuidadosamente ha sabido elegir. Son cinco encantadoras hijas de Eva, el cebo apropiado para que caigan en él los atrevidos. No visten uniforme y por armas llevan un largo alfiler de sombrero. La consigna es, «Rasguñar fuerte a los descomedidos, el rasguño sirve de castigo y de prueba innegable, «rasguñar las manos». Las cinco walkyrias subterráneas entran en los coches más congestionados de público y esperan estoicamente a que Don Juan dé principio a su galanteo táctil. Un vigilante, vestido con elegancia mundana, que oculta perfectamente su carácter policial, las acompaña de cerca, pronto a prestar mano fuerte a su colega femenino.

Las detenciones hechas hasta la fecha, que no son pocas, demuestran que no son los jóvenes los que más abusan de sus manos en los revoltillos de carne humana. Señores de edad, padres de familia, respetables caballeros, son los que con gran frecuencia se «distraen» y caen en el garlito.

He aquí su salvación

20 Pastillas de 0.5 Gramos ATOPHAN

No sufra más los agudos dolores ocasionados por la GOTA o el REUMATISMO GOTOSO. Tome sin pérdida de tiempo tabletas de

ATOPHAN

"SCHERING"

Está científicamente comprobado que ATOPHAN es el medicamento clásico e infalible contra tan dolorosas enfermedades, porque elimina el exceso de ACIDO URICO causante de la Gota y del Reumatismo Gotoso.

Consulte a su médico.

Exija siempre tabletas ATOPHAN en tubos originales "Schering" que contienen 20 comprimidos de 1/2 gramo.



Gabinetes Gesell para Baños Turcos.

El Gabinete Gesell expresa y perfectamente construído para obtener dentro del hogar los inapreciables beneficios de un BAÑO TURCO, es amplio, práctico, cómodo, plegadizo, de tela gruesa impermeable, con calentador y alfombra, siendo su precio total de pesos m/n. **48.50**

EL BAÑO TURCO ES UNA FUENTE DE SALUD y el remedio más eficaz contra Reumatismo, Resfriados, Gota, Obesidad, etc. Pida folleto B. C.



Avenida de Mayo, 1431.
Sucursal: ESMERALDA, 370.

De San Juan



El ministro de Gobierno, ingeniero Porto, con los alumnos de la escuela El Hogar Agrícola, durante el te servido en celebración de la inauguración de los cursos.

El popular crítico teatral señor Juan Pablo Echagüe, rodeado por un núcleo de amigos que lo hizo objeto de una espontánea manifestación de aprecio, durante su reciente visita a esta ciudad.

No tendrá jamás que cubrirse el rostro

para ocultar los granos que lo afean y que tan mal efecto causan a las demás personas, como no hará falta sufrir las interminables y dolorosas curas a que llevan los fastidiosos forúnculos, si se tiene el cuidado de regularizar las funciones intestinales con ayuda de la

LEVADURA DE FRUTAS GIBSON

Un laxante de riquísimo sabor a frutas frescas que llevará, para bien de su organismo, a su situación normal la marcha del intestino y quitará de él, a su debido tiempo, las toxinas y ptomainas que producen las erupciones del cutis.

Escríbanos por folletos explicativos.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica, del 5921 al 5925, Avenida.



ANDANDO POR LA CARRETERA

por

ALICIA PESTANA



TARDE de otoño. Atmósfera espesa de tormenta, pesando sobre personas y cosas. La carretera allá va de Cascaes a Cintra, pelada, polvorienta, solitaria. El sol poniéndose entre castillos de niebla muy obscura.

Caminaban ambos por la carretera adelante, a paso lento. Iban melancólicamente, al acaso. Habíalos invadido con irresistible fuerza la languidez del escenario. ¿Quién diría que eran novios? ¡Quererse con buen querer, y caminar así, uno al lado del otro, tan tristes! ¿Atravesarían penosamente uno de esos momentos color de plomo, en que parece cargar sobre nosotros la responsabilidad colectiva de todos los dolores humanos?

De repente suenan gritos de aflicción, a lo lejos. Seguramente es allí, en aquella barraquita miserable.

Oyense de nuevo, violentos, ásperos.

—¿Qué será? —Míranse los dos apenados.

El terreno complicado por divisiones. Muros de piedras sueltas separan pequeños pedazos de propiedad. No hay camino. ¡Verdadera carrera de obstáculos!

¡Y los gritos continúan estridentes, cortados, desgarradores!

Decídese él. Sin combinación, sin palabras, encamínase hacia aquella parte. Salta el primer muro; salta el segundo, salta el tercero.

Y ella, con ansiedad, sin ayuda, en un esfuerzo desesperado, consigue trasponer esas barreras y seguirle.

Llegaron casi al mismo tiempo. La voz humana habíase callado. Un perrillo, muy delgado, pelo blanco manchado, ladraba furiosamente. Apoyado en la muleta, sale de la barraquita un hombre con la pierna derecha cortada. En el brazo izquierdo un niño de pecho medio desnudo y sonriéndose.

En un equilibrio inestable, levantaba un poco el brazo de la muleta para indicar su desgracia, la mujer desgreñada y llorosa, allá encima, junto al muro de mampostería, gesticulando, contando mentiras, ¡la excomulgada!, a los dos criados de la señora duquesa, atraídos por aquel alarido. ¡Una vergüenza!

Explicaba las causas: —Nunca había tenido muy segura la cabeza. Siempre como alocada. Mas con el nacimiento del pequeñito, hacía nueve meses, habíase puesto en aquel estado. ¡Loca de remate! Pasábale aquello por la cabeza: comenzar a gritar, desatinada, que parecía que el cielo se venía abajo. Creerían que la maltrataba, que le ponía las manos encima. ¡Maldita suerte la suya! —y, con la cuchara de palo muy negra, daba una vuelta a los macarrones, la cena, que hervía al lado en una lumbrecilla de virutas. No fuera a ser que se pegase.

Allá encima, los criados de la duquesa reían desaforadamente.

La mujer, con paso tardo, tambaleando, la mirada tímida, venía acercándose. Y, con voz ronca, pesada, de recriminaciones: —¡Que ya se hacía cargo! El hombre estaría como siempre, desacreditándola, diciendo que cuidaba mal al chico... ¡Canalla!... ¡Pues mentía!... ¡Mentía el demonio con cuantos dientes tenía en aquella boca depravada! No había día que no le lavase los trapitos al niño, sabía Dios a qué costa!

La otra mujer empeñóse en sosegarla. —Que no... que Federico de los Santos —tal era el nombre— no había dicho tales cosas. ¡Lamentábase, sí, ¡pobrecillo! de que ella no pudiese calmar los nervios, evitar aquellas escenas, aquellos gritos...

—Que no, que no podía. ¡Qué había de poder!... ¡Sentía unos golpes en la cabeza! Nadie se formaba idea... ¿Y también él, malvado, por qué no se los evitaba? ¡Siempre regañando por esto... y por aquello! Acababa por fastidiarse y le daba aquello... En el hospital, siquiera, estaba mejor. El señor doctor, uno así, alto, con la barba ya canosa, había ordenado que la dejasen, que no le dijesen nada. ¡Un regalo!... ¿Pero allí en casa? ¡Un infierno que sólo ella!... —y en un supremo esfuerzo de su gran dolor reprimido: —¡Ah, *mi rica señora*, no hay cosa más triste que una mujer! ¡Todos se burlan de ella!

Los criados de la duquesa, que habían bajado para curiosear, apoyaron el concepto con risas.

El cojo defendíase.

—¡Días de una desesperación como los que él pasaba allí! Si no hablase, reventaba. Pues aquellas griterías de ella, aquellos escándalos, era los que le habían echado fuera de la barraca. ¡Y allí la cosa era diferente! Tenían seguro el pan. Y además la barraquita era mejor. Esta costábale un ojo de la cara. ¡Tres pesetas al mes!... ¿Y cómo había de salir esto de la lotería (vendía billetes ahora), y encima todavía para comer? ¡A veces, un hombre tiene que hacerse ladrón! ¡Qué vida dada a los diablos! —y probaba con cuidado los macarrones, mientras dos gatos amarillos, entre las coles ya espigadas, retozaban, hechos una pelota, locamente.

En el maldecir de la barraca estaban acordes. Ella reforzaba exaltando con asco el cubil de bichos que era. Un nido de ratones y cucarachas... ¡Una pocilga! ¡Y además tenían los gatos! ¡El *Saldaña* que era fino de verdad!... ¡Sólo ella para sufrir aquello! ¡Y la enfermedad cada vez peor!... ¿Ir a los médicos? ¿Para qué?... ¡Remedios! Ya tomaron ellos; tener dinero para el pan y para el tabaco!... ¡Botica! Eso era lujo... ¡Ni siquiera una simple purga!

El confirmaba. Aquello era la pura verdad. Entraba y salía el año y ninguno se purgaba! ¡Un vivir a lo que Dios dará! ¡Días más consumidos!... Pues, a pesar de todo, ya iba para cuatro años que se habían juntado, y nunca le había pegado él! Y no era que no hiciese para ello... Costábanle tanto aquellos alaridos. ¡Una vergüenza! Cualquier día se cegaba y le tiraba la muleta a las narices...

Los novios miráronse apenados. Después ella trataba de calmar y consolar a una y a otro.

Tenían razón los dos... ¡Vida muy dura! Sólo triunfarían con paciencia. Dependía de ambos el sosiego. El, viendo en ella una enferma, sin culpa. Ella, domando los nervios, por él, ¡pobrecillo! y por el chico... ¡Tan bonitillo! Y bien criadito que estaba.

La sonrisa de la pareja decía ahora que había roto como una alborada en aquellos espíritus alumbrados por el dolor. ¡Y la mujer, con orgullo, levantábale la camisita muy limpia, toda extasiada en aquella desnudez que era obra suya! «Rollitos de carne, ¿no es verdad, *mi rica señora?* Y aseadito. ¡Que le caiga la condenada lengua si tiene alma para decir que le trato mal esto!» Y resonaban, con los silbidos de la locomotora de maniobras en la estación, fuertes palmadas de cariño.

Entonces él, abriendo a la fuerza la boquita al nacarado pimpollo, algo descontento. «¿Y los dientecitos? Ya ocho y aun no completó el año».

— Y criado a mis pechos siempre, *mi rica señora* — informaba vanidosamente la madre, cogiendo en los brazos descarnados al chiquillo que pataleaba lloriqueando.

— ¡Le quiere uno más!... — dijo cariñosamente Federico de los Santos. Y retiró los macarrones de la lumbre.

Conocieron los dos novios que había llegado el momento oportuno de la cena. Dijeron vivamente muchas cosas. Aconsejaron la visita a una médica especialista que tenía consultas gratuitas. Y templaron consuelos y consejos con la moneda de plata que el caso estaba reclamando.

Despidiéronse con promesas de volver. Reanimada al calor del dinero, la mujer sentía ahora volver en sí, con ímpetu, toda la curiosidad de su sexo y de su clase.

Inclinándose a un lado, para sonarse larga y desahogadamente en la saya sucia: — ¿Tiene usted también hijos, señora?

— Nada; no señora. Muy buenas tardes... Y vaya a la consulta, vaya, que tal vez le haga bien.

— ¿Pero estará casada?...

— Tampoco.

— ¡Vean qué cosa!... Pues a mí quería parecérmelo...

Ya subían hacia el portón que da a la calleja. Y la mujer detrás, descalza, sin hacer ruido.

— No se incomode. No necesita venir.

— ¿Y los señores están en Cascaes? ¿Viven aquí?

— Estamos pasando el verano.

— ¡Ya me lo había parecido!

Estaban en el portón.

— ¡Dios le dé a usted, señora... y al señor también... las felicidades que desean!

Y había en aquella mirada un evidente desconsuelo de curiosidad no satisfecha. El chiquillo sonreía abriendo la boquita color de rosa, por la que vomitaba leche. Y allá abajo, el hombre, sentado en un cesto boca abajo, liaba un cigarro plácidamente.

Los dos alejáronse cabizbajos. Andado un trozo del camino, volviéronse a mirar una vez más la escena melancólica y sugestiva.

Penumbra del crepúsculo con aureola de rayos esfumados, señalando el poniente; a distancia la choza negra, mezquina; las coles espigadas, altas como cactos; el perro echado junto al rescoldo; los dos gatos — el *Saldaña* y el otro — siempre en sus cabriolas, y la pareja, sentada ahora en el suelo, devorando promiscuamente de la misma cazuela, los macarrones guisados en tan dramáticas circunstancias. Sacando de la boca, una porción masticada, la madre entrábala, con los dedos ásperos, en la boca de su hijito. Y, al mismo tiempo, hablaba y gesticulaba animadamente. ¡Adivínese si era justo o injusto lo que decía!

Los otros volvieron las espaldas llenos de honda impresión, suave, melancólica. ¿No habían aprovechado aquel final de tarde? ¿No había sido aquello como coger los hilos de esa tela de reparación, al igual de la de Penélope tantas veces hecha y deshecha, que ha de rematarse definitivamente, por un esfuerzo colectivo, como rescate de un gran pecado social, del que, más o menos, todos somos cómplices?

DIBUJO DE BESARES



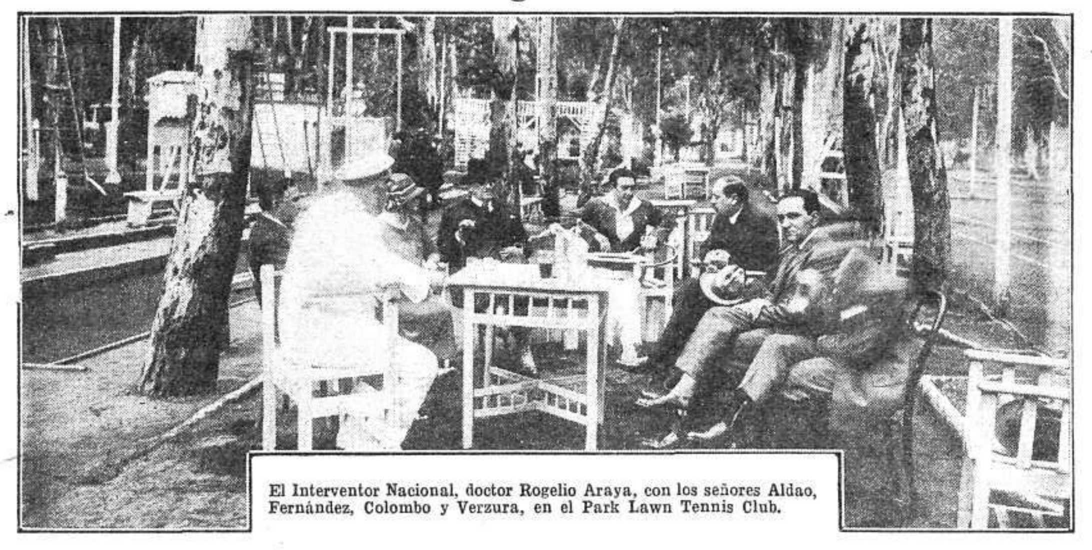
Una voz. — ¿Qué haces, Guillermito?
— Me estoy preparando para lavarme la cara...



— ¡Qué lindos son los árboles con flores, Antonín!
— No... A mí me agradan más con frutas...



La madre. — No llores querido. ¿Quién es de esos dos malos muchachos el que te ha pegado?
El hijo. — Aquel que tiene un ojo en compota, mamá.



El Interventor Nacional, doctor Rogelio Araya, con los señores Aldao, Fernández, Colombo y Verzura, en el Park Lawn Tennis Club.

EL ORIGEN DEL BIFE

La leyenda del origen del bife es muy curiosa.

Se cuenta que Lucio Plauco, senador romano, fué encargado por el emperador Trajano de presidir los sacrificios en honor de Júpiter. El senador se resistió, pero a la fuerza tuvo que ir al altar. El robusto buey, que iba a ser quemado en honor del dios, estaba colocado encima del fuego, y el infortunado senador vióse obligado a darle vuelta como presidente de la ceremonia. Estando asándose el animal, uno de los pedazos se cayó al suelo. Plauco fué a cogerlo; pero, al sentirse quemados los dedos, se los metió instintivamente en la boca.

En aquel instante hizo el gran descubrimiento de que la carne asada de tal manera era infinitamente mucho más sabrosa que la preparada según la costumbre de los cocineros romanos.

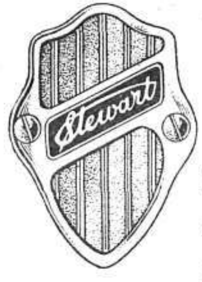
Tanto gustó a Plauco el sabor de la carne que, sin fijarse en lo sagrado de sus funciones, cogió un pedazo y se lo comió a escondidas, proponiéndose en lo sucesivo guisar todos los días un bife para él sólo; pero un descubrimiento de tal importancia no podía permanecer secreto mucho tiempo, y llegó a oídos de Trajano. En cuanto éste probó el manjar opinó, como su senador, que era exquisito e imponderablemente mucho mejor que cualquiera de los platos que preparaban en palacio.

La costumbre fué extendiéndose de este modo, primero entre la aristocracia y luego entre las clases populares, llegando hasta nuestros días.

La imitación nos halaga



Actualmente se ofrecen al público muchas imitaciones de los Paragolpes



Stewart

Los Paragolpes Stewart se conocen por su escudito colorado, la marca por excelencia.

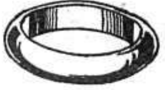




ARTHUR S. HAWTREY y Cía.

SANTIAGO del ESTERO, 354 — U. T. 6249, RIVADAVIA — BUENOS AIRES

CASA MARTIRADONNA







N.º 278. — **Juego de dos alianzas,** forma ½ caña, de puro oro 18 kilates garantido, macizo, con grabado, estuche y un cintillo fantasía de regalo. Precio excepcional... $ **30.—**

N.º 279. — Más pesadas, a........................ » **42.—**

SOLICITE CATALOGOS

SE RECIBEN CARTONCITOS DEL "43"

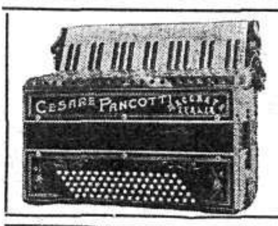
VENTAS por mayor y menor

BRASIL, 1182. Casa Central.

BUENOS AIRES

BRASIL, 1054. Sucursal.

A media cuadra de la estación Constitución.



Casa LUIS MARIANI

PARANA, 628 - Bs. Aires

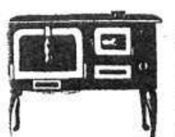
VENDE

Acordeones italianos y Bandoneones alemanes.

SE HACEN COMPOSTURAS.

PIDA CATALOGO

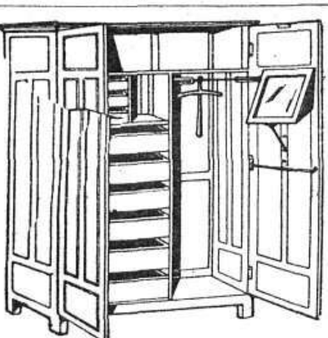
MALUGANI Hnos.



ESPECIALISTAS en COCINAS

SOLICITEN CATALOGO

Cevallos, 1357 - Bs. Aires.



ESSENTIAL ESSENTIAL ESSENTIAL

Este ropero tiene: UN LUGAR PARA CADA PRENDA Y CADA PRENDA EN SU LUGAR.

desde $ 135

MUEBLES BARZI

Rivadavia 2201.

Pidan gratis Catálogos C

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª *Los juegos para publicar* deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

TECNICA

Continuamos hoy publicando la más moderna técnica a que debe sujetarse la confección de los diversos pasatiempos, cuya práctica iniciamos en números anteriores en el año 1923.

En números próximos, alternando con pasatiempos de concursos, iremos publicando la técnica de diversos juegos, creyendo así llenar una sentida necesidad, que dará nuevas orientaciones e impulso a la ya grande cantidad de aficionados al arte enigmático.

PALABRAS ANGULARES SILABICAS

Muchas veces las «palabras angulares» se forman con sílabas; entonces toman el nombre de «palabras angulares silábicas».

EJEMPLO N.º 45

```
Indicación                 Solución
1) ××  ××  ××              Mo re na
2) ××  ××  ××              Re ga ta
3) ××  ××  ××              Na ta til
```

Ejemplo N.º 46

```
1)×× ×× ×× ×× Ca ma re ta
2)×× ×× ×× ×× Ma ni co ba
3)×× ×× ×× ×× Re co ve co
4)×× ×× ×× ×× Ta ba co so
```

En éstos (como en la mayoría de los juegos semejantes) el sistema de desenvolvimiento es arbitrario; pero, en general, el juego viene presentado en forma poética, ocultando cada vocablo a manera de enigma.

Ahora bien, de inmediato vienen los juegos de **«palabras a figuras geométricas»**. Veamos algunos ejemplos, a fin de estimular a los colaboradores que, no solamente lo imiten, sino que adquieran elementos, para mejorarlos, hallando algo nuevo, interesante y genial.

Ejemplo N.º 47

Losanje entrelazado

```
         P           E
      O  R  O     A  R  O
   O  F  I  T  A  R  O  M  O
P  R  I  M  E  R  O  T  I  C  O
   O  T  E  R  O  M  I  S  A
      A  R  O     O  C  A
         O           O
```

Ejemplos números 48 y 49

Palabras a triángulos concéntricos

```
CREDO          FAMOSO
RARO           AVARO
ERA            MAJA
DO             ORA
O              SO
               O
```

Ejemplo N.º 50

Palabras a triángulos gemelos

```
            M
         D  O
      D  O  N
   D  O  T  E
M  O  N  E  T  A  R  I  O
            A  T  E  O
            R  E  O
            I  O
            O
```

Ejemplo N.º 51

Palabra angular encerrada en dos triángulos gemelos

```
                        C
                     P  O
                  M  A  R
               P  A  T  A
            C  O  R  A  L  I  N  O  S
         D  O  R  O  S  I  N  E  S
      S  I  R  O  C  I  N  E  O
   D  I  V  A  S  I  L  O  S
C  O  R  A  L  I  N  O  S
            I  R  A  S
            N  A  O
            O  S
            S
```

Palabras a triángulo silábico

Ejemplo N.º 52

Indicación

```
** ** ** ** **
** ** ** **
** ** **
** **
**
```

Solución

```
No mi na ti vo
Mi lé si mo
Na si co
Ti mo
Vo
```

Lectura horizontal y vertical

Palabras a triángulo rectángulo

Ejemlo N.º 53

```
Indicación          Solución
× × × × × × × ×     PANADERO
× × × × × × ×       ABACERO
× × × × × ×         NACELA
× × × × ×           ACERE
× × × ×             DELE
× × ×               ERA
× ×                 RO
×                   O
```

Lectura horizontal y vertical

Palabras a triángulo rectángulo

Ejemplo N.º 54

```
Indicación          Solución
× × × × × × ×        NABUCOD
  × × × × × ×         CANORO
    × × × × ×          ROLON
      × × × ×           SAPO
        × × ×            RES
          × ×             LO
            ×              R
```

También en este ejemplo la lectura es horizontal y vertical; pero de diferentes significados. En los lados a ángulo recto, se lee NABUCODONOSOR.

Palabras a triángulo cortado

Ejemplo N.º 55

```
Indicación          Solución
× × ×   × × ×       PAR . DOS
× × × × × ×         AROMAS
× × × × ×           ROCIN
  × × ×             MIL
× × ×               DAN
× ×                 OS
×                   S
```

Nota importante. — Aunque en esta página no se incluyan pasatiempos de concurso, es imprescindible acompañar a la lista de soluciones del corriente mes el cupón N.º 1335.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

MAYO DE 1924.

CUPON N.º 1336.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Resultados. — En la próxima publicación daremos los resultados de diversos concursos.

A nuestros lectores. — Con el propósito de reunir un mayor número de solucionistas y a pedido de muchos lectores, publicaremos en los números próximos pasatiempos más fáciles.

SAN ANTONIO OESTE (Río Negro). — El señor Francisco Dougnac, presidente de la Asociación local, dirigiendo la palabra a los boy scouts después del juramento prestado por éstos ante la estatua del general San Martín.



AGUA DE COLONIA HIGIENICA LA CARMELA ELABORACIÓN ESPECIAL LOPEZ CARO

SANTIAGO

No use tinturas químicas

ni otros procedimientos similares para teñir sus *canas*, porque queman la raíz del cabello y lo hacen caer. Comience hoy mismo a usar

AGUA DE COLONIA

"LA CARMELA"

Se convencerá de que no tiene rival, porque es un producto original, inimitable e inofensivo que devuelve a las *canas* su color natural exacto por la acción del oxígeno del aire. Es muy higiénica y agradable. Se usa como cualquier loción al peinarse. Contra la *caspa* es insustituíble y garantizamos con el importe del frasco, que la hace desaparecer totalmente en cinco días, por su acción antiherpética.

De venta en: Franco Inglesa, Scherrer, Gibson y demás farmacias, tiendas y perfumerías del país.

J. L. CONDE y Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 426 — BUENOS AIRES

Frasco, $ 8.— Interior, $ 8.50

GRATIS

Le enviaremos instrucciones para fabricar juguetes y otros artículos de papier, y le compraremos todo lo que usted fabrique a buen precio, Señoras, señores y niños, todos pueden dedicarse a esta ocupación en su misma casa, sin desatender la que ya tienen.

Es un trabajo fácil, entretenido y limpio. En horas perdidas puede usted ganar un buen sueldo mensual y sin abandonar el puesto que ya tiene.

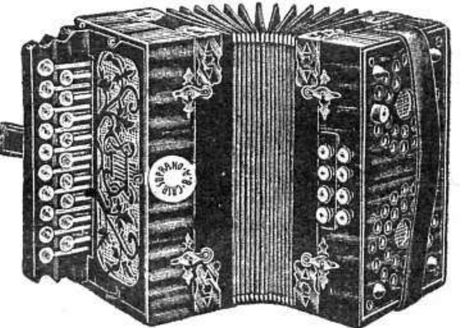
Escriba hoy mismo a

FABRICA y DEPOSITO de JUGUETES de PAPIER

Calle 3 de Febrero, 386. San Isidro (F. C. C. A.) Bs. Aires.



OBSERVE BIEN COMPAÑERO



Con embalaje gratis y método para aprender a tocar sin que nadie le enseñe. Remito a cualquier parte de la República este precioso Acordeón de 8 bajos y 19 teclas, con Chapitas Separadas, caja bien lustrada y de pontente voz, por sólo $ 20.—.

Otro Acordeón marca **CORNETA**, con 8 bajos y 19 teclas, voces de ACERO, chapitas separadas y método, por $ 25.—.

N.º 459. — **Magnífico VIOLIN** modelo STRADIVARIUS, de fabricación extranjera y de muy buena voz, con arco y pez, $ 22.—. El mismo, con estuche y embalaje gratis, por $ 30.—.

Gran surtido de Guitarras modelo **SOPRANO**, Acordeones a piano de las mejores fábricas extranjeras, Bandoneones de la afamada marca A, a precios muy convenientes.

CASA SOPRANO de José Carratelli

BRASIL, 1190 — BUENOS AIRES



Solicite el gran catálogo ilustrado, lo remitimos gratis al interior. — (A una cuadra de la estación Constitución, casi esquina Salta).

Gran Rebaja

Pídalo directamente a

CASA DICHIO CALLAO 255 Bs. Aires.

Este SULKY "Aeroplano" es el mismo de nuestro catálogo, con la ventaja que lo hemos rebajado extraordinariamente.

OCASION ÚNICA Y POR POCA CANTIDAD

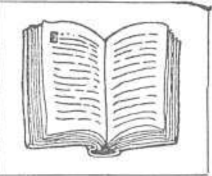
Haga su pedido en seguida del **Sulky "Aeroplano"** desarmado, embalado, puesto sobre vagón Buenos Aires **$ 165 m/l**

No anotamos el pedido sino viene acompañado del importe.

Por pocos días



BIBLIOGRAFIA



LIBROS:

Bajo el sol de California, poesías de Demetrio Korsi. San Francisco, California, Norte América.

Memorias de un practicante, por José C. Belbey. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Baladas, Canciones y Poemas de Adolescencia, volumen extraordinario y volumen I de las obras completas de Rubén Darío, editadas por la «Biblioteca Rubén Darío». José Villacastín. Villarejo del Valle. Avila. España.

Antología. Los mejores cuentos de los mejores prosistas nacionales. Siemprevivas. Biblioteca Literaria Argentina Floreal. Buenos Aires.

Perfiles (Apuntes críticos sobre literatura cubana contemporánea), por Elías José Entralgo. Editorial Hermes. Habana.

El libro del sendero y de la línea recta, por Lao Tse, versión y prólogo de Edmundo Montagne. Editorial Minerva. Buenos Aires.

Una vida admirable, por R. F. Notar. Imprenta F. Frigueros y Cía. Buenos Aires.

Casa de oración, poesías de González Carbalho. F. Crespillo. Editor. Buenos Aires.

Desde mi retiro, versos de Gregorio Steimberg. Librería e Imprenta de E. Menéndez. Buenos Aires.

Anatole, versos de Salvador Alfredo Gonús. Editorial Juventud. Buenos Aires.

Lógica. De acuerdo con el programa de los colegios nacionales, por el doctor Mario César Gras. Librería de A. García Santos. Buenos Aires.

Aires murcianos, poesías por Vicente Medina. Reedición 1923, editadas por el propio autor. Rosario de Santa Fe. República Argentina.

Leyendas y cantos criollos, contribución al folklore nacional. El rancho de la Mboy-Chini, leyenda correntina, por Gontrán Ellauri Obligado. Editorial Tor. Buenos Aires.

Literatos y tópicos españoles, por Ventura Chumillas. Editor Ernesto Nieto. Buenos Aires.

Armonías, poesía festiva, amatoria y gauchesca, por Gustavo R. Lenns. G. Kraft. Impresor. Buenos Aires.

Una mujer fronteriza, colección de novelas cortas por Gaspar Martín. Talleres Gráficos Cúneo. Buenos Aires.

Es una novia Sevilla, estampas y costumbres, por J. Muñoz San Román. Tipografía R. M. Madolell. Sevilla.

Una tragedia, novelas cortas por Héctor Olivera Lavié. Manuel Bleizer, librero editor. Buenos Aires.

Leyendas dramáticas, por Moisés Kantor. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Con las alas abiertas..., poesías de Samuel Barreto - Peña. Imprenta del Iris. Pampán. Trujillo. Venezuela.

La vuelta del Bohemio, poesías por Gonzalo del Villar. Publicación póstuma. Imprenta Mergalati. Buenos Aires.

Monseñor de Andrea y el arzobispado de Buenos Aires, por Francisco P. Sagasti, Caballero de San Gregorio Magno. Est. Gráfico A. de Martino. Buenos Aires.

La esfinge interior, ideas e ideaciones, por Sergio Núñez. Imprenta «El Ideal». Guayaquil. Ecuador.

Eduardo de Ory y su labor literaria, por Nicolás Morillas. Librería Universal de Morillas. Cádiz (España).

Juicios sobre Urquiza y breve reseña de su obra. — Trabajo de recopilación. Imprenta Mercantali. Buenos Aires.

Anatomía y Fisiología humana, obra adaptada a los programas de Anatomía y Fisiología de los colegios nacionales y Escuelas Normales por el doctor Félix M. Boatella. Buenos Aires.

Los ojos que sangran, cuentos por Monteiro Lobato, traducción de B. Sánchez Sáez. Lecturas selectas. Editorial Tor. Buenos Aires.

Manchas de sangre, novelas de amor y misterio, por Josué Quesada. Ediciones Argentinas Cóndor. Buenos Aires.

El templo de cristal, poesías de Atilio García y Mellid, decoraciones de E. Martínez Ferrer. Editorial «Selección». Buenos Aires.

Cantos de la raza, poesías por Víctor Pérez Petit. Editor. Maximino García. Sarandí. Montevideo.

Poemas selectos, con seis comentarios de Gabriela Mistral, por Rabindranath Tagore. Ediciones Selectas Artigas. Buenos Aires.

El vino de mis odres, poesías por Ismael E. Mozo. Editorial Tor. Buenos Aires.

Los soñadores del bajo fondo, novelas por Pedro Héctor Blomberg. Ediciones Argentinas Cóndor. Buenos Aires.

Memorias e Impresiones de Viaje, por J. B. Alberdi. Obras selectas. Nueva edición ordenada y revisada por el doctor Joaquín V. González. Librería «La Facultad». Buenos Aires.

Hojas..., por Brisa Argentina. Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires.

La Amada Infiel, por Nicolás Olivari. Versos románticos. Versos antirrománticos. Modesto H. Alvarez. Librero Editor. Buenos Aires.

Las primeras golondrinas, novela inspirada en la vida contemporánea, por Cosme Mariño. Casa Editorial Maucci Hnos. Buenos Aires.

Biografías y autobiografías, por J. B. Alberdi. Obras selectas. Nueva edición ordenada y revisada por el doctor Joaquín V. González. Librería «La Facultad». Buenos Aires.

Rozas, ensayo histórico psicológico, por Lucio V. Mansilla. — Edición de la Cultura Argentina.

Biología, por M. Rosés Lacoigne.

Desinflando globos, por Z. V. Arana.

Tercetos, por Luis Pirandello, traducción de J. Chalás. — Editorial Sempere. — Valencia.

Momentos sentimentales, por Adela García Delaveny. — Sociedad Editorial Argentina.

Gloria del corazón, por Adela García Salaverry.

Teatro Completo.—Tomo XII correspondiente a las Obras Completas de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. — Sociedad General Española de Librería. — Madrid.

La Sinergia social argentina. — Tomo I. — La Colonia, por Raúl A. Orgaz, profesor de la Universidad de Córdoba (R. A.). — Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires.

Poemas otoñales, por Eduardo Gandolfo. — Editorial Renacimiento. — Montevideo.

Del Amor y del Dolor, poesías por Adolfo García. — Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires.

Sed, poemas de C. Delgado Fito. — Talleres Gráficos Porter Hermanos. — Buenos Aires.

Los rostros pálidos (cuentos europeos), por Montiel Ballesteros. — Agencia General de Librería y Publicaciones. — Montevideo.

Modulaciones sinceras, poesías, por Felipe Varela. — Talleres Gráficos Porter Hnos. — Buenos Aires.

Serenamente, versos, por Fernando Misto.

Holoferne, versos, por M. Pameccio.

La canción del poeta, por Armando Peixoto.

Ingerborg, novela, por B. Kellermann, traducida del alemán por A. del Castillo. — Editora Internacional. — Buenos Aires.

La Virgen del Sol, novela, por O. von Houstein, traducción del alemán. — Editora Internacional. — Buenos Aires.

Aziyadé, por Pierre Lotti, de la Academia Francesa. Traducción de la CLXXIII edición francesa, por Vicente Diez de Tejada. — Editorial Cervantes. — Barcelona.

Libro prohibido, poesías por Solon de Mel (Guillermo de Luzuriaga). México.

María Antonia de la Paz. Tomo II. Documentos de sus contemporáneos. P. Pedro Grenón S. J. Tipografía «La Guttenberg». Córdoba.

REVISTAS:

Revista de la Cruz Roja Argentina. Organo oficial de la Sociedad Argentina de la Cruz Roja. Año I. Números 7 y 8 correspondientes a noviembre y diciembre de 1923.

Illustrirke Zeitung, número extraordinario dedicado a la República Argentina correspondiente al 7 de febrero de 1924. Léipzig. Alemania. Contiene interesantes artículos y profusión de magníficos grabados acerca de nuestro país.

Inicial, revista de la nueva generación, número correspondiente a los meses de enero, febrero y marzo. Buenos Aires.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales, director Armando Serene.

MAPAS

Mapa de la República Argentina, editado por el «Instituto Geográfico» De Agostini, de Novara. Italia.

MUSICA:

Corazoncito, zamba argentina para piano, letra de Francisco García Jiménez, música original de Ramón Coll. Imprenta Musical Ortelli hermanos. Buenos Aires.

FOLLETOS:

Un educador sanjuanino en Chile: don José Dolores Bustos, por Alfredo Monla Figueroa. Talleres Gráficos Schenone Hermanos Buenos Aires.

La educación física obligatoria impulsaría la grandeza nacional, por César Viale. Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional. Buenos Aires.

Conferencia sobre enfermedades venéreas, por el doctor Gambier, folleto número 10 publicado por la Liga Argentina de Profilaxis Social. Buenos Aires.

Florilegio de la Venerable María Antonia, por el padre Grenón S. J. Establecimiento Gráfico «La Elzeviriana». Córdoba.

CARNETS:

Club Atlético Independiente de Avellaneda, 1924.
Club Atlético Tigre, 1924.
Club Atlético Argentino del Sud, 1924.
Club Atlético Rácing, para el año 1924.

Club F. C. del Oeste para la temporada de 1924.

HESPERIDINA

La excelencia y la dignidad del "cocktail" de HESPERIDINA, se proclaman en todos los sitios elegantes. Sus altas cualidades tónicas y estimulantes son proverbiales.

Nuestros amiguitos del interior








Enrique Jusnecou. — Tucumán. Salucita C. Bulacio. — Tucumán. Mario A. Carreras. — Tucumán. Joica Casavoff. — Tucumán. Lidia P. Roco. — Gualeguyachú. Lelia I. Berretta. — Navarro. Alberto Grossi. — Navarro.









Matilde A. Córdoba.—Navarro. Emma E. Conellas. — Rosario. Antonio E. Della Schiava. — Salliqueló. Rodolfo Greco. — Rosario. Anita Huspaurova, checoeslovaca. Martha M. Aguirre. — General Villegas. Niña de Otero Piana. Gualeguaychú.









Irma Sancasani. — T. Lauquen. Nelly Galfrascoli. — T. Lauquen. Niñita de Apellani. — Ayacuho. Juan C. Grecco. — Caseros. Nelly C. Silveyra. — Gualeguaychú. Niñita de Escuri. — Ayacucho. Orlando A. Zapata. — Rosario.

Comentarios

— Aquí no se entiende nada.
¡Es una firma endiablada!
— Pues él dice, muy tranquilo,
que su firma enrevesada
es lo mejor de su estilo.
* * *

Unos afligidos y otros satisfechos,
hablan de traiciones y hablan de derechos.
Suele haber alguno que se encoleriza
y exclamando: ¡Atiza!
dice luego así:
— ¿Dónde va Vicente?
¿Dónde va la gente?
Pues Vicente yerra
si es que se propone declarar la guerra
a los impecables que andan por ahí.

Todos desconfían de sus intenciones,
gustan a muy pocos las intervenciones
de las que se ocupa con extraño celo
¿Puede don Marcelo
darle la razón?
No debe chocarles a los oprobiosos
que nos preguntemos, algo recelosos:
¿Dónde va Vicente?
¿Donde va la gente
de la oposición?
* * *



— ¿Un atleta el tal poeta?
¡Un atleta! ¿Desde cuándo?
— Le digo que es un atleta
Es un atleta roncando.
* * *

— Le debemos dejar que trabaje.
Sus asuntos están embrollados.
— Diga usted, y, escribiendo el mensaje
¿seguirá con los brazos cruzados?
* * *



Orejudo impertinente,
de ser muy pobre te quejas
continua e injustamente,
teniendo ¡eso es evidente!
un capital en orejas.
* * *

— Habla de Atenas, de Babilonia
de los birmanos,
de los hulanos,
de las bebidas de Caledonia,
de las ballenas del mar austral,
del melodrama que va a estrenarse
de los tahures,
de los augures...
— ¡Qué mezcolanza!
— No hay que asombrarse;
es el discurso de un concejal
* * *



— Era, con su bigote exuberante,
un insignificante.
Se lo afeitó y parece un monigote
o un insignificante sin bigote.
* * *

— Le Breton se fué.
— Es verdad.
— Se fué a Roma.
— Ya lo sé.
— Y aquí, desde que él se fué,
¡hay una tranquilidad!
* * *



El monaguillo estaba en la capilla.
Y oyéndole tocar la campanilla
Elpidio murmuró:
— No crean que lo envidio
Mejor la toco yo.
Y, después, dijo Elpidio:
— Yo también soy acólito.
Y, sino, que lo diga don Hipólito.
* * *

Un nuevo diputado
le dice a un compañero:
— No soy muy ilustrado
y, a veces, vocifero;
así es que ¡ya verás!
Si soy impertinente
y digo enormidades
recuerda solamente
que tengo inmunidades.
¿Qué importa lo demás?

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

H. Z. — Buenos Aires. —
Ha querido la «suerte traidora»,
estorbando su marcha triunfal,
que usted sea, H. Z., hasta ahora
hipotéticamente genial.

R. D. J. — Buenos Aires. —
Quien de ripioso le tilda
y juzga sus versos malos,
opina igual que los galos
del tiempo de Brunequilda.

Colector. — Buenos Aires. —
¡Qué vieja conseja!
Aun era un chicuelo
su tatarabuelo
y ya era muy vieja.

Carburo. — Buenos Aires. —
Igual le dan elogios que insolencias.
El canasto no tiene preferencias.

N. Y. — Buenos Aires. —
Ese no es un invento
desconcertante
ni es un descubrimiento
despampanante,
ya que, grandes o chicos,
nuestros lectores
saben que son muy ricos
los alfajores.

P. I. V. — Buenos Aires. —
No es de ingenio muy sutil,
el que imponernos intenta
esa ironía grasienta
y ese humorismo cerril.

L. P. A., Taril, I. I. G. — Buenos Aires. —
Si intentáis escribir, con el deseo
de llamar la atención,
os podéis dedicar al macanco.
Es vuestra salvación.

Palometa. — Buenos Aires. —
Por falta de condiciones,
por falta de inteligencia,
por falta de vocación,
por falta de lo que sea,
de igual manera que cómicos,
hay copleras de la legua.

M. J. X. — Buenos Aires. —
Pidiendo amor a gritos
a algunas jovencitas,
algunos jovencitos
escriben pavaditas.

T. H. D. — Buenos Aires. —
Dedíquese a cualquier *otro*
oficio, porque, ni en broma,
va usted a amansar el potro
indómito del idioma.

J. N. G. — Buenos Aires. —
Después de cuarenta años de bregar,
de fijo, va a decir:
— ¡Dichoso el que no tiene que escribir!
¡Dichoso el que no tiene que «ripiar»!

E. B. G. — Buenos Aires. —
Como no sabemos
si es hombre de edad,
no nos sorprendemos
de su ingenuidad.

Nombre Juan J. Román — Credito $ 500.00 — Hoja No. 155

Dirección Ciudad — Condiciones 30 Días

Comprobación	Fecha	Concepto	Cargos	√	Fecha	Concepto	Abonos	√	Saldo
						De la otra hoja			455.70
455.70	FEB 5	MCR	155.76						611.46*
611.46					FEB 15	S/G	250.00-		361.46*
361.46	FEB 28	MCR	145.44						506.90*
506.90					MAR 2	DEV	15.75-		491.15*
491.15					MAR 5	EFO	300.00-		191.15*
191.15	MAR 10	MCP	425.79						616.94*
616.94					MAR 31	S/G	300.00-		316.94*
316.94	APR 8								322.74*
322.74	APR 21								448.46*
448.46					9	S/G	425.00-		23.46*
23.46	MAY 7								250.27*
250.27									440.57*
440.57					JN 19	EFO	400.00-		40.57*
					5	BON	11.38-		29.19*
									421.79*

Calcula e Imprime el Saldo Automáticamente

Una característica importante de la Máquina de Contabilidad Burroughs es que computa e imprime el saldo AUTOMATICAMENTE.

Esta característica implica una gran prontitud en la teneduría de libros, formalidad en el envío de los resúmenes de cuenta a los clientes el día primero de cada mes, holgura en la preparación del balance de comprobación, y absoluta exactitud.

Preparar el balance de comprobación, por ejemplo, no requiere más que copiar y sumar los saldos del libro, computados, impresos y comprobados de antemano.

El uso de esta Máquina Burroughs es muy extenso. Se presta para hacer cualquier trabajo de contabilidad propiamente dicha, desde una mera suma hasta un balance general.

Y su manejo es tan simple, que cualquier empleado puede trabajar con ella, y con todas las ventajas de rapidez, exactitud y comodidad que justifican su mérito.

Mejor Contabilidad *para* Mayores Ganancias

H. E. Watkins & Co., Ltd.

773, TUCUMAN, 789

Buenos Aires.

Burroughs

MÁQUINAS DE SUMAR, DE CALCULAR Y DE CONTABILIDAD

4490

Nuestros amiguitos del interior








Harry Fernández. — 9 de Julio.

Niña de Monserrat Ferrer.—Tucumán.

Jacobo Biton. — General Villegas.

Josefa Cachán. — Rosario.

Fausto Castro. — Rosario.

María M. Fabregues. — General Villegas.

Nora P. Barales. — General Pico.









Blanca I. Páez. — General Villegas.

Reniere Payela.— Trenel.

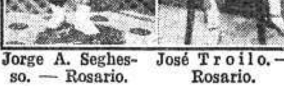
Victor R. Montesano. — Zárate.

Elcira Barosela. — 25 de Mayo.

Nelly Blaiotta. — Berabevú.

Genoveva H. Vivas. — Santiago del Estero.

Nilda I. Luppo. — 9 de Julio.





Jorge A. Seghesso. — Rosario.

José Troilo.— Rosario.

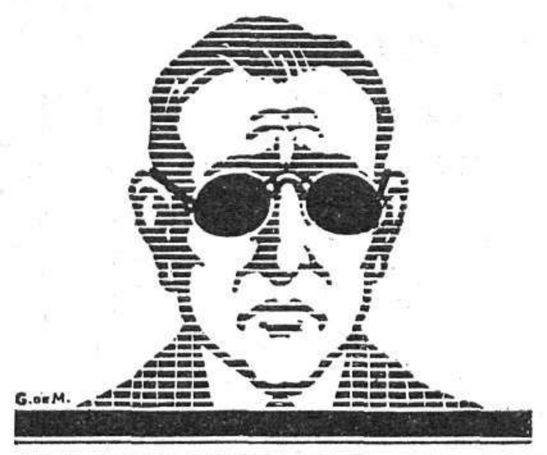
Ricurita P. Laborda.—San Luis.

Antonio A. Saad. — San Luis.

Menena Jofré. — San Luis.

Niñita de Vignolo. —Mar del Plata.

María M. Bisso Augarde. — Mar del Plata.



EL DISPEPTICO NO VE MAS QUE OBSCURIDAD A SU ALREDEDOR

porque el estómago no le funciona bien; y cuando el estómago está mal, lo demás del organismo humano, no tarda en soportar las consecuencias.

Si los que padecen de males del estómago y descuidan los primeros síntomas, como son: la acidez, mareos, vómitos, ardor, flatulencia, etc., conocieran antes el resultado de este abandono, se apresurarían a ponerle remedio. El estómago que funciona bien, que asimila todos los alimentos, es el verdadero manantial de la salud más perfecta. Vigilad, pues, de cerca vuestro estómago y al menor indicio de bilis o de acidez, tomad media cucharadita de las de café, de Magnesia Bisurada, que en cinco minutos neutralizará la bilis y la acidez, restableciendo el normal funcionamiento. Contra la dispepsia, la indigestión, y todos los males del estómago en general, la Magnesia Bisurada (marca registrada) que se encuentra en todas las farmacias, es sin rival: miles y miles de personas que la usaron dan fe de tal resultado.

LA MAGNESIA BISURADA

VUELVE A LA VIDA a los estómagos descompuestos.





Ríase

y no tema

las constipaciones, el estreñimiento, las indigestiones y los consiguientes dolores de cabeza, pues todo esto desaparece, si fortifica y limpia su estómago y sus intestinos por medio de las Píldoras del Abate Kneipp, hechas a base de ruibarbo.

Píldoras Laxantes del Abate Kneipp

En las Farmacias

UNICOS AGENTES:

F. SCHWEIZER & Cía. - 25 de Mayo, 11 - Bs. As.

Unión Telefónica, Rivadavia 4225





Nuestros pequeños visitantes



Nora García, maja. — Julio Monteros, pierrot. — Araceli Marthe Marelli, rosa. — Roberto Soto, baturro. — Juan Carlos Calván, apache. — Rosalía Marino, mariposa. — Manuel Mamar, cowboy.








José Salannzzar, billiken. — Julia Quintaus, maja. — Dora U. Ferrante esclava. — Irma Pelliza, pescador. — Héctor Rodolfo Naudeau, pierrct. — Miguel Angel Castromán, pierrot. — Elsa Giancristófaro, Tutankhamón.



M. E. de los Santos, e I. G. Oger, gitanilla y dama antigua.



Delia, María Esther y Amelia Salillas, persas.



Delicia Maunel y Laura Zunino, marquesas.



M. Bautista y J. Meralles, española y pierrot.



Carmela García y Luisa Rodríguez, puchelera y sultana.







Fanny Levinis, pompadour. — Blanca R. Castilla, apache. — María del C. Rey y Nélida Nistal, andaluza y bailarina. — César N., Nélida M. y Mafalda E. Combi. italianos. — René F. Fusco, chino. — Emma Olga Auliemo, mariposa.







Héctor Mazzanti, caballero antiguo. — Gerardo Romano, pierrot. — Salvador Mainar, chulo. — Irene García, holandesa. — Elsa Mazzanti, cisne. — Elsa Ceconi, mariposa. — Elida Lagomarsino, pompadour.

Nuestros pequeños visitantes



María Esther Godoy, odalisca. — Ernestina Ruesco, globo. — Oscar M. Carbajal, indio. — Concepción R. Cabot, correspondencia. — Blanca N. Santiesteban, trébol. — Tomasito García, estudiantina. — José M. Marino, mosca.







María A. Juncal, fantasía. — Adela Sapot, mucama. — Juan C. Gambero, boxeador. — Elisa R. Capellino, pompadour. — Germán Pini, Cowboy. — Nélida Hernando, bailarina. — Héctor Horacio Val, torero.







Julieta H. Viegas, guindas. — J. A. Bernabé y P. Roldán, bufones. — María E. y Haydée Paglierini, india y bolsa. — Balna A. Roldán, odalisca. — Carlos y Delia Spongia, cruz roja y manola. — Juan C. Romero, árabe.








Enriqueta C. Leake, bailarina. — Lilia M. e Ilda C. Imperiale, diabla y pierrot. — María J. y Máximo Graña, maja y pierrot. — A. Cerebello y N. Pinera, manola y fantasía. — Matilde Spatola, bataclán. — María E. Bosetti, pensamiento.







Delia y Zulema Noble, bataclán y dama antigua. — Elvira y Mario Trolier, esclava y mariposa. — Sara Peña, dama antigua. — Hilda y Oscar Piantanide, fantasía y polichinela. — J. A. Troncoso, M. Borelli, Irene y Norberto M. Suárez, pez, pierrot y pescadores.

Nuestros pequeños visitantes



María L. Bernardo, pichulera. — Elena Somoza, rosa. — Raquel A. Reccia, jazz-band. — Mariana Lacabe, billiken. — Miguel A. Bavdauco, pierrot. — M. del C. Heinz Trafelati, camarón.








Noemí Tortosa, margarita. — Rosa Mortala, dama antigua. — Agustina Colombo, Nerón. — Julia Sisti, holandesa. — Celia G. Cortés, pierrot. — Nélida Paparini, billiken.








Teresa Antonia Meldi, república. — Arturo Carlos Yorio, pierrot. — Hilda Coslaizzo, bailarina. — Zulema Mena, cowboy. — José María Valliña, apache. — Isabel Caridad, comercio.









Elva Decosme, dalia. — Héctor Piccolo, gaucho. — Elvira Desdémona Radice, bailarina. — Raúl M. E. Correa, fantasía. — Saúl Braseras, payaso. — Rosalía Boneschi, mariposa.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La venganza de la vida, por **Luis Cané,** novela premiada en el gran Concurso literario de CARAS Y CARETAS. Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** Filosofículas, por **Leopoldo Lugones.** Buenos Aires, por **Eugenio Díaz Romero.** Un odio burgués, por **Héctor Olivera Lavié.** La silbatina, por **Edgardo Garrido Merino.** El amor de los matreros, por **Santiago Maciel.** Eva inmortal, por **Roberto Ledesma.** La sombra viva, por **Rosa García Costa.** Amanecer, por **Horacio Ferreira Díaz.** El río dulce, por **Ramón Araya (hijo).** El pudor de Mouchón, el grano de Tricot y la aplicación de Mehay, por **Georges Duhamel.** Consecuencias, por **Rudyar Kipling.** Un proceso contra Dios, por **Ricardo Palma.** Una historia de aparecidos, por **Ambrosio Bierce.** Rosa fresca y muy perfumada, por **Cesarino Giardini.** En el Duomo de Milán, por **José María Salaverría.** Los tres vuelos alrededor del mundo.

Nuestros pequeños visitantes



Zulema Bianchi, rosa. — Amelia C. Sala, canasto de flores. — María J. Pérez, maja. — Beatriz Loy, loro. — Emilio Sebastián, paje. — Tomás L. Cortillo, paisano. — Severino M. Vindel, Mefistófeles.







Matilde Pallarés, tarol chinesco. — Electra de Batista, fantasía. — Manuel Crespo, boxeador. — Juana G. Pollare, fantasía. — Nelly Alicia González, maja. — Clemente Cassinelli, paisano. — Nelly Wochter, mondaine.

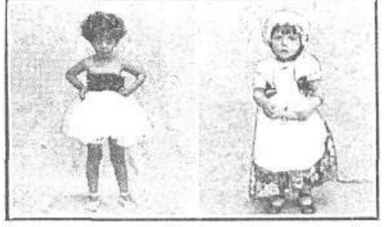


B. Giovannetti y A. A. Segura, Montenegrina y Cleopatra. — Aida Sabat, kewpie.





Olga E. Márquez, cupido. — Emilia M. e Inés Ardoino, canasta y manola.



Margarita Castaño, bailarina. — Nilda Royer, lechera.



Emilio Portero, "As de coeur"



Ricardo Colla, pierrot. — Pepita y Carmen Carvajal, valencianas.








Nicolás A. Chancarglini, jockey. — Emma D. Nachter, cadete. — Lillia Coluci, dama antigua. — Oscar Monicat, baturro. — Eves Picchi, bailarina. — María E. Neglia, cisne. — Sara Clichesqui, dalmacia.







Pilar García, billiken. — Luis E. Kiena, boxeador. — Carmen Solari, fantasía. — Nelly A. Varela, marqués. — Olga Carrizo, bailarina. — Matilde Galante, locura. — Celia Tedesco, Fátima.

REVELACIONES INTIMAS DE RUBEN DARIO

IV

El crimen de los Ezeta da margen a una guerra. — Intervención oportuna de Costa Rica. — Jorge Castro en la legación Costarriquense. — Darío se empeña en escribir versos en francés. — Su amistad con Castro. — Darío teósofo.

El Gobierno de Guatemala, como todos los de Centroamérica, protestó contra el horrible crimen que llevara a Ezeta a la primera magistratura de su país. Eso dió margen a una guerra entre El Salvador y Guatemala. Costa Rica ofreció su mediación amistosa y mandó a ambos países una delegación encargada de llevar a término un arreglo pacífico. Era el jefe de esta delegación el doctor don José María Castero, viejo político y hombre prominente, pero ya en las agonías de su crepúsculo vespertino Era su brazo el secretario, su hijo Jorge, abogado francés, inteligencia luminosa, gran soñador y todo un turiferario del arte. Se alojaron en casa de don Rafael Montúfar, hijo del gran centroaméricano, del patriarca del liberalismo, justamente cantado por Vargas Vila y desgraciadamente desconocido en la América del Sur, donde a saberse algo de él, se le tributaría el homenaje a que sólo son acreedores los que han contribuído con su inteligencia, su cultura y su carácter, al engrandecimiento y progreso de nuestra América.

Casi a diario comíamos con aquellos diplomáticos Rubén y yo. El anfitrión y sus huéspedes nos veían con particular afecto y se nos echaba de menos cuando faltábamos a la diaria colación. Darío estaba por ese tiempo empeñado en escribir versos en francés. Hizo muchos ensayos y hasta se atrevió a publicar algunos en la segunda edición de «Azul», hecha en Guatemala y obsequiada al poeta por el propietario de la imprenta en que se editó, don Francisco Lainfiesta, político de campanillas.

Jorge Castro había pasado muchos años en París, dominaba el francés admirablemente y tenía la suficiente educación literaria para ayudar a Darío en la labor que le obsesionaba. De allí nació entre ambos una gran amistad. Castro era teósofo, pertenecía a varias sociedades de tal credo y viajaba con una colección completa de «La Flor de Loto», que con frecuencia nos leía, tratando de llevarnos a la comunión de sus doctrinas. Darío tomó gran interés por ellas y casi se olvidó de los versos franceses por las ideas teosóficas.

Una noche desertamos de la casa de Montúfar. Fuimos a comer, por invitación de Darío, el Hotel Ferrocarril, un establecimiento de segundo orden, donde se albergaban por aquel entonces un grupo de toreros, que, en medio de una fiebre taurina que se había apoderado de la ciudad, hacían el encanto del público. Nada menos apropósito para tres sujetos que querían hablar de arte y remontarse a las regiones de lo desconocido. La propietaria de aquel establecimiento era una española, madre de unas niñas de un rubio desteñido, no muy seductoras, pero accesibles a los galanteos. La madre era de conciencia amplia, muy en engranaje con la índole de su Hotel. Pero nosotros, preciso es decirlo en justicia, aquella noche no andábamos de picos pardos. Estar solos y hablar tranquilamente era lo que deseábamos. A solicitud nuestra se nos sirvió la comida en la sala, una pieza grande, de muebles en triste condición, desriñonados los sillones y desmayados los resortes. Un piano, de teclas desparejas por la falta de marfiles, torpe de cuerdas, era lo mejor que en aquella estancia se encontraba. Y allí, en recinto tan mezquino, tuvo, sin embargo, lugar, una de las comidas más espirituales de que guardo recuerdo.

Mientras comíamos, Castro habló de París y Darío de Chile. Frescos y gratos estaban en su memoria los recuerdos de aquella tierra y en su charla supimos quién era el héroe de su «Sátiro Sordo» y cómo concibió en la Avenida de las Delicias la «Canción del Oro». Ya de sobremesa, puso en manos de Jorge su último verso francés, obra de aquel día. Se le marcaron unas cuantas fallas y alcanzó la aprobación. Figura ese verso en la segunda edición de «Azul», hecha en Guatemala bajo las condiciones que dejo apuntadas anteriormente.

Entramos entonces en las cuestiones teosóficas y Castro nos hizo una admirable exposición de sus doctrinas, que Darío escuchaba como presa de verdadero arrobamiento. Se entusiasmó tanto, que tuvo la idea de escribir versos teosóficos. Estaba inspirado, febril y trazó muchas páginas que desgraciadamente se perdieron. Apenas si en mi memoria he logrado guardar algo de lo que escribiera. Recuerdo una composición íntegra y una estrofa de otra. Decía la primera, refiriéndose a la evolución al través de las reencarnaciones:

«Yo fuí coral primero,
Después hermosa piedra,
Después fuí de los bosques verde y colgante
[hiedra;
Después yo fuí manzana,
Lirio de la campiña,
Labio de niña,
Una alondra cantando en la mañana;
Y ahora soy un alma
Que canta como canta una palma
De Dios de luz al viento».

La segunda era un poema inspirado por la

palabra «Aúm», eso que dicen los astros al girar, las aves en su vuelo, en su carrera los ríos, en su batallar las olas, la brisa en sus murmullos, el céfiro en sus quejas, la flor que se abre, la estrella que alumbra, el ala que se agita, el labio que besa, todo lo que se estremece y late en la gran palpitación de la vida universal. Yo sólo puedo recordar, como he dicho, una estrofa:

«¡Aúm! es el sol luminoso,
Es la inmensa pirámide, el coloso,
El corazón, el mar.
Yo sé todas las Biblias, yo me llamo Takoa:
Soy el padre del tigre, soy el padre del boa,
Soy el todo Soar.»

Yo no escribo cuentos fantásticos, ni acepto supercherías contrarias a mis credos y mis convicciones; pero es lo cierto que ya fuera una rata que anduviera entre los registros del viejo piano, o una cuerda gastada que reventó, o algún movimiento que sacudió su desgastado organismo, se escapó del viejo instrumento una larga vibración. Darío y Castro aseguraban que había sonado distinto y claro el «Aúm» sublime, como diciendo que la armonía es la más elocuente interpretación de ese gran eco.

Aquella manifestación clara, una casi materialización, los conmovió a ambos muchísimo y acto seguido celebraron un pacto por el cual el primero que muriese debía venir a revelar al que lo sobreviviera toda la verdad de la vida extraterrena.

Darío continuaba inspirado, y descubriendo en mi rostro no sé qué rasgos que le hacían pensar en otras existencias que yo viviera, escribió para mí el siguiente soneto que siempre le pareció muy malo y que yo, quitando el exceso de tintas elogiosas, lo hallé bueno en su factura y lo mismo lo encontró Salvador Rueda que lo incluyó en un prólogo que escribiera para mi libro «Dijes y Bronces».

MAXIMO SOTO HALL

Te he visto en algún cuadro florentino,
Has sido tú escultor, pintor, poeta;
Espíritu que canta o que interpreta;
Bohemio humano, pensador divino.

Nos hemos encontrado en el camino,
Y hoy te pinta mi pluma harto indiscreta,
Sin poner más color en su paleta
Que el que a la gloria tuya ha dado el sino.

La gloria tuya con sus alas de oro.
Empieza en tu florida primavera
A ofrecerte de aplausos bello coro,

Y tú, batallador en tu trinchera,
Triunfante suenas tu clarín sonoro
Con mengua de la envidia torpe y artera.

Más tarde, cuántas veces, en medio de espantosos estremecimientos nerviosos, Darío se acordó del pacto que celebrara aquella noche con Jorge Castro.

M. SOTO HALL

(CONTINUARA)



Biografía Simplista del Cisne

El lago.
Yo.
Las lavanderas cuelgan al sol
en el cordel del cielo
la ropa blanca de Nuestro Señor.

Un viento formidable
hace caer las ropas.
¡Toda su albura flota sobre el lago!

La Oficina Simplista

Si la redecilla no les rodeara las alas
se volarían los ventiladores.
¡El ave no tiene alma de cautivo!

El péndulo tiene una enamorada
a quien pasea la calle interminablemente.

Los dedos trastrabillean
al escribir estas palabras: ¡te amo!
El amor no es tan mecánico
que se pueda expresar con una máquina.

Para rasgar los pliegues de los libros
está el cortapapel de mi invención.
¡Por la ventana filtra un rayo el sol!

¿Biblioteca?
Unos libros están en el cerebro,
otros se alojan en el corazón.

Sobre todas las cosas hay miradas dormidas.
Aunque moleste el polvo,
no hay que pasar plumero, para que no se vuelen.

Alberto Hidalgo